

# Ejercito

REVISTA ILUSTRADA DE  
LAS ARMAS Y SERVICIOS



DE GRAVELINAS  
POR SNAYERS.  
DEL PRADO - Nº 175B

MINISTERIO DEL EJERCITO

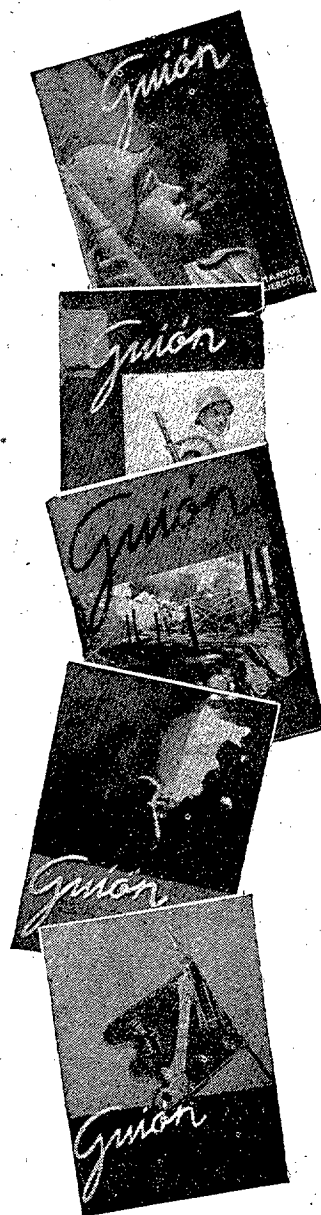
# Ejército

REVISTA ILUSTRADA DE  
LAS ARMAS Y SERVICIOS

NUM. 40 • MAYO • 1943

## SUMARIO

**Los carros y la Infantería en las Divisiones Acorazadas.** T. Coronel Angosto. → **De moral militar. El militar ante Dios.** Capitán Martínez Bande. → **El Estado Mayor.** T. Coronel López Muñiz. → **El juego de Baloncesto.** Capitán García Riveras. → **Los cuadros bélicos de Snayers en el Museo del Prado.** General Patricio Prieto. → **Psicotecnia. (Algunas observaciones de orden práctico.)** T. Coronel Rodríguez Cano. → **Un receptor de radio "minúsculo", y "grande" por su utilidad militar.** Comandante Artero. → **La fatiga y medio de combatirla.** Comandante Médico Allué. → **Cosas de antaño. Tipos y costumbres: Historia y drama romántico.** General Bermúdez de Castro. → **Determinación expedita en el plano del punto de estación.** Capitán Amaro → **Pólvoras de Infantería.** Comandante Díaz Ripoll. → **La Instrucción teórica y moral.** T. Coronel De Salas. → **Concurso completo de Equitación.** T. Coronel L. de Letona. → **Psicología del herido de guerra.** Capitán Médico Ballesteros. → **Información. → Bibliográfica.**



MINISTERIO DEL EJERCITO

# Ejercito

revista ilustrada  
de las armas y servicios

Director: ALFONSO FERNÁNDEZ

Coronel de E. M.

Redacción y Administración: MADRID Alcalá, 18, 3.º

Teléfono 25254 ♦ Correspondencia, Apartado de Correos 317

## PUBLICACION MENSUAL

HISTORIA GENERAL Y MILITAR ♦ FILOSOFIA Y MORAL MILITAR ♦ ORGANIZACION ♦ ARMAMENTO Y MATERIAL ♦ ARTE MILITAR, ESTRATEGIA, TACTICA, FORTIFICACION ♦ INSTRUCCION ♦ CUESTIONES GENERALES DEL NUEVO ESTADO, LOS GRANDES PROBLEMAS DE INDUSTRIA, ECONOMIA Y ESTADISTICA ♦ CUESTIONES EXTRANJERAS: EJERCITO Y POLITICA ♦ GEOGRAFIA ♦ ASUNTOS COLONIALES ♦ LAS BELLAS ARTES Y LA GUERRA ♦ DEPORTE Y CULTURA FISICA MILITAR ♦ INFORMACION ACTUAL, LEGISLACION, LIBROS, REVISTAS

DIVULGACION DE LA CULTURA PROFESIONAL MILITAR ♦ ESTUDIO SOBRE LAS ENSEÑANZAS DE NUESTRA GUERRA ♦ ENLACE CON LA OFICIALIDAD DE COMPLEMENTO Y EN SITUACION DE RETIRADO

## PRECIOS DE ADQUISICION

Pros.  
ejemplar

Para militares, en suscripción colectiva por intermedio del Cuerpo	3,00
Para militares, en suscripción directa (por trimestres adelantados)	3,25
Para el público en general (por semestres adelantados)	4,50
Extranjero	6,50
Número suelto	5,50

## TARIFAS DE ANUNCIOS A DISPOSICION DE LOS ANUNCIANTES

Correspondencia al Administrador: Comandante de Infantería CAMILO VISEDO ALBORS

esta Revista representa  
Las ideas contenidas en los trabajos de  
sentan únicamente la opinión particular del respectivo fir-  
mante y no la doctrina de los organismos oficiales.





# *Los carros y la Infantería, en las* **DIVISIONES** **ACORAZADAS** E. Coronel de E.M. JOSE ANGOSTO

## I.—PRELIMINAR (1).

Mucho se ha escrito en estos últimos años sobre estas grandes Unidades que, en estrecha cooperación con las fuerzas aéreas, consiguieron los éxitos fulminantes de las campañas de Polonia y Francia, y que después, una vez pasado el efecto de la sorpresa inicial, y una vez organizada debidamente la defensa, han pasado a ser un elemento más en la lucha, de una gran importancia, y del que es preciso disponer, mas del que no se pueden ya esperar los resultados iniciales; así se ha demostrado en Rusia y también en Africa.

En Libia, estas grandes Unidades no han conseguido los resultados obtenidos en Polonia y Francia. A las Divisiones acorazadas del Eje se oponían Divisiones acorazadas inglesas, y no existió

(1) El contenido de este artículo está, en gran parte, fundado en observaciones recogidas personalmente por el autor durante su estancia en Libia y asistencia a la batalla que llevó a las fuerzas del Eje a la línea de El Alamein.

nió nunca, por parte del Eje, una gran superioridad en medios acorazados y aéreos. Además, dadas las características especiales de dicho teatro de operaciones, el problema de los servicios ha creado graves situaciones, y los éxitos obtenidos no se habían podido explotar debidamente por dificultades en los abastecimientos.

El día 27 de mayo de 1941, por ejemplo, los carros alemanes no pudieron explotar el éxito y desalojar a las tropas inglesas del paso de Halfaya, por no haberles llegado las columnas de abastecimiento.

La ofensiva del Mariscal Rommel, que lleva a las fuerzas del Eje, en los primeros días del mes de julio, a la línea del Alamein, es un ejemplo admirable de explotación del éxito; pero ésta fue posible gracias al abandono, por parte inglesa, de innumerables medios de transporte, de inmensos depósitos de carburante, de material, de víveres, de vestuario, etc.

Al estudiar esta gran Unidad, se debe tener en cuenta que su organización cambia constantemente. El tipo empleado en las



campañas de Polonia y Francia es muy diferente del de África, y seguramente del de Rusia.

La composición de la División acorazada debe responder, como es lógico, al terreno en que debe operar; así, por ejemplo, en Libia, los Batallones motociclistas que inicialmente formaban parte de las Divisiones acorazadas del Eje se encontraron en la imposibilidad de realizar misiones de exploración, por ser poco idóneos para las marchas por pistas y por terreno desértico, y se ha dado también el caso de llegar las Unidades de motociclistas a la zona a ocupar, después que las Baterías de Artillería.

Además, los ingleses empleaban autoblandados muy veloces, contra los que no se podía pretender lanzar los motociclistas.

Por ello, en dicho terreno los motociclistas se emplean únicamente como estafetas, y sólo se cuenta con un cierto número de ellos en el Mando de División y en los Mandos de Regimiento.

## II.—LA ORGANIZACION DE LAS DIVISIONES ACORAZADAS

De la lectura de diversos artículos sobre la organización de la División acorazada parece deducirse una tendencia a considerar rara su constitución con sólo un Regimiento de carros y un Regimiento de Infantería motorizada, y a considerar que lo normal es que la División cuente con dos Regimientos de carros y dos Regimientos de Infantería motorizados, los que sería conveniente reunir en Brigadas mixtas, compuestas de un Regimiento de carros, un Regimiento de Infantería motorizado y, como es natural, de los elementos necesarios para facilitar la acción de mando (órganos de exploración, transmisiones, etc.); otros sólo consideran necesario en la División, además de los dos Regimientos de carros, un Regimiento de Infantería motorizada; claro es que en dicho tipo de División se cuenta también con un Batallón motociclista.

En África, las Divisiones del Eje son más ligeras que las inglesas; ello ocurre no sólo en la División acorazada, sino también en la de Infantería.

Las Divisiones acorazadas italianas sólo cuentan con un Regimiento de carros medios (algunas tienen, además, un Batallón de carros ligeros), un Regimiento de Infantería con tres Batallones (uno de ellos es de armas de acompañamiento y anticarro) un Regimiento de Artillería, un Grupo de autoblandados, un Batallón mixto de Ingenieros y los servicios correspondientes.

La División alemana se compone de un Regimiento de carros, un Regimiento de Infantería, un Batallón de armas anticarro, un Batallón ligero antiaéreo, un Regimiento de Artillería motorizada y un Batallón de Transmisiones.

En cambio, la División acorazada inglesa es mucho más fuerte: dos Regimientos de carros de tres Batallones (dentro de cada Regimiento parece ser que cuentan con un Batallón de Infantería motorizados) y un Grupo de apoyo, compuesto de un Batallón de Infantería motorizado, un Regimiento de Artillería motorizado, un Regimiento de armas anticarro, un Regimiento de Artillería antiaéreo, un Grupo de autoblandados de tres Escuadrones, Ingenieros y servicios.

El General italiano Adolfo Infante, especialista en los problemas de la mecanización y motorización, que ha sido agregado militar, primero en Londres y después en Washington, hasta el inicio de la entrada en guerra de los Estados Unidos, y que durante un cierto período ha tenido el mando en África de la División acorazada Ariete, en un interesante artículo publi-

cado recientemente en *Nazione Militare*, da noticias muy interesantes sobre la organización de la División acorazada norteamericana.

Los norteamericanos, por haber sido los últimos en entrar en guerra, han podido aprovechar las enseñanzas recogidas en los diferentes campos de batalla, y a base de dichas enseñanzas han organizado esta G. U. en la siguiente forma:

«La División acorazada tiene como núcleo central un Regimiento acorazado (compuesto de tres o cuatro Batallones de carros de combate mixtos), a la que se han añadido todos los elementos necesarios para desarrollar y llevar a término un combate con un determinado objetivo estratégico. Existe así un Batallón de autoblandados para la exploración, un Regimiento de Artillería mecanizada para el apoyo de fuegos, un Regimiento de Infantería autotransportado para la ocupación de las posiciones, un Batallón de Ingenieros motorizado para los trabajos del campo de batalla (principalmente los de las vías de comunicación); servicios varios motorizados.»

En realidad, no creemos sea de una gran importancia el problema de que la División disponga sólo de un regimiento de carros y un Regimiento de Infantería o dos; lo primero puede ser conveniente en algunos teatros de operaciones; además, todo se reduce a tener más Divisiones. La composición normal de estos Cuerpos de Ejército especiales es la de dos Divisiones acorazadas y una motorizada.

Tanto por parte italiana como por la de alemanes e ingleses se tiende a la constitución de Agrupaciones mixtas, las que deben contar como elementos base con un Batallón de carros, un Batallón de Infantería, una Compañía de armas anticarro, un Grupo de Artillería de asalto (los italianos la llaman semoviente), y además con Unidades de exploración (autoblandados): ingenieros, unidades antiaéreas y elementos de los servicios.

La masa restante de la Artillería podría, en dicho caso, quedar en manos del Comandante de la División.

Se podrían organizar tres de estas Agrupaciones en la División acorazada italiana, seis en la División inglesa (tres en cada Regimiento) (1); o sea que, en definitiva, la División inglesa es equivalente a dos Divisiones italianas, pero su organización tiende a ser la misma. Ello lo veremos aún mejor al tratar de las diferentes Unidades que componen la División acorazada.

Parece ser que aun sigue la organización en Regimientos independientes, aunque normalmente, para el combate, se formen Agrupaciones mixtas. Claro es que si estas Agrupaciones se constituyen únicamente cuando se hace sentir su necesidad, pueden resultar con poca cohesión y con deficiencias en los Mandos; ello se podría evitar reuniendo en el período de instrucción, en ejercicios combinados, todos los elementos citados.

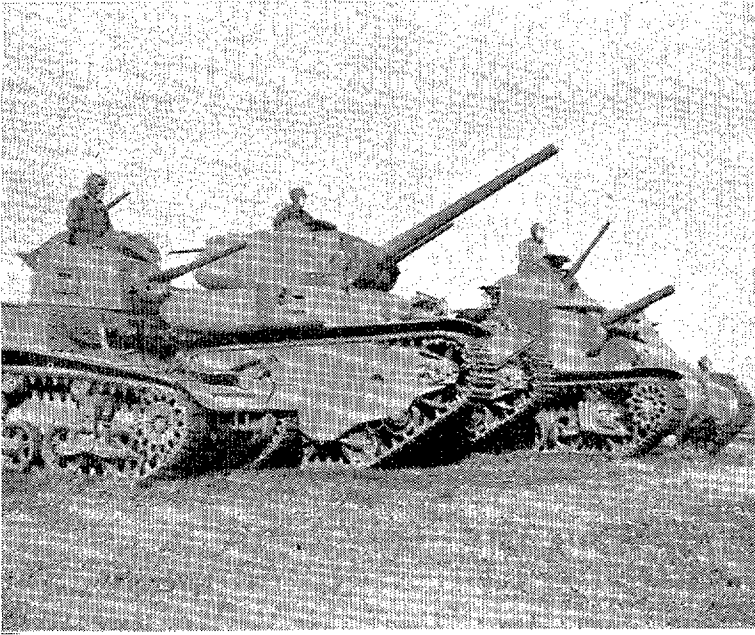
Se cree conveniente el constituir dichas Agrupaciones en Unidades orgánicas, en sustitución de los Regimientos. La División, así, podría contar con Agrupaciones mixtas, a las que se les podrían dar misiones independientes, o bien coordinar sus esfuerzos para su maniobra dentro de la División.

La tendencia principal es la de hacer de la División acorazada un todo homogéneo, organizado teniendo en cuenta las características tácticas de los carros de combate, que constituyen el elemento principal.

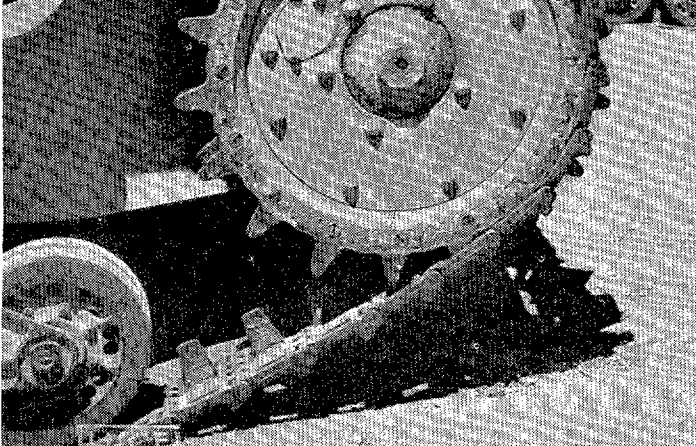
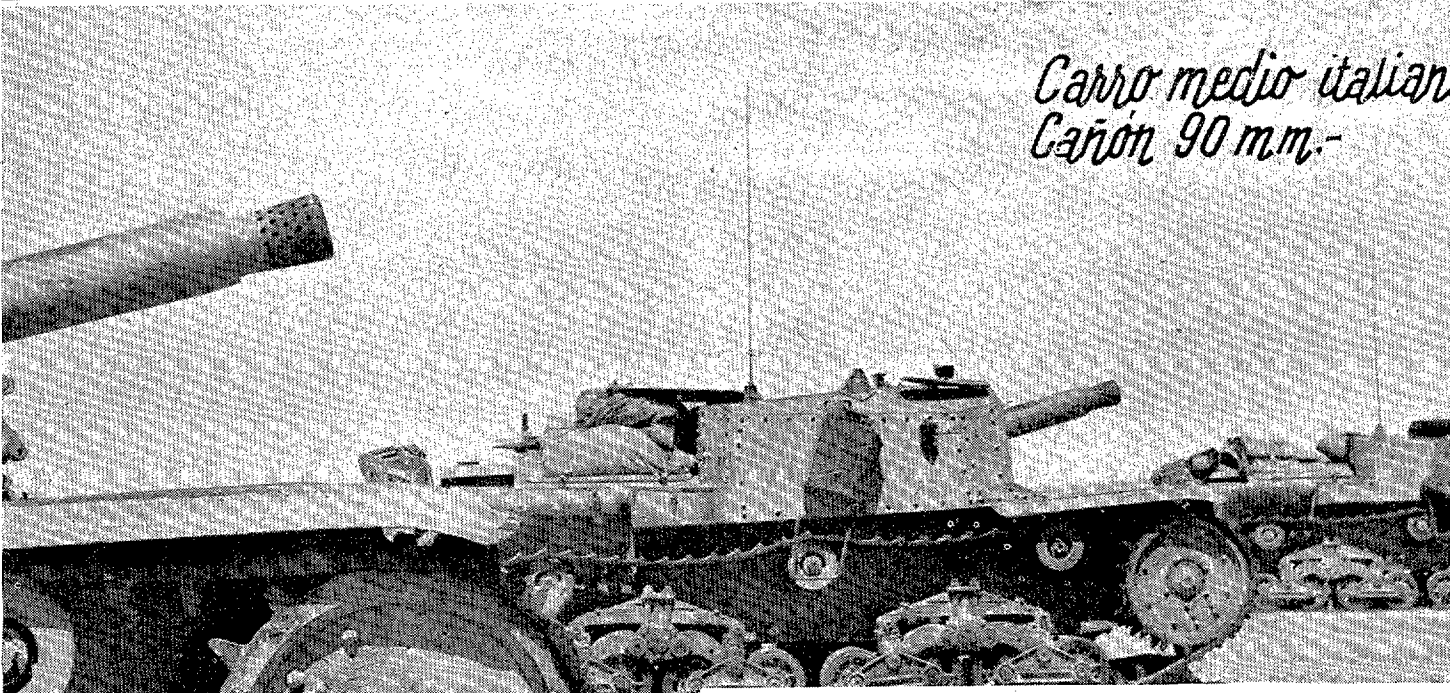
(1) Al hablar del Regimiento inglés, llamamos así, a fin de evitar confusiones, a lo que ellos denominan Brigada, puesto que ésta se compone sólo de tres Batallones

Norteamérica.—Carros modernos. El del centro, tanque medio de 37 toneladas. A los costados, el tanque de 13 toneladas.

Carro medio OLIVER  
LEE (M-3)



Carro medio italiano  
Cañón 90 m.m.-



Crucero  
GOVERNATO  
18 T Cañón 40



### III.—LAS UNIDADES DE CARROS

#### a) Los carros presentados en Africa por las fuerzas del Eje y por las inglesas.

No se han empleado en Libia carros tan pesados como en Rusia. Antes del período de operaciones desarrollado en la primavera y verano del pasado año, el tipo de carro inglés más pesado era el Mat-Hilda, Mark II de 26 toneladas. Este carro hizo su aparición en Libia en el mes de junio del año 1941, como se puede ver en las revistas de aquella época. Es un carro destinado a la cooperación con la Infantería, y por ello sus características son una fuerte coraza, que alcanza en la parte frontal 80 milímetros, una velocidad media de 23 kilómetros hora y escasa autonomía: sólo 70 kilómetros; su armamento principal está constituido por una pieza de 40 milímetros.

Parece ser que el VIII Ejército inglés tenía, en el pasado verano, un Regimiento de carros de este tipo, repartido a razón de un Batallón por cada División de Infantería.

Otro tipo de carro inglés era el llamado crucero, Mark VI, destinado especialmente a la maniobra y el combate. Por ello tiene más velocidad: 50-60 kilómetros; pero, en cambio, una coraza menor: de 65 milímetros a 15, según la parte del carro. Su peso es de 18 toneladas y su armamento principal está constituido por una pieza de 40 milímetros.

Contra este tipo de carro oponían los alemanes el Maybach III, carro de extraordinarias condiciones, de un peso de 22 toneladas, armado de un cañón de 50 milímetros en torreta giratoria, con un espesor de coraza de 60-70 milímetros en la parte frontal y de 30 milímetros en las partes restantes.

Además, los alemanes contaban también con el carro tipo IV, con un cañón de 75 milímetros, verdadero medio de acompañamiento, con un alcance máximo de 7.000 metros. Tiene este carro un espesor de coraza de 60-50 milímetros en la parte frontal y 20 milímetros en las partes restantes.

El tiro se hace generalmente con el carro parado; pero los M. IV lo han hecho también en movimiento, para realizar un juego de barrera móvil a 3.000-4.000 metros, delante de los carros propios.

El armamento, pues, de los carros ingleses: 40 milímetros, era inferior al de los alemanes, armados con la pieza de 50 milímetros o de 75 milímetros.

Los ingleses trataron de estudiar la manera de compensar esta inferioridad, ya que los carros alemanes podían disparar manteniéndose fuera de alcance; pero, como es lógico, era un problema difícil de resolver, y por ello, después de una gran propaganda, hace su aparición en el mes de mayo del pasado año 1942, el carro M. 3 americano, «Pilot» o «General Lee», servido por personal inglés; en dicho carro habían puesto los ingleses muchas esperanzas.

El peso de este carro es de 25 toneladas; tiene una buena velocidad: 48 kilómetros sobre carretera y 19 fuera de ella; una buena autonomía, 240 kilómetros. En cambio, tiene menos coraza que el M. B. III alemán: sólo 57 milímetros en la parte anterior. Tiene un poderoso armamento, constituido principalmente por una pieza de 75 milímetros y secundariamente por tres piezas de 30 milímetros y una de 37 milímetros antiaérea.

Este carro no rindió, en la realidad, lo que de él se esperaba, pues se incendiaba rápidamente. Después ha debido de mejorar, según se desprende de las declaraciones de Rommel a la Prensa

extranjera en Berlín, en los primeros días de octubre, en las que a la pregunta sobre la eficiencia y rendimiento del material norteamericano llegado a Africa, el Mariscal ha dicho que, «al principio, los carros de combate del enemigo se mostraron inadecuados, pero sucesivamente han mejorado bastante. Esto no ha impedido, sin embargo, que desde julio se hayan destruido más de 2.500».

Los italianos contaban con el carro M., de unas 14 toneladas, armado con una pieza de 47 milímetros en torreta giratoria: velocidad: máxima en carretera, 30 kilómetros hora; en terreno vario, 13 kilómetros.

El carro italiano llevaba motor de aceite pesado, aunque se pensaba sustituirlo por el de bencina. Los demás llevan este último.

El General italiano Adolfo Infante, en el artículo ya citado, nos habla de los carros americanos:

«En relación al material, los teatros de operaciones de más probable empleo en el conflicto mundial (Rusia, Libia y Medio Oriente) han sugerido a los Estados Unidos el limitar los carros de combate a dos tipos:

- un carro de combate ligero de 13 toneladas, con un cañón de 37 milímetros en torreta central, una ametralladora de 12 milímetros y un fusil ametrallador de 8 milímetros; coraza de 20-30 milímetros; velocidad sobre carretera hasta 80 kilómetros hora; autonomía, 300-400 kilómetros;
- un carro de combate medio de 28 toneladas, armado con un cañón de 75 milímetros en torreta central, dos ametralladoras de 12 milímetros y dos fusiles ametralladores de 8 milímetros; coraza de 40-60 milímetros; velocidad sobre carretera hasta 60 kilómetros hora; autonomía, 300 kilómetros.»







Todos los carros citados están provistos de estación de radio. La tendencia es la de aumentar el calibre del armamento de los carros hasta conseguir que la masa lleve, por lo menos, el cañón de 75 milímetros.

#### b) Organización de las Unidades de carros.

En muchos artículos publicados en revistas profesionales italianas se considera que la División debe constar de dos regimientos de carros, uno de los cuales debe ser de carros ligeros y otro de carros medios; o bien, quizá mejor, deben organizarse en regimientos mixtos. Otros opinan que cada Regimiento de carros debe tener dos batallones de carros medios y un batallón de carros ligeros, y que la División debería disponer, por lo menos, de dos

Compañías de carros pesados para la acción contra obstáculos de particular importancia.

Hoy en día hay que tener en cuenta que va variando el concepto de clasificación de carros, según su peso, ya que los límites fijados para el carro ligero se han elevado mucho.

En Libia, el Regimiento de carros italiano es de composición homogénea a tres Batallones; alguna División cuenta además con un Batallón de carros ligeros; en cambio, los alemanes e ingleses, dentro del batallón, tienen dos Compañías de tipo ligero y una de tipo medio.

Es útil, dentro del Batallón, esta combinación de carros, pues los más pesados son aptos para el contacto y para resistir la acción de la Artillería, mientras los más ligeros, por ejemplo, los carros cruceros ingleses, son más adecuados para la maniobra.

Algunos Regimientos de carros tienen una Compañía antiaérea de 20 milímetros montada sobre camiones Spa.

Hoy en día, todas las Unidades de carros disponen de estaciones radio, que en general son de dos tipos: unas de menor alcance, que llevan todos los carros (3-4 kilómetros en marcha, 8-9 parados) para enlazar el Batallón con las Compañías; otras, que sólo llevan los carros centro radio, que llegan a alcanzar los 30 kilómetros, para enlazar el mando del Batallón con el mando del Regimiento.

El Comandante del Regimiento y Batallón de carros, y el Comandante y Vicecomandante de la División deben disponer de un carro de mando, el que, presentando las características de un carro común, debe permitir el movimiento fácil en el interior de la cabina de combate y el funcionamiento de las estaciones radio. En algunos casos se han empleado a dicho fin los mismos carros centro radio, a los que se les ha quitado la torreta y, por tanto, el arma principal, quedando sólo las ametralladoras de la casamata, consiguiendo de este modo dejar más espacio libre.

Dado el peso de los carros citados, sería necesario que los Batallones contaran, para su autotransporte, con tantos camiones con remolque como carros tienen; pero el disponer del número necesario es un ideal difícil de conseguir; pero hay que tener muy presente la gran importancia de este problema, pues el desgaste de una gran Unidad acorazada es debido, generalmente, más que a las pérdidas en los combates, al desgaste de los medios como consecuencia de los grandes recorridos, ya sea por carreteras o pistas, o en ambientes difíciles. En el desierto, por el terreno casi siempre arenoso, que envuelve las columnas en una nube de arena impenetrable a un metro de distancia, y algunas veces pedregoso, las máquinas son sometidas a un gran tormento.

Si se llevan los carros autotransportados, se puede contar con llegar al final del recorrido con todos; si no, es inevitable el que un cierto número se quede en el camino.

En el desierto libio-egipcio, desde el momento que se inician las operaciones, los carros suelen, en general, marchar ya siempre sobre las cadenas. En las operaciones que llevaron a las fuerzas del Eje, de Segnale a la línea del Alamein, los carros hicieron más de 800 kilómetros sobre cadenas; muchos han llegado a hacer más de 2.000 kilómetros en períodos de operaciones sucesivas; claro es que el material que ha hecho tales recorridos se puede considerar como caduco. Hay que tener presente que el carro tiene una vida limitada de rodamiento; pero no cabe duda que en el porvenir se tenderá a elevarla, porque en estas grandes Unidades acorazadas será muy frecuente que el carro tenga que hacer grandes recorridos sobre cadenas.

La autonomía de los carros se ha aumentado mucho, así como la de todos los vehículos, mediante los bidones de 20 litros; los carros suelen llevar cinco o seis de bencina, uno de aceite y uno de agua.

El consumo de bencina, en el desierto, es mucho mayor debido al terreno, a la necesidad de frecuentes paradas, cambios de velocidades...

### c) Los servicios del Regimiento de carros.

En la División acorazada, y también en el Regimiento de carros, es norma la descentralización de los servicios. El Batallón, y también la Compañía, debe con frecuencia actuar independientemente. Por ello, los servicios están descentralizados en los Batallones o incluso en las Compañías.

El Regimiento, órgano de mando, no necesita más que de me-

dios de enlace: carros centro radio y motociclistas para el servicio de estafetas.

Las Compañías y Batallones llevan el carburante, aceite, municiones y víveres necesarios para poder vivir con autonomía durante un cierto período, así como cocinas de campaña; cada carro de combate está además dotado de un pequeño hornillo portátil. La Compañía debe disponer además de una furgoneta para pequeñas reparaciones.

La organización de servicios en el Regimiento de carros alemán es admirable, con menos de 700 combatientes; tiene más de 2.000 afectos a los servicios; los medios de transporte parece ser que están en la proporción de ocho por cada carro, no contándose en este número los coches ligeros y las motocicletas.

El servicio de reparaciones y recuperación de las Unidades alemanas es de una gran eficiencia; ello consiente a las Divisiones acorazadas alemanas operar, sin solución de continuidad, durante largos períodos.

Es preciso disponer de talleres ligeros blindados, los que durante las pausas de la batalla deben cuidarse de la revisión de los carros, si es preciso, en la primera línea; esto lo hacen normalmente los alemanes, los que procuran a toda costa recuperar los carros averiados, destinando, cuando no es posible su reparación inmediata, otros carros a guardarlos y a protegerlos con su fuego, en tanto no sean retirados por los tractores; de los que se debe disponer también de un cierto número con blindaje para poderlos aproximar hasta la primera línea.

Toda esta organización asegura la reparación de los carros inmediatamente después del combate.

Es digno de mención el Regimiento de carros alemán que, habiendo sufrido un duro golpe ante Tobruck, el 14 de abril de 1941, logra de nuevo lanzarse al ataque el día 19 de mayo.

Sin una perfecta organización del servicio de reparación de carros, una División acorazada se desgasta con toda rapidez. En primer lugar, es esencial disponer de un elevado número de piezas de repuesto, so pena de dejarse todos los carros; después es necesario contar también, como ya hemos dicho, con tractores oruga con blindaje ligero y de potencia adecuada al esfuerzo necesario para la recuperación de los carros que han quedado inmovilizados sobre el campo de batalla.

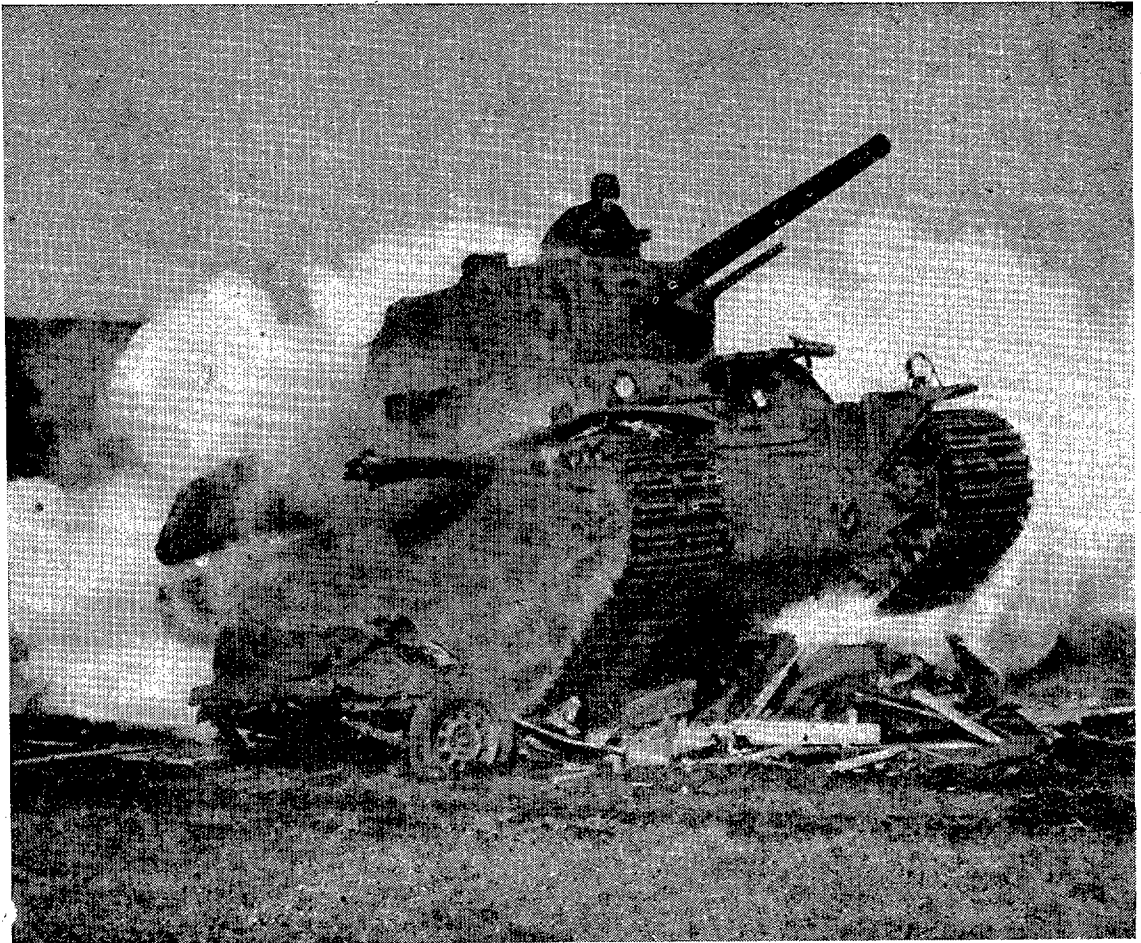
El batallón debe contar con talleres móviles de reparación, y el Regimiento, de un taller pesado; la Compañía debe contar con una furgoneta para pequeñas reparaciones, además de personal con una gran preparación y experiencia en el servicio de reparaciones y recuperación.

El taller móvil de estos batallones se compone de una serie de camiones y camionetas con torno para trabajos de forja, con talleres de carpintería, con el cuerpo electrógeno, etc. Es necesario, además, un medio blindado para el transporte de piezas de repuesto, y en el que vaya personal capaz de efectuar rápidas reparaciones. En algunas Unidades de carros se ha empleado un carro corriente, al que se le ha quitado la torreta, dejando las ametralladoras y la radio.

Insistimos en la necesidad de que los Batallones cuenten con un taller móvil blindado, que pueda seguir, a breves distancias, a los carros, para poder efectuar en las pausas del combate (aun en zonas difíciles) reparaciones ligeras.

Hay que tener presente que si se recuperan bien los carros, muchos están al día siguiente en condiciones de volver al combate.

Es necesario también en la División el disponer, dentro de cada



*El M-1  
norteamer-  
ricano, 60  
toneladas.*

Batallón, de un vehículo sanitario, con blindaje ligero, que se pueda acercar hasta los carros, durante el combate, a fin de poder evacuar los heridos hasta una zona desfilada, o fuera del alcance de los fuegos enemigos, desde la cual se puede hacer el transporte con un vehículo ordinario.

Es necesario que el Regimiento de carros disponga de ambulancias, y el Batallón, por lo menos, de una.

También es necesario un medio blindado para el transporte de municiones a la línea.

**d) Necesidad de una gran preparación del personal.**

Terminamos estas consideraciones sobre las Unidades de carros, haciendo presente la necesidad de que el personal tenga una cuidadosa preparación.

Los Oficiales, además de preparación técnica, deben tener práctica, la que sólo se puede obtener después de un largo período de servicio en las Unidades de carros.

El reclutamiento del personal se debe realizar entre aquellos que en la vida civil ejerciten oficios análogos; se debe tender a que dicho personal permanezca el mayor tiempo posible en filas.

Todo personal de carros, aparte de su misión específica, debe ser un perfecto conductor del carro y de cualquier vehículo.

Una frase corriente en los alemanes es la de: *para hacer un carro bastan pocos días; para hacer un sirviente de carros se necesitan años.*

**IV.—LAS UNIDADES DE INFANTERIA**

**a) Organización.**

La proporción de la Infantería corresponde, como es natural, a la masa de carros.

Los italianos tienen todas las piezas anticarro dentro del Regimiento de Infantería, el que cuenta con tres Batallones; de ellos, uno de armas de acompañamiento y anticarro.

Además, todas las Compañías de Infantería de los otros Batallones tienen una sección de piezas anticarro de 47 milímetros, más una sección de fusiles anticarro de 20-25 milímetros.

El Regimiento de Infantería italiano tiene unas 60 armas anticarro, lo que le da una gran capacidad defensiva.

Los alemanes parece ser tienen separado el Batallón de armas anticarro de 50 milímetros, y lo mismo los ingleses, que tienen un Regimiento anticarro de 64 piezas de 57,6 milímetros; pero en estos últimos la tendencia es la de considerar la Infantería y las armas anticarro como inseparables, y creen que quizá sería mejor hacer una sola arma con ellas.

En realidad, la Compañía de Infantería debe contar permanentemente con piezas anticarro, porque de otro modo no se dispone de ellas, cuando más se necesitan.

No todas las infanterías de las Divisiones acorazadas son blindadas, pero hay que tender a su constitución.



## b) Misión de la Infantería.

La misión de la Infantería en algunos Ejércitos es esencialmente defensiva: ocupación del terreno por el que han pasado los carros y protección de ellos cuando están parados. También, en ciertos casos, pueden realizar la ocupación preventiva de una posición.

La Infantería debe ser la que empeña frontalmente al enemigo, mientras los carros maniobran a gran radio sobre el flanco o, aun mejor, sobre las retaguardias enemigas.

La cooperación entre la Infantería y los carros es proclamada esencial en la teoría alemana; se considera como principal misión de la Infantería la íntima cooperación con los carros de combate.

Debe seguir inmediatamente a los carros, a fin de explotar rápidamente el éxito conseguido, o bien debe abrirles paso, soportando el peso del combate cuando el terreno no sea apto al ataque de carros, por la existencia de obstáculos naturales o artificiales, cuando deba atacar una posición fuertemente organizada defensivamente o bien pueblos y bosques, también puede la Infantería atacar simultáneamente con los carros de combate.

Es necesario que las armas anticarro de la Infantería puedan disparar desde el mismo medio que las transporta, y en todas las direcciones, porque, en caso contrario, en el tiempo que tardan en ponerlas en tierra, pueden ser puestas fuera de combate por los autoblandados enemigos, o por simples camionetas armadas con ametralladoras.

Es indispensable que las armas anticarro vayan sobre un vehículo oruga, o con gomas, todo terreno, ligero, rápido, de gran autonomía, que consienta al cañón hacer fuego en todas las direcciones, y dé al personal una cierta protección contra el tiro de ametralladora o contra cascos de Artillería y bombas de Aviación.

Es necesario que el proyectil de las armas anticarro sea a la vez perforante, a explosión e incendiario.

El calibre de las armas anticarro tiende a tener por límite mínimo 50 milímetros.

Dado el blindaje siempre creciente de los carros, va siendo escaso el valor de los fusiles anticarro de calibre 9 milímetros, que se han ido sustituyendo por fusiles anticarro «Solothurn» de 20 milímetros y Hotchkiss de 25 milímetros, los que también sólo sirven contra autoblandados y carros ligeros. El fusil anticarro inglés «Boys» de 15 milímetros es también de poco valor.

La Infantería de la División acorazada debe llevar siempre consigo los vehículos necesarios para su transporte. El vehículo automóvil representa para estas Unidades un medio de combate. Debe permitir una formación que facilite el rápido desembarque y despliegue del personal.

La Infantería de la División acorazada no puede ir en los normales vehículos, sino que debe ir en medios blindados, capaces de contener una sola escuadra e idóneos para moverse rápidamente en cualquier terreno, a fin de poder seguir a los carros por todas partes.

El vehículo necesario para el transporte de las tropas (vehículo de combate) debe ser diferente del de los servicios; el primero, a las características ya expuestas anteriormente, al hablar de las armas anticarro, debe reunir las de poder contener ocho o diez hombres con armamento y material y tener una gran autonomía, alrededor de unos 500 kilómetros. Los servicios pueden ir en camiones ordinarios.

El Batallón de Infantería alemán, que se compone de cinco Compañías, de ellas una pesada, cuenta con un gran número de fusiles ametralladores, ametralladoras, morteros, dos piezas de acompañamiento de 7,5 centímetros y una Sección de armas anticarro con tres piezas de 50 milímetros; además, una Sección de Ingenieros.

Dentro del Regimiento alemán existe además una Compañía de piezas de Infantería con dos piezas de 15 centímetros y cuatro de 7,5 centímetros.

Las piezas anticarro de 50 milímetros y las piezas pesadas de Infantería pueden hacer fuego desde el vehículo que las transporta.

La Infantería, sobre vehículos blindados, puede combatir desde ellos siempre que se trate de vencer débiles resistencias, y sólo descenderá a tierra cuando la continuación del avance sea imposible. En este caso debe tratar de buscar otro punto, en el que se pueda continuar la acción desde los vehículos, y solamente cuando no exista ninguna posibilidad, descenderá e iniciará el combate a pie; pero siempre dispuesta a continuarlo sobre los vehículos tan pronto como sea posible.

Los referidos vehículos, por su blindaje, pueden entrar en la zona de la batalla y combatir bajo el fuego de la Infantería enemiga; también pueden avanzar inmediatamente detrás de las explosiones de la Artillería propia.

Estos vehículos son más veloces que los carros, y por ello pueden adelantarse para ocupar zonas importantes, pueden realizar movimientos de envolvimiento para caer sobre los flancos y retaguardia del enemigo, y, por último, su velocidad les permite la persecución rápida de un enemigo en retirada.

La Infantería de vehículos blindados, por su armamento y por su movilidad, puede encargarse de la defensa de amplios frentes. En fin, la organización de esta Infantería tiende a poder conseguir que su cooperación con los carros pueda ser la más íntima posible; pero hay que tener presente que la Infantería de muchas Divisiones acorazadas de los Ejércitos actualmente en lucha no dispone de vehículos blindados, sino que va en camiones corrientes; en este caso, la cooperación se hace más difícil, por su vulnerabilidad y por no poder seguir a los carros por terrenos difíciles.

Hay que contar con que, en todos los casos, la cooperación entre los carros y la Infantería es de una gran dificultad.

El mando de estas Unidades de Infantería se debe ejercer de modo análogo al de las Unidades de carros; por ello, los Jefes deben ser audaces, rápidos en el pensamiento y en la acción; deben ir siempre muy hacia delante, normalmente, en las marchas deben ir detrás de la primera Compañía, y durante el combate deben estar en el centro de la batalla, donde su rápida intervención puede conseguir resultados decisivos. El mejor ejemplo de mando nos lo ofrece el mismo Mariscal Rommel en sus campañas.

En estas Unidades de Infantería, como en general en todas las de la División acorazada, no debe constituir una preocupación el tener los flancos al descubierto, pues ello será lo normal.

Como final del presente artículo diremos que algunos Jefes de Unidades de carros piensan si sería quizá conveniente suprimir la Infantería de las Divisiones acorazadas, ya que estando organizadas en Cuerpos de Ejército, en los que se dispone de una División motorizada, podría ser suficiente la Infantería de esta última. Nuestra opinión personal es que la División acorazada necesita Infantería, pues el llevarla en un escalón superior, Cuerpo de Ejército, haría aún más difícil la estrecha cooperación tan necesaria entre los carros y la Infantería.



# El ESTADO MAYOR

Teniente Coronel de Estado Mayor  
GREGORIO LOPEZ MUÑIZ  
Profesor de la E. S. del É.

**P**ARA que el Jefe pueda cumplir su misión en la batalla, compleja y de generalidad, es preciso llevar sus ideas a la práctica, darles forma, materializarlas, asegurarse de que sus órdenes circulan y se cumplimentan y los informes llegan en tiempo útil para formar juicio.

La aparición del órgano encargado de dar forma a las decisiones del Mando surge con fuerza irresistible. Son de nuestro escritor Villamartín las siguientes palabras:

"En las guerras antiguas y en los Ejércitos pequeños no se necesitaba el Estado Mayor, porque el General lo veía todo por sí mismo y directamente daba sus órdenes; pero ante el desarrollo que ha tomado el Arte militar, ante la vastísima urdimbre de los Ejércitos modernos y ese caudal de ciencia con que se ha enriquecido el saber humano, es imposible que el talento de un hombre solo pueda abarcar todos los detalles. Es preciso dar al pensamiento colosal que preside la guerra sentidos más poderosos que los de un hombre; es preciso que toda una corporación sea la vista, el oído y la palabra que necesita esa inteligencia para materializarse."

Ya antes de que Villamartín escribiera este sereno juicio, la necesidad del Estado Mayor se había hecho sentir de manera incontestable. Es probable que una de las causas de los frecuentes desastres de los Generales de Napoleón fuera la ausencia de Estado Mayor; y en este sentido opina Banús cuando escribe:

"Napoleón no tuvo siquiera Jefe de Estado Ma-

yor. Nominalmente lo era Berthier, pero de hecho no pasaba de ser un secretario. En la campaña de 1809 se echó ya de ver el inconveniente de este sistema, en el que todo queda subordinado a un hombre. Las operaciones de Lefèbvre y de Ney en 1808 no dejaron satisfecho al Emperador. Pero ello depende de que sus Generales, privados por el Emperador de toda iniciativa, cuando operaban lejos de él andaban siempre desconcertados. A Napoleón le faltó un Estado Mayor para dar sus órdenes y conseguir unidad en las operaciones."

El 11 de septiembre de 1875, el General Billot presentó a la Asamblea Francesa una proposición, de la que son los siguientes párrafos:

"Concebir, dirigir, administrar, son las tres principales atribuciones del General en Jefe. Pocos hombres se han mostrado a la altura de esta misión. Apenas la Historia destaca cinco o seis: Aníbal, César, Alejandro, Federico y Napoleón."

"Pero si la Naturaleza produce a veces esos hombres extraordinarios que parecen multiplicarse en el mando y conducción de los Ejércitos, no es menos cierto que está por encima de las fuerzas humanas atender al mismo tiempo a las meditaciones que necesita el Mando y a los detalles que es preciso a cada instante modificar y acoplar a las cambiantes situaciones."

"La importancia y el número de objetos sobre los cuales el Mando está obligado a prestar atención, le obligan a subdividir sus atribuciones y a confiar los principales detalles a Oficiales capaces de cumplirlas."

"Como las partes secundarias de un conjunto inmenso, así son indispensables en toda operación de guerra. Es necesario que estén unidos y coordinados por un mismo servicio, bajo la autoridad del General en Jefe, a fin de desembarazarle de toda solicitud a este respecto, para que el Mando pueda consagrar su tiempo y sus facultades a la concepción, combinación y dirección de sus planes de manobra."

"Es, por estos motivos, que tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, se ha reconocido la necesidad de auxiliares del Mando para asistirle en el ejercicio de sus funciones. Estos auxiliares del Mando constituyen lo que se llama el Estado Mayor del Ejército."

Demuestra después la enorme imprudencia que supondría hacer depender el resultado de la guerra de la aparición de un Jefe supremo con esas extraordinarias facultades del genio, y agrega: "Es preciso, en medio de los ocios de la paz, disponerse a pasarse sin ese salvador. Se tratará de suplirle, en tanto como sea posible, organizando metódica y progresivamente el servicio de la dirección de los Ejércitos, de manera que un hombre de inteligencia media, desarrollada por el estudio y la ciencia y ayudado de un gran carácter, pueda, en los momentos de peligro supremo, tener consejeros competentes y auxiliares fieles, formados cuidadosamente para esta misión."

Y acudiendo a opiniones más recientes, se lee en la estrategia de Cullman: "El tiempo ha pasado en que el General podía regularlo todo ex cátedra. La elaboración de la decisión exige una colaboración."

Y Foch, por su parte, dice: "Hoy el General no puede resumirlo todo en su persona. El genio mismo tendría necesidad de auxiliares llenos de iniciativas. El ejercicio del Mando es demasiado complejo para un hombre solo."

Y la última palabra, que con claridad meridiana confirma la necesidad de la existencia del Estado Mayor, aparece en nuestra antigua Doctrina para el empleo de las Armas y Servicios, cuando dice:

"La decisión de quien ejerce el Mando, considerada en sí misma, no basta; es necesario articularla y transmitirla para que, adquiriendo realidad sensible, pueda traducirse en actos por los órganos de ejecución. Como la idea necesita de la palabra para exteriorizarse, así al Mando, para expresar sus decisiones, le es necesario el Estado Mayor; existe entre éste y aquél una penetración tan íntima y profunda como la de la imagen con el objeto o de la palabra con el pensamiento. De aquí que el Jefe ejerza el Mando auxiliado por un Estado Mayor."

Si la necesidad de la existencia del Estado Mayor no cabe duda después de leer opiniones tan autorizadas, es no menos interesante hacer resaltar la importancia de su misión. Y para ello nada mejor, a nuestro juicio, que reflejar las impresiones de algunos de los Generales que ocuparon puestos de gran responsabilidad en la guerra de 1914-18.

El Mariscal Joffre, en su discurso de ingreso en la Academia Francesa, rinde el debido homenaje al Estado Mayor, diciendo: "Durante las primeras se-

manas de la guerra, no hubiéramos podido hacer nunca lo que hicimos si los Estados Mayores, permaneciendo firmes como rocas ante la tempestad, no hubieran irradiado por todas partes la claridad y sangre fría. Rodeaban a sus Jefes, sobre los que pesaban las mayores responsabilidades, de una atmósfera de confianza sana y joven, que les sostenía y ayudaba, conservando, a pesar de su labor abrumadora y durante el curso de una prueba moral terrible, una lucidez de juicio, una facilidad de adaptación, una habilidad en la ejecución que lógicamente debían dar como consecuencia la victoria."

El General von Khul, en su obra sobre *El Gran Estado Mayor Alemán*, dice, refiriéndose a la retirada alemana de 1918: "Esa retirada no hubiera podido ser ejecutada sin la actividad, la abnegación de los Oficiales de Estado Mayor y la enérgica intervención del Mando."

En su libro *La Gran Guerra*, el General Canonge, al hablar de la ofensiva de 1918, se expresa así: "El éxito fué asegurado por un servicio de Estado Mayor notable."

Y meditemos un momento en la labor ingente que pesa sobre los Estados Mayores beligerantes en la actual contienda, en los enormes problemas de organización que han de resolver con acertado criterio y la previsión más amplia, en la minuciosa clasificación de los informes que el Mando necesita para decidir las grandes maniobras propias y para oponerse a las profundas acciones ofensivas adversarias, en la complicación que suponen transportes voluminosísimos a través de muchos centenares de kilómetros, con precarias vías de comunicación, a veces intransitables; en la relación y acuerdo de masas de tropas que operan separadas por inmensas distancias... Y cuando todo ello se prevé, resuelve y armoniza, se cometería notoria injusticia si no se atribuyera al Estado Mayor la parte esencial que le corresponde en la obtención del triunfo.

El General Mangin, comentando la importancia del Estado Mayor en Alemania, asegura que: "En las obras publicadas sobre la guerra, jamás citan el nombre de un Jefe sin dar al mismo tiempo el nombre de su Jefe de Estado Mayor." Y agrega: "Es necesario hacer constar que el papel del Estado Mayor se ha mostrado mucho más importante en el Ejército alemán que en el francés; no se contenta con preparar las decisiones al Mando y asegurar su ejecución, sino que las provoca, asume la responsabilidad y hasta reemplaza al Jefe."

Apunta aquí un gravísimo peligro: la invasión, por parte del Estado Mayor, en la esfera de atribuciones del Mando, que ha producido siempre choques de las más graves consecuencias.

El Estado Mayor tiene su misión definida, clara, concreta, de enorme importancia, de trascendencia capital en el desarrollo de las operaciones; pero sin que deba nunca salirse de sus atribuciones propias, ni mucho menos suplantar al Mando.

La guerra de 1914-18 fué pródiga en incidentes de esta naturaleza, algunos de enorme trascendencia. El General Douchy, Jefe del Estado Mayor del VII Ejército francés, dice así:

"El Estado Mayor alemán no se ha limitado a su

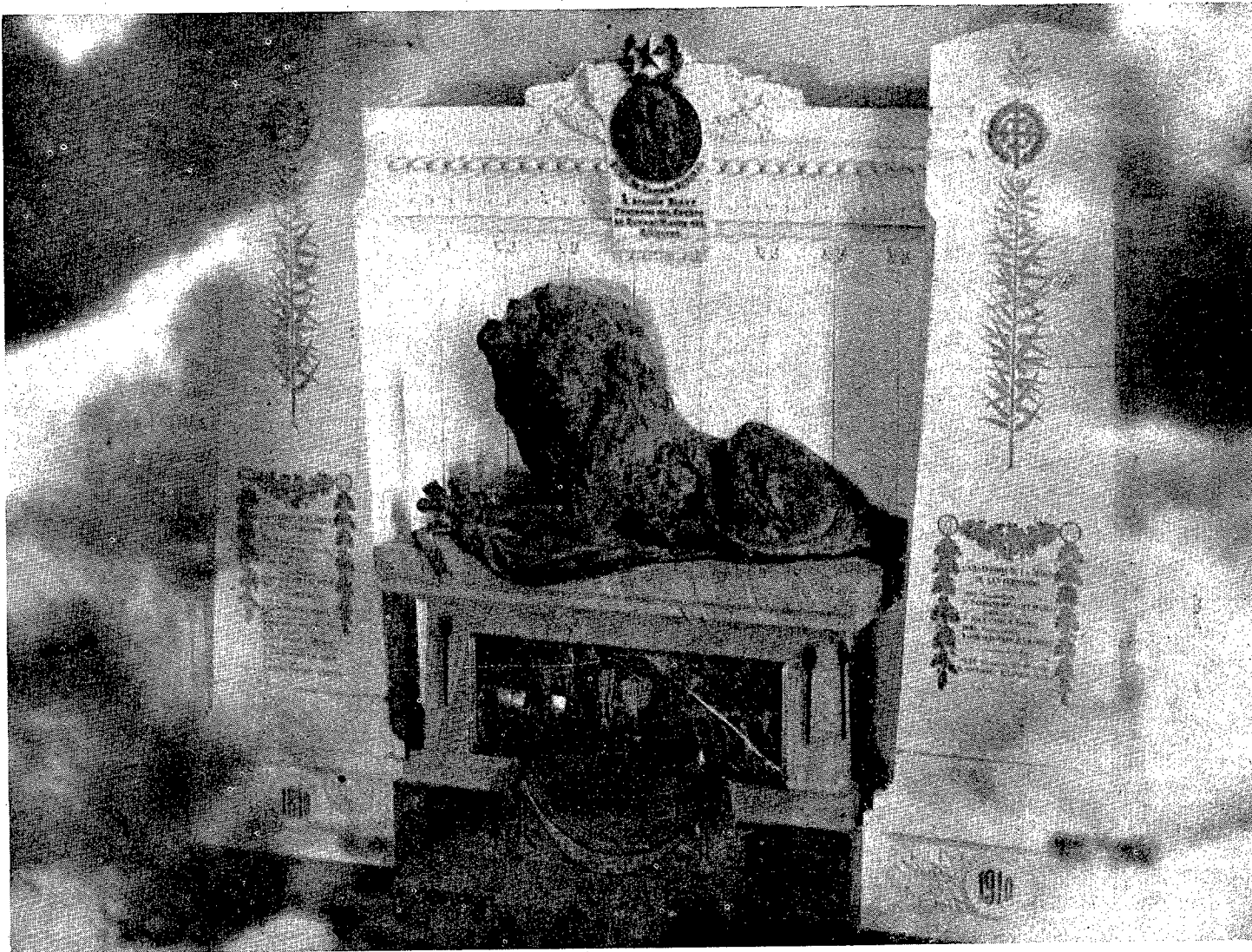


papel. Ha sustituido al Mando, especialmente en las grandes Unidades mandadas por Príncipes de sangre que sólo eran Jefes nominales."

Una rápida lectura de los *Recuerdos de guerra* del General Ludendorff demuestra que desgraciadamente fué así. Ludendorff habla siempre en primera persona, y sólo por rara casualidad se encuentra en sus escritos alguna referencia al General que tiene o debe

que tiene su origen en la más alta jerarquía, sigue y perdura en todos los escalones, y los Oficiales de Estado Mayor se ven obligados a tomar resoluciones sobre aspectos tan importantes de la campaña que sólo pueden competir al General en Jefe.

Conocida es, por haber pasado a la Historia, la intervención del Teniente Coronel Hentchs en la primera batalla del Marne. Según el General von



*La vitrina de la Escuela de Estado Mayor guarda las fajas de los Oficiales muertos por la Patria.*

tener toda la responsabilidad. Son de Ludendorff las siguientes palabras:

"El Feldmariscal, desde Tannenberg hasta el 18, estuvo siempre de acuerdo con mis pensamientos y aprobó todos mis proyectos." Palabras son éstas de las que parece desprenderse que Hindenburg no hizo otra cosa que refrendar las decisiones de su Jefe de Estado Mayor.

Esta intromisión del Estado Mayor en el Mando,

Kuhl, el Teniente coronel Hentchs recibe la misión de ordenar, *caso preciso*, la retirada de todo el Ejército.

Al llegar al II Ejército, el General von Bulow le informa desfavorablemente, y el Teniente Coronel Hentchs da a este Ejército la orden de retirada. Se traslada al I Ejército, donde cambia por completo el ambiente; en el C. G. de von Klutz reina el optimismo, y su Jefe de E. M., von Kuhl, en ausen-

cia de su General, se niega terminantemente a dar la orden de retirada y sólo cede cuando Hentchs le describe con sombríos colores el cuadro del II Ejército.

¿Puede darse una situación más angustiosa, de la que esté más ausente la acción del Mando? La decisión de más importancia de toda la guerra, la que entraña más grave responsabilidad y de la que puede depender el porvenir de las naciones, viene a recaer sobre un sencillo Teniente Coronel de Estado Mayor. El Mando, el único que puede y debe decidir, y el verdadero responsable, está ausente de la resolución más trascendental tomada en los comienzos de la campaña del 14; alejado de sus tropas por centenares de kilómetros, ignorante de la situación real por lo precario de las transmisiones, delega en un Oficial de Estado Mayor, al que deja durante dos días como regulador de los destinos de su Ejército. La responsabilidad de lo sucedido creemos, con von Kuhl, que no es del Teniente Coronel Hentchs, "sino que cae de lleno sobre el que le dió la misión, sobre el que le encargó de decidir en las horas más difíciles de la campaña".

Y es que por las atribuciones de que gozaba el Estado Mayor alemán en la guerra del 14 al 18, resultaba realmente un copartícipe del Mando; hasta el punto de que cuando un Jefe de Estado Mayor no estaba conforme con la decisión del General, podía disentir por escrito. Los ejemplos de esta participación en el Mando por parte del Estado Mayor se multiplican; y así puede decir el Teniente Coronel Lestín en una conferencia en la Escuela de Guerra de París: "Creo haber encontrado la fórmula del método y organización alemanes: en el Mando hay sólo la acción moral, acción aparente; en el Estado Mayor, la concepción táctica y la acción real."

Y, por su parte, el Coronel Tuornes comenta: "El Estado Mayor tiene papel preponderante: toma decisiones y las notifica a los subordinados; dirige las operaciones; el Jefe sólo tiene una autoridad nominal. En el Gran Cuartel Imperial, Ludendorf es el Jefe indudable. En la mayoría de las ocasiones no se pronuncia el nombre de Hindenburg."

Tales prerrogativas y atribuciones han sido modificadas posteriormente, ciñendo al Estado Mayor a las misiones que le son propias y obteniendo así esos magníficos cuadros directores que han dado al Ejército alemán las más brillantes victorias que registran los anales bélicos.

¿Y cuál es esa misión del Estado Mayor?

No hace falta acudir a textos extraños para establecer claramente la misión del Estado Mayor y el límite de sus atribuciones en relación con el Mando.

En nuestro Reglamento para el empleo táctico de las grandes Unidades, y en su capítulo II, se lee: "El Jefe concibe y decide. En cada escalón del Mando sólo el Jefe puede adoptar decisiones, prerrogativa anexa a la máxima responsabilidad."

Y más adelante, en su capítulo III, dice:

"El Estado Mayor proporciona al Mando los elementos necesarios para fundamentar su concepción y decisiones, a las que da forma. Ayuda al Mando, pero no manda por sí." "El Estado Mayor no es un órgano autónomo de mando; es un medio, un ins-

trumento con que el Mando prolonga y extiende su acción. No es tampoco órgano de ejecución; si bien es cierto que, después de transformar en órdenes o instrucciones las decisiones de aquél y de comunicárlas a los Mandos subordinados, debe vigilar su ejecución, aun sin estar calificado para asegurarla."

Este es, a nuestro juicio, el concepto claro de lo que el Mando y el Estado Mayor deben ser. La decisión es sólo del Mando, como suya es la responsabilidad toda entera. El Estado Mayor *ayuda al Mando*, pero *no manda*. No puede admitirse que la acción soberana del Mando se comparta con nadie. En cuanto hay duplicidad de personas en el ejercicio de mandar, la decisión y la conducción de la maniobra está falta de la energía, que sólo puede imprimirla, con el carácter necesario, el Jefe responsable ante la Nación, ante el Ejército y ante sí mismo.

De los perniciosos efectos producidos por la intromisión del Estado Mayor en la esfera del Mando, deducen algunos, pasando al extremo opuesto, la necesidad de la anulación absoluta de la personalidad del Estado Mayor. La doctrina más acertada es la que coloca la cuestión en su justo medio; y así aparece expuesta con ponderado criterio en una conferencia pronunciada por el Capitán de fragata Castex en la Escuela Superior de Marina de Francia:

"El trabajo del Estado Mayor es, en efecto, impersonal, y esto es precisamente lo que distingue al Estado Mayor del Mando. Una orden no es la expresión de las ideas del Estado Mayor, sino de la voluntad del Jefe. Parecen, sin embargo, un poco exageradas estas recomendaciones de impersonalidad. Pudiera ser que, al obrar así, se hubiera cedido al temor intenso de creer que los Oficiales de Estado Mayor, engreídos por el contacto diario con el Jefe, llegasen a considerarse como el propio Jefe, perdiendo así la noción real de las cosas."

"Yo creo — sigue diciendo Castex — que es indispensable que el Jefe encuentre a su alrededor, en los grandes momentos, no sólo Oficiales capaces de redactar una orden y llenar un cuadro de marcha, sino también consejeros distinguidos, si se les invita a dar su opinión; debe sentir cerca de él capacidades técnicas, inteligencias y corazones; hombres, en fin, en la más alta acepción de la palabra. Yo no puedo suscribir la opinión; a veces expresada, de que el Jefe no tiene necesidad a su lado de Oficiales que tengan conciencia de la enorme importancia de su cargo. Todos, por el contrario, en la profesión militar, tienen necesidad de comprender la trascendencia de su misión, que no es de uno, sino de todos. A este solo precio se llevan a cabo las grandes acciones. Y esta noción supone en "todos un alma, un pensamiento, es decir, *personalidad*".

Esta *personalidad* dentro del *órgano impersonal* que constituye el Estado Mayor, no afecta para nada a la idea de *responsabilidad*, que en cuanto se refiere a las decisiones y a la conducción de las operaciones, es toda y absoluta del Mando. El Teniente coronel Thomasson, en su obra *Sobre el desastre de 1914 y sus causas*, lo aclara de un modo contundente al comentar las acusaciones dirigidas al Estado Mayor:

"Los políticos de izquierda — dice — no hablan más que de faltas militares, y esas faltas se reducen

a las del Estado Mayor. No hay nada más irritante que ese nombre, *Estado Mayor*, empleado equívocamente, a menudo con una intención venenosa, para oponer el Oficial de Estado Mayor al Oficial de tropas. Si en algún caso un Jefe ha ejercido influencia absoluta sobre el Mando, esto no autoriza a admitirlo como regla general. Es siempre el Jefe el único responsable y el que merece, en definitiva, la censura y el elogio.”

La complejidad de las misiones del Estado Mayor, la trascendencia de sus actos, en los que un olvido o error puede producir incalculables consecuencias; la multiplicidad de situaciones en que puede encontrarse, exigen para los oficiales llamados a desempeñar esta función especiales aptitudes y cualidades.

Es la primera la de saber sacrificar, cuando la ocasión llegue, sus propias convicciones. El Jefe de Estado Mayor tiene el deber inexcusable de someter al General, sin reticencias ni reservas mentales, su parecer o las proposiciones que le sugiera su detallado conocimiento de la situación, defendiéndolas con los argumentos que al mismo le han servido de orientación. Pero a partir del momento en que el General decide, aun cuando su opinión personal fuera contraria, se aplicará al desarrollo de la decisión con el mismo entusiasmo, la misma voluntad y la misma fe que si fuera él su propio autor. Esta lealtad, esta identificación con el Mando, que llega hasta la anulación de la propia personalidad, es la virtud más excelsa del Estado Mayor, por cuanto su sacrificio queda por completo ignorado.

El Oficial de Estado Mayor necesita amplios conocimientos técnicos y tácticos de todos órdenes. Su trabajo ha de inspirarse en el método y la previsión. Su inteligencia ha de permitirle apreciar claramente los diversos aspectos de un problema y descubrir sin vacilaciones su solución más acertada. Su labor se hace casi siempre con apremio de tiempo, y muchas veces en un ambiente de nervosismo, dentro del que ha de hacer gala de su serenidad de juicio y tranquilidad de espíritu. Ha de ser rápido en la concepción y veloz en la ejecución, abarcando al mismo tiempo todos los detalles indispensables, pues no ha de olvidar nunca que el complicado mecanismo de las Armas y el de los Servicios no empuja a funcionar en tanto no se hayan puesto en marcha y llegado a su destino, las órdenes que traducen o materializan las decisiones del Mando.

Ha de ser hombre de acción, y estar dotado de gran resistencia física, para soportar las duras pruebas de los momentos de crisis y saber vencer el sueño, ese gran enemigo de los Estados Mayores.

Las relaciones constantes que el Oficial de Estado Mayor está llamado a sostener con los Jefes de Unidad, casi siempre de superior categoría a la suya propia, le exigen no sólo educación esmerada y exquisito tacto, sino discreción constante, don de gentes y saber ponerse en su lugar. Nunca será excesiva su corrección y las buenas palabras que prodigue, aun contestando a esas intempestivas y muchas veces fútiles llamadas telefónicas, que suelen producirse en las horas de la madrugada, cuando acaba de entregarse a un bien ganado descanso.

Sus conversaciones han de estar siempre impregnadas de un humor sano. No es que el optimismo artificial sea artículo de fe en los Estados Mayores; pero sí no debe perder nunca de vista, que muchos ojos están fijos en él y que sus menores palabras y actos son inmediatamente comentados, deformándolos muchas veces. El Oficial de Estado Mayor no será nunca demasiado prudente en sus palabras y ponderado en sus actos, lo que no debe impedirle extender a su alrededor la confianza y el entusiasmo.

En su servicio fuera del Cuartel general, que abarca principalmente las misiones de reconocimiento y enlace, el Oficial de Estado Mayor, abandonado asimismo, ha de hacer gala de sus cualidades de calma, observación, buen juicio, tacto, iniciativa y abnegación. Las observaciones que haya hecho o el resultado de sus estudios debe siempre presentarlos al Mando honrada y sinceramente, con veracidad y sin apasionamientos.

Todas estas cualidades serán, por otra parte, insuficientes, si el oficial de Estado Mayor no está animado de un profundo amor hacia las tropas, cuyas privaciones y peligros debe compartir lo más posible, y de un sincero deseo de ayudarlas constantemente sin reparar en sacrificios y desvelos. Sólo así logrará inspirarlas la confianza que es factor indispensable para el buen éxito en el cumplimiento de su difícil misión.

Y por último, cuando llegue la hora de los plácemes y felicitaciones, debe saber apartarse modestamente a un lado, sin recabar para sí más satisfacción que la de haber cumplido con su deber y sin hacer nunca ostentación de sus propios méritos.

## CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LOS JUEGOS DEPORTIVOS

Los juegos deportivos constituyen uno de los medios de que se sirve la Educación Física para el logro de sus fines.

La Educación Física debe considerarse — poniendo de actualidad el concepto establecido en la Grecia clásica — como una de las partes de la Educación integral. Esta tiene por objeto conseguir el armónico desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales. Según Spencer: *Preparación para vivir la vida completa*.

La finalidad de la Educación física es hacer del cuerpo un útil instrumento del espíritu. No hay que olvidar que el cuerpo es el medio de que se sirve el espíritu para mostrarse al exterior, y, por lo tanto, de su mayor o menor perfección dependerá la más o menos fiel interpretación de sus decisiones. Es, pues, la Educación física el primer escalón o base de la Educación integral, encaminada a crear ese «soporte» indispensable de las facultades intelectuales y morales.

Veamos ahora, en el marco de la Educación física, el papel que corresponde a los juegos deportivos.

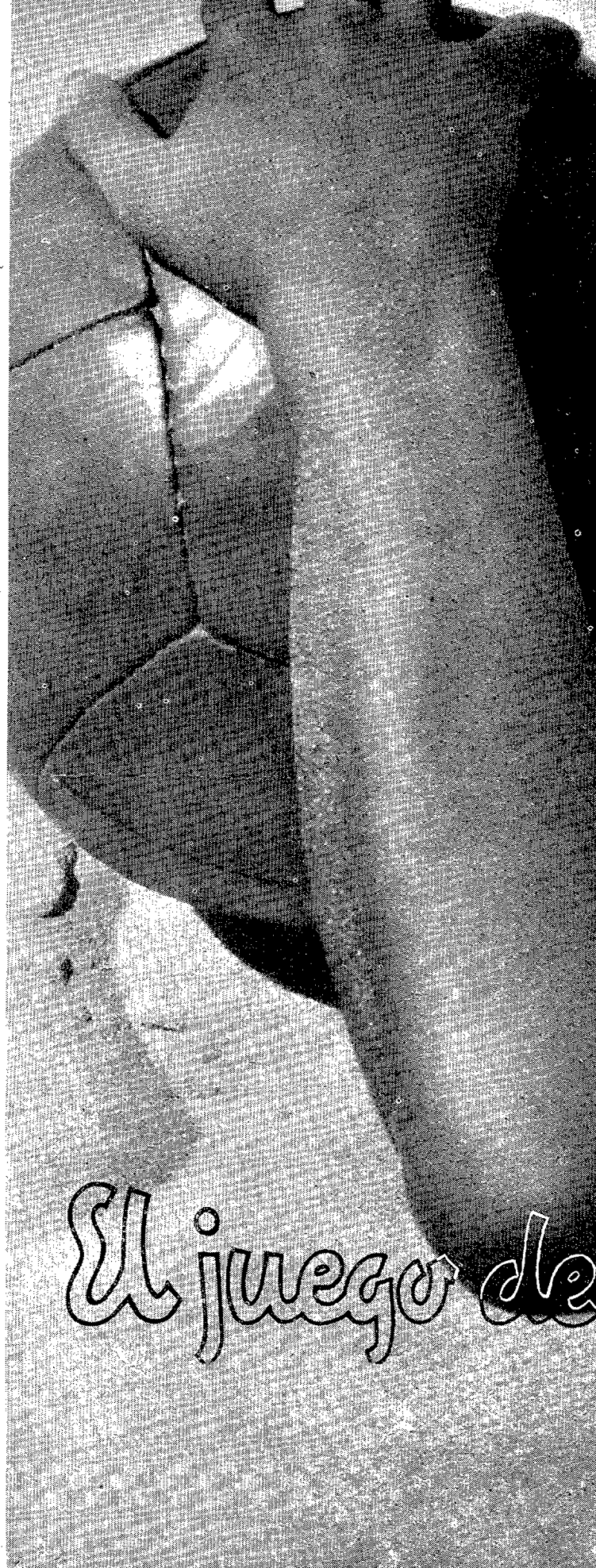
Nuestro Reglamento de Educación física define el deporte de la manera siguiente: «Como un medio de Educación física que emplea como agente el movimiento muscular activo, con las características de ser violento y prolongado, exigiendo un máximo esfuerzo ante una lucha o rivalidad, un estímulo para vencer un obstáculo, un adversario o sobrepasar una marca.»

La práctica del deporte exige un gasto considerable de energías que se comprende que no pueda ser abordado sin la suficiente preparación, ya que el ejercicio físico puede decirse es «arma de dos filos», que sólo beneficia cuando se aplica racionalmente, siguiendo un método y progresando tan lentamente como sea preciso, de acuerdo con la evolución del organismo en su adaptación al esfuerzo.

Esta preparación se obtiene por la práctica constante de la Gimnasia educativa, que representa el movimiento disciplinado y dosificado en consonancia con las particulares condiciones del individuo. Con ello se logra el desarrollo íntegro y armónico del organismo, proporcionándole la fortaleza indispensable para desarrollar sin riesgo el esfuerzo violento que la práctica del deporte supone.

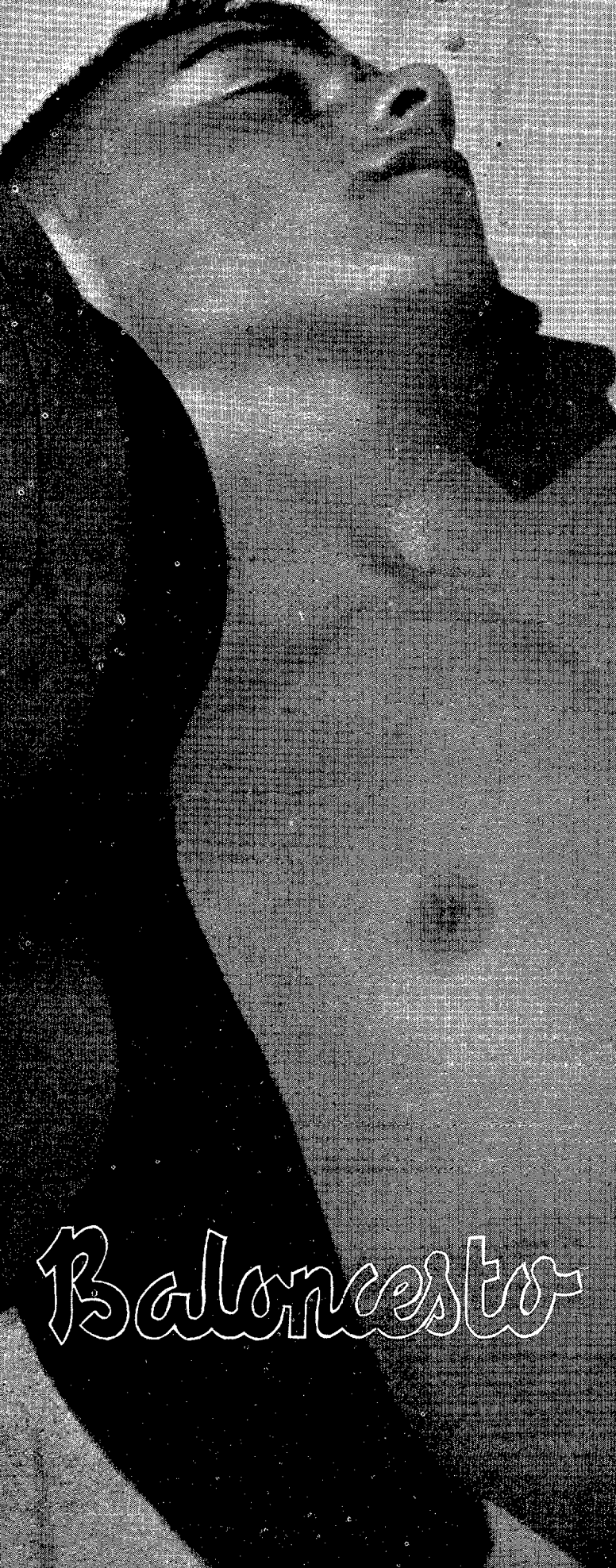
Un plan de Educación física, a base de deportes exclusivamente, sería equivocado. Los juegos deportivos, y el deporte en general, constituyen el medio de emplear beneficiosamente el sobrante de energías obtenidas en la constante práctica de la Gimnasia educativa.

Moralmente, los juegos deportivos desarrollan cualidades indispensables para la vida en sociedad, en la que se necesitan hábitos y aptitudes diversas y aun opuestas: unos, de lucha; otros, de solidaridad y compañerismo. Despiertan el ingenio, estimulan la iniciativa, fortalecen la voluntad, desarrollan la resistencia a la fatiga, aunando y equilibrando los esfuerzos morales y los físicos. Crean hábitos de disciplina (obediencia a jueces y árbitros, observancia de las reglas de juego, etc.), y enseñan a subordinar las iniciativas individuales a las de la colectividad equipo; es decir, a obrar con la libertad compatible con el orden necesario en toda empresa colectiva. Ofrecen, por lo tanto, un indudable interés pedagógico.



El juego de





# Baloncesto

## EL JUEGO DEL BALONCESTO

Además de las características generales apuntadas, el juego del baloncesto ofrece un particular interés por otras varias razones. En primer lugar, por tratarse de un ejercicio al que podemos calificar de *completo*, ya que en él intervienen con una intensidad muy equilibrada las diversas partes del cuerpo; en segundo, porque al no requerir grandes disponibilidades de local y medios, puede ser practicado en cualquier lugar y época del año (en efecto: las reducidas dimensiones del terreno de juego — 26 × 14 metros — y el hecho de que pueda jugarse indistintamente en suelos de tierra, madera, baldosas, etc., facilitan el que pueda improvisarse un campo de juego al aire libre o en un local cerrado algo alto de techo, cuando las inclemencias del tiempo impidan salir al exterior).

Consecuencia de lo que acabamos de exponer es que este juego sea muy útil, casi el único medio de entretener durante el invierno la forma física de los atletas de las diversas especialidades, corredores de fondo y velocidad, saltadores, lanzadores, etc.

### Origen y antecedentes.

El juego del baloncesto es una creación afortunada, producto, como tantas otras, de la casualidad.

Se debe al doctor Naismith, profesor de una Universidad del Estado de Kansas (Estados Unidos) en los últimos años del pasado siglo. Dicho profesor se afanaba en buscar el medio de entrenar a sus atletas en el gimnasio de la Universidad, ya que lo riguroso del invierno impedía salir al exterior. Estando en el jardín de su casa, observó cómo una manzana desprendida de uno de los árboles fué casualmente a caer, atravesándolo, en un *basquet* (cesto para frutas) desfondado colgado en el árbol. Al intentar hacer pasar una pelota por el canasto, notó el activo ejercicio que hacía para recogerla y lanzarla, y esto le sugirió la idea base del nuevo juego, que bien pronto se habría de difundir y alcanzar enorme popularidad en Norteamérica.

Se extendió progresivamente al resto de América y al Extremo Oriente; en Europa se generalizó su práctica a partir de la guerra de 1914-18, durante la cual fué introducido en Francia por los combatientes americanos.

En España fué introducido por el padre Millán, de las Misiones, a su regreso de Cuba el año 1921, formando los primeros equipos con jugadores infantiles del Colegio de San Antonio, en Barcelona.

Se jugó el primer partido con equipos de clubs, en el campo del Europa, de Barcelona, el 8 de diciembre de 1922.

El primer campeonato catalán se jugó el año 1923, en el Estadio de la Fuxarda (Monjuich), tomando parte ocho equipos.

Bien pronto se extendió, adquiriendo notable impulso, mejorando la calidad del juego hasta llegar a ocupar lugar preponderante entre los países europeos, como lo demuestra el brillante papel de España en el Campeonato de Europa de 1935, en que el equipo español quedó subcampeón con los resultados parciales siguientes:

En Madrid . . . . .	España, 33; Portugal, 12.
En Ginebra. . . . .	España, 25; Bélgica, 17.
Idem. . . . .	España, 21; Checoslovaquia, 17.

En la final, disputada igualmente en Ginebra, contra Letonia, fué vencida España por el tanteo 24 a 18.

Actualmente existen en España 19 Federaciones regionales, una de las cuales, la Catalana, cuenta con 36 clubs federados. En el Ejército se halla igualmente bastante difundido. Es uno de los que recomienda y enseña nuestra Escuela de Educación Física, figurando en el Calendario General de los Campeonatos Gimnásticos Deportivo-Militares del año en curso.

## DESCRIPCION DEL JUEGO

Nos vamos a limitar a reseñar lo más interesante, sin rebasar los límites prudenciales de un artículo. Por otra parte, además de extenso, resultaría poco ameno el descender al detalle de la reglamentación y de las normas a seguir para la formación y entrenamiento de los equipos.

Un partido de baloncesto se disputa entre dos equipos formados cada uno por cinco jugadores: dos defensas (derecho e izquierdo) y tres delanteros (derecho, centro e izquierdo), en dos tiempos de veinte minutos, efectivos de juego, con un intervalo de diez minutos de descanso entre ambos, cambiándose de campo después del primer tiempo.

El terreno de juego (fig. 1.<sup>a</sup>) es una superficie rectangular, uniforme, libre de obstáculos, dividida en dos partes iguales por

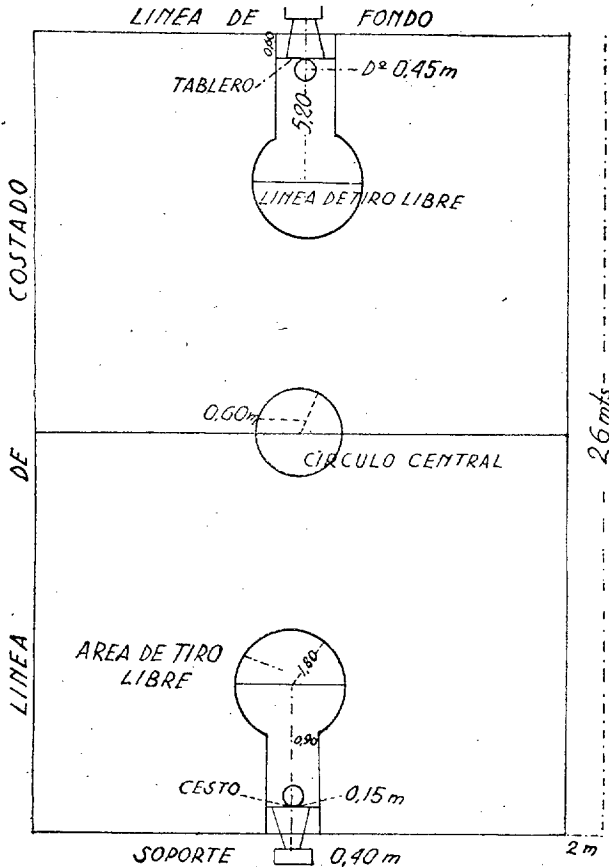


Fig. 1.<sup>a</sup>

una línea central paralela a las del fondo. Cada una de estas mitades constituye la zona de defensa para un equipo y la de ataque para el contrario.

Los cestos están constituidos por un aro de hierro de 45 centímetros de diámetro interior, del que pende una red de malla de 60 centímetros de largo, cuyo objeto es marcar el paso del balón. Los aros van fijos en los tableros, colocados en plano horizontal a 3,05 metros del suelo; los tableros son rectangulares, de 1,80 × 1,60 (horizontal y vertical, respectivamente), y su arista inferior queda a 2,75 metros del suelo.

El balón es de cuero, esférico, de 75 a 80 centímetros de circunferencia y con un peso de 600 a 650 gramos.

El equipo de los jugadores consiste en pantalón corto y camiseta; el calzado conviene sea especial para este deporte: botas de lona con piso adherente en todos los terrenos.

\* \* \*

El objeto del juego consiste en marcar el mayor número de puntos, lo que se consigue haciendo entrar el balón por el aro a través de la red, y, naturalmente, impedir que el contrario lo marque.

El balón se pone en juego en el círculo del centro del terreno, lanzándolo el árbitro al aire entre dos jugadores de equipos opuestos, cada uno de los cuales procura, saltando, golpearlo el primero y enviarlo a otro jugador del propio equipo.

El jugador que se posesiona el balón puede optar por lanzarlo a un compañero que esté desmarcado o avanzar con él. Para esto último es preciso ir botándolo con una sola mano (o con una y otra alternativamente) o rodándolo.

No se puede avanzar con el balón entre las manos o golpearlo con ambas simultáneamente, so pena de incurrir en penalidad. Esta falta se denomina «carrera» o hacer «camino». Puede cogerse el balón con ambas manos y manteniendo un pie fijo, girar alrededor de él para desmarcarse de un contrario. Esto se denomina «pivotar». Puede después del «pivote» continuar avanzando con el balón en la forma antes dicha; pero en el momento que se vuelva a coger con ambas manos, es obligado pasar o tirar al cesto.

Es un juego de extraordinaria movilidad, en el que, por las reducidas dimensiones del terreno, las jugadas se suceden con gran rapidez en uno y otro campo, lo que obliga a los jugadores a una constante actividad, que les hace emplear a fondo sus energías.

Corroboro esta afirmación, sobre lo intenso del esfuerzo, el hecho de que puedan sustituirse jugadores, no obstante la corta duración de los tiempos de juego, y de que, a petición de los contendientes, puedan concederse tiempos de descanso.

El número de suplentes (máximo) es el de cinco. Todo jugador que abandone el juego puede entrar de nuevo hasta dos veces más (se exceptúa el que lo abandona por descalificación o por haber cometido la cuarta falta personal).

Cada equipo puede pedir tiempo de descanso tres veces como máximo en un encuentro, concediéndosele «tiempo muerto» de un minuto. Estos tiempos se añaden al final del reglamentario para lograr los veinte minutos efectivos de juego.

### Los jueces.

Son dos árbitros, secundados por un anotador y un cronometrador.

Es necesaria la actuación simultánea de los dos árbitros para hacer más eficaz el arbitraje al distribuirse prácticamente el campo y poder seguir más de cerca las incidencias del juego, única forma de que no escapen sin sanción las faltas cometidas, muchas de las cuales son difíciles de apreciar con justeza. En caso de decisión simultánea, prevalece el criterio más riguroso.

El anotador lleva relación escrita de los puntos que el árbitro va señalando en cada caso y de las faltas cometidas por cada jugador.

El cronometrador toma el tiempo al principio del juego y deduce el tiempo empleado en las suspensiones del mismo ordenadas por el árbitro e indica con una pitada, golpe de gong, etc., el final de cada medio tiempo efectivo.

### De las faltas.

Pueden ser de tres clases: «violaciones», «faltas personales» y «faltas técnicas».

Las primeras son las más leves, y sus sanciones, por lo tanto, las de menor cuantía. Por ejemplo: correr con el balón, golpearlo con el puño o con el pie (esto último, si no es intencionado no constituye falta). Se sancionan entregando el balón a uno de los jugadores contrarios, para que haga el saque desde el sitio más próximo (fuera de las líneas que limitan el terreno de juego) al que se cometió la infracción.

Las segundas implican una actuación violenta o antirreglamentaria de un jugador contra otro. Ejemplo: «Bloquear» a un adversario, impidiendo que éste, cuando no se halla en posesión del balón, se desplace, causando un contacto personal; cargar y provocar un contacto personal con un adversario cuando se le disputa el balón, etc. Se sancionan con dos «tiros libres», si la falta fué cometida contra un jugador que tira al cesto y falla; si

consiguió el tanto con uno solo. En los restantes casos se sancionan con un «tiro libre». Cuando un jugador es sancionado por cuarta vez en faltas de esta índole, tiene que abandonar definitivamente el terreno de juego.

El «tiro libre» se ejecuta desde el centro del círculo del «área de tiro libre» (fig. 1.<sup>a</sup>) por un jugador del equipo contrario al del que cometió la falta, estando los demás jugadores situados fuera de la expresada área. Puede existir doble falta simultánea, en cuyo caso se sanciona con un «tiro libre» a cada equipo.

Por último, las faltas técnicas se refieren, unas, a la inobservancia de lo reglamentado respecto a sustitución de jugadores, petición de tiempo de descanso, etc., y otras, a las actitudes anti-deportivas de los jugadores para con el árbitro, jueces o público. Las sanciones varían entre la concesión de un «tiro libre» o la descalificación del jugador, según los casos.

#### Tanteo.

El tanto marcado durante el juego vale dos puntos, y uno si lo fué a consecuencia de un «tiro libre».

El saque, después de conseguido un tanto, se hace por un jugador del equipo que lo perdió desde detrás de la línea de fondo. Se exceptúa el caso en que el «tiro libre» sea para sancionar una «falta técnica», en cuyo caso se hace el saque desde el centro, aunque no se haya conseguido hacer tanto.

Si al terminar un partido están los equipos igualados a puntos, se juegan tantas prolongaciones de cinco minutos (con uno intermedio de descanso) como sean necesarias para deshacer el empate, cambiando de campo en cada uno.

#### PREPARACION DE UN EQUIPO

**Generalidades.** — La preparación en todo deporte o juego deportivo comprende dos partes esenciales: adiestramiento y entrenamiento.

Por el primero se consigue ejercitar, instruir y guiar al ejecutante en todos los detalles de la prueba o juego en cuestión. Esto se consigue procediendo separadamente, por partes, que luego se van ligando progresivamente hasta llegar a la ejecución completa perfecta.

Estos conocimientos pueden clasificarse, según el punto de vista que se considere, en dos: técnicos y tácticos. La técnica comprende todo lo referente al manejo correcto de los instrumentos del juego y al conocimiento de las reglas del mismo. La táctica se refiere a los procedimientos o métodos a emplear, indicándonos en cada caso el más conveniente; ello depende de circunstancias diversas, constitución física de los jugadores propios y contrarios, táctica empleada por éstos, estado del terreno de juego, etc.

El entrenamiento tiene por objeto preparar al individuo para que pueda dar, sin detrimento para su organismo, su rendimiento máximo.

Se consigue por la práctica de ejercicios sujetos a reglas y procedimientos diversos. Se trata de lograr una mejor coordinación de los movimientos, evitando o reduciendo al mínimo los innecesarios y, por otra parte, hacerlos automáticos, con lo que, al inhibirse el cerebro, pueda la inteligencia aplicarse por entero a los incidentes del juego; además de la mayor rapidez y del considerable ahorro de energía muscular y nerviosa que se obtiene, con lo que se retarda notablemente la aparición de la fatiga.

#### TECNICA

De acuerdo con lo dicho, será preciso comenzar por aprender el manejo del balón; esto es, cogerlo, lanzarlo y avanzar con él. Veamos la forma de lograrlo.

**Coger el balón con las dos manos.** — Se adiestrará al principiante lanzándole el balón con poca fuerza y a la altura del tronco. La posición que se debe adoptar para recibirlo ha de ser de gran estabilidad y al propio tiempo flexible: las piernas separadas, un pie adelantado y las rodillas un poco flexionadas; las manos abiertas, a la altura de la cintura y con los dedos pulgares hacia el balón, los brazos también semiflexionados. Progresivamente se aumenta la fuerza del lanzamiento, acostumbrando al princi-

piante a amortiguar la violencia del choque, cediendo por la flexión de brazos y el movimiento del tronco.

**Con una mano.** — Se lanza el balón a altura algo superior a la de la cabeza, de modo que obligue a saltar para interceptarlo; lo que se hace con una sola mano e inmediatamente se sujeta entre ambas.

**Lanzar el balón con dos manos.** — *Pase corto.* — Cogido el balón con ambas manos (en la posición explicada anteriormente), se lanza por una fuerte extensión de brazos, dándole un sobreimpulso final con los dedos. El cuerpo ayuda también al lanzamiento e incluso la piernas, sobre todo al ir aumentando la dis-



G. PAV

tancia, por la extensión de la pierna retrasada, que pasa a colocarse adelante. Se consiguen de esta forma trayectorias tensas, rectilíneas, muy apropiadas para pases rápidos entre compañeros cuando no hay ninguno contrario interpuesto. Para tirar al cesto se utilizan trayectorias más curvas, imprimiendo «efecto» al balón, el que se hace sensible al chocar con el tablero.

**Pase largo.** — Cogido el balón con ambas manos, se elevan los brazos hasta la vertical, y por una rápida oscilación adelante, a la que coadyuva el tronco, se lanza el balón por encima de la cabeza.

Se usa para pasar a un compañero muy adelantado o por la defensa, para despejar el cesto propio. En ambos casos es más frecuente hacer el pase con una sola mano.

**Con una mano.** — **Pase corto.** — Se coge el balón a la altura del pecho con ambas manos situadas en los extremos de un diámetro, en la dirección del lanzamiento, y se impulsa con la más retrasada (generalmente la derecha), abandonándolo en el último momento la más adelantada.

Se usa, análogamente al pase con las dos manos, para pasar a un compañero desmarcado.

Si hay un contrario que marca al jugador al que se intenta pasar, puede recurrirse a lanzar el balón de bote, para lo cual, colocado en la palma de la mano derecha, a la altura del hombro, con el brazo flexionado, se le da un fuerte impulso hacia adelante y abajo, de modo que al botar en el suelo, delante del jugador contrario, vaya a pasar por encima de éste — a suficiente altura para que no pueda interceptarlo —, yendo a parar a manos del jugador del propio equipo.

Para pases a distancias medias se recurre al lanzamiento *a solamano*. Para ello, cogido el balón con ambas manos a la altura de la cadera derecha, se impulsa hacia adelante y arriba con la derecha (que previamente se habrá echado atrás para impulsarlo mejor) y la izquierda lo acompaña hasta el último momento.

**Pase largo.** — Se coge el balón con ambas manos, con los brazos extendidos al costado derecho y a alturas variables entre la cintura y el hombro; la derecha le impulsa oscilando hacia adelante, y la izquierda acompaña el movimiento casi hasta el final.

Cuando se tiene suficiente práctica, se puede sujetar el balón entre los dedos de la mano derecha y el antebrazo (por flexión de la muñeca), con lo que no es preciso que el brazo izquierdo siga el movimiento. Al final de éste, por extensión de la muñeca, se da un sobreimpulso.

**Avanzar con el balón.** — Como ya indicamos, se debe avanzar botándolo, para lo cual se le golpea con una mano, o con una y otra alternativamente.

Es muy interesante el conseguir soltura en el avance con el balón, dando los botes cada vez con más frecuencia y aumentando la velocidad de la carrera.

Todas estas prácticas de manejo del balón se simultanearán con el conocimiento de las reglas de juego.

## TACTICA

Para efectos didácticos es conveniente considerar la individual y la colectiva.

La primera expone los procedimientos de desembarazarse de un jugador contrario que nos dispute la posesión del balón, o bien impedir que éste, en posesión de él, realice la jugada. Son los siguientes:

**Regate.** — Se practica sobre la marcha, en forma análoga al bote ya descrito, con la diferencia que es recogido por el mismo jugador que lo lanzó, después de rebasar a su contrario.

Puede hacerse también botando oblicuamente el balón para que pase por un costado del contrario o lanzarlo directamente por encima de él (sin botar en el suelo).

**Esquive.** — Es un recurso muy útil cuando el jugador contrario está muy cerca. Cogido el balón con ambas manos, se hace la intención de lanzarlo hacia un costado y se lleva rápidamente al contrario, acompañando el tronco al movimiento de brazos.

**Pivote.** — Ya dijimos en qué consistía: teniendo el balón cogido con ambas manos y un pie fijo, girar alrededor de él o desplazar el otro adelante y atrás, con lo que se trata de desmarcarse y efectuar el lanzamiento o seguir el avance.

**Marcar.** — Tiene por objeto evitar que el jugador marcado reciba el balón o que lo lance si se halla en posesión de él. En el primer caso se trata de interceptar todo balón dirigido al jugador contrario, para lo que es preciso seguirle de cerca en sus movimientos, manteniéndose entre él y el balón; en el segundo hay que obligarle a soltarlo golpeándolo o impedir el lanzamiento, saltando y extendiendo los brazos para desviar el balón hacia el lugar que más nos convenga.

En la táctica colectiva se trata de coordinar y ligar las jugadas individuales, buscando la rapidez en la ejecución, que si tiene importancia en todo juego, en el baloncesto es primordial. A veces, de una fracción de segundo depende el éxito o el fracaso de una jugada.

Para ello, todo equipo debe tener jugadas estudiadas de antemano, de ejecución automática, en un momento determinado, en que el balón se lanza sucesivamente a puntos convenidos del terreno de juego, en los que se sabe ha de coincidir con los jugadores propios, que se desplazarán a toda velocidad. Ello sorprende al contrario y nos proporciona una ventaja que muchas veces da resultado.

Citaremos, a título de ejemplo, una de estas jugadas favoritas de un equipo madrileño que la realizaba a la perfección. Al hacer el saque en el centro, si el delantero lograba alcanzar el balón, lo lanzaba al defensa derecho, el que a su vez lo lanzaba a un punto del ángulo diagonal opuesto del campo, adonde, en ese intervalo, había ido a colocarse el delantero derecha (cruzando el campo y desmarcándose del defensa contrario encargado de esta función); éste, al recibir el balón, lo lanzaba al delantero centro, que había avanzado a situarse debajo del cesto, desmarcándose





del centró contrario, aprovechándose que éste, por estar de espaldas al avance, perdía tiempo en girar y avanzar a marcarle de nuevo (fig. 2.<sup>a</sup>).

Otras veces se hace la jugada preconcebida partiendo de un saque de costado o también en un momento cualquiera del juego a una señal convenida. Cada equipo suele tener varias de estas jugadas preparadas para desorientar al contrario sobre la que va a poner en ejecución.

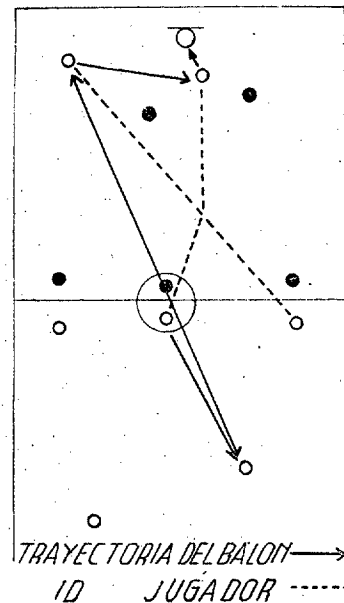


Fig. 2.<sup>a</sup>

Aparte de esta clase de jugadas, la compenetración entre jugadores habituados a actuar juntos hacen que den resultado otras jugadas improvisadas sobre la marcha del juego.

Por lo que respecta al juego de defensa, diremos que su misión es la de frustrar las jugadas contrarias y, sobre todo, apoderarse del balón para pasar al ataque.

Hay dos procedimientos esenciales de defensa: «por zonas» y «hombre a hombre».

En el primero se considera dividido el terreno de juego en tantas zonas como jugadores, encomendando a cada uno la de-

fensa de la zona asignada contra cualquier jugador contrario que en ella penetre.

En el segundo, cada jugador se encarga de marcar a un contrario determinado, siguiéndole en sus desplazamientos por todo el campo y disputándole el balón que le sea lanzado.

Ambos sistemas no suelen aplicarse de un modo absoluto; lo más generalizado es una adecuada combinación de ambos.

La defensa cerrada es una modalidad caracterizada por la intervención de los cinco jugadores, constituyendo a modo de barrera en su zona de defensa (renunciando momentáneamente al ataque), a distancia conveniente para que los «tiros» contrarios tengan poca probabilidad de éxito.

**Entrenamiento.** — Debe comenzarse por la lección de Gimnasia educativa, en la que se intensificarán determinados ejercicios (extensores de brazos, dorsales, saltos, etc.), que nos facilitarán el lanzamiento, en precisión y fuerza, del balón, así como la adopción de actitudes de extensión, muy marcadas en este juego.

Procederemos después, por la repetición de los movimientos del juego, a automatizar éstos, con las ventajas ya consignadas.

Citaremos varias de las formas más usuales de proceder.

**Coger y pasar el balón.** — 1. Colocados los jugadores en círculo, se pasan el balón, por pases cortos y en un orden irregular, o también colocado uno de ellos en el centro, lanza desde allí pases a diferentes alturas.

2. Colocados los jugadores en dos columnas, con 4 ó 6 metros de intervalo, los dos primeros (uno de cada columna) se pasan el balón recíprocamente por pases adelantados, pasando al llegar al final del campo a colocarse en los últimos lugares y continuando los siguientes (fig. 3.<sup>a</sup>).

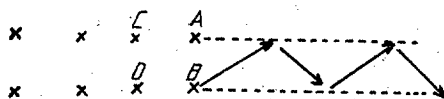


Fig. 3.<sup>a</sup>

3. En la misma formación anterior, los jugadores, en vez de desplazarse longitudinalmente, avanzan por diagonales. El A tira a B y va a colocarse delante de él, recibe el balón y lo lanza de nuevo al B, que se habrá colocado en el costado opuesto, etcétera (fig. 4.<sup>a</sup>).

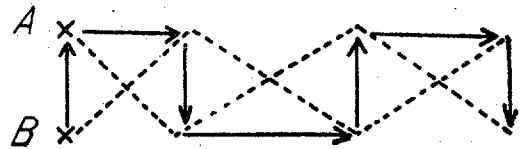


Fig. 4.<sup>a</sup>

**Bote.** — En la misma formación anterior, B bota el balón, lo recoge y lanza a A; éste lo bota, recoge y devuelve a B, etc. (fig. 5.<sup>a</sup>)

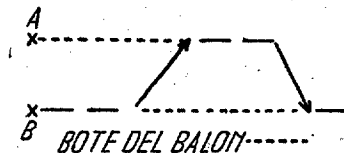


Fig. 5.<sup>a</sup>

**Pivote.** — Dispuestos los jugadores en una columna. El de cabeza avanza con el balón, lo coge y pivota, enviándolo por pase al siguiente; éste repite lo mismo, etc.

**Regate.** — Los jugadores en dos columnas, dándose frente. El A avanza con el balón, hace regate al B y pasa al C. Este hace lo propio, regateando a D y lanzando a E (fig. 6.<sup>a</sup>).

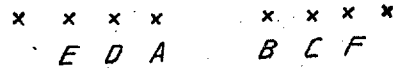


Fig. 6.<sup>a</sup>

**Prácticas de defensa.** — Por grupos de tres jugadores, de los que uno trata de pasar a otro marcado por el tercero, practicando indistintamente, bote, regate o pivote.

**Tirar al cesto.** — Se empieza por lanzar a pie firme, desde diferentes distancias, cuidando del efecto a imprimir al balón y sin olvidar la práctica del «tiro libre».

Se procede después a tirar saltando sobre el propio terreno y por último, se tira sobre la marcha, bien avanzando con el balón o al recibir un pase adelantado.

Una forma característica de tirar al cesto en los preliminares o en el intermedio de los partidos es la siguiente:

Colocados los jugadores en dos columnas oblicuamente al cesto, el A avanza con el balón y tira a tanto, pasando al final de la otra columna; recoge el B, que pasa al C, el que a su vez avanza y tira a tanto, etc. (fig. 7.<sup>a</sup>).

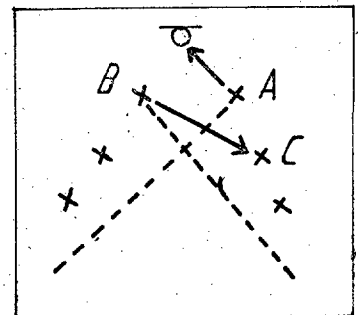


Fig. 7.<sup>a</sup>

Por último, una vez que se va adquiriendo la mecánica del juego, se procede a jugar partidos cada vez de más duración, hasta llegar al tiempo reglamentario.

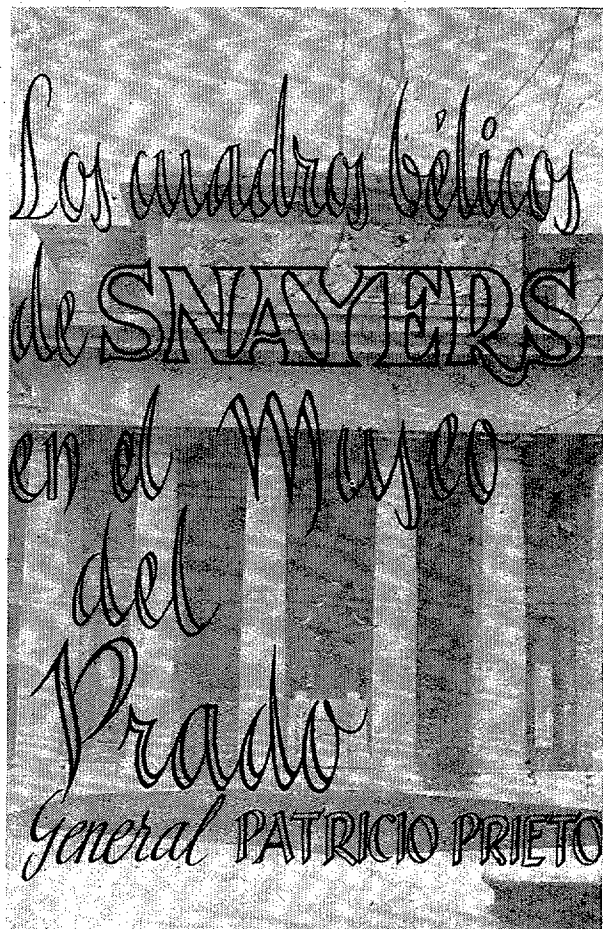
## I.—ONCE CUADROS DE BATALLAS DE SNAYERS

Reseñados en los números 25 y 34 de esta REVISTA nueve de los once cuadros de asunto bélico, que, en unión de dos perdidos, se pintaron en los primeros lustros del reinado de Felipe IV para ornamentación del nuevo Palacio del Retiro, debería fijarse la atención ahora en la pareja que completa dicho conjunto; pero circunstancias de oportunidad nos mueven a ocuparnos antes de otros, alegóricos, como ellos, de hechos de armas evocadores de pasadas glorias. Nos referimos a una serie que, por coincidencia singular, está constituida asimismo por once ejemplares, y que es debida al pintor flamenco Peter, Pieter o Peeter (Pedro) Snayers. Respecto a ella vamos a consignar algunas particularidades, en lo que afecta a interpretaciones históricas, que pueden presentar cierto interés.

De Snayers hemos dicho ya algo en estas páginas, en febrero de 1942. Añadiremos que acerca de su personalidad artística, de su mérito y de sus obras existe bastante desorientación y disconformidad de pareceres en los libros consultados y tendencia a subestimar a veces su valer. Para nosotros es pintor interesante, dada la especialidad que cultivó y por estar representado en nuestra Pinacoteca Nacional con diecisiete cuadros y con alguno más en la Academia de San Fernando. Nació en Amberes, en 24 de noviembre de 1592, y falleció en Bruselas después de 1666, ya que se conoce su signatura de 1667 en facsimile del diccionario de E. Bénézit. Pasa por discípulo de Vranx, y algunos le suponen maestro de Van der Meulen, el pintor de las batallas de Luis XIV. Dicese que Rubens y Van Dyck elogiaron mucho sus aptitudes; y lo que sí es cierto es que en uno de los Museos de Munich se conserva su retrato, de mano del último, del que acompañamos una reproducción, que se califica de "maravilloso" en la monografía dedicada a esa ciudad en la colección Les Villes d'Art Célèbres. Fué pintor de los Archiduques Alberto e Isabel y del Cardenal Infante, y se dice que también de sus sucesores en el Gobierno de Flandes el Archiduque Leopoldo Guillermo y el segundo don Juan de Austria. En el diccionario Neues allgemeines Künstler Lexicon, de Leipzig, se lee que se distinguía extraordinariamente en teoría y en práctica; que era hábil en todas las variedades de la pintura, como retratos, cuadros de historia y de género, y especialista en el paisaje y las batallas; que su dibujo resultaba digno de alabanza; por todo lo cual sus obras fueron estimadas (aquí hay exageración) tanto como las de aquellos dos pintores. Por nuestra cuenta añadiremos que sus cuadros de batallas, además de composiciones pictóricas propiamente dichas, vienen a ser a modo de documentos descriptivos de las fortificaciones de la primera mitad del siglo XVII. Ha sido pintor poco estudiado en España, ya que en la larga lista de libros y artículos dedicados a él, que se inserta en el diccionario alemán de Thieme y Becker (Leipzig, tomo XXXI, 1937), no hay ninguno editado en nuestro idioma.

Los once cuadros de batallas de Snayers están situados en los pasillos adyacentes a las salas de Goya, y en ellos se alude, con el pormenor que especificaremos, a los sitios de varias plazas enclavadas en Flandes y en el Norte de Francia, y, cosa que hemos tenido la fortuna de descubrir, al de 1646 de la nuestra de Lérida (1).

A las operaciones del sitio de Breda, que terminaron con su rendición en 5 de junio de 1625, están dedicados los que llevan los números 1.743, 1.747 y 1.748. El reciente catálogo de 1942 admite que el primero alude a la reconquista por los españoles de dicha plaza en 1648; operación que no existió nunca, pues Breda se perdió para siempre en octubre de 1637, y únicamente se intentó, según el historiador General Almirante, una sorpresa nocturna en 14 de junio de 1640, que fracasó. Recuérdese que el Príncipe de Orange, Federico Enrique de



(1) Véase en ABC de 18 de octubre de 1942 el artículo titulado "Aclaración artístico-histórica".



El pintor Peeter Snayers,  
cuadro de Van Dyck.—Museo de Munich.

Nassau, que se había hecho dueño de Breda en dicha fecha, murió en 13 de marzo de 1647, y tanto por esa causa como por estar muy adelantadas las negociaciones para la paz de Westfalia de 24 de octubre de 1648, que se había iniciado en julio de 1643, durante 1647 y 1648, se mantuvo un armisticio tácito con los holandeses, y la guerra en Flandes y en el Norte de Francia se hacía ya entonces exclusivamente entre esta última nación y la nuestra. Si se mira el cuadro con algún detenimiento, se verá que las fortificaciones que figuran en él son las mismas que las de los otros dos; las exteriores, con respecto a la plaza, o sea las que habían constituido la "contravalación" y "la circunvalación", fueron destruidas después del sitio de 1624-1625, para que no sirvieran de apoyo en otros ataques de los holandeses; y por ello, al investirla Federico Enrique en 1637, ya no existían. El número 1.747 se refiere especialmente a la entrada en Breda de la Infanta Gobernadora Isabel Clara Eugenia, a los pocos días de la rendición, cuando ya no había combates, aunque no haya querido prescindir de éstos la imaginación del artista. Va escoltada por Spínola, y en el cuadro se la ve con el hábito que vistió al quedar viuda en 1621. Acaso el lienzo anterior sea una variante o réplica

de éste, ya que en él se encaminan hacia la plaza varios coches, y en uno de ellos se distingue a una dama.

Como la orientación con que se presentan estos tres cuadros puede inducir a error, conviene tener presente que el Norte corresponde en ellos al vértice inferior de la izquierda, y que la línea Norte-Sur debe entenderse trazada sensiblemente sobre la diagonal que parte de él. Hay que advertir, además, que en el número 1.748, que viene llamándose Vista caballera del sitio de Breda, existe una cartela, en italiano, explicativa de posiciones, y que en ella están trocadas las verdaderas de los campos de los Jefes Balançon y Baglioni. Y tal pormenor no deja de tener importancia, pues nosotros creemos que este cuadro pudo servir de antecedente en la composición del de Las Lanzas, de Velázquez; y así resulta en el último que, debiendo aparecer la plaza a la izquierda del espectador, por estar, según los relatos del cronista padre Herman Hugo, testigo presencial, Spínola y su grupo en el campo de Balançon, queda a la derecha por haberse colocado a esas personas en el lugar que correspondía en realidad al campo o cuartel de los italianos de Baglioni. Peeter Snayers no visitaba las plazas representadas en sus cuadros: valíase de planos, croquis o vistas, y sobre estas bases dejaba correr a su fantasía, que no era poca. En la composición de estos tres de Breda tenemos como cosa indudable que utilizara el plano contenido en la Historia del sitio por el jesuita nombrado, que es de 1626, y que reproducimos en el número 25 de esta Revista. Dice el catálogo del Museo que el cuadro número 1.748 estaba en el Palacio Real en 1636 y que lo llevó allí el Marqués de Leganés, y aunque no concreta cuándo, nos inclinamos a pensar que existiría ya en Madrid antes de que se pintara el de Velázquez.

El número 1.744 alude al sitio de Saint-Omer por el Mariscal de Francia Châtillon, y al socorro y liberación, en 16 de julio de 1638, por los españoles al mando del Príncipe Tomás de Saboya, subordinado del Cardenal Infante, que ejerció la gobernación de Flandes por muerte de Isabel Clara Eugenia en el periodo de 1634 a 1641. Los restantes, a excepción del número 1.746, tienen como motivos episodios de esta misma guerra con Francia, que se inició en 1635, a consecuencia de derrotar el mencionado Infante a los suecos en Nordlingen, en 1634, y finalizó en 1660, a causa del tratado de los Pirineos de 7 de noviembre de 1659. Así, el número 1.739 se refiere a un ataque nocturno en el sitio de Lille, y el 1.745, a la toma de Aire, en 7 de diciembre de 1641, por el General D. Francisco Melo de Braganza, Conde de Assumar desde 1636 y Marqués de Tordelaguna en 1642,



subordinado del Infante, que no pudo ver coronados sus esfuerzos contra esta plaza por haber contraído ante ella la enfermedad que le ocasionó la muerte el 9 de noviembre anterior. Melo fué derrotado en 1643 en Rocroy, y a partir de esta fecha no ejerció mandos de importancia. No debe ser confundido con el historiador, de igual nombre, de la primera parte de la Guerra de Cataluña. Portugués como éste, tiene en su abono el haber permanecido fiel a nuestra causa.

En el período de gobierno del Archiduque Leopoldo Guillermo de Austria, que comprende de 1645 a 1654, se señalaron dos años en los cuales se obtuvieron bastantes éxitos, no obstante el desgaste y las dificultades que suponía tener que guerrear en tantos y tan diversos teatros de operaciones. Fué el primero el de 1649. Durante él, D. Luis Pérez de Vivero, tercer Conde de Fuensaldaña, logró la rendición de Saint-Venant en el mes de abril, y este suceso es el representado en el cuadro número 1.742, en el que, por cierto, el panorama se exhibe con la línea Norte-Sur invertida. En mayo siguiente, el Marqués de Sfondrato, subordinado del anterior, rindió a Iprès, suceso que está conmemorado en el número 1.740. Durante el verano se logró socorrer a Cambray, que llegó a encontrarse en situación apurada, y, por fin, en octubre, antes de acogerse a los cuarteles de invierno, Sfondrato obtuvo otro éxito con la toma de la pequeña plaza de la Motte-au-Bois (1). El segundo año de hechos afortunados fué el de 1652; en él Fuensaldaña conquistó en mayo la importante ciudad de Gravelinas, y poco después las de Mardyck y Dunkerque; y nuestro reciente aliado de entonces, Luis II de Borbón, Príncipe de Condé, sitió y ocupó varias, entre ellas Bar-le-Duc. A Gravelinas corresponde el cuadro 1.738, y a Bar-le-Duc el 1.741. De lamentar es que no haya entre los ejemplares de esta serie ninguno alusivo al sitio de Dunkerque, que probablemente se conmemoraría también plásticamente por haber revestido mayor importancia que otros de los hechos representados (2).

(1) Este título Sfondrato, de origen milanés, lo hemos visto escrito, además, de estos modos: Esfonderato, Fonderato, Sfrondato, Sfrondate y Sfondrati. Nuestro General fué pariente del Papa Gregorio XIV, cuyo nombre era Niccolò Sfondrati. Murió gloriosamente en 1652, en el sitio de Gravelinas.

(2) En los catálogos antiguos, a partir de 1854, Aire venía figurando como Acre, sin duda por errata de imprenta; pero no se hizo la corrección sino a partir del de 1873.

En A B C de 27 de diciembre de 1916, D. Félix de Llanos y Torriglia llamó la atención sobre el cuadro 1747, que venía figurando como la rendición de Ostende y era la entrada en Breda, una vez rendida la plaza, de la Infanta Isabel Clara Eugenia. Reconocido el error, quedó éste rectificado al publicarse el catálogo de 1920.

Por último, hay que señalar que en vez de Bar-le-Duc, se venía consignando en los catálogos Bois-le-Duc en el número 1.741, y que la eliminación de este nombre no se hizo hasta el de 1933.



Las continuas desavenencias de los tres Caudillos principales: Fuensaldaña, Condé y el Archiduque, fueron la causa esencial de que no se logran mayores ventajas, y de que no se consolidasen las obtenidas en estos años de las crisis internas en Francia, motivadas por las luchas civiles de La Fronde. En 1656 se inauguró bajo buenos auspicios el gobierno del segundo D. Juan de Austria con la victoria de Valenciennes; pero con la interposición de Inglaterra, al declararse una vez más enemiga de España y aliada de los franceses, se acentuó la nota desfavorable en aquel teatro de operaciones, donde el 14 de junio de 1658 ocurrió el quebranto de las Dunas o Dunkerque, victoria de nuestro anterior amigo Turenna contra Condé, que se juzga de mayor gravedad y trascendencia que el de Rocroy de 1643. Poco después se iniciaron las negociaciones para el casamiento de la Infanta María Teresa con Luis XIV, que trajo consigo el tratado de los Pirineos de 1659, con los quebrantos que no hay por qué recordar, entre los cuales fué uno el de la entrega de algunas de las plazas representadas en estos cuadros de Snayers.

De ellos queda por reseñar el número 1.746; pero, por las circunstancias que en él concurren, merece mención especial.

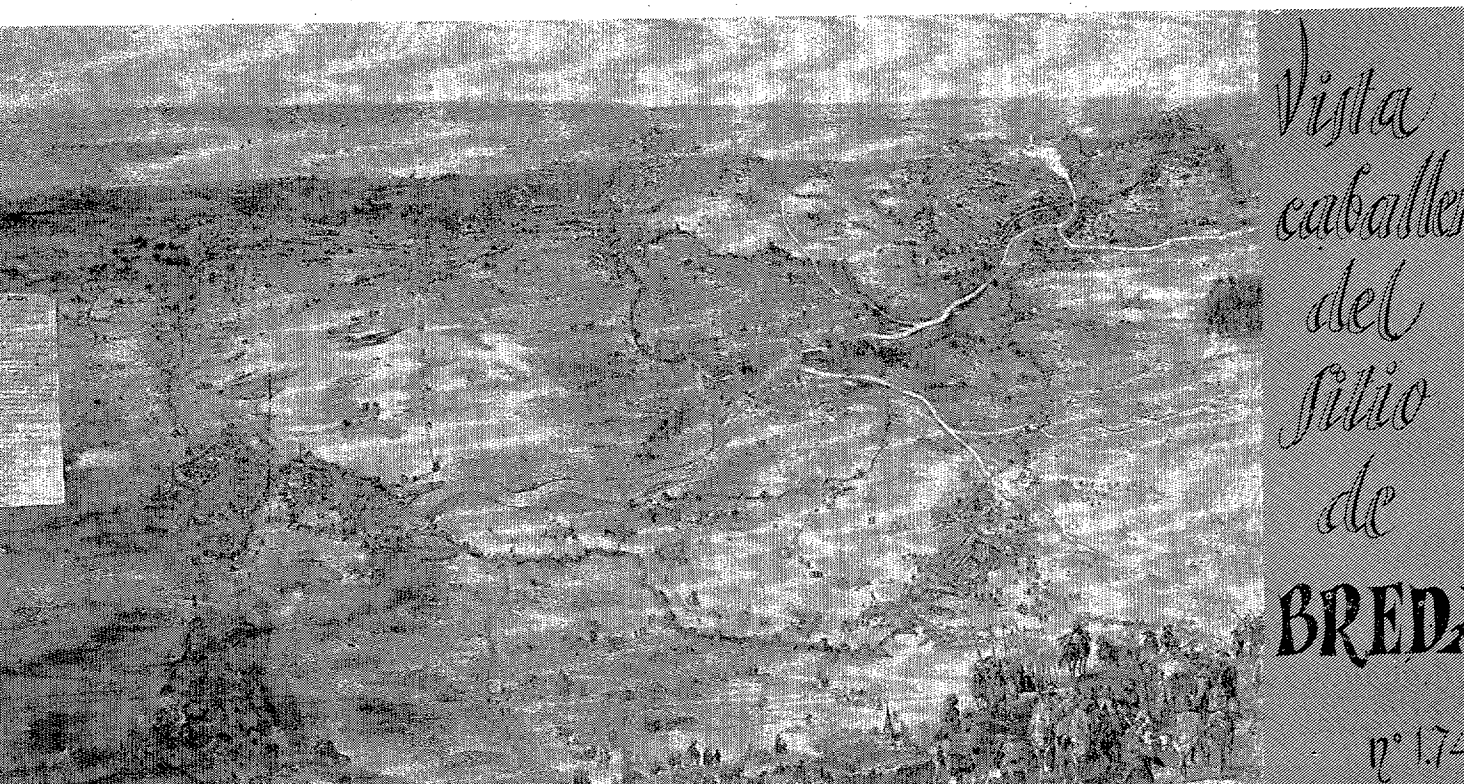
## II.—UNA CONFUSION CASI CENTENARIA

El cuadro de referencia número 1.746, como la mayor parte de los de este grupo, entró en nuestra gran Pinacoteca Nacional en 16 de enero de 1848, sin que, a partir de esa fecha, se haya explicado todavía su verdadera significación, salvo la aclaración indicada de 18 de octubre último.

Aparece por primera vez en el catálogo de Madrazo de 1854, y en él se registra con la indeterminación de ser una plaza, sin decir cuál; y así llegamos al de 1933 y al reciente de 1942, en los que, no obstante persistir en el marco una cartela que reza: "Toma de una plaza-Paises Bajos", se presenta como toma de la plaza de Câtillon (?), si bien ese signo interrogante supone una interpretación hecha con cierta cautela. (1)

Eliminada por nosotros desde el primer momento esa plaza del Norte de Francia, por ser "bicoca" insignificante, que nunca dió motivo a luchas en que hubiesen de intervenir contingentes tan nutridos como los que aparecen en escena, pudimos concretar nuestras investigaciones guiados por la advertencia del catálogo de verse en el paño de una trompeta un escudo cuyos cuarteles centrales tienen calderos y los laterales serpientes (que quieren ser armiños), y como esos atributos corresponden al apellido Guzmán, había que inquirir el pormenor de las vicisitudes del General Marqués de Leganés, que tuvo intervención destacada en las guerras de Flandes, Alemania, Italia, Portugal y Cataluña, y con el que concordaban la corona y la cruz de Santiago, que también se distinguen claramente y que completan aquel blasón. Como resultado de la consulta de libros y

(1) Cambiada ya la cartela, no se ha logrado aún una solución definitiva, puesto que la actual reza Toma de la Plaza de Lérida, y debía decir Socorro de Lérida en 1646.



Vista  
caballer  
del  
sitio  
de  
BRED.

n.º 174



Socorro de SAINT OMER ~ nº 1.744

documentos y de repetidas visitas a bibliotecas, archivos y al Museo del Prado, al dar en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional con un grabado del famoso artista *Hermán Panneels*, que decía ser "Planta del sitio de Lérida en 1646", quedó aclarada la cuestión, toda vez que ofrece igualdad con el cuadro objeto de estudio, como puede apreciarse por las fotografías de ambos, y que seguramente serviría para su composición. Por eso, después de las confrontaciones pertinentes, podemos ya afirmar, sin el menor asomo de duda, que el lienzo de Snayers número 1.746 es el socorro de Lérida en 1646 por el General Jefe del Ejército de Cataluña, D. Diego Messía Felípez de Guzmán, primer Marqués de Leganés desde 1627, con la cooperación de su subordinado el General de la Caballería D. Rodrigo Díaz de Vivar, Sandoval y Hurtado de Mendoza, séptimo Duque del Infantado (1).

Los tres sitios de Lérida de 1644, 1646 y 1647 constituyen legítimas páginas de gloria y pueden dar motivo a un estudio especial lleno de interés, pues aun cuando acerca de sus pormenores se ha escrito bastante, no se han puesto de relieve aquellas particularidades que permitan apreciar en todo su alcance la importancia militar y la trascendencia política de los mismos. Aunque son episodios desarrollados en el ambiente de una guerra civil, pierden el carácter enojoso que por tal causa pudieran ofrecer, pues en los tres se nota ya la reacción del renacido patriotismo de Cataluña, que contribuyó a los éxitos logrados por los soldados de Castilla, Aragón y las otras regiones, con representación de alemanes, napolitanos, valones, borgoñones e irlandeses, sobre la preza de los Generales franceses al vencer y humillar, uno tras otro, a La Mothe, Harcourt y Condé, con la repercusión,

(1) Por la arbitrariedad reinante en la época a que nos referimos en el modo de usar los apellidos, no es de extrañar que los del Infantado, que constan así en varios tratados sobre genealogías, no coincidan con los de Mendoza Rojas y Sandoval, que se le atribuyen en la Icono-Biografía del Generalato español, por el General Carrasco y Sáyz. Su padre era D. Diego Gómez de Sandoval, hijo segundo del valido de Felipe III, Duque de Lerma.





## Toma de IPRES · n° 1740

además, de que retenida Lérida en poder de España, contribuyó a hacer menos onerosa la paz de Westfalia en 1648, en cuya laboriosa tramitación las pretensiones de Francia sobre toda Cataluña pudieron ser rechazadas por nuestros plenipotenciarios al presentar como argumento sus repetidos fracasos ante aquella plaza.

Por falta de espacio habremos de limitarnos hoy a recordar algo de lo sucedido, y en evitación del reproche de parcialidad, mencionaremos párrafos de las Mémoires de François de Paule de Clermont, Marquis de Monglat, Maestre de Campo del Regimiento francés de Navarra (Amsterdam, 1727), cuyos relatos de las guerras de Francia y España, de 1635 a 1660, pasan por ser autorizados y estar exentos, en lo que cabe, de pasión (1).

En 1644, Lérida, con guarnición francesa, se vió amenazada por el Ejército español del General D. Felipe de Silva, a quien ya tuvimos ocasión de citar en otro artículo, con motivo de la batalla de Fleurús de 1622. El Mariscal La Mothe, que acudió al socorro de la plaza, fué batido por aquél en Bellpuig, en 15 de mayo, y al retirarse sufrió el destrozo de su retaguardia y la pérdida de todo el tren de equipajes y de la artillería. Al fracasar a continuación, ante Tarragona, quedó Lérida abandonada a su suerte y se rindió. Los sitiados salieron de la plaza el 31 de julio; el 2 de agosto entró en ella Silva, y Felipe IV, que había seguido las operaciones desde Fraga, siendo ésta la primera y única vez en que se puso en contacto con sus tropas, lo hizo el 7 de dicho

(1) A nuestro juicio, lo más interesante, entre lo moderno, escrito en nuestro país acerca de estas operaciones, es El sitio de Lérida en el año 1646, llamado Sitio de Santa Cecilia (Lérida, 1916), por el Canónigo D. Juan Ayneto, y el estudio biográfico sobre el Gobernador Brito y su intervención en los sitios de 1646 y 1647, por D. Manuel Jiménez Catalán, en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos de 1918 y 1919.

Los documentos de la época existentes en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional (signaturas 2.374, 2.376, 2.377 y 2.378) pueden conceptuarse como excelentes fuentes de información para investigaciones de primera mano. El desapasionamiento que consienten los trescientos años transcurridos desde que fueron redactados, constituye la mejor base para su más acertada interpretación.



Socorro de Lérida en 1646.—Núm. 1746.

mes. Otro grabado, inferior al de Panneels, se dedicó a este sitio, y la intervención regia dió motivo para que fuera conmemorado también con una comedia de Lorenzo de Prado titulada *El sitio de Lérida*, mediana pieza literaria, cuyo original existe en la mencionada Sección de la Biblioteca Nacional (signatura 16.934), lo mismo que el aludido grabado (manuscrito 2.376).

Ocupada desde 1644 la plaza por los españoles, y gobernada desde 9 de enero de 1646 por el General de Artillería D. Gregorio Carballo de Brito, ya el 7 de abril éste atacó y destruyó el puesto de Termens, sólidamente fortificado y guarnecido, mediante una hábil y bien preparada sorpresa, que le hizo dueño de artillería y provisiones, después de causar muchas bajas al enemigo y de cogerle prisioneros. En los comienzos de mayo apareció ante Lérida el Ejército francés, mandado por Enrique de Lorena, Conde de Harcourt, que había sustituido al depuesto y procesado La Mothe; y en el transcurso de este mes las salidas de Brito causaron pérdidas al sitiador, que tuvo que lamentar la muerte del segundo Jefe, Conde de Chabot, y la de su sucesor, el Marqués de Gèvres. En septiembre acudió al socorro de la plaza el Marqués de Leganés, venido del teatro de la guerra de Portugal, y en octubre hubo combates en las proximidades para entorpecer la llegada de recursos al sitiador, en los cuales intervino ya eficazmente, al mando de la Caballería, el Duque del Infantado. El 20 de noviembre simuló Leganés un movimiento de diversión o de retirada por Algeziras, como si tratara de dirigirse hacia Flix, Mequinenza y Fraga; pero, y esto es lo más interesante, volvió sobre sus pasos, y en la noche del 21 sorprendió al enemigo, y empezó por deshacer al Regimiento de Champagne y causar la muerte a su Maestre de Campo el Conde de Origní, por lo que dice el Marqués de Montglat: "Al saberlo D'Harcourt y al ver el desorden de su Ejército, recogió las tropas que pudo y se retiró hacia Balaguer, no sin dejar en poder de los españoles sus cañones y bagajes. Así, este Conde, que había sido siempre victorioso, aun contra el Marqués de Leganés en Italia, sufrió en esta ocasión la inconstancia de la fortuna, que dió el éxito al que habitualmente él había sabido vencer." El lugarteniente Courvonçes resultó con un brazo roto. Harcourt se dirigió a Cervera y luego a Barcelona, de donde tuvo que marchar a su país por haber sido relevado por este fracaso, que le costó muchas bajas, la pérdida de los cañones, incluso los llamados "doce Apóstoles de Perpiñán", y la del material de puentes y de campamento, juntamente con gran cantidad de víveres y de municiones.





Grabado de Herman Panneels.—Planta del sitio de Lérida en 1646.—(Biblioteca Nacional.)

En el personal de nuestras filas hubo también que lamentar bastantes pérdidas, figurando entre los muertos el Maestre de Campo D. Alonso de Villamayor.

De nuevo, en 12 de mayo de 1647, Lérida, al mando todavía de Brito, se vió amenazada por Luis II de Borbón, Príncipe de Condé, de amarga memoria por su victoria de Rocroy en 19 de mayo de 1643. El inició el cerco por la derecha del Segre, mientras su Teniente Marsin lo hacía por la izquierda. El 27 abrió la trinchera contra la ciudadela, el castillo de Gardeny y la plaza. Al ataque contestó Brito con salidas, en una de las cuales causó la muerte al Mariscal de Batalla Caballero de La Vallière, el autor de Practiques et Maximes de Guerre, y en la de 6 de junio se apoderó de artillería e hizo 500 bajas. Lo que sucedió, en resumen, nos lo refiere Montglat en sus Mémoires de este modo: "Condé temió ser atacado y forzado en sus líneas, y con la pérdida de sus tropas causar la de toda Cataluña. Por ello, contra su temperamento y su inclinación, se decidió a levantar el sitio el 17 de junio y se retiró a Cervera." Y añade, a título de comentario: "Todo el mundo decía que Lérida era el escollo u obstáculo (écueil) donde fracasaban los más grandes Capitanes de estos tiempos, los cuales no habían fallado en ninguna otra empresa, sino en ésta" (1).

(1) La correspondencia de Brito acerca de este sitio, que radica en el manuscrito de la Biblioteca Nacional (núm. 1.441), ofrece gran interés. Dice que la plaza recibió 6.884 proyectiles de cañón y que el sitiador tuvo 4.000 bajas. Iniciado el cerco el 12 de mayo, el 22 comenzó a actuar la Artillería del enemigo, que intensificó sus fuegos el 27. El 31 llegó ya al camino cubierto y emprendió el ataque por la mina por tres puntos distintos. El efecto salidas en los días 1, 3, 6, 11 y 13 de junio, y en esta última resultó herido en la cara y en una pierna, por "dos peladillas de Vizcaya", a pesar de lo cual siguió al frente de sus tropas.

Volviendo sobre el cuadro, ya que éste constituye motivo importante en este artículo, digamos cómo creemos que pudo ser realizado. Es indudable que entre el Marqués y el artista existía alguna relación. Lo prueba que en la colección de pinturas del primero, que llegó a contar con 1.333 ejemplares y que era quizás la mejor de la época, figurasen bastantes del segundo, y, sobre todo, que hubiese en ella, por lo menos, un retrato de Leganés de mano de Snayers, que estuvo después en la galería de la casa del Conde de Altamira, sucesor del Marqués, la cual fué deshecha en 1870 (1). La victoria de Leganés en Lérida constituía su éxito acaso más resonante, y, por otra parte, significaba el desquite contra de Harcourt de la derrota que éste le había infligido seis años antes en Casal (Italia). Era lógico, por tanto, que quisiera perpetuarla y que pensase, al efecto, en el pintor especialista de batallas, al cual seguramente había conocido en Flandes. Para la ejecución del cuadro empezaría por encargar al mejor artista del buril de entonces, Hermán Paneels, natural de Amberes y establecido en Madrid, el grabado de referencia, cuya composición, en su conjunto y pormenores, debió de ser inspirada por él, sin olvidar la particularidad de que apareciesen los nombres al pie de los dos jinetes principales. Añadiendo al grabado las armas de éstos, había ya lo bastante para que el buen pincel de Snayers dejara exornadas con la aureola de un hecho glorioso, y en la proporción adecuada, las figuras de ambos personajes. Tal es, a nuestro juicio, el proceso seguido en esta pintura, en la cual aparecen el Marqués y el Duque, y junto a sus personas, los respectivos blasones, si bien los del segundo no se distinguen con precisión. Creemos, por tanto, que el Marqués encargaría el cuadro para su colección, y que al morir él en 1655, o al extinguirse con el tercer Marqués, su nieto, la rama masculina de la Casa, pasase, por compra o donación, como pasaron otros muchos de sus lienzos, a enriquecer las colecciones reales que después fueron la base de nuestra incomparable Pinacoteca.

Prescindiendo de las acentuaciones que la vanidad humana haya podido llevar al cuadro y a la estampa de que deriva, es lo cierto que ambos Generales, con la cooperación de otros que se mencionan en la cartela del grabado, rompieron, en sorpresa nocturna bien preparada y ejecutada, la sólida línea de circunvalación, de 41.743 pasos, que oprimía a la plaza y hacía frente al socorro exterior "en toda la perfección a que se extiende la capacidad del arte", y luchando dentro de ella durante cinco horas "de poder a poder", según expresiones de Leganés a Felipe IV al dar cuenta del hecho en carta del 22; con lo que al vencer y humillar al Conde de Harcourt, y al obligarle a huir y levantar el sitio de Lérida de 1646, se puso digno remate a la obstinada y activa resistencia, de seis meses y trece días, del glorioso artillero D. Gregorio de Brito, portugués de nacimiento y siempre leal, que por su comportamiento en este sitio y en el siguiente de 1647 fué ascendido a Capitán General de la Artillería en Cataluña y agraciado con una Encomienda de la Orden de Calatrava, con una pensión de 2.000 ducados y con el título de Vizconde de Termens. Había nacido en Lisboa en 1600 y murió en Zaragoza el 6 de abril de 1648, por lo que pudo disfrutar poco de sus éxitos. Fué enterrado en la iglesia del Pilar. También a los dos Generales, que ya no figuraron en el sitio de 1647, se les recompensó ampliamente. Al Marqués de Leganés se le nombró Vicario General de las Armas del Rey y Teniente General de todos los Ejércitos, lo que suponía ampliación de sus atribuciones y equiparlas a las de Generalísimo. Desempeñó muchos cargos importantes; pero sin llegar a ser Virrey de Nápoles, como se lee en alguno de los apuntes biográficos que se le han dedicado, conjundiéndole con D. Ramiro Núñez Felípez de Guzmán, Duque de Medina de las Torres, yerno que había sido del Conde-Duque de Olivares. El Duque del Infantado, que, según Alvarez Baena, en Hijos de Madrid ilustres, "metió el socorro de Lérida arriesgándose tanto en esta ocasión que se tuvo por prodigio el que escapase salvo, bien que perdió el caballo y quedaron destrozados muchos capitanes", fué nombrado Embajador en Roma y después Capitán General y Virrey de Sicilia. Murió sin sucesión en 1.657. Leganés al dar cuenta del hecho había dicho de él "que se portó con el valor correspondiente a su sangre".

Tales son, a grandes rasgos, las notas aclaratorias que permiten disipar las confusiones que venían rodeando al cuadro del Museo del Prado número 1.746, y que consienten definir su verdadera significación de hecho memorable en los anales de nuestra Historia Militar.

Recordaremos, para terminar, que en 11 de noviembre de 1707, con motivo de la Guerra de Sucesión, ganó la plaza de Lérida, por capitulación, el Duque de Orleans, del partido de Felipe V, al Príncipe de Darmstadt, representante del Archiduque Carlos; y que en 1810, en la Guerra de la Independencia, cayó en 14 de mayo, a consecuencia de nuevo sitio en poder del general Suchet, quien, al dar parte del hecho a Napoleón, decía, recordando las tristes etapas del siglo XVII, "que los soldados del gran Emperador saben superar a los de Luis XIV". Por fin, señalemos la deficiencia observada en estudio de tanta significación como el titulado *Journaux des sièges faits ou soutenus par les françaises dans la Peninsule de 1807 à 1814*, por J. Belmas, París, 1837, al mencionar todos los sitios, excepto el de 1646, acaso por atribuirle solamente la significación de un bloqueo. Acreditada en todo tiempo la importancia militar de Lérida y de la línea del Segre, ha quedado ésta confirmada una vez más en el curso de la gloriosa Cruzada.

(1) Al leer en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones, de marzo de 1898 a febrero de 1899, la reseña de la colección de pinturas del Marqués de Leganés, hecha por el Sr. Poleró, hemos deducido que entre el gran número de cuadros de ella que se admiran hoy en el Museo del Prado, están los de batallas de nuestro pintor, pues todos o casi todos formaban parte de la misma.

# Psicotecnia

## (ALGUNAS OBSERVACIONES DE ORDEN PRACTICO)

Teniente Coronel de Infantería ALBERTO RODRÍGUEZ CANO,  
Doctor en Medicina; de la División Española de Voluntarios en Rusia.

**H**E recogido mis observaciones en la Escuela Nacional de Psicotecnia. La Escuela se ocupa de la clasificación de inteligencias y aptitudes. El loable objeto que persigue es sacar del conjunto de niños de los colegios los más inteligentes y aptos para, con la ayuda del Estado, obtener el mayor rendimiento posible de estos niños superdotados. Otra misión es la de elegir los individuos que llenan mejor las condiciones exigibles para el desempeño de una profesión en lo que se refiere a inteligencia, atención, memoria, tiempo de reacción ante un estímulo visual o auditivo, etc. En lo que seguramente han trabajado más es en la selección de los conductores de automóviles; nuestra Escuela de Automovilismo de Ejército ha utilizado también los servicios de la Escuela para la elección de sus conductores.

Ultimamente, la Escuela de Automovilismo ha instalado un gabinete psicotécnico, con objeto de hacer allí el trabajo que se hacía en la Escuela. También han instalado gabinetes, o están en vías de instalación, en el Ministerio del Aire y en el Departamento Marítimo del Ferrol; el objeto concreto de estos laboratorios y su plan de trabajo lo desconozco. Yo invitaría a los encargados de estos laboratorios hiciesen comunicaciones en la revista EJERCITO de los resultados que fueran obteniendo, sobre todo en lo que se refiere a la comparación de lo obtenido en el gabinete, con lo que se vea posteriormente en la práctica.

Mi propósito al comenzar el estudio de la Psicotecnia ha sido el ensayar un procedimiento que llevase a la clasificación de las inteligencias y aptitudes de los reclutas a su llegada al cuartel, para dar

a cada uno, aparte de la instrucción general común a todos los soldados, la especialidad o empleo que más corresponda a sus aptitudes.

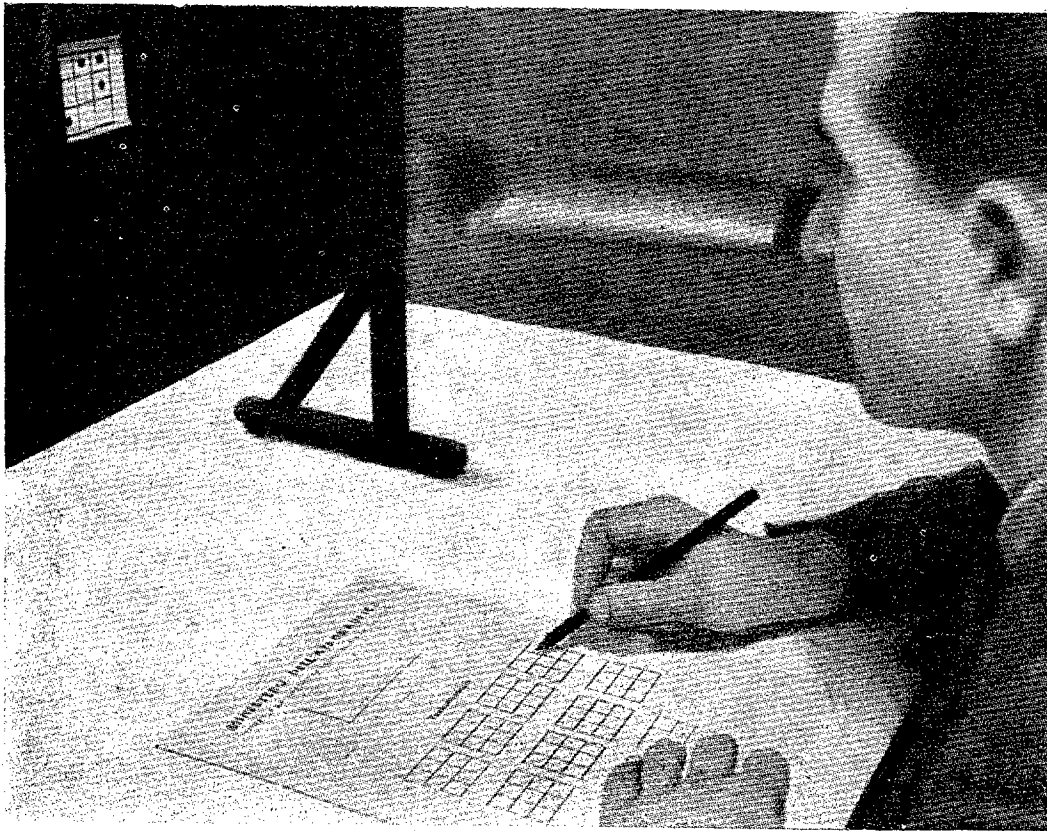
Actualmente, los soldados son seleccionados por las aptitudes que van demostrando y también por sus aspiraciones, con lo cual es cierto que la clasificación queda hecha, pero en forma demasiado primitiva y lenta.

A la movilización de los Estados Unidos en la guerra pasada acudió una masa de hombres sin instrucción militar difíciles de clasificar desde ningún punto de vista. Entonces recurrieron al sistema de "test", y se hizo la clasificación de los reclutas con arreglo a los resultados obtenidos. Ese Ejército vino a Francia y combatió sin que se le presentasen grandes dificultades. Del resultado del sistema no se ha hecho, que yo sepa, un estudio crítico que hubiese sido de gran interés.

Decidido a hacer una experiencia en este sentido, también me he servido del sistema de "test", y, contando con la aprobación y apoyo de mi Coronel, pedí a los oficiales del Regimiento que se presentasen al examen psicotécnico. La Escuela Nacional de Psicotecnia me facilitó la cantidad de test y modelos necesarios para el examen.

Antes de seguir adelante debo decir lo que es un test. Se trata de una serie de pequeños problemas que se refieren a tipos particulares de actividades mentales; así, hay test de atención, de memoria, de visión de formas, de inteligencia, etc. Los hay desde problemas sencillísimos hasta los casi inaccesibles a inteligencias normales.

Mi propósito en esta primera experiencia era valorizar los test; me explicaré: si acepto que el



*¿Qué eres tú?  
Cómo el Laboratorio de Psicología experimental escruta el espíritu del hombre.*

*Taquiestoscopia. — Sobre la pantalla se ve durante una décima de segundo un cuadrulado punteado. Recordar en que cuadros están los puntos.*

procedimiento de los test es bueno, no tengo más que aplicarlo a los soldados, y los resultados obtenidos los acepto; pero esto no era lícito hacerlo sin comprobación, no porque no me pase del trabajo de la Escuela, sino porque consideraba necesario hacer una revisión en el medio genuino que es el cuartel, tan distinto de la Escuela, y adquirir la práctica necesaria para darme idea de las dificultades que el sistema llevaría consigo al implantarse en el Regimiento.

Entre los test empleados hay multitud que tienen una misma finalidad; por ejemplo, la investigación de la inteligencia espacial. La razón obedece a la diversidad de investigadores que trabajan en el mismo problema y cada uno o cada escuela idea y emplea el que cree más adecuado; cada uno tiene sus preferencias, en lo que influye también la mayor o menor facilidad para la calificación. Es evidente que, llevando bien la investigación, todos los test del mismo tipo, por ejemplo, los de atención, deben conducir aproximadamente al mismo resultado; es decir, que en principio no cabe ser muy bueno en un test de atención y muy malo en otro. Esto era necesario comprobarlo en la práctica, porque, por una larga experiencia, sé que se deben tomar todas las precauciones antes

de llegar no sólo a conclusiones, sino ni siquiera a comenzar la investigación de forma definitiva. Y ésta ha sido una de las finalidades de todo el trabajo que he realizado. Otras finalidades eran el adquirir la práctica necesaria, vivir el problema y darme cuenta de sus dificultades materiales.

Las pruebas elegidas son las que pongo a continuación:

Personalidad. . . . .	} Cuestionario núm. 26 (Mira). } Situaciones difíciles.
Cultura. . . . .	} Dictado. } Operaciones aritméticas (Test núm. 2 } del Instituto Nacional de Psicotecnia).
Atención. . . . .	} Test 89 (Mata). } Prueba de Toulouse-Pieron. } Descomposición de texto (Instituto } Nacional de Psicotecnia).
Visualización. . . . .	} Puntos de Pressey. } Prueba de inteligencia espacial (Ins- } tituto de Orientación y selección } profesional de Madrid). } Prueba espacial (Instituto de Ori- } entación y selección profesional de } Madrid). } Puntos, triángulos y círculos (Insti- } tuto Nacional de Psicotecnia).



Memoria de formas. . . . .	Instituto Nacional de Psicotecnia.	
Capacidad para el dibujo. . . . .	Test de Rupp.	
Inteligencia espacial . . . . .	{ Cubos de Yerkes. Prueba de Thurstone y Jones. Test 76 (Instituto Nacional de Psicotecnia). Series espaciales de Donnaiewsky.	
		{ Permutaciones de cuatro letras. Test 47 (Instituto Nacional de Psicotecnia).
		Inteligencia lógica. . . . .

Estas pruebas han sido realizadas con todos los Oficiales presentes en el cuartel. Se reunían a diario en la Academia y se colocaban cómodamente, con la separación necesaria para que no copiaran unos de otros. Esto era vigilado por mí y por otros dos Jefes.

El cuestionario contiene una serie de preguntas acerca de la vida del sujeto y de sus opiniones más íntimas, difíciles a veces de contar, aunque se quiera, sinceramente. Su objeto es hacer una especie de clasificación moral. Se dejó a todos en libertad para que dejaran en blanco las preguntas que no quisieran contestar, y algunos no contestaron a ninguna: ¿los más sinceros? Ya en la Escuela de Psicotecnia no se fían del cuestionario, y sus contestaciones se toman a título de inventario. ¿Cuál ha sido la mayor emoción de su vida? ¿A quién odia más? Como es natural, nadie se presenta con grandes vicios, y casi sistemáticamente se odia a la misma figura mundial; se desea parecer a Franco o a Hitler; la mayor emoción experimentada en la vida tiene una forma bella. Todo ello nos parece, en principio, demasiado bonito para que sea verdad. Me mostraron en la Escuela N. de Psicotecnia un cuestionario contestado por un niño, como modelo de sinceridad: "¿Quién es la persona a quien odias más?" "A mi padre." "¿Por qué?" "Porque pega a mi madre." "¿Cuál ha sido la emoción más fuerte de tu vida?" "Una vez que mi padre vino borracho y pegó a mi madre." Pero este niño no contestaría así si fuese mayor. Esto no es dudar de la sinceridad de los Oficiales, aparte de que en la mayoría de las contestaciones hay una verdad evidente, como el que contesta que su mayor emoción la tuvo el día en que los milicianos pegaron a su padre delante de él; pero es que hay cosas que se dicen en confesión o en un psicoanálisis, y no se escriben en un cuestionario. *Con todo*

*esto se comprueba que el cuestionario no es útil, y que si se quiere hacer una clasificación de los individuos en su aspecto moral, hay que recurrir a otros procedimientos.*

Se pregunta sobre una situación difícil, poco más o menos, como esta: "Usted ha llegado a Shanghai, no sabe más que el español; va con un amigo que le sirve de intérprete y que además lleva el dinero de los dos. Este amigo se pierde y usted se encuentra solo en la gran ciudad desconocida; ¿qué haría usted y por qué?" Tampoco hay posibilidad de clasificar las contestaciones; cada uno resuelve el problema a su manera, desde el que encuentra una salida fácil y elegante hasta el que, por no encontrar solución, habría de quedar en China toda la vida. En la situación difícil se refleja un poco la personalidad moral y hasta la forma que cada uno tiene de desenvolverse en la vida. Pero la clasificación es imposible. Nos podemos dar una idea de la compleja personalidad de cada uno, pero no como para poder hacer una clasificación. Podéis considerar una solución más acertada que otra, y, siempre desde el punto de vista del examinador, no encontraréis los datos objetivos en ninguna parte.

La clasificación del dictado es por el número de faltas de ortografía.

El de las operaciones aritméticas se clasifica por el número de aciertos; cada operación de suma,



*Sobre el espejo aparece un rotulado que tiene todas las líneas al revés. El ejercicio consiste en descifrarlo.*

resta, multiplicación o división bien hecha, es un punto; se suman los puntos y ésta es la clasificación. Con raras excepciones, todos los test se califican también por el número de aciertos, comparando las soluciones que da el examinando, con un modelo que lleva las soluciones ciertas.

Una vez calificado un test ejecutado por todos (y en la Escuela Nacional de Psicotecnia esta labor se hace después de haber calificado a varios miles; ésta es la conducta correcta en el terreno estadístico), se colocan por orden de calificaciones, dividiendo el número de test en cuatro partes iguales; la cuarta parte mejor calificada es el primer cuartil; la segunda, el segundo, etc. El detalle de cada uno de los test y su calificación no podría ponerlo aquí sin alargar demasiado este artículo.

Bien, con el criterio de comparar los test equivalentes, he hecho la investigación en 83 sujetos, y los resultados, en cuanto a coincidencia, los clasifico en tres porciones, a saber:

Perfecta coincidencia de resultados. . . . .	14
Coincidencia parcial. . . . .	27
Falta de coincidencia. . . . .	32

*Por consecuencia, estos resultados son desalentadores.*

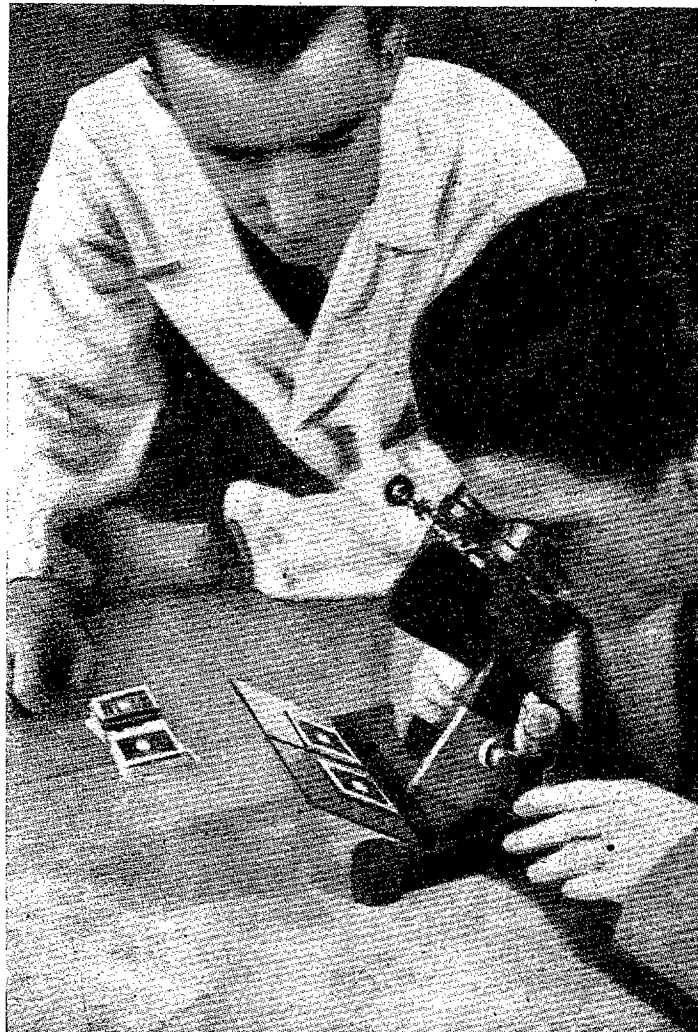
Antes de hacer el ensayo, podríamos haber previsto que el interés por la prueba no sería el mismo en el cuartel que en la Escuela Nacional de Psicotecnia. Las que van a ésta a sufrir el examen, saben que tal vez de él depende su porvenir, y ponen sus cinco sentidos en que les resulte bien; en cambio, en mis oficiales (y más si se hace con los soldados), el interés es el de complacerme, porque en la prueba no se decide nada importante para ellos, como no sea el puntillo de amor propio de no aparecer mal clasificados. Este inconveniente le considero de mucha importancia; tal vez esté en él la falta de éxito de mi experiencia.

¿Debemos por esto desalentarnos y dar por resuelto el problema en un sentido negativo? De ninguna manera. El resultado que he obtenido no nos dice sino que las cosas no son tan fáciles como parecían. Pero el problema se presenta en términos que no admite sea diferido. Concretamente: las Cajas de Reclutas hacen la selección del personal con arreglo a un criterio que todo el mundo, en la actualidad, rechaza. ¿Quién puede sostener que la Infantería, que tiene que realizar los esfuerzos mayores, se lleve a los hombres más débiles de la recluta? ¿Es sólo el criterio de la debilidad el que debe servir para destinar a servicios auxiliares?

No podemos quedar conformes hasta que se destine a cada individuo al servicio más en consonancia con sus aptitudes y hasta que el recluta no lleve al Cuerpo a que sea destinado una ficha en que consten todas sus posibilidades de aprovechamiento. Esto es posible que no se pueda realizar nunca en las Cajas de Reclutas, pero sí durante una educación premilitar bien dirigida.

Nos llegan al cuartel una cantidad de reclutas azorados, separados recientemente de sus familias, recelosos de todo lo que les rodea. ¿Ese es el momento oportuno de hacer con ellos una selección por medio de test, que exigen una gran tranquilidad de ánimo? Creemos que esa conducta sería equivocada, y que si la misma prueba se hiciese a la llegada al cuartel, y un mes después, el resultado sería diferente. Pero no sólo nos interesa conocer a los hombres en lo que se refiere a su inteligencia, sino en un sentido más amplio, teniendo en cuenta su conducta, su patriotismo, su valor, su fuerza física, agudeza de sus sentidos, su capacidad para trabajos colectivos, disciplina, etc. Para esto no sirve un test, ni muchos test.

He leído con verdadera complacencia el artículo *Lo Subconsciente* (EJERCITO, abril 1942, pág. 48),



porque toca el tema importantísimo del conocimiento del hombre, conocimiento indispensable para el mando de tropas. Yo me permitiría aconsejar a mi compañero que continuase sus estudios en este sentido y les diese un carácter experimental. Porque la pregunta ¿qué procedimiento debe emplear el Oficial para conocer a sus hombres y para sacar de ellos el máximo de rendimiento en la actividad más adecuada a cada uno?, está por contestar. Ha llegado el momento de *hacer ciencia* por nuestra cuenta; la cantera de trabajo es inagotable, y los frutos que se obtengan pueden ser de una importancia insospechada. Si en el cuartel, por un gran conocimiento de nuestros hombres, los llevamos por el camino de la disciplina y patriotismo, no sólo habremos cumplido con nuestro deber, sino que, a la vez, habremos hecho un servicio a la Sociedad española.

Volviendo a nuestro tema, creo, en vista de los resultados, que si a los reclutas de mi Regimiento, a su llegada al cuartel, los someto a una prueba de test, sin personal debidamente instruido para realizar la experiencia y sin locales adecuados, el fracaso sería rotundo. En fin: renuncio por el momento al sistema de test, y después de pensarlo detenidamente voy a adoptar un procedimiento que espero se vaya perfeccionando a medida que le vayamos practicando; no encierra novedad importanté, porque en gran parte es lo que han hecho siempre los buenos Oficiales instructores. Para hacer la clasificación de los reclutas dispongo de todo el tiempo que dure su primer período de instrucción. Es ineludible no sólo conocer a los mejores, sino diferenciar a los que más valgan para cada especialidad. Es más: quisiera conseguir no sólo sacar los mejores para tiempos de paz, sino a los que en las condiciones extraordinarias de guerra darían el mejor rendimiento; porque puedo encontrar un hombre que comprenda perfectamente el tiro de una ametralladora antiaérea; pero no sólo debo buscar a un hombre inteligente, sino al que sea capaz de manejar el complicado corrector de puntería cuando tenga encima aeroplanos enemigos.

El problema se plantea, pues, en términos de conocer a los soldados en los aspectos de capacidad física, perfección de sus sentidos y grado de cultura, atención, inteligencia, adhesión al Mando, disciplina, espíritu de iniciativa, valor, serenidad, carácter, personalidad moral, conducta, historia del sujeto y tendencias afectivas. Es mucho, es cierto; pero, para mandar hombres, hay que conocerlos, y, una vez conocidos, será fácil conducirlos.



En el aspecto físico, se harán por el médico las medidas reglamentarias de talla, peso, perímetro, y además se investigará el tipo constitucional, agudeza visual y, si nos es posible, también la visión estereoscópica. Las mediciones se repetirán en el curso de la instrucción con finalidad más bien sanitaria.

El resto de la clasificación de cada recluta se hará por la observación atenta de cada uno, y conversando con él; hasta en el aspecto físico, más importante que las mediciones, es ver al sujeto cómo corre, lanza, trepa, etc.

El grado de cultura se aprecia rápidamente haciendo preguntas adecuadas, una escritura al dictado y algunas cuentas; lo bastante para poder decir: es culto, de mediana cultura, mala o analfabeto.

El grado de inteligencia lo podemos determinar por la mayor o menor dificultad con que aprenden lo que se les enseña en la instrucción. Deben aprender todos el mecanismo del fusil, del fusil ametrallador, de la granada de mano y, a ser posible, del mortero ligero y de la ametralladora pesada. Esto nos puede ser-

vir de test: los que lo aprendan antes y mejor, son los más inteligentes. Y por si es poco, también se les puede calificar en las nociones de topografía que deben aprender.

Por la observación podemos determinar su atención, disciplina, adhesión al Mando, espíritu de iniciativa, carácter, relaciones con sus compañeros, paciencia, alegría.

No creo que haya test de valor; sin embargo, nosotros, en la instrucción, estaremos en condiciones de ver cuál es el soldado valiente: basta ver cómo se lanza a saltar un hombre para que podamos darnos idea de cómo se comportaría ante otros peligros. Además, el valor se desarrolla con la gimnasia e instrucción; hay reclutas que a la llegada al cuartel temen saltar medio metro, y más adelante se lanzan a donde les digan.

El mismo valor, la serenidad, se ven claramente en cada uno cuando dispara su fusil por primera vez, cuando toma la primera granada de mano para lanzarla.

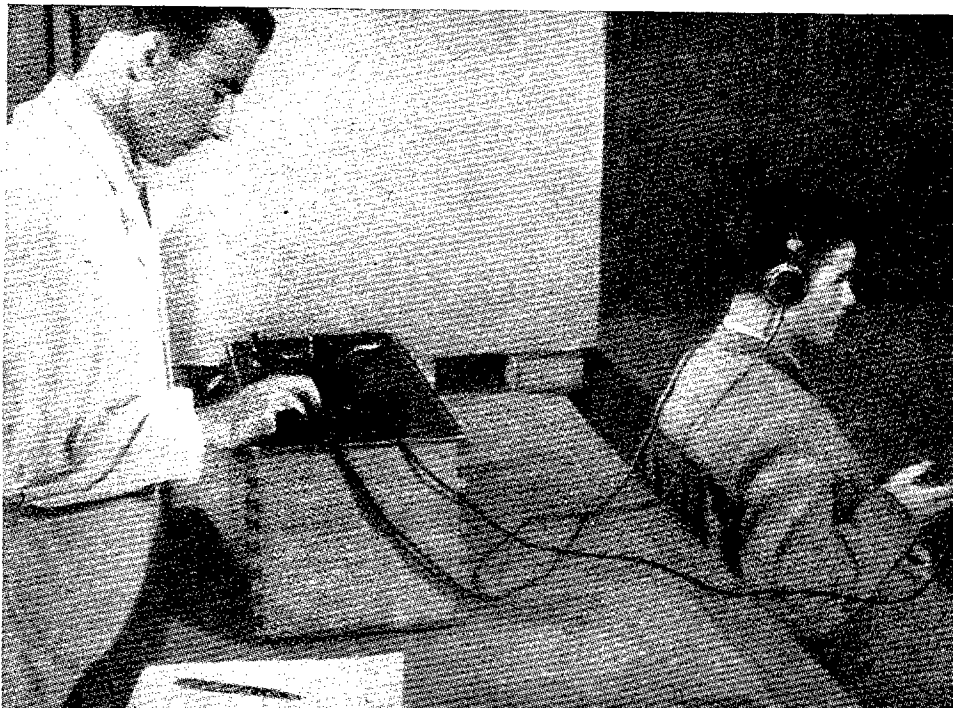
Hay algo todavía más importante para el Mando, que es el descubrir la personalidad moral del soldado, sus tendencias afectivas, hasta sus ideas íntimas, con respecto a conceptos fundamentales como Nación, Estado, Iglesia, Ejército. Esto es importantísimo, porque ha de ser el punto de partida del conocimiento que se tenga de la tropa y de los resortes de su mando. Esto no puede conseguirse más que hablando con cada soldado en particular; con una hora es suficiente.

No se trata de un psicoanálisis, que necesitaría mucho tiempo y un personal adecuado, del cual, por ahora, no se dispone. Debe procederse así: El Oficial lleva al recluta a una habitación, donde quedan aislados; le hace sentar y dice francamente que quiere hablar con él para conocerle mejor. El Oficial debe dirigir la conversación, pero dejando al soldado que hable libremente, con absoluta confianza, como si se tratase de un amigo. Una actitud amable para con el soldado dará un gran resultado y hablará con gran facilidad. Hay que llevar al sujeto a su ambiente: cómo se ha desarrollado su infancia, relaciones con los hermanos, padres, amistades, maestros, asistencia escolar,

juegos de niños, riñas, pubertad, relaciones con el sexo femenino, relaciones con las autoridades, sentimientos religiosos, ideas políticas y sociales, etc. Repito que no se trata de un interrogatorio; es sólo llevar la conversación a donde más interesa, demostrando interés por lo que nos diga, que por otra parte lo tendrá. Inmediatamente después de la conversación, y ya solo, el oficial debe escribir una nota de lo que le parece nuestro soldado.

Debo confesar que no considero una cosa sencilla el dirigir una conversación inspirando a la vez respeto y confianza para que nos cuenten sus cosas más íntimas; éstas deben ser precisamente las características del buen jefe. Se debe dar la sensación de seriedad y la seguridad sin necesidad de decirlo, de que se es capaz de guardar un secreto. He tenido varias conversaciones de este género con varias personas, y los resultados han sido excelentes. Citaré la conversación con un sargento.

Este sujeto era descuidado, cometía faltas; descontento, contestaba desatento a su Capitán; se le habían impuesto correctivos sin resultado, y antes de imponerle mayores sanciones, decidí hablar a solas con él. Entró en mi despacho con desconfianza, que se aumentó cuando cerré la puerta con llave; le dije que quería hablar con él para aclarar su situación, que su conducta dejaba mucho que desear, y que, por su bien, debía serme franco, pues no quería más que ayudarle y que, me contase lo que me contase, yo lo consideraría como un secreto. Este hombre tenía necesidad de contar a alguien lo que le pasaba; me contó, llorando, una tragedia familiar: su padre, preso; su familia, en la miseria. Vió cómo me interesaba por su caso y cómo le escuchaba con interés y paciencia. Le di consejos y ánimos. Desde aquel día, este muchacho se





comportó mucho mejor y, lo que es muy interesante, notaba en su mirada un afecto y una expresión como si quisiera decir: "Tú sabes mucho de mí, me comprendes y eres mi amigo, como yo lo soy tuyo."

Bien comprendo que esto no es fácil de realizar por todos los Oficiales; sin embargo, es preciso prepararse para poder estar en condiciones de saber escuchar y comprender a nuestros hombres.

Cuando me sea posible, trataré de resumir algunos conocimientos de Psicología moderna, Psiquiatría y Psicoanálisis indispensables al Oficial, que están esparcidos en muchos libros y no fácilmente al alcance de todos. Esto no quiere decir que no deba iniciarse el trabajo tal y como lo propongo, aunque en un principio resulte defectuoso; con ello trato de fomentar la afición a estos problemas de un máximo interés.

FICHA. — Al final de la instrucción debe tener cada recluta una ficha en la que se haga un estudio sucinto de todas las observaciones que en él se han hecho y debe constar, me parece, de estas partes:

Nombre, naturaleza, profesión, talla, etc.  
Capacidad física.  
Agudeza visual y auditiva.  
Cultura.  
Atención.  
Inteligencia.  
Valor.  
Carácter.  
Disciplina.  
Adhesión al Mando.  
Espíritu de iniciativa.  
Personalidad moral.  
Conducta.  
Progresos en la instrucción.  
Resumen, opinión del Instructor sobre el recluta.

#### FICHA IMAGINARIA

Fulano de Tal, de tal pueblo, de tantos años; estatura, 1,60; peso, 63 kilogramos.  
Capacidad física.—Mucha fuerza, gran resistencia.  
Agudeza visual y auditiva.—Normales.  
Cultura.—Mediana, la media de un campesino.  
Atención.—Mediana, poco sostenida.  
Inteligencia.—Regular.  
Valor.—Mediano, desarrollado durante el servicio.  
Serenidad.—Se azora fácilmente.  
Carácter.—No bien definido; se lleva bien con sus compañeros y es más bien alegre.  
Disciplina.—Obedece sin gran entusiasmo.  
Adhesión al Mando.—Poca.  
Espíritu de iniciativa.—Casi nulo.  
Personalidad moral.—No tiene un gran concepto del cumplimiento del deber. Hace su servicio porque hay que hacerlo. Concepto oscuro de la Patria. Atracción de la tierra de su pueblo, de su familia. La novia no tiene gran importancia para él; no aparecen otros afectos que le desvíen del sentido amoroso natural. Religioso por la razón de que así se debe ser. No tiene ideas claras en política.  
Conducta.—Algo perezoso; pero en general se comporta bien y puede considerarse como de confianza.  
Progresos en la instrucción.—Táctica en orden cerrado, regular.  
Orden abierto, mejor. Instrucción de tiro, bien. Gimnasia, me-

diano. Instrucción técnica, no ha llegado a conocer bien más que el fusil y la granada de mano. Instrucción moral, apenas si comprende conceptos elevados.

Resumen.—No creemos pueda hacer grandes progresos; poco apto para especialidades.

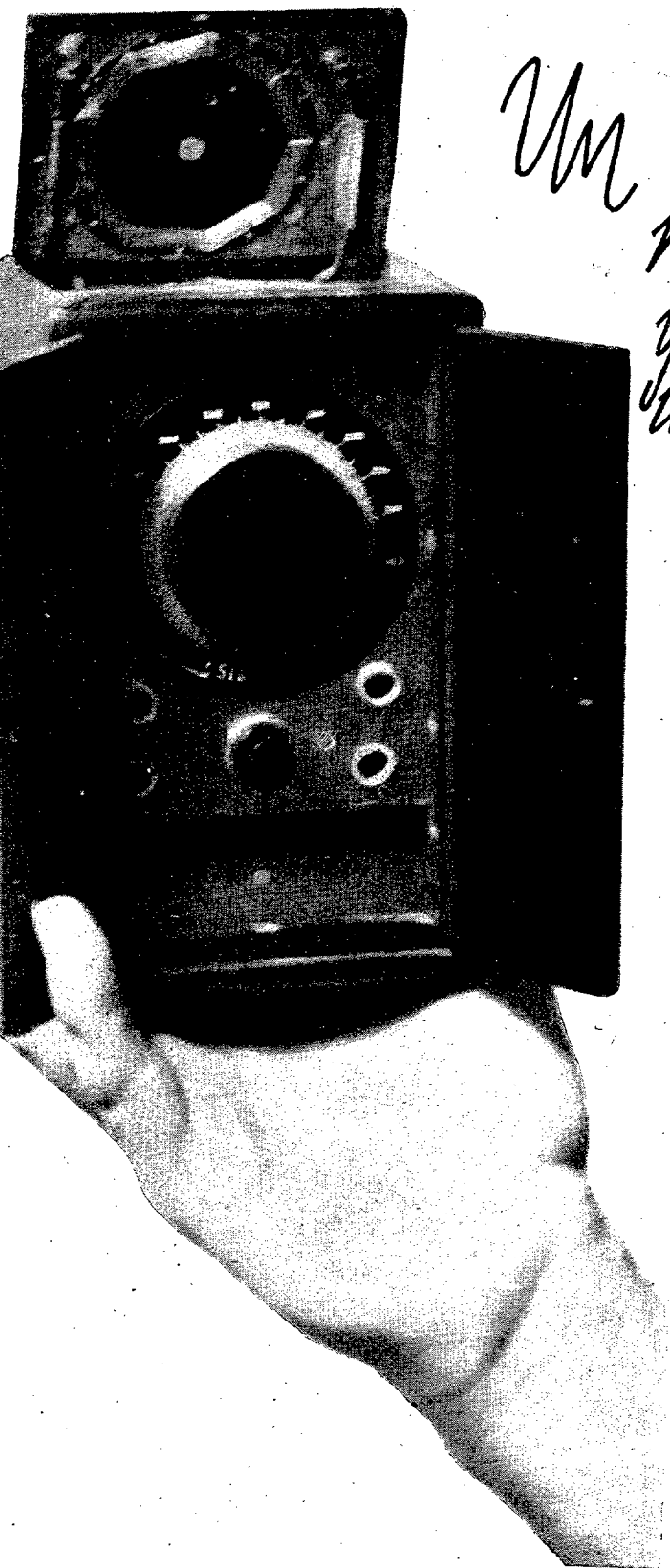
#### OTRA FICHA

Fulano de Tal, bajo, delgado, moreno, de aspecto retraído, empleado de comercio de telas, en su pueblo.  
Capacidad física.—Deficiente.  
Agudeza visual.—Mediana.  
Cultura.—Ha estudiado y leído con desorden. Escribe bien, sabe bien las reglas de Aritmética y conoce algo de Historia y Geografía. No tiene estudios especiales.  
Atención.—Buena.  
Inteligencia.—Buena.  
Valor.—Mayor de lo que se podía esperar de su aspecto apocado.  
Serenidad.—Bien.  
Carácter.—Retraído, se separa de sus compañeros, poco comunicativo.  
Disciplina.—Mediana.  
Adhesión al Mando.—Se ha ido desarrollando durante el período de instrucción.  
Espíritu de iniciativa.—En varias ocasiones ha demostrado poseerlo.  
Historia afectiva y personalidad moral.—Otro hermano más fuerte que él era el preferido del padre. Con frecuencia era maltratado por este hermano. En la casa era considerado como inferior por no ser útil para los trabajos del campo. Su afición a la escuela y libros no eran del agrado del padre, que hubiese deseado tener en él, como en el hermano, una ayuda. Empleado en una tienda, recibió la instrucción que posee en la escuela de adultos, y en ella hizo grandes progresos; entonces se dió cuenta de que valía más para muchas cosas que su padre y su hermano. Leyó muchos libros con desorden. Poco religioso. Sentimiento de Patria un poco retorcido por las lecturas; se ha aclarado en la instrucción moral.  
Conducta.—Buena. Asiste mucho a la biblioteca; en general, es de los mejores soldados.  
Instrucción.—Táctica, regular. Instrucción de tiro, mediana. Gimnasia, mediano. Instrucción técnica, bien. Instrucción moral, bien.  
Resumen.—Apto para trabajos de oficina. Tal vez fuese buen cabo. Muy adecuado para que prendan en él los extremismos. Atraerle cariñosamente.

Estas fichas no pueden considerarse demasiado extensas, y cualquier Oficial instructor las debe poder hacer, aunque al principio no le resulten perfectas. Discretamente conservadas, deben seguir al soldado en todas sus vicisitudes, y a medida que transcurra su servicio se irán ampliando, sobre todo en lo que se refiere a la conducta.

Por el momento, no es tan útil en mi concepto la ficha en sí, como lo que representa de esfuerzo de atención en el que debe recogerla.

Finalmente, yo rogaría a los que tienen a su cargo la instrucción de los Regimientos, que mirasen la aspiración a hacer una buena clasificación de nuestros soldados con simpatía, y que ellos también realicen trabajos con el criterio que aquí se expone o con otro; lo interesante es iniciar estos estudios, discutir los resultados, interesarse, en una palabra, y estoy seguro que de todo ello podrían salir consecuencias aprovechables para la gloria del Ejército y beneficio de España.



Un receptor de  
radio "MINUSCULO"  
y "GRANDE" por su  
utilidad militar

Comandante de Infantería  
JOSE ARTERO SOTERAS  
Profesor de la Academia General.

NUESTRO refranero popular, tan certero y práctico, dice que "el que no ve es como el que no sabe". Si existiese un refranero militar, debería ampliarse el anterior refrán diciendo: "el que no oye es como el que no ve, y el que no ve es como el que no sabe".

En la guerra moderna es de tan capital importancia el ver como el oír, y, pensándolo un poco más, quizá sea más lo segundo que lo primero.

¡En cuántas ocasiones, sin ver, se puede llevar a cabo una acción importante! Si meditamos sobre las misiones de la Aviación, veremos que este Arma necesita mucho más en múltiples situaciones el oído que la vista. La mayor parte de los bombardeos se llevan a cabo de noche, y tanto el piloto como la tripulación completa del aparato, van dirigidos por el oído del radiotelegrafista, y éste es el verdadero responsable del aparato; porque ¿quién sino él es quien dirige el avión en el vuelo a ciegas?

A quien recurre entonces el piloto para la navegación es, indudablemente, "al oído" y a los conocimientos de radio, y de ésta depende el que se lleve a efecto una acción que solamente con buena vista" hubiera fracasado, mientras que un ciego, con buen "oído", la hubiese desempeñado a la perfección. Buena prueba de lo dicho es que todos los pilotos vuelan, pero no todos son capaces de hacerlo a ciegas.

Si del arma aérea descendemos a la terrestre, nos encontramos con las modernas Unidades acorazadas dirigidas y enlazadas constantemente entre sí, tanto por el oído como por la vista, porque no debemos considerar el carro como una individualidad que funciona independientemente, sino estudiarlo encuadrado en la Sección, Compañía, etc., y todo el que haya actuado en carros sabe la gran desorien-

tación que se sufre dentro de estos ingenios y cuán precisa es una "voz" que se haga "oír" a través de la radio de mando y que constantemente pueda corregir y dirigir a estos mastodontes de acero dentro de su zona de acción.

Consideremos ahora la artillería. En qué pocas ocasiones verá el artillero el objetivo y, sin embargo, qué necesario es para él poder oír. El Capitán de la Batería o el Jefe de Grupo no dirigirá sus piezas por lo que "vea", sino por lo que "oiga", tanto en tiro terrestre como en aéreo. La defensa aérea de barreras no se forma de noche (o de día con nubes) merced a las sensaciones recogidas por la vista, sino por lo que registran los fonolocalizadores.

En fin: si estudiamos lo que respecta a la Reina de las Batallas, es cierto que se considera como un axioma que la batalla moderna es la "batalla de los ojos"; pero si estos ojos no son capaces de hacer oír lo que ellos han visto, muy pequeña será su eficacia.

Más no consideremos solamente el oído desde el punto de vista de sentido necesario para la dirección y orientación de las Unidades y del individuo, sino como órgano regulador de la moral y del espíritu del combatiente, aislada o colectivamente considerado.

Nuestra guerra de Liberación ha consagrado universalmente la denominación de "quinta columna" y la de "quintacolumnista"; por tal se considera a todo aquel que contribuye al triunfo de las armas propias no estando encuadrado en ellas, y así cumple con esta misión tanto el que con sus actos inutiliza una industria de guerra, como el que siembra un rumor que puede contribuir a desmoralizar las Unidades combatientes. A pesar de la pequeñez de esta segunda acción, no debemos despreciarla: jamás un enemigo deja de serlo porque éste sea diminuto, y menos cuando los resultados son tan terribles como la debilitación de las energías espirituales del combatiente; por eso cuanto se haga para luchar contra este peligro será poco, y todos los medios que contribuyan a disminuir o neutralizar su acción serán buenos.

¡Cuántas veces un combatiente y hasta una Unidad que desfallecía se han reanimado ante una buena noticia o ante la desaparición de un temor o de un mal presagio sembrado en su conciencia!

En nuestra guerra podríamos contar muchos casos favorables y desfavorables; entre todos, hay dos que bastan por sí solos para ilustrar cuanto antecede, y para comprobar cómo se puede mantener una moral mientras se oye, más aún que mientras se ve.

Estos dos casos son la defensa del Alcázar y la del Seminario de Teruel. ¡Cómo mantenía la esperanza y la fe de los defensores del Alcázar oír la emisora de Portugal, a pesar de no poderse hacer oír ellos mismos! Eran inyecciones constantes de optimismo y de energía las que recibían diariamente los héroes; les bastaba para ello saber que eran ad-

mirados por España entera y que se luchaba por salvarlos; no necesitaban comunicar a nadie que resistirían, y era suficiente saber que confiaban las fuerzas amigas en la resistencia de los defensores.

Y en cuanto al segundo caso, ¡qué optimismo y qué sensación de seguridad no daban aquellos mensajes heroicos radiados por aquellos combatientes! ¡Ellos se sentían más fuertes y más asistidos casi oyendo las voces amigas que viendo! ¡Y qué sensación de vacío no quedó en los que iban en su socorro al recibir el último mensaje, magnífico por su sublime y espartano heroísmo!

Por si fuera esto poco, ¡cuántas posiciones quedaron en ocasiones aisladas y cercadas por el enemigo, y una simple recepción radiotelefónica, mantenida hasta el último momento, consiguió sostener el aliento de los defensores!

Pensando en esto se comprende que el ideal sería conseguir que todos pudieran oír para que en su espíritu y en su corazón reinasen el optimismo, la calma y la fe; mas ya que esto no es factible, se podría tratar de resolver, por medios económicos y sencillos, el tener un aparato receptor por sección e incluso por Pelotón, que permitiera escuchar las emisiones que desde la retaguardia se hacen normalmente para el frente, y que llenasen no sólo la misión de entretener, sino en ocasiones difíciles, la más difícil misión de contribuir a mantener el espíritu de la tropa.

¿Es posible construir un aparato radiorreceptor que pueda cumplir esta misión?

Consideremos primero las condiciones que debe llenar un aparato de este tipo.

En primer lugar, el tamaño debe ser lo más pequeño posible; tan pequeño que pueda caber en una cartuchera o poco más.

Segundo. Debe ser económico en su fabricación, de forma que su precio oscile alrededor de las 100 pesetas.

Tercero. De fácil manejo aun para aquellos que sean completamente profanos, y de tan sencillo esquema que sean casi imposibles las averías (excepto las producidas por golpes).

Cuarto. De fácil instalación en cuanto a antena y tierra se refiere.

Quinto. Económico y fácil su entretenimiento de pilas.

El autor puede asegurar que el aparato descrito a continuación cumple todas estas condiciones de economía, sencillez y poco volumen, y aun sería más pequeño, al extremo de poderse llevar en un bolsillo de pantalón, si se emplease lámpara del tipo llamado corrientemente de "bellota".

La experiencia de toda la pasada guerra y la seguridad de recepción efectuada en las más diversas condiciones, asegura la veracidad de cuanto leeréis a continuación, aun cuando a alguno le pueda parecer un poco de cuento tanta sencillez y tanta economía; pero en vuestras manos está el construir este

aparato en la seguridad de que no quedará nadie defraudado.

El receptor es un monolámpara de doble rejilla, alimentado sólo con la insignificancia de cuatro voltios, y no busquéis más alimentación, porque alta y baja se reducen a esta minúscula cantidad. ¡Una pila de cuatro voltios! La antena es un sencillo hilo entre dos árboles o entre dos postes; desde luego lo mejor montada posible, ya que el poder de amplificación del aparato es muy pequeño y, por tanto, se precisa recoger la mayor cantidad de energía posible; su longitud, de 15 a 20 metros. La tierra es en este aparato tan importante como la antena, y por ello debe reunir las mejores condiciones posibles. No hay que olvidar que este humilde receptor no es un superheterodino gigante de esos que sin antena (como aseguran los vendedores que saben su oficio) cogen no sólo Nueva York, sino el mismísimo Marte, si es preciso.

¿Cómo es el esquema de este sencillo receptor? Casi tan sencillo como un elemental esquema de galena.

En la figura 1 se puede ver la disposición de to-

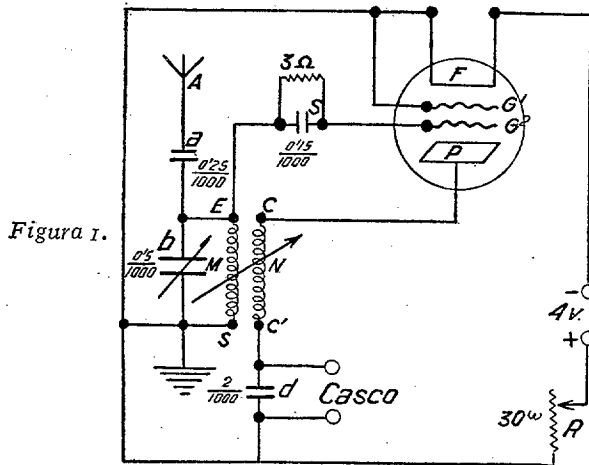


Figura 1.

dos los elementos: fundamentalmente es un aparato de reacción, sin que sea exactamente el Bourne o el Reinart; pero con la sensibilidad de estos montajes, que en un día fueron célebres.

La antena va unida a la bobina de acroche (una self de nido de abeja) por un condensador de 0,25 milésimas de microfaradio (garantizado a 500 voltios), el cual podrá servir de condensador de seguridad cuando el receptor funcione con la línea eléctrica como antena (siempre que la corriente de esta línea sea continua, nunca con alterna).

Un condensador de dieléctrico sólido (mica) sintonizará la Self; su capacidad será de 0,5 milésimas de microfaradio.

La detección se opera sobre la rejilla G 2 con la ayuda de un condensador shuntado. La reacción electromagnética móvil va montada sobre una tapa del aparato que se cierra a charnela (fig. 2); las pe-

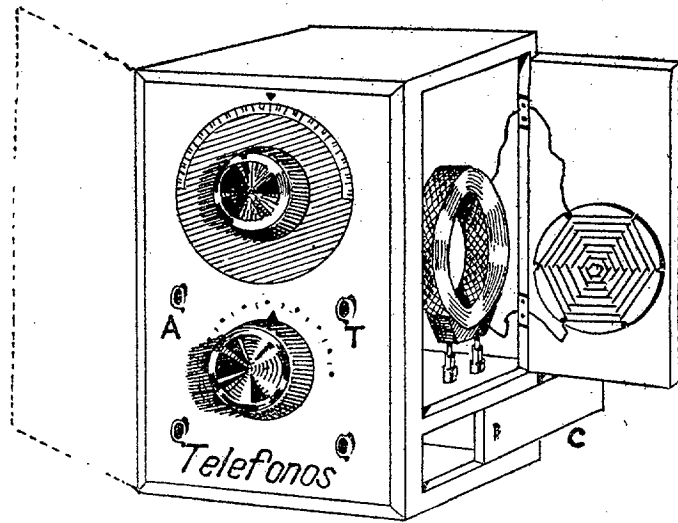


Figura 2.

queñas bisagras pueden servir de puente de unión de la bobina con el resto del circuito; basta para ello soldar los hilos a las respectivas partes de las mismas; claro que para esto comprenderá el avisado lector que es preciso un tipo de bisagra que no tenga huelgo. Este sistema tiene la ventaja de evitar la rotura de las conexiones al cabo de abrir y cerrar muchas veces la tapa para la sintonización.

Lo más original del aparato es que el filamento, la placa y la rejilla 1 son alimentados por la misma pila de cuatro voltios; basta seguir el esquema para comprobarlo.

Con objeto de aclarar bien el montaje del aparato, vamos a estudiar primero cuanto se refiere a su prueba o experimentación, y después consideraremos la construcción definitiva o formal.

**Montaje de experimentación (fig. 7).** — Construir primero el panel K, sobre el que montaremos las piezas principales. Para ello sirve una pieza de ebonita, fibra, baquelita o, en último caso, panel de madera bien seco; sus dimensiones serán 20 por 15 centímetros; sin embargo, no se debe olvidar nunca que hay que procurar trabajar con el mejor material posible para no perder nada de la peque-

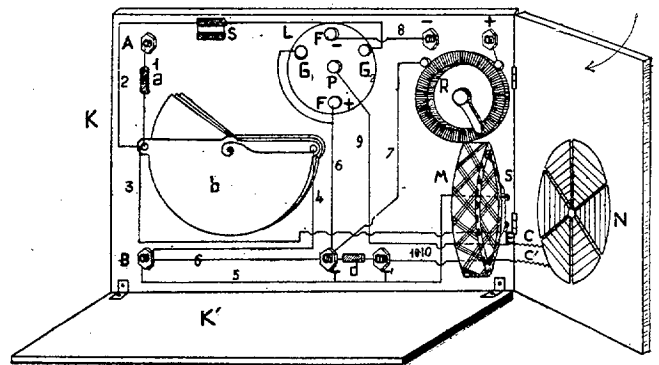
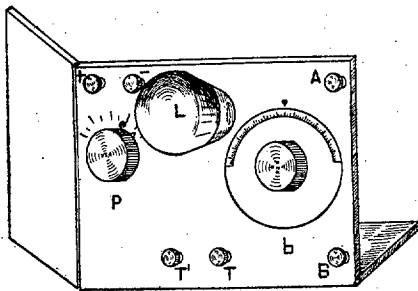


Figura 7.



ñísima energía que se capta. Este panel principal se fija con otro sencillo  $K'$  de unos  $20 \times 10$  centímetros; de esta manera, el primer panel queda vertical; hecho esto, precisan colocarse dos bornas  $A$  y  $B$  para antena y tierra, otras dos  $+$  y  $-$  para la pila y otras dos  $T$  y  $T'$  para la conexión de los teléfonos. La colocación de la lámpara podemos hacerla fácilmente con dibujar sobre el papel la situación de las cinco patillas, hacer los taladros correspondientes y montar cinco hembrillas de las que venden en el comercio para tal fin; éstas deben quedar a la parte exterior del panel, y al interior, como es natural, las pequeñas tuercas, a las que se unen las correspondientes conexiones, la lámpara quedará de tal forma a la parte exterior también. Réstanos montar el condensador variable, el reóstato y las bobinas; el primero ya dijimos que debía ser de los de dieléctrico sólido (mica); con esto, su tamaño

Figura 8.



es muy reducido y además presenta la ventaja de la inmovilidad de las láminas y la imposibilidad de su deformación; para instalarlo bastará hacer el taladro correspondiente en una posición análoga a como indica la figura; igual operación se hace para el reóstato; éste, en último caso, puede suprimirse y emplear solamente un interruptor de pequeñas dimensiones y de buenos contactos, ya que, de no ser así, pueden producirse ruidos molestos, debido a los falsos contactos del mismo.

La figura 8 muestra el frente del panel y la disposición en éste de los mandos.

**Construcción de la bobina de inducción de abeja.**

Sobre una tabla se dibuja una circunferencia de 7 centímetros de diámetro, concéntricamente, y con un radio de 1 centímetro menos se hace otra; se clavan sobre ambas ligeramente 15 puntas (fig. 6); hecho esto, se toma el alambre, que no debe ser más grueso de 0,4 milímetros, y se va pasando como indica el detalle 7 a, cuidando de que cada vuelta quede bien montada en plano superior a la anterior,

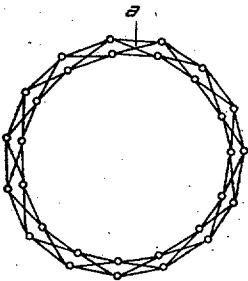


Figura 6.

hasta que se hayan dado las 35 ó 40 vueltas (como máximo) de la bobina (la línea de puntos

marca la segunda vuelta al llegar la primera al origen); terminado el devanado, se cose; para ello se utilizan unas hebras de seda; éstas se habrán colo-

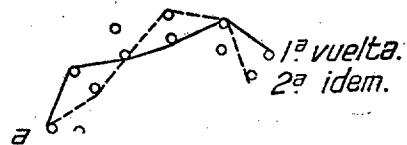


Figura 6 a.

cado en los puntos  $a$  (fig. 6) y se habrán ido haciendo sucesivas lazadas a cada vuelta de alambre (fig. 6 b); hecho esto, se sueltan los clavos; finalmente, debe dársele una mano de goma laca; con esto queda la bobina perfectamente rígida. Esta clase de bobinas proporcionan gran poder de inducción con una mínima capacidad propia y sin pérdida por núcleo, ya que no lo tienen.

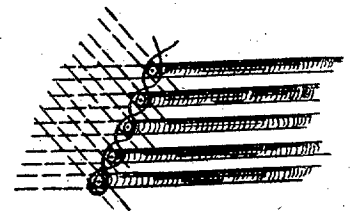


Figura 6 b.

Nos queda el colocar la bobina en el soporte; esta operación es fácil y puede hacerse construyendo una pieza como la figura 6 c, o aprovechando un enchufe de luz de tamaño pequeño, como los empleados corrientemente para portátiles de pequeña dimensión; la sujeción de aquélla al soporte se puede hacer por dos trozos de alambre como el empleado en el devanado y colocados como se ve en  $m$  y  $n$ , o

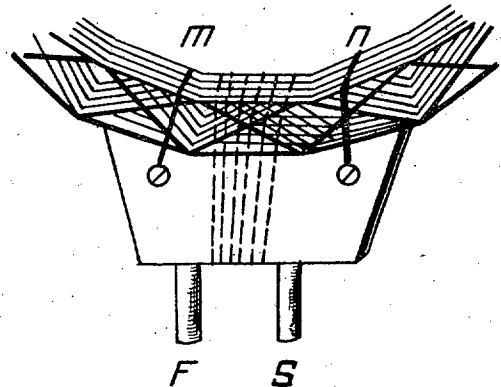


Figura 6 c.

bien la línea de puntos en la misma figura; también puede utilizarse un trozo de cinta aislante. Como se comprende, los terminales del devanado deben conectarse a las correspondientes patillas  $S$  y  $E$ . Si se quiere construir la bobina para onda larga, deberá darse al devanado 120 ó 125 espiras.

La self o bobina de fondo de cesta es más sencilla; se precisa un disco de fibra ebonita o bakelita muy fina; su diámetro será algo mayor que el de la

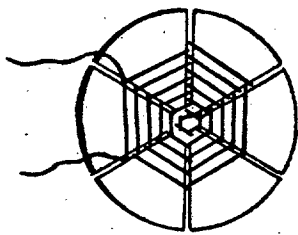


Figura 5.

de nido de abeja; en el disco se hacen seis cortes radiales, según figura 5, y después se efectúa el devanado con hilo lo más fino posible; de este modo ocuparán poco espacio las bobinas. El autor empleó hilo del devanado de un timbre eléctrico y le dió magnífico resultado.

El número de espiras debe ser de unas 70; pero durante el período de ensayo no debe cerrarse definitivamente la bobina, con objeto de comprobar el número de espiras más conveniente para la reacción con la de nido de abeja construída.

Esta variación del número de espiras, que puede oscilar en 5 ó 6 por encima o por debajo de 70, es fácil hacerla, dada la clase de fondo de cesta de este devanado.

Terminada y ajustada a la máxima reacción, debe darse también una capa de goma laca.

**Cablaje del aparato de ensayo.** — La figura 7 muestra con claridad todas las conexiones correspondientes. *A* es la borna de antena; de ella sale un conductor 1, que por intermedio del condensador fijo *a*, de 0,25/1000 de mfd., va a las láminas fijas del condensador variable *b*, de 0,5/1000 de mfd.; de este mismo contacto del condensador va otro conductor 2 por intermedio del shuntado *s* (formado por una resistencia de 3 megaohmios y capacidad de 0,15/1000 de mfd.) a la *G 2* de la lámpara; de la anterior conexión del condensador *b* sale un tercer conductor 3, que enlaza con la bobina fija en *E* (entrada); las láminas móviles del condensador *b* se derivan a tierra, *B*, por 4; de esta misma borna de tierra parten otros dos conductores: uno, 5, va al otro terminal *S* (salida) de la bobina fija; el otro va a la borna *T* del teléfono y de ésta, por 6, a + *F*; de *T* parte también otro conductor, que por 7 se une al reóstato *R*, cerrando con la borna + de la pila; la borna — de ésta enlaza con — *F* de la lámpara por 8; la placa de la lámpara *P* se une por medio de 9 y *c* con la bobina móvil (entrada), y la salida de ésta va por 10 y *c'* con la borna *T'* del teléfono; entre *T* y *T'* va colocado en serie el condensador *d* de 2 milésimas de mfd.

**Montaje de bobinas.** — En la figura 7 se ve la disposición de las mismas. La fija va colocada en el panel; para ello se montan en éste las dos hembra-llas correspondientes *S* y *E* (véase detalle 7 a), en las que entran las dos patillas del soporte de bobina. La móvil va su-

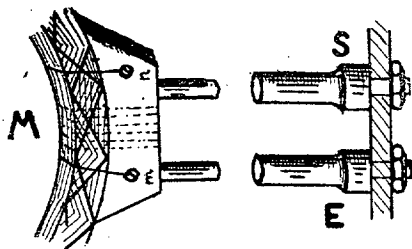


Figura 7 a.

jeta por un tornillo central en la portezuela giratoria; de esta forma podemos aproximar más o menos la segunda a la primera; las uniones de esta bobina al circuito se harán por cables *T* y *T'* que sean lo más flexibles posible. En el aparato definitivo esta bobina móvil irá de igual forma en la portezuela y conectada por medio de las bisagras con soldaduras, o, en su defecto, con cable flexible, como en el aparato de ensayo.

No debe olvidarse que el devanado tiene que ir en igual sentido, o sea que si a partir de *E* en la fija, éste va de izquierda a derecha, en la móvil, a partir de *c*, debe ir también de la misma forma.

Con un poco de paciencia y suficiente habilidad hemos preparado ya el chasis de experimentación; comencemos los ensayos.

Colocada la lámpara y comprobada la buena disposición de las bobinas, conectamos la pila a las bornas, teniendo cuidado de no equivocar la polaridad; enciéndase la lámpara con el reóstato o bien con el interruptor, si es que no se ha montado el anterior; cerrad las bobinas al máximo, o sea forzar la reacción; suavemente gírese el condensador hasta notar algún tenue silbido; esto indica la presencia de una emisora; en seguida ábrase poco a poco las bobinas hasta que el sonido se module y alcance un máximo de potencia; al principio encenderemos la lámpara con la menor intensidad posible para ahorrar pila; conforme ésta se gaste, será preciso aumentar la intensidad en el encendido. Para facilitar estos ensayos será muy conveniente probar primero con la emisora local; así nos aseguraremos si el número de espiras de la reacción (setenta) es suficiente o si se precisa un aumento.

Si al acercar las bobinas se comprueba una disminución de sonido, en vez de un aumento será, señal de que los devanados no van en igual sentido; si no se nota ninguna reacción, convendrá mirar si están bien las conexiones de las bobinas, pues lo más seguro será que las de la fija estén en la móvil y viceversa.

En los ensayos debe emplearse la mejor antena posible, al menos de 30 metros de longitud aérea; la tierra debe ser también lo mejor, ya que es tan fundamental como la antena.

La lámpara tiene una importancia capital en el buen funcionamiento del receptor. Una del tipo de dos rejillas con cinco patillas es el modelo que conviene. Es muy posible que una lámpara que en un superheterodino sea una magnífica osciladora, no tenga para nosotros ningún valor y sea preciso desecharla. Los tipos *DZ-1* y *A-441* Philips o Tungram *G-407*, así como los similares de doble rejilla en la marca "Castilla", pueden ser excelentes; pero, a pesar de ello, es preciso seleccionar algo, aun dentro de la misma clase y marca.

## Instalación definitiva del aparato.

### MATERIAL NECESARIO:

- 1 panel de ebonita (u otra materia aislante) de  $14 \times 9$  cm.
- 1 — — — — — de  $9 \times 9$  cm.
- 2 escuadras pequeñas para unión de los paneles.
- 4 bornas (2 para el teléfono y 2 para antena y tierra).

En el montaje de ensayo se precisan otras dos para la pila; pero en el aparato verdadero éstas no se necesitan, ya que la pila va dentro y las conexiones son interiores y por medio de conductores que se conectan directamente a ella.

- 1 condensador variable (dieléctrico de mica) de  $0,5/1000$  mfd.
- 1 — — — fijo de  $0,25/1000$  de mfd.
- 1 — — — — —  $2/1000$  de mfd.
- 1 — — — shuntado con una capacidad de  $0,15/1000$  de mfd. y una resistencia de 3 megahmios.
- 1 reóstato de 30 ohmios (o, en su defecto, 1 interruptor de pequeño tamaño).
- 1 lámpara de doble rejilla (anteriormente se han indicado los tipos precisos).
- 1 bobina de nido de abeja de 35 ó 40 espiras.
- 1 — — — de fondo de cesta de 70 espiras (este número puede variar según convenga).
- 5 hembrillas para las patillas de la lámpara.
- 2 — — — — — bobina fija.
- 1 pila de 4,5 voltios.
- 1,5 metros de cable aislador para conexiones.
- 1 caja para colocar dentro el chasis definitivo con su tapa anterior, portezuela lateral y corredera.

Como muestra la figura 3, deben colocarse los dos paneles de forma que el mayor quede vertical y el otro horizontal; esto es fácil hacerlo mediante

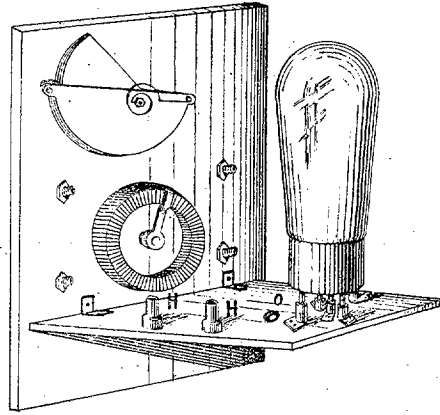


Figura 3.

dos pequeñas escuadras de latón (en todo aparato de radio debe huirse del hierro y acero), en las que se atornillan las placas. La distribución de las piezas se aprecia claramente en la figura. En el espa-



cio situado debajo del panel horizontal irá colocada la pila horizontalmente. La forma de colocar y sacar ésta se ve en la figura 2; basta desplazar la pequeña corredera *c* para que quede abierto el alojamiento.

Todo el cableaje del aparato quedará en la parte superior del panel horizontal; éste tiene un orificio *O* para que pasen a través de ellos conductores que conectan con la pila situada debajo.

La colocación de las bobinas es sencilla; debe comprobarse que la fija se enchufa en buena posición; caso contrario, se cambia la situación de las patillas; la móvil, con el número definitivo de espiras, se atornilla a la portezuela que lleva la caja y se conecta con el circuito por medio de uno de los procedimientos indicados en el ensayo; éstos son: soldaduras en las bisagras o conductores flexibles.

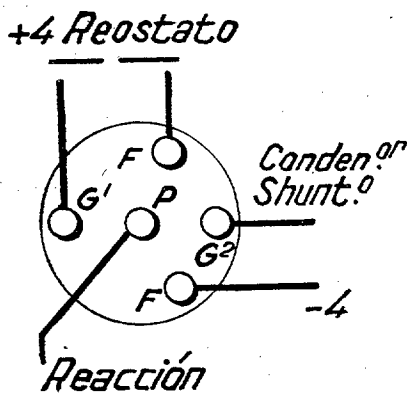


Figura 4.

La figura 4 presenta las conexiones de las patillas de la lámpara.

El resto de la construcción del aparato no difiere del montaje experimental más que en las dimensiones; éstas se reducen todo lo posible hasta llegar a conseguir que no se rebasen los  $16 \times 9 \times 9$  centímetros; si es preciso, pueden serrarse algo las patillas de la lámpara para quitarle altura.

Aun cuando este aparato, como se ha dicho anteriormente, no precisa bornas de alimentación, ya que la pila va colocada en su interior, puede darse el caso de desear emplearlo en estabilización, y entonces es muy útil conectar una pila de mucha más capacidad que la de tipo petaca; para ello será conveniente tener montadas dos bornas supletorias en la tapa posterior del aparato; las conexiones de éstas se sacan sencillamente de las que corrientemente van a la pila interior.

La foto que encabeza este artículo muestra un aparato construido según el modelo explicado; en él, con objeto de aprovechar bien las dimensiones

de la lámpara, se aprecian algunas pequeñas diferencias.

Las bobinas van colocadas en la parte superior y el chasis va montado en una caja con doble portezuela, lo cual mejora el aspecto del aparato. Este sistema de colocación de las bobinas no siempre será factible ni recomendable, pues el peso de la portezuela tenderá a cerrar la reacción con perjuicio de la recepción; por esto, aun a trueque de aumentar algún centímetro de anchura, es preferible situarlas a un lado de la caja.

La comparación con la mano da idea clara de las dimensiones.

La reacción del circuito explicado no es violenta, y, por tanto, no se producirán silbidos intempestivos; no olvidemos que sólo se dispone de 4 voltios como alimentación total; así es que un simple "toc" en la escucha anunciará el acroche.

La amplificación dada con el sistema reactivo no es enorme, pero es suficiente para estaciones algo lejanas. En la recepción de la emisora local es casi indiferente la posición de la bobina de reacción.

Finalmente nos queda por indicar que el casco debe ser de 2.000 ohmios de resistencia.

Con toda la sencillez de este aparato, que casi se puede montar con la misma facilidad y rapidez con que se lee su descripción, permite la recepción de estaciones españolas y europeas, y cumple a la perfección la misión que al principio decíamos: la de mantener la escucha de los combatientes con la retaguardia.

Su construcción no es ninguna fantasía, a pesar de su gran sencillez y economía, especialmente en lo que a su alimentación se refiere.

Un modelo igual ha sido empleado por el autor durante la pasada guerra, y su funcionamiento fué excelente aun en las más diversas condiciones de empleo; en más de una ocasión, cuando otros aparatos de más potencia fallaban por la falta de fluido en la red o por otras causas, este humilde receptor dejaba oír las voces que para todos eran aliento y deseo de luchar por la Patria.

Corroborar la opinión del autor sobre la utilidad de estos aparatos, la existencia en el Ejército alemán, en cada Compañía, de dos aparatos de radio, llamados "de entretenimiento"; y si nuestra potencia industrial no alcanza a tales refinamientos si podría resolverse esta necesidad con sencillos aparatos como el descrito, que además de "entretenimiento", serían siempre manantial de optimismo y fe, tan necesarios a los soldados.

No olvidemos jamás que, como antes decíamos, no hay enemigo que por pequeño se deba despreciar; pero tampoco debe haber amigo alguno al que en los trances difíciles propios rechacemos la ayuda que nos pueda ofrecer, la cual tampoco debe ser, en ningún momento, rehusada.



# LA FATIGA

## y modo de combatirla



Comandante Médico FRANCISCO ALLUÉ MARTÍNEZ, del E. M. del Ejército.

**L**A razón de ser del Ejército es la Guerra, y en ésta no es posible establecer horarios de trabajo ni descanso semanal: las necesidades de la misma son a veces tan grandes, que obligan al intelecto a funcionar a gran tensión y a que se suprima todo reposo, incluso el sueño, durante el tiempo que haga falta.

Frecuentemente, y al igual que los estudiantes en épocas anteriores a exámenes, se recurre a productos estimulantes, a veces perjudiciales, para "sostener las fuerzas".

Consideramos de gran interés para el Ejército expresar el estado actual de conocimientos, respecto a las ventajas e inconvenientes del uso de los productos conocidos hasta la fecha, para contrarrestar la fatiga en un momento dado, para que con perfecto conocimiento de causa se rechacen o se usen en situaciones precisas y en la dosis más conveniente; esto lo intentaremos hacer en la forma más asequible al Oficial, para el que van dirigidas estas líneas, ya que este problema en las publicaciones profesionales está desarrollado en forma y orientación precisa para el Médico.

### FATIGA

La sensación de fatiga es un aviso, una forma beneficiosa de recordar al individuo que es conveniente acudir al reposo, ya que, al fin de cuentas, es el tratamiento fisiológico de la

misma; a pesar de esto, nos empeñamos en contrarrestarla con infusiones y drogas, ya que las necesidades de la vida impiden la realización del debido reposo en determinadas ocasiones.

En la fatiga existen dos factores: uno central y otro periférico; el primero está en el sistema nervioso, de donde parten las excitaciones para la realización del trabajo, y el segundo, principalmente en el músculo y en los vasos y nervios periféricos (sistema neurocirculatorio periférico).

Normalmente, el trabajo muscular origina en el músculo productos de desecho (ácido láctico, ácido fosfórico, anhídrido carbónico, etc.), que son oxidados (destruidos) por el oxígeno que lleva la hemoglobina de la sangre. Cuando aquellos se acumulan en proporciones exageradas, bien por la desmesurada producción que origina un trabajo intenso, bien por defecto de función del sistema neurocirculatorio periférico, que impide que la oxidación de los mismos se realice debidamente o bien por las dos cosas a la vez, se producirá la sensación de fatiga.

Para evitar su precoz aparición, el procedimiento superior por excelencia es el fisiológico del "entrenamiento", tanto psíquico como intelectual.

Cuando los dos factores (central y periférico) actúan armónicamente, tendremos ante determinados esfuerzos la fatiga como consecuencia fisiológica; si, por el contrario, ésta aparece consecutiva a una pequeñísima labor, la fatiga

es una enfermedad: tal es el caso de algunas personas neuróticas que se cansan sin causa justificada, por simple defecto de voluntad para impulsar la función del indicado factor central (sistema nervioso).

Una forma particular de la fatiga es la del trabajador intelectual, que se traduce, bien por síntomas psíquicos, como son el mal humor, irritabilidad, somnolencia, dificultad para concentrar la atención, para conciliar el sueño, pereza desacomodada para levantarse de la cama y un despertar cansado, sin energías para emprender su diaria tarea, bien por síntomas orgánicos, como son las palpitaciones, extrasístoles, opresión cardíaca, pérdida de apetito, sensación de plenitud abdominal después de las comidas, dolores, cólicos, dismunción de la potencia sexual y adelgazamiento. Muchos de los que esto lean recordarán haber sentido algunos de estos síntomas en épocas en que han estado sometidos a determinada actividad que ha requerido mucho tiempo, intranquilidad, atención o responsabilidad; tal es el caso del personal de las Unidades que cubren un frente sin frecuentes relevos, el de los Estados Mayores en épocas de preparación de operaciones, etc.

Un paso más, y la fatiga se convierte en agotamiento, que coloca al organismo en una situación de derrumbamiento tal que se hace necesario recurrir a tratamientos médicos de urgencia; esto se ve repetidamente en retiradas que llevan parejas marchas intensas y en la vida civil, en deportistas después de un esfuerzo desproporcionado.

## MEDIOS PARA COMBATIR LA FATIGA

Los productos utilizados a este fin los podemos clasificar, según su característica principal, en euforizantes, estimulantes de la imaginación y dinamógenos.

**Euforizantes.** — Además de contrarrestar en mayor o menor grado la fatiga, como su nombre indica, su acción principal es provocar un estado de ánimo agradable y alegre; en este grupo contamos con la morfina, la cocaína y el alcohol.

La morfina no sólo quita los dolores, sino que produce en los que no los sufren la supresión de las sensaciones de cansancio, de hambre y otras desagradables, y además intensa acción euforizante.

La cocaína, aunque también inhibe las sensaciones de fatiga y de hambre, tiene la característica de despertar ideas eróticas y de tener una acción eufórica muy inferior a los otros fármacos del grupo.

El alcohol es el representante más genuino de este grupo: su acción euforizante es inmensa e intensa, debido probablemente a su efecto estimulante de la corteza cerebral; su acción inhibitoria sobre la fatiga y el hambre es muy inferior a la de la morfina y cocaína.

El hecho de provocar estos productos una agradable sensación de bienestar invita a ingerirlos de nuevo, y supone el grave peligro, sobre todo en sujetos débiles de voluntad o sometidos a sucesivos infortunios, de caer en la toxicomanía.

De todo lo anterior se deduce que los productos de este grupo no son recomendables para retardar la fatiga.

**Estimulantes de la imaginación.** — Su característica es favorecer el acúmulo de ideas y de fantasía, hasta el punto de producir a veces alucinaciones. Contamos principalmente con la nicotina y la atropina.

La nicotina tiene una acción inhibitoria de la fatiga tan suave, que muchas veces escapa su percepción; tiene el inconveniente en los no habituados a ella, o con ocasión de grandes dosis, de alterar la memoria.

La atropina tiene el grave defecto de producir a dosis necesarias, para ejercer acción antifatigante, alucinaciones visuales acompañadas de gran excitación.

Como se ve, tampoco son estos productos aconsejables para el efecto que deseamos.

**Dinamógenos.** — En este grupo encontraremos los elementos que necesitamos; no solamente inhiben la fatiga,

sino que acrecientan la capacidad para el trabajo, haciéndonos capaces de proseguir una tarea en momentos comprometidos por la fatiga; en este grupo disponemos principalmente con el café, el té, la cafeína, la pervitina y la bencedrina.

El café y el té favorecen la facultad de pensar, aclaran los conceptos y el juicio crítico; el segundo ejerce estas acciones de una manera más pura; a esto se debe la aceptación que tiene la taza de café entre nosotros: es un estimulante muy inofensivo tomado en dosis habituales y después de las comidas del mediodía, para que su acción no se prolongase pasado el anochecer; lo que permite que aparezca la fisiológica sensación de fatiga y, tras ella, el sueño reparador.

La cafeína, pervitina y bencedrina son "ergásticos"; es decir, además de modificar la psique, actúan aumentando la fuerza corporal musculomotora; la cafeína ha sido empleada por deportistas y para el "doping" de los caballos de carrera.

Dadas las excepcionales cualidades de la pervitina-bencedrina, les dedicamos especial atención.

**Pervitina-bencedrina.** — Es sabido que los soldados alemanes disponen de unas pastillas que les permiten en momentos de fatiga la realización de nuevos esfuerzos; es más: la Medicina Aeronáutica de Berlín prepara unas, conocidas vulgarmente con el nombre de pastillas del Mariscal Goering, en las que a la pervitina se acompañan hidratos de carbono, calcio, vitaminas, cafeína y quizá hormonas, que permiten a los aviadores realizar vuelos de larga distancia y velocidades exageradas.

En Alemania, Estados Unidos, Inglaterra e Italia se han hecho experiencias colectivas con estos productos, en el sentido de hacer tomar, por ejemplo, el medicamento a un grupo de soldados de una Compañía que debía efectuar un largo recorrido y observar que la fatiga ha tardado en aparecer mucho más en los que la habían ingerido que en los que no la tomaron.

Desde el punto de vista químico, solamente diremos que tienen una estructura análoga a las de la efetonina, el simpatol, el verital y la adrenalina, y que éstos no tienen ese poder antifatiga, por tener grupos OH (oxidrilos) en el grupo bencénico, a diferencia de la pervitina-bencedrina, que no los posee.

A la bencedrina se la conoce en el comercio con los nombres de elastonon, simpatina, profamina, simpamina, etc.; tanto ésta como la pervitina deben ser tomadas a dosis de 5-10 miligramos para obtener efectos parecidos a los que se lograrían bebiendo 4-5 tazas de café, con la diferencia de que éstas seguramente producirían molestias cardíacas, y la bencedrina-pervitina, a la dosis dicha, no suele provocarlas. Por estas razones, estudiantes alemanes y americanos, en vez del café emplean estos medicamentos las temporadas que preceden a los exámenes.

Sus efectos aparecen a los treinta-sesenta minutos después de la toma del fármaco. Su acción dura aproximadamente seis-ocho horas.

El mejoramiento de la capacidad músculo-motora se debe de una parte a que facilitan la circulación y metabolismo muscular, y de otra, al hecho de impedir la llegada a la conciencia de las sensaciones desagradables de la fatiga; lo que hace se retarde la acción de freno que ésta ejerce sobre el trabajo muscular, cuando las indicadas sensaciones la desgastan.

Sobre los individuos sanos, estos productos actúan levantando el ánimo, aumentando la irritabilidad, el optimismo y la locuacidad. Favorecen el insomnio, por lo que la habitual sensación del sueño tarda más en presentarse. Suprime la aparición del trágico sopor de los sujetos sometidos a temperaturas glaciales (seguramente esto será tenido en cuenta en la actual campaña rusa), evitando así muchas muertes por congelación. Los "test" mentales demuestran que se aumenta la atención, el juicio crítico, etc. Las percepciones son más finas y la asociación de ideas más fácil. Todo esto unido al consabido aumento de capaci-

dad para el trabajo físico e intelectual y a la inhibición de la fatiga que pudiera existir, son los principales efectos que la dosis expresada de estos medicamentos produce sobre las personas sanas.

Como contrapartida de todas estas ventajas, tenemos el hecho de que cuando son ingeridas en el curso de un trabajo mental o físico, de una manera persistente, pretendiendo así inhibir de forma constante la sensación fisiológica de la fatiga; se puede caer, por el consumo de todas las reservas que se han puesto en juego, en el agotamiento. El acúmulo de estas reservas es mucho mayor y el agotamiento más lejano en aparecer, cuando el individuo ha sido sometido a un continuado y racional entrenamiento.

El peligro de la toxicomanía, aunque realmente pueda existir, es muy raro; en América y Alemania, que tanto utilizan estos productos, es infrecuente el encontrar casos de toxicomanía pervitímica o bencedrínica, no obstante el hecho de su posibilidad, nos debe hacer cautos en su ingestión exagerada. Son más propensos a esta toxicomanía las personas de más de cincuenta años y los neuróticos que, temiendo estar enfermos del corazón, abusan de los repetidos medicamentos, por suponerlos tónicos del mismo. Esta enfermedad toxicómana, en su forma crónica, se caracteriza por euforia, intranquilidad, insomnio, disminución de la voluntad, desorientación, alucinaciones y, por último, aparece el agotamiento; en su forma aguda, como consecuencia de dosis exageradas, se traduce por sofocación, sudor, frialdad de manos, vértigos, temblores, sequedad de boca, palpitaciones, taquicardia, dolor de cabeza, lagrimeo, dilatación de pupilas, aumento de mucosidad nasal, náuseas, intranquilidad, nervosismo, miedo, etc. Estos síntomas, una vez aparecidos, se pueden neutralizar tomando cualquier preparado barbitrisico (veronal, luminal, pernoctán, eripán, somnífero, etc.); como muchos de los síntomas refe-

ridos dependen de la rapidez con que la pervitina y bencedrina son absorbidas, conviene sean ingeridas cuando el estómago no esté vacío.

La acción de estos productos varía según la situación del que los toma; así tenemos que a un agotado le producirá un sobreagotamiento nocivo; a un sobreexcitado le puede llegar a originar una confusión mental; a uno normal, una sobreexcitación sin beneficio alguno, y a un fatigado, la sensación de normalidad que deseamos.

Evitaremos tomarlas juntamente con la efedrina, la estrictina o la cafeína, por ser incompatibles y poder dar lugar a vértigos y estados de excitación desagradables.

Son utilizadas, además de como profilaxis de la fatiga, en el tratamiento de la astenia, de los psiconeuróticos, de la narcolepsia, de la enfermedad de Parkinson, del mareo, etc., que no detallamos por no ser objeto del título de estas líneas.

De todo lo dicho se desprende que no deben ser nunca tomadas por personas agotadas, sobreexcitadas o normales, y que solamente se ingerirán cuando en un determinado momento, "a toda costa", se deba verificar inexcusablemente un trabajo físico o psíquico prolongado: tal es el caso del militar que tras una larga marcha le corresponda una guardia nocturna, el de un conductor que deba recorrer varios centenares de kilómetros, el de un atleta que, sintiéndose fatigado, deba proseguir el ejercicio; el de un intelectual que precise estudiar un asunto en un tiempo limitado, etc.

No nos cansaremos de repetir que el adelanto que supone la existencia de estos productos no debe llevar parejo una disminución en el interés de que el "entrenamiento" sea cada vez superado en nuestros soldados, ya que aun en el caso de que sean precisas la pervitina y bencedrina, éstas actuarán más deservueltamente en los entrenados por poseer mayores reservas que consumir.



# COSAS DE ANTAÑO TIPOS Y COSTUMBRES

## HISTORIA Y DRAMA ROMÁNTICO

General LUIS BERMUDEZ DE CASTRO,  
Director del Museo del Ejército.

LA vieja villa de Tunja, en el Virreinato de Nueva Granada, no había manifestado la menor simpatía por los llamados libertadores; así, pues, la noche del día en que las huestes de Bolívar destrozaron completamente a la columna española del General Barreiro, fué la noche triste de los atemorizados tunjanos. Españolas eran las tropas derrotadas, no porque hubiesen nacido en España, sino porque defendían la buena causa o *fidelidad y lealtad*; la 3.<sup>a</sup> División, desde su General, el joven Mariscal de Campo D. José María Barreiro, hasta el último trompeta, habíanse bautizado en Venezuela, o Nueva Granada, si se exceptúan media docena de Oficiales peninsulares que, por llevar algunos años en el país, en nada se diferenciaban de sus compañeros de armas americanos.

Disponíase la acongojada población a presenciar y sufrir alguna de aquellas matanzas espantosas, consecuencia de la guerra a muerte decretada y realizada por Bolívar como único instrumento político de crear entre los dos bandos el odio que no sentían los españoles y los americanos, y que se necesitaba encender para llevar a cabo la separación del Continente, al que habíamos dado todo: religión, idioma, civilización, llevándole (a cambio del oro que solían robarnos los piratas ingleses, franceses y holandeses) los animales domésticos, las semillas de cereales, las simientes de verduras, las flores, los frutos de Canarias (caña y café), las plantas de Filipinas (tabaco, tamarindo, mango, canela, pimienta); todo, absolutamente todo, quedándonos pobres de sangre y de mantenimientos.

Alojadas las huestes victoriosas a cargo del General insurgente Santander — figura de sucia proyección en la historia de Bolívar —, y encerrados en un antiguo caserón los treinta Oficiales y doscientos soldados prisioneros, tranquilizóse la ciudad al enterarse de que el General vencedor preparaba en su alojamiento espléndido banquete en honor de los prisioneros, y homenaje a su desgraciada bravura en el campo de batalla.

Perdido el temor, el vecindario, al oír los marciales ecos de la retreta, congregóse en la anchurosa plaza; todas las gentes comentaban el insólito caso, contemplando a través de las iluminadas rejas de la casa el trasegar de las esclavas negras alrededor de la mesa, ya brillante de plata y de cristal; un cordón de centinelas, arma al brazo, mantenía la gente a respetuosa distancia del caserón, propiedad de un opulento hacendado español descendiente de los conquistadores.

Dando las nueve la campana del reloj de la iglesia, hora de queda, la muchedumbre de vecinos comenzó a dispersarse silenciosamente, cruzándose con una comitiva a cuyo paso se descubrían todos: eran Oficiales prisioneros, invitados al banquete, sin más guarda ni escolta que algunos Oficiales enemigos que, como amigos, los acompañaban; marchaban a la cabeza del grupo el General vencido y el Coronel insurgente Plaza, ambos a cual más gallardo; los dos buenos mozos, jóvenes y luciendo en sus actitudes, uno, la dignidad del prisionero; el otro, la caballerosidad del vencedor.

En todo el Ejército español no existía General de menos edad y más prestancia que Barreiro; desgraciadamente, ni su talento ni sus conocimientos militares estaban a la altura de su valor y su belleza varonil; educado en España, como San Martín, los hermanos Carreras, La Mar y otros muchos americanos, en el Seminario de Pagés, vivero de guardias de Corps y hoy Escuelas Pías de San Antón, de la calle de Hortaleza, hizo la guerra de la Independencia; batiéndose en Bailén, Zaragoza y Arapiles con tanto arrojo, que al cumplir los treinta, adornaba el rojo peto de su casaca con los blancos entorchados de Brigadier. Destinado a su tierra nativa para pelear por la causa española, recibió por adelantado el premio a sus futuros servicios e indiscutible valor: la faja de Mariscal de Campo; tal confianza inspiraban su lealtad y su bravura.

Bolívar jugó con su enemigo compatriota como un gato con un ratón: le dividió las fuerzas, las batió en



detall y, engañándole mediante una habilísima maniobra, encerróle en un desfiladero, donde quedaron aniquiladas y dispersas las tropas del torpe y valeroso General; hizo éste cuanto pudo por no sobrevivir a la derrota, pero las balas y las bayonetas no se atrevieron, sin duda, a atravesar su tan hermoso cuerpo.

Llegó la animada comitiva a la casa del ágape, en cuyo portalón esperaba el General Santander, quien estrechó las manos del vencido con efusión cordial de camarada; Barreiro fué presentando uno por uno a los Oficiales españoles, y Santander, alabándoles su comportamiento en la batalla. Momentos después sentábanse a la mesa todos mezclados, prisioneros y Jefes y Oficiales de la División insurgente.

Animadísima fué la conversación y excelente la cena. A los postres, Santander alzó la copa por la salud y la vida de los prisioneros, *que consideraba salvada, pues había solicitado del Virrey su canje*. Barreiro brindó dando las gracias a Santander y a sus caballerosos Oficiales. De bracerero salieron saboreando tabacos exquisitos, y, despidiéndose a la puerta del inmueble que hacía de prisión, marcharon, unos, en demanda de sus alojamientos, y quedaron los otros en yacijas proporcionadas por españoles del pueblo. Las emociones y fatigas de la jornada rindió al sueño a aquellos mozos, tanto más reparador cuanto que le velaba la esperanza de próxima libertad.

Aquí la Historia enmudece por ignorancia o por no horrorizar a los investigadores. ¿Era mentira la petición de canje? ¿Era verdad y lo negó el Virrey Sámano? ¿Consultó Santander con Bolívar antes de dirigirse a Sámano? Si le consultó, ¿fué Bolívar quien negó el permiso para solicitar el canje? ¿Quién fué el autor del crimen: Santander, Sámano o Bolívar? El misterio más impenetrable rodea este episodio, frecuentísimo en sus términos y característica durante las guerras de separación americana, que, guerras civiles al fin, fueron crueles, con toda la crueldad, además, que infundía el romanticismo de la época y el temple duro de una raza a la que, no importándole la vida propia, tampoco le importaba la vida ajena.

\* \* \*

Una hora antes de amanecer (que en los países americanos es rápida), irrumpieron en las estancias de la prisión varios soldados de aspecto trágico: venían acompañados de un sacerdote y provistos de cadenas y argollas; el ruido despertó a los prisioneros.

—¿Qué es esto? — exclamó Barreiro, restregándose los ojos como si soñase una pesadilla.

—Mi General, hay que conformarse con la voluntad de Dios: el General Santander ha ordenado que hoy, a las diez de la mañana, sean ustedes fusilados.

—Pero ¿ha negado el Virrey el canje? No hay tiempo para haber contestado.

—Yo no sé nada, hermano; para lo que no hay tiempo es para otra cosa que prepararse a comparecer ante el Divino Tribunal de la misericordia: Dios os va a recibir en su seno.

—Pues cúmplase la voluntad de Dios; nosotros

cumpliremos con nuestro deber de cristianos y de militares.

¡Terrible aurora la de aquellos soldados! Jóvenes, llenos de vida y de ilusiones, y, sin embargo, todos sin dar muestra de la menor flaqueza de ánimo.

A las diez de una mañana espléndida de sol y claridad que reflejaba en la blancura de las casas, la plaza Mayor de Tunja ofrecía un espectáculo imponente: en un cuadro circunscrito en el del caserío, uno de cuyos lados ocupaba la iglesia con sus dos clásicas torres coloniales, formaba el Ejército libertador; tras la tropa agrupábase el gentío, ceñudo y silencioso; el General Santander y su Estado Mayor, a caballo, ocupaban un ángulo; frente a ellos, el grupo de prisioneros, en dos filas y entre centinelas. En el centro del cuadro, delante de la tapia del cementerio, pegado al templo, como en los pueblos españoles, el piquete de ejecución, y a pocos pasos, mirando a los soldados del piquete cara cara, el General Barreiro, erguido, apuesto, más gallardo que nunca. Junto a él, el sacerdote, que porfiaba por que se volviese de espaldas y arrodillase.

—Mi general, éstos son momentos de humildad y no de orgullo...

—No se canse, padre, porque yo ni me vuelvo de espaldas ni me arrodillo: yo no soy traidor; los traidores son ellos, que se han alzado contra su Patria, contra sus hermanos, contra su sangre, contra España. Le ruego, señor cura, diga al coronel Plaza que venga.

La voz clara y enérgica del sentenciado había permitido que fuese oída desde todos los ámbitos del cuadro: el Coronel Plaza, tras el permiso que le concedió su General, aproximóse a Barreiro, le saludó con la espada y aguardó.

—Coronel: ¿negará usted un favor a un hombre que va a morir?

—No, si está en mi mano hacerlo.

El General sacó del interior del peto de la casaca un medallón, lo contempló un instante y, entregándolo al Coronel, le dijo:

—¿Conoce usted al Capitán Pepe Lozano?

—Sí, señor; está en el Cuartel General de Mariño.

—Justamente; entréguele este retrato de su hermana Isabel para que lo haga llegar a ella; era mi prometida; íbamos a casarnos cuando la desgracia va a separarnos en este mundo; que le diga que muero pensando en su cariño y en nuestra Patria, España.

—Cumpliré su encargo; puede usted morir confiado.

—¡Oh! Mil gracias.

—¿Nada más, mi General?

—Nada más; adiós, Coronel Plaza.

—Adiós, General Barreiro.

Saludó el Coronel y se reintegró a su puesto. Sonó la descarga fatal, y así fueron cayendo, uno por uno, todos, para hacer más largo el espectáculo, en el mismo lugar adonde eran llevados arrastrando las cadenas de sus grillos.

No quedaban más; el General Santander, empuñándose en los estribos, arenga al pueblo tunjano, y da un viva la patria que no contesta nadie; despedido, hace un gesto de desprecio a la multitud; manda a su tropa romper la marcha, se pone a la

cabeza, y a su orden cantan los soldados el himno libertador:

*Suramericanos:  
mirad ya lucir  
de la dulce patria  
la aurora feliz.*

Lo que el Coronel Plaza no cesa de mirar, no es la dulce aurora, sino el montón sangriento; se detiene, vacila; por fin acerca su caballo, que se resiste ante los muertos; apéase; su ordenanza le ayuda a encontrar el cadáver de Barreiro; el Coronel, con piadoso ademán, le cierra los ojos, exclamando:

—¡Pobre General! ¡Quién sabe si yo no tendré quien me los cierre a mí!

Y, montando de nuevo, parte a reunirse con su gente.

Pero no han salido del pueblo los últimos soldados cuando se produce en la plaza un gran tumulto y griterío: un anciano español, temblando de indignación, enloquecido a la vista de los horribles despojos de sus compatriotas, prorrumpe en voces desgarradoras:

—¡Asesinos! ¡Miserables! ¡Canallas! ¡Viles!

La gente, contagiada, chilla con él, y las maderas de los balcones se cierran con estrépito; el ruido se oye desde la columna en marcha.

—¿Qué pasa? — pregunta Santander, deteniendo su cabalgadura.

Le informan, se indigna:

—¡Esos godos cochinos! ¡A ver, que vuelva un pelotón y que me fusile a ese viejo!

—¡Pero mi General! — suplica el Coronel Plaza.

—¿Cómo se entiende? ¿Qué lástimas son ésas? Que lo fusilen ahora mismo, y usted, precisamente usted, presenciara el cumplimiento de mi orden y me dará cuenta. Y que me agradezcan que no fusile a toda la población.

El precipitado regreso del pelotón y el Coronel sembró el pánico; desapareció la gente, menos el anciano, que, junto a los cadáveres, seguía gritando denuestos y enseñando los puños a los que llegaban. Unos cuantos tiros y bayonetazos dieron cuenta del valeroso viejo, que cayó de bruces sobre el montón de víctimas; el Coronel Plaza, más pálido que los

muertos, se incorporó a su lugar y dió parte de haberse cumplimentado la orden. Santander sonrió.

—Muy bien; siga la música y la marcha; cantemos todos.

*... de la dulce patria  
la aurora feliz.*

\* \* \*

Han pasado dos meses; la alegría juvenil del Coronel Plaza se había trocado en misantropía y perpetuo silencio; sus compañeros le suponían enamorado de un imposible, como era moda en aquellos tiempos de romanticismo.

Una mañana, víspera de batalla, porque los adversarios se divisaban, Bolívar detuvo sus tropas para almorzar en el cerro de Buena Vista, aludiendo a los españoles, que estaban almorzando también; la comida no parecía tan buena como la vista, pero la conversación era alegre: sólo Ambrosio Plaza no tomaba parte en las bromas, siempre ensimismado.

—¿A que no sabes la noticia? — le preguntó el Mayor Cedeño, ayudante de Bolívar —. La prometeda de Barreiro se ha metido a monja.

—Ha hecho bien—respondió el taciturno Coronel.

\* \* \*

La batalla fué verdaderamente sangrienta; en aquella guerra, llegar al cincuenta y al setenta y cinco por ciento de bajas no causaba asombro; ninguna de las anteriores y posteriores ha llegado a un porcentaje tan atroz. Sólo en la provincia de Venezuela, que contaba con 500.000 almas, murieron 300.000.

Plaza desapareció en el combate; encontráse su cadáver a los dos días en el fondo de una quebrada; tenía los ojos desmesuradamente abiertos; le enterraron de prisa, porque los muertos eran muchos y oían muy mal. Su temor se había realizado: no hubo quien le cerrara los párpados, como él al cadáver de Barreiro.



# Pólvoras de Infantería

Comandante de Artillería  
**JUAN FRANCISCO DIAZ RIPOLL,**  
 de la Fábrica de Granada

**S**ABIDO es por todos, y por muchos experimentado, que la eficacia alcanzada por las armas automáticas constituye un obstáculo terrible para una infantería que se proponga llegar a la acción resolutiva del asalto a una posición cuyos defensores conserven intacta su moral y dispóngan de aquéllas. Tras una buena preparación artillera, si al recorrer los 200 ó 300 metros que la separan de las alambradas, se encuentra el asaltante bajo los fuegos de máquinas de flanqueo escapadas a la destrucción, es muy probable que tenga que paralizarse, pues el esfuerzo que se le pide es muchas veces superior al humano, y si siempre se distinguió al que lució el valor subiéndolo primero a la muralla enemiga o coronando el terraplén en la brecha abierta, convengamos en que no se concitaron contra él tantos peligros como los que aguardan al moderno infante en esa carrera de doscientos metros. Afortunadamente vinieron en su ayuda poderosos auxiliares mecanizados, por tierra y aire, y la balanza se inclinó de su lado. Para batir a estos factores de la batalla moderna, pide a sus armas peculiares más alcance y mayor penetración en los blindajes a sus proyectiles. Veamos cómo el balístico y el polvorista pueden satisfacer sus exigencias.

En la perforación de los blindajes tendrá decisiva importancia la fuerza viva que conserva el proyectil en el momento del choque, aunque influirá naturalmente la organización y forma de aquél, la naturaleza del obstáculo y el ángulo de llegada o de incidencia. Este lo suponemos recto; de la parte siderúrgica y mecánica no me ocuparé aquí, pues escapa a lo ofrecido en el título de este escrito. Si llamamos  $P$  al peso del proyectil y  $V$  su velocidad remanente al incidir en el blindaje, es decir, la velocidad de llegada, tendremos expresada su fuerza viva

por  $\frac{P}{2g} V^2$ , que se transformará en trabajo mientras

perfora la chapa, destruyéndose si queda detenido el proyectil en el interior de ésta o conservando cierto valor si consigue atravesarla. Llamamos  $R$  a la fuerza resistente;  $e$ , al espesor perforado hasta anularse la fuerza viva, de donde podemos establecer la ecuación general

$$\frac{P V^2}{2g} = R e.$$

Teniendo en cuenta los factores por mí antes eludidos, Marre establece la siguiente fórmula, que nos permite obtener una buena aproximación de la potencia de pe-

netración de un proyectil. Conservando la notación empleada y llamando  $C$  al calibre del arma y  $k$  un coeficiente que varía con la clase de proyectil y placa, y que, tratándose de ametralladoras pesadas y de chapas de acero, es igual a 3.000,

$$V = k \frac{C^{0,75}}{P^{0,5}} c^{0,65}$$

Interpretemos esta fórmula desde nuestro punto de vista; debe conservar el proyectil la mayor velocidad remanente, para lo cual, aparte de una forma adecuada, debe tener la mayor velocidad inicial. Debe también tener el mayor peso posible respecto al calibre; es decir, lo mayor posible la relación peso-sección, lo cual no deja de ser un inconveniente para el polvorista, pues este proyectil más pesado, que encuentra en el ánima del arma más resistencia que el otro más ligero, se moverá por aquélla más despacio que éste, irá dejando a los gases de la pólvora menos volumen libre, en el mismo tiempo, que el proyectil de menos peso dejaría; pero como la cantidad de gases producida es la misma, la presión será mayor: trae como consecuencia un incremento en la velocidad de combustión de la pólvora y nuevo aumento de presión, que puede tomar un valor máximo superior al condicionado para seguridad del arma. En la misma arma, la presión de los gases de la pólvora es tanto mayor cuanto más pese el proyectil.

Tenemos, pues, que aumentar algo el calibre para aumentar sin peligro el peso de la bala. Aparecen los calibres 7,92 y 8 milímetros para fusiles, y 20 para ametralladoras más pesadas.

Veamos cómo podemos aumentar el alcance. Su valor en el vacío será:

$$X = \frac{V^2 \text{ seno } 2 \varphi}{g}$$

en la que  $X$  es el referido alcance bajo un ángulo de proyección  $\varphi$  y velocidad inicial  $V$ . Es proporcional al cuadrado de la velocidad inicial para cada ángulo de proyección, segunda razón que nos anima a llevar ésta al máximo posible; el procedimiento inmediato de aumentar la carga al cartucho, hemos de desecharlo por insuficiente, pues bien pronto llegaríamos a un peso de carga que, sin haber aumentado notablemente la cifra de velocidad, nos daría una depresión inadmisibles. Estamos obligados a un estudio más detenido del problema, meditando sobre la fórmula reducida de la velocidad inicial,

$$V^2 = \frac{2 \omega f}{m} \log_e \left( 1 + \frac{x}{x_0} \right) - D v^2.$$

En la que  $\omega$  es el peso de la carga de proyección;  $m$ , la masa del proyectil;  $x$ , recorrido del proyectil en el ánima;

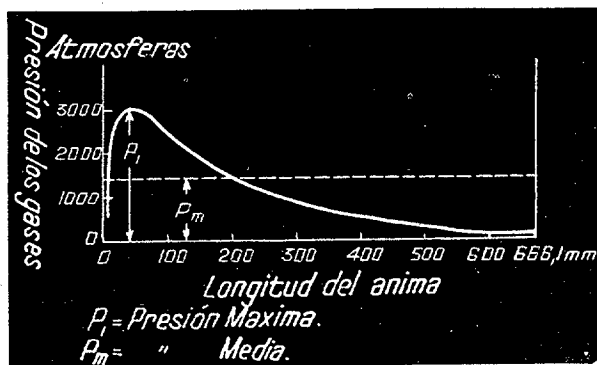
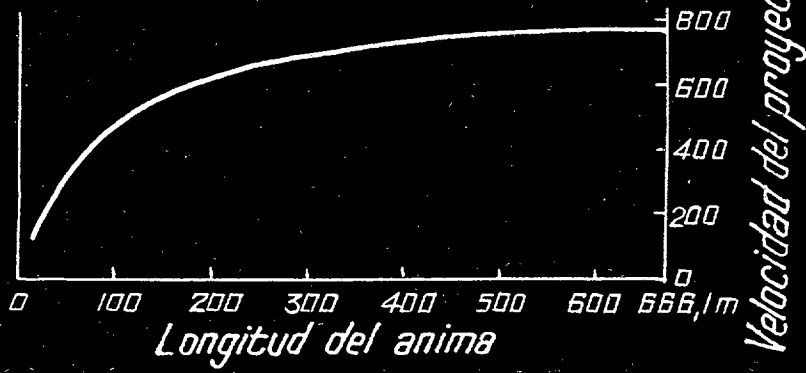


Fig. 1.ª — Curva de presiones de los gases en el ánima.



no, el espacio dejado libre por la carga en la recámara;

$$V = \frac{\phi l}{wm}, \text{ velocidad del proyectil en el ánima en el momento de alcanzar la carga su combustión completa; } D, \text{ un coeficiente dependiente de la forma del grano de pólvora; } f \text{ y } w, \text{ constantes específicas de la pólvora, de las que conviene aclarar el significado antes de seguir adelante.}$$

Por  $w$  designamos la velocidad de combustión de una pólvora, a la presión de 1 kg. por  $\text{dm}^2$  (velocidad específica de combustión);  $f$  designará la presión que sobre la unidad de superficie ejercen los gases producidos en la combustión de 1 kg. de pólvora, encerrados en una capacidad fija de 1  $\text{dm}^3$  a la temperatura de explosión (fuerza específica de la pólvora). Ambas características se mantienen constantes en cada tipo de pólvora; es decir, cuando no varía ni la composición química ni el sistema de fabricación, ni la forma de grano, y como vemos en la fórmula de la velocidad inicial, donde intervienen como factor del minuendo y divisor del sustraendo, de su aumento o disminución dependerá el de la velocidad inicial, constantes las demás condiciones. En resumen: la velocidad inicial aumentará más cuanto más fuertes y vivas sean las pólvoras que empleemos. Con una pólvora de nitrocelulosa, cuanto más alto sea su contenido en nitrógeno.

No desarrollo el valor del factor  $D$  por no hacer más pesado aún este trabajo; nos basta conocer de él que varía con el espesor del grano de pólvora considerado y en el mismo sentido. Es decir, que cuanto menor sea éste, menor será también  $D$ , y mayor, por tanto, la velocidad inicial  $V$ . Y como se adopta casi generalmente la forma de laminillas, que da una combustión muy regular, haremos aquéllas lo más chicas y delgadas que podamos, para aumentar el valor de  $V$ . Desgraciadamente, todas estas condiciones aumentan también el valor de la presión máxima, que tomará mayor valor cuanto más fuertes y vivas sean las pólvoras, cuanto menor y más delgado sea el grano, de tal modo que tendrá su valor máximo posible con el fulmicotón sin empastar. El hacer éste coloidal y moldearlo es precisamente para moderar la máxima presión de su explosión y hacerle utilizable en las armas de fuego. Nosotros empleamos la forma de laminillas, que da gran regularidad de combustión; pero la C. R. M. americana, por ejemplo, es cilíndrica, también muy apreciable. Estamos, pues, al parecer, ante un problema difícil; queremos alcanzar velocidades que sólo se logran con presiones inadmisibles para un arma ligera; relaciones que habremos de romper si queremos llegar a una solución, y esto nos conduce al estudio detenido de estas presiones en la recámara y en el ánima, causa de nuestro tropiezo. Midámoslas en diferentes puntos de ésta y aquélla, y llevemos el resultado como ordenadas a un sistema cartesiano en el que las abscisas sean la distancia del plano de culata, el punto de medida, es decir, caminos recorridos por el proyectil. Tendremos la curva de presiones. Tomarán éstas un valor rápidamente creciente, llegarán a un máximo, decrecerán de prisa y más lentamente des-

pués, de modo que volverá en su rama final su convexidad al eje de las  $x$  y tendrán aún determinado valor cuando el proyectil abandona el cañón. Entre dos posiciones infinitamente próximas del proyectil durante su recorrido en el ánima, el trabajo desarrollado por la pólvora será el valor de la presión medida en el diagrama, por el espacio referido. El área

$$\int_0^x p dx \text{ de la figura será el trabajo desarrollado por la pólvora, y esta superficie podemos aumentarla con una pólvora que no llegue a tan alto máximo de presión, pero que la conserve sin gran disminución de su valor, con lo que podemos aumentar el trabajo aprovechable, haciendo más largos los cañones, lo compatible con la portabilidad del arma, aunque siempre perdiendo el trabajo que pudiera aprovecharse de esta pólvora, que en la boca del cañón aún conserva elevada presión. Estos resultados se consiguen con las pólvoras llamadas progresivas.}$$

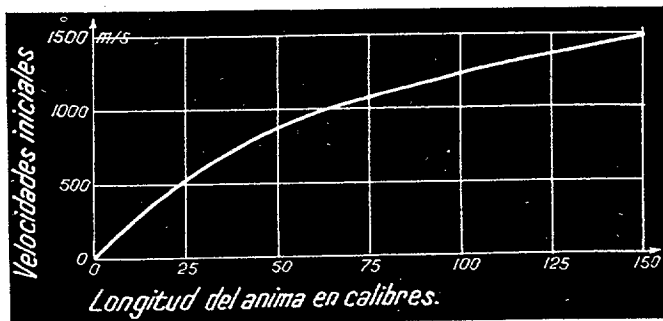
Démosles las condiciones químicas y de forma que más aumenten la velocidad inicial; hagámoslas del máximo contenido en nitrógeno, de pequeñas dimensiones y de poco espesor. Flegmáticemos su superficie con un hidrocarburo (alcanfor, centralita) también combustible, pero que modere la combustión de aquélla. Entonces la gran superficie de emisión de gases inicial se verá compensada con este amortiguador introducido, y la presión máxima será mucho menor que si no lo hubiésemos empleado. Pero cuando han ardido las capas de pólvora impregnadas en él, y arde la pólvora pura con toda su viveza, también el grano se ha reducido, y siendo la superficie de combustión menor, la presión sufre una nueva compensación y permanece casi estacionaria, dándonos el logro del diagrama apetecido, una energía al proyectil mayor y, por lo tanto, el deseado incremento de velocidad inicial. Veamos esto resuelto así en diferentes tipos de pólvora estudiados, de distintas procedencias extranjeras que omito, para fusil de 7,92.

En España teníamos desde hace varios años una magnífica pólvora progresiva para el fusil de 7 milímetros, y hoy hemos conseguido un tipo de fabricación industrial de esta clase de pólvoras, similar a las mejores de las antes estudiadas.

Dimensiones del grano m/m	Espesor m/m	Carga gr.	Balas P. P. gr.	Velocidad a 50 m. m. x s.	Presión Kg. x $\text{cm}^2$
1,10 x 1,25	0,312	2,727	12,65	723,3	3502
1,04 x 1,20	0,299	2,862	"	717,7	3120
1,38 x 1,22	0,302	2,878	"	740	3261
1,43 x 1,07	0,307	2,837	"	734,2	3425
1,28 x 1,03	0,317	2,80	"	747	4309
1,27 x 1,05	0,304	2,80	"	714,3	3169
1,29 x 1,03	0,299	2,80	"	717,2	3506
1,30 x 1,02	0,30	2,80	"	717	3052

En España teníamos desde hace varios años una magnífica pólvora progresiva para el fusil de 7 milímetros, y hoy hemos conseguido un tipo de fabricación industrial de esta clase de pólvoras, similar a las mejores de las antes estudiadas.

Fig. 3.<sup>a</sup> — Velocidad inicial del proyectil en función de la longitud del ánima, expresada en calibres. (Vale para todos los calibres.)





# Ediciones EJERCITO MADRID 18

BIBLIOTECA MILITAR PARA EL OFICIAL  
MANDADA PUBLICAR POR O. DE 20 DE NOVIEMBRE DE 1940. (D. O. NÚM. 267.)

## Obras publicadas hasta ahora por esta Biblioteca:

### PRIMERA SECCION

(Tratados extensos de técnica militar)

**La División. Empleo táctico.**—Coronel de Infantería Emilio Torrente Vázquez, del Servicio de Estado Mayor. Precio: 7 Ptas.  
**El C. E. Empleo táctico.**—Teniente Coronel de Estado Mayor Angel González de Mendoza y Dorvier. Precio: 8 Ptas.  
**Telefonía Militar.**—Capitán Fernández Amigo. Precio: 12 Ptas.

### SEGUNDA SECCION

(Colección de Tratados Prácticos de Campaña)

**Empleo de la Artillería.**—General Martínez de Campos. Precio: 8 Ptas.  
**Mando y Estado Mayor.**—Teniente Coronel López Muñiz. Precio: 6 Ptas.  
**Artillería. Tiro y su preparación.**—Comandante Carmona. Precio: 8 Ptas.  
**Infantería. Normas para el Combate de Pelotón, Sección, Compañía y Batallón.**—Coronel Barrueco. Precio: 6 Ptas.

**Infantería. Combate del Regimiento.**—Teniente Coronel Torrente. Precio: 6 Ptas.

**Artillería de Costa.**—Comandante Martínez Lorenzo (D. Vicente). Precio: 8 Ptas.

**Fortificación de Campaña.**—Comandante Villar. Precio: 8 Ptas.

**Defensa Química de las Unidades.**—Teniente Coronel Castresana. Precio: 6 Ptas.

**Intendencia. Servicio de Campaña.**—Comandante Fuciños. Precio: 6 Ptas.

**Farmacia. Servicio de Campaña.**—Comandante Peña. Precio: 6 Ptas.

**El Servicio de Información en Campaña.**—Comandante Mateo Marcos. Precio: 6 Ptas.

**La Defensa Pasiva.**—Comandante Crespo. Precio: 9 Ptas.

**Paso de Ríos y Restablecimiento de Caminos.**—Comandante Ruiz López. Precio: 8 Ptas.

**Transmisiones.**—Comandante Guiloche. Precio: 6 Ptas.

**Defensa antiáerea. Tiro y empleo de las armas.**—Capitán Lorenzo. Precio: 8 Ptas.

**Sanidad en campaña.**—Teniente Coronel Sancho. Precio: 6 Ptas.

**Carros y anticarros. Empleo táctico.**—Teniente Coronel Mantilla. Precio: 8 Ptas.

**Obstrucciones (Destrucciones y Obstáculos).**—Comandante de Ingenieros Gorozarri. Precio: 7 pesetas.

### TERCERA SECCION

(Historia, Biografía, Psicología, Legislación, etc.)

**Reflexiones morales. Charlas para el soldado.**—Capitán Ignacio de Otto y Torra. Precio: 6 pesetas.

**Contabilidad de los Cuerpos.**—Comandante de Infantería Salto. Precio: 7 pesetas.

Ha aparecido el mes pasado un libro muy interesante:

## Reflexiones morales. (Charlas para el soldado)

Capitán de Caballería IGNACIO DE OTTO Y TORRA, del Regimiento núm. 19.

Precio: 6 pesetas.

(230 páginas 13,5 × 19,5 con grabados)

PARA LOS QUE VAN A SER SOLDADOS, PARA LOS QUE YA LO SON Y PARA TODOS LOS QUE TIENEN A SU CARGO LA MISIÓN EXCELSA DE HACER QUE AQUELLOS SALGAN DEL CUARTEL SIENDO MEJORES QUE CUANDO ENTRARON

LOS LIBROS DE ESTA EDITORIAL SON LOS  
MÁS BARATOS QUE SE PUBLICAN EN ESPAÑA

# La Instrucción teórica y moral

Teniente Coronel de Artillería CARLOS DE SALAS, del Regimiento 21.

LA doble denominación de *teórica* y *moral* que lleva esta instrucción responde a dos aspectos muy distintos, y, sin embargo, íntimamente ligados. De hecho, la hora que dura se divide en dos partes, dedicadas, la primera, a un tema de la llamada tradicionalmente entre nosotros *instrucción teórica*; la segunda, a un tema de moral; pero si se hace como es debido, el tema de teórica debe ir ya en sí fuertemente impregnado de moral, como el tema de moral no debe ser un tema cualquiera, sino que debe dársele una conexión con algo militar: con las virtudes militares o con los fines del Ejército en paz y en guerra, o con la instrucción, o con el servicio; es decir, debe dársele una pronunciada fisonomía de instrucción teórica.

En cuanto a la primera parte o *instrucción teórica*, su título es inadecuado, o por lo menos no es privativo de ella, pues precisamente nuestros artilleros reciben otras instrucciones que tienen, al menos en parte, un carácter teórico. Tal ocurre con las de especialistas: cuando a un apuntador se le enseña en la pizarra lo que es la trayectoria, los ángulos de tiro, elevación, situación, etc., se le da una clase teórica, lo mismo que cuando a un artificiero se le explica la diferencia entre un explosivo rompedor y una pólvora progresiva. Por el contrario, ¡cuántas cosas pueden y deben explicarse *prácticamente* en la llamada *instrucción teórica*. Una de ellas, los servicios; en lugar, por ejemplo, de leer a los soldados la retahíla de obligaciones del cuartelero, lo cual sería un modo detestable de enseñárselas, o de explicárselas verbalmente con más o menos amenidad, lo cual ya sería mejor, cabe que el Oficial lleve a su gente al dormitorio y, allí, a la vista del local y del utensilio que hay que vigilar y cuidar, y haciendo que dos de los alumnos representen el papel de cuarteros y un cabo ya curtido el de cabo de cuartel, reconstituya el servicio que se trata de explicar, con la ventaja además de adaptarse a la realidad del cuartel donde los oyentes han de prestar ese servicio. Esta instrucción sería fácil de dar

si se tratase en ella simplemente de infundir a la tropa una serie de conocimientos de pura técnica militar; pero, como hemos dicho antes, debe ir impregnada fuertemente de moral, o más concretamente, de *moral militar* o de *espíritu militar*, y ello por varias razones: primera, porque los temas tan variados que comprende, que abarcan la vida del soldado en sus múltiples aspectos, se prestan a disquisiciones de esa índole aun en los casos que menos pudiera esperarse; así, al comentar el servicio de cuartero, por ejemplo, nos sentimos in-

ducidos a poner de relieve la abnegación del soldado que, en interés de todos sus compañeros, vela por la seguridad del dormitorio, y por la limpieza, en bien de la higiene y de la salud de ellos, y por el orden dentro de él, en bien de la disciplina regimental. Segunda, porque entonces muchos temas áridos de por sí, como las Leyes penales, por ejemplo, cobran vida, excitan mucho más la atención de los soldados y quedan mejor grabados. Tercera, porque hablando el Oficial instructor con llaneza a sus soldados, establece con ellos un contacto espiritual, que debe aprovechar para obtener un fruto lo mayor posible, y ello lo conseguirá si les muestra no sólo su competencia, sino, sobre todo, su alma pura y honrada, su carácter firme, su patriotismo, todas sus virtudes militares, que trascenderán, no de la letra de lo que les enseñe, sino del espíritu con que la anime. El ascendiente que el Oficial cobra sobre sus soldados en la instrucción teórica, depende mucho menos de lo que enseñe que de como lo enseñe.

Esta necesidad, a mi juicio ineludible, de dar a la teórica el carácter al mismo tiempo de instrucción moral, la hace más delicada. Al Oficial no le basta aprenderse bien en un libro todos los conocimientos militares que ha de infundir a los soldados, sino que ha de meditar sobre ellos, para deducir las enseñanzas espirituales que les den vida, luz y amenidad. No importa que los comentarios sean sobrios; al contrario, conviene que lo sean; pero tienen que ser muy atinados para no resultar contraproducentes, y esto, como digo, obliga a meditarlos mucho. Considero, sin embargo, que todo Oficial que tenga verdadero amor a la profesión y una regular cultura, logrará en poco tiempo ser un magnífico instructor de teórica, bastando para ello que se lo proponga.

Después de lo dicho, a nadie extrañará si añado ahora que esa segunda mitad de la clase que se dedica a la llamada *instrucción moral* es una verdadera continuación de la teórica en el sentido de que persigue el mismo fin que ésta, a saber: educar moral y militarmente al soldado. El cambio de tema que determina la variedad a la clase, deja descansar la atención del Oficial y de los soldados, demasiado tensa por el tema precedente, y la preponderancia que el factor moral toma ahora lleva, deliberadamente al Oficial e inconscientemente a los soldados, al sentimiento de que toda la clase ha sido como una ascensión gradual hacia las regiones del espíritu militar, hacia el convencimiento de que esos artículos de las Ordenanzas y de las Leyes penales; esas normas de higiene o de Detall y Contabilidad tienen vida, porque se la presta un algo muy elevado y que, en definitiva, lo que importa es formar *espíritu militar*, porque teniéndolo todo lo demás lo tendremos por añadidura. Tan es cierto que la teórica se prolonga en la instrucción moral, que aun



tratando cada una de temas completamente distintos, un Oficial hábil pasará de una a otra sin solución de continuidad, como no sea para conceder un descanso a su gente.

Con esto que decimos, apuntamos además implícitamente hacia la solución de esa mayor dificultad que la instrucción moral presenta sobre la teórica, y que nace de sus temas mucho más abstrusos, porque no parten, como en ésta, de un asunto concreto tratado en las Ordenanzas o en un reglamento cualquiera. En efecto: todos tenemos conciencia del difícil problema que se le plantea a un Oficial que tiene que hablar durante media hora sobre temas cuyo enunciado sea, por ejemplo, *La disciplina* o *La Patria*. Es posible que otros disientan de mi opinión; pero francamente diré que yo no he sabido nunca resolverlo de un modo directo, y que además creo ineficaz ante la tropa desarrollar estos conceptos de un modo general. Cuando tuve que hablar de cosas como éstas, tan profundamente sentidas y de tan difícil explicación, lo único que se me ocurría era el procedimiento indirecto de atacar algún asunto muy concreto que me diese pie para traer repetidamente a colación el concepto que me interesaba inculcar en mis soldados. Así, tratándose de la disciplina, hablaba del servicio de Guardia, del servicio en fuego de una Batería o de cualquier otro acto militar donde la necesidad y ventajas de la disciplina se viesan bien palpables. Tratándose de la Patria, aun concretaba más, porque entre las diversas patrias elegía la única posible para nosotros: la Patria España precisamente; y no sabiendo qué decir de ella, mejor dicho, no sabiendo decir amplia y elocuentemente cómo se la debe amar y servir, se me ocurría describirla, comentarla, alabarla en alguno de sus aspectos parciales: en su geografía en los períodos gloriosos sin igual de su Historia, en sus monumentos artísticos, en la belleza de sus paisajes... y en cien más que pudiera enunciar como otros tantos temas de exaltación. Repito que es posible que otros sean capaces de hablar prolongadamente de la disciplina o de la Patria en abstracto; pero también repito que me parece inoperante sobre el soldado, quien, por ser sencillo, necesita digerir esos conceptos sublimizados mezclándolos con el pan de cada día.

En nuestro Regimiento, la *instrucción teórica y moral* corre a cargo de los Oficiales de Semana, a excepción del viernes, en que toman la palabra el Capitán de Cuartel y el Capellán. Son varias las razones que han aconsejado aquí confiársela a los de Semana precisamente, y no a Oficiales fijos, como se hace en el período de instrucción de reclutas. Ante todo, durando una semana su actuación, tiene continuidad bastante, que no se pierde al pasar a la semana siguiente, por cuanto el imaginaria asiste también a la reunión del lunes, presidida por el Jefe de Instrucción; reunión cuya finalidad es fijar y unificar conceptos. Por otra parte, siendo ellos los que más directamente participan en la vida del soldado, parecen los más indicados para enseñarle cuanto con esa vida se relaciona, y son los que más ocasiones tendrán en el transcurso del día de ampliar esa enseñanza, aprovechando los diferentes actos del servicio. En fin, obligando esta instruc-

ción a una cierta labor intelectual, compatible perfectamente con la discontinuidad del servicio, parece que la mayoría de los Oficiales prefiere simultanear ambas cosas para, en cambio, poder entregarse de lleno a otras instrucciones cuando estén libres de ese servicio semanal.

Ahora bien: si la instrucción teórica y moral constituye el mejor contraste cordial y espiritual entre el Oficial que la da y los soldados que la reciben, esto sólo es ya motivo suficiente para que participen en ella otros Oficiales, además de los de Semana. Convendría, por ejemplo, que un día a la semana fuese el Capitán de la Batería quien, como tal, tomase la palabra, y un día cada quincena, los Jefes de Grupo, como tales, ante su Grupo, o el Jefe del Cuerpo o los Tenientes Coronales ante todo el Regimiento, en plan ya de verdadera conferencia.

Del padre Capellán, del Médico y del profesor Veterinario digo otro tanto, muy sobre todo del primero, cuya colaboración me parece absolutamente imprescindible desde el momento que nuestra Religión católica está íntimamente ligada a esa *moral militar* que propugnamos; mejor dicho: es, en unión del concepto de Patria, la base firme en que se sustenta. Aparte de las actuaciones que se le marcan concretamente en los programas semanales de instrucción, debe visitar con frecuencia los dormitorios a la hora de teórica, y allí, ante grupos de artilleros más reducidos que los que se le ofrecen en sus conferencias regimentales, hablarles llanamente, con la autoridad y la afabilidad que le presta su ministerio, de las verdades consoladoras de nuestra Religión y de sus reflejos en la moral militar. En tal momento, el Oficial de Semana le cede el uso de la palabra y, sin ausentarse, también escucha respetuosamente la palabra sencilla del Capellán, para dar ejemplo a los soldados, como mostrándoles que ha entrado en funciones una jurisdicción superior — la religiosa —, a la cual él, como instructor profano, rinde el debido homenaje.

Esta participación discreta del padre Capellán en la teórica, nos lleva como de la mano a dilucidar una cuestión inversa: ¿Deben tocar puntos religiosos los Oficiales instructores en relación, naturalmente, con la moral militar? Mi contestación es francamente afirmativa; pues ¿cómo prescindir de lo que, como hemos dicho antes, constituye, en unión del concepto de Patria, la base firmísima de la moral castrense? Si al soldado le hablamos del cumplimiento del deber, del sacrificio de la vida en caso necesario, de la abnegación, del compañerismo, de todas las virtudes militares en suma, sería una pobre argumentación fundarnos solamente en el interés material de



la sociedad que el Ejército está llamado a salvar. El horizonte argumental se amplía considerablemente cuando incluimos a la Patria como razón de ser de esas virtudes, ya que la Patria integra ese interés material de la sociedad humana, formada por todos los hijos de la nación con los incalculables valores espirituales de la Raza, de la Tradición, de la Historia, de la comunidad de creencias y costumbres, del Arte, Idioma y Literatura nacionales, de la intensa aunque difusa simpatía que todo lo propio inspira... Naciones hay que con esto les basta para fundamentar la moral de sus Ejércitos; pero ¿hemos de renunciar nosotros, españoles, a la razón que dilata hasta el infinito nuestro posible horizonte argumental? Locura sería cuando el noventa por ciento de los soldados que nos escuchan son católicos por educación y por sentimiento, y cuando tenemos la seguridad de que un argumento religioso bien aducido puede reforzar decisivamente nuestra disertación. Ahora, que si cautos hay que ser al hablar de moral, muchísimo más hay que serlo con la Religión. Estimamos que la parquedad y una gran firmeza y sencillez de conceptos deben presidir en las alusiones religiosas de los Oficiales, y digo alusiones, porque éstos no deben nunca tratar determinadamente de temas religiosos, sino prender en los temas de teórica o de moral militar, aquellas consideraciones religiosas que, por ser breves, rotundas y evidentes, sirvan de indudable refuerzo a su tesis.

Si al Médico de las almas toca un papel relevante en la formación moral del soldado, también el Médico corporal tiene en ella una participación muy definida. El aforismo latino *mens sana in corpore sano* permite ahorrarnos la fácil demostración de que así debe ser. El Médico hablará a la tropa sobre higiene, cultura física, profilaxis, etc.; pero demostraría una corta visión de su apostolado si no ligara esos aspectos físicos de sus disertaciones con los aspectos morales a ellos conjugados, y dejaría entonces de prestar su colaboración a esa formación moral del soldado de la que nadie, dentro del cuartel, debe desentenderse. Por iguales razones que el Capellán, él también deberá visitar las Unidades a las horas de instrucción teórica y moral; pero es claro que no debe hacerlo con la frecuencia que aquél: con una

vez al mes en cada Unidad puede ser suficiente.

Por último, también el profesor Veterinario debe aportar su grano de arena, nada despreciable, a la labor común. En los Cuerpos montados, el personal que cuida y usa el ganado necesita que se le hable, no sólo de los detalles más o menos técnicos que ese cuidado y ese uso entrañan, sino también del cariño con que debe tratar los caballos y mulos que se le confían, y de que esas tareas de limpiarlos y darles de comer y beber, molestas en algunos aspectos, ya no lo son cuando están adobadas por el afecto a tan nobles animales y por la convicción de que a Dios y a la Patria se les sirve lo mismo de ese modo humilde que con trabajos más esclarecidos.

Antes de hacer punto quiero tocar una cuestión que juzgo esencial. Me refiero a la imprescindible *unidad* que debe presidir en la instrucción teórica y moral, como en todas, por supuesto; pero que en ella hay que vigilar más por lo mismo que es más fácil se pierda. Sería absurdo, en efecto, que cada Oficial confeccionase su propio programa y lo desarrollase a su guisa siguiendo su criterio personal, criterio que precisamente en esta instrucción es difícil sea objetivo; pero que, aun siéndolo, puede ser equivocado por falta de experiencia. Es lógico que todo el Regimiento debe aprender las mismas cosas y, en la medida de lo posible, aprenderlas del mismo modo, salvando, naturalmente, las diferencias que nacen de las dotes distintas de cada Oficial. Pues bien: en nuestro Regimiento, para lograr esa unificación de materias a tratar y de criterios a seguir en su enseñanza, las primeras se señalan en los programas semanales de instrucción, y en cuanto a los segundos, se fijan reuniendo el lunes por la mañana el Jefe de Instrucción — o el Jefe en quien delegue — a los Oficiales de Semana y a los de imaginaria, ante los que hace una exposición breve y sucesiva de los temas, tanto de teórica como de moral, que se han de desarrollar en la semana, haciendo resaltar los puntos más interesantes, el sentido en que deben orientarse ciertos enunciados, cuestiones implícadas en los temas y que conviene eludir, alusiones que deben hacerse a cosas de actualidad, tanto del cuartel como de fuera de éste, etc., etc. A la sesión asiste casi invariablemente el padre Capellán, en gracia a su activa colaboración en la parte de moral, aprovechando la ocasión

para fijar los conceptos religiosos que hayan de desarrollar—con mucha parquedad y tiento—los Oficiales, y dar cuenta de los que él directamente ha de tratar. También asistirán el Médico y el profesor Veterinario, si se estima deben intervenir algún día en la teórica. Esta unificación deja, naturalmente, un margen inmenso para que cada Oficial desarrolle sus iniciativas y actúe con arreglo a sus dotes, variedad inevitable e incluso deseable que no está reñida con la unidad de doctrina.



Del Grupo de Regulares de Ceuta número 3.



# Concurso completo de **EQUITACION**



Merate, montado por el Comandante Pombo, ganador del Campeonato.

Teniente Coronel de Caballería  
**EMILIO L. DE LETONA,**  
de la Escuela de Aplicación.

**L**A Real Sociedad Hípica Española viene organizando anualmente su ya tradicional Campeonato de Caballos de Armas (en la actualidad, denominado Concurso Completo de Equitación), y merece el más vivo reconocimiento por parte de los jinetes militares, por su perseverancia en fomentar esta clase de pruebas tan propias para los citados jinetes.

El Concurso Completo de Equitación — nunca se insistirá bastante en ello — es la competición militar por excelencia; las diversas pruebas de que consta (doma, marchas, *steeple-chase*, *cross-country* y concurso) ponen de relieve en tal alto grado el tacto ecuestre, conocimiento del paso y decisión del jinete, que hace sea la manifestación hípica más completa y de mayor utilidad práctica para los Oficiales.

Debido a las circunstancias actuales, hay una gran escasez de caballos con aptitud para esta clase de pruebas, pues el ideal es disputarlas con pura sangre; pero el no disponer de ellos no es motivo para abstenerse de correr, pues con caballos regularmente cruzados de inglés se puede hacer un

buen papel, ya que al terminar un campeonato *con el caballo en buenas condiciones*, acredita la clase del jinete y demuestra su afición y conocimientos ecuestres, tan necesarios en una preparación de esta índole. Y estos caballos cruzados ya es más fácil encontrarlos. Claro es que siempre se estará en desventaja con los P. S.; pero esto se puede compensar estableciendo unas primas para los cruzados, según su puesto en la clasificación general.

El caso es montar y reunir muchos participantes, pues a excepción del *steeple-chase*, no hay para el jinete militar una prueba en la que encuentre mayores satisfacciones para su afición.

El último campeonato se celebró el pasado año en los terrenos del Campamento de Carabanchel: tomaron parte reducido número de participantes en una prueba tan importante, debido, en primer lugar, a la escasez de caballos de clase a que antes hemos aludido, aunque también influye la poca afición de los jinetes a esta clase de pruebas, cuya preparación, comparada, por ejemplo, con la de los concursos hípicos, requiere más trabajo, porque necesita ser más completa y esto obliga a estar más horas a caballo.

La organización y el trazado de las diferentes pruebas del Campeonato fueron excelentes, y respecto a la actuación de los jinetes que tomaron parte, la resumiremos brevemente en conjunto.

**Doma.** — En esta prueba, todos los participantes pusieron de manifiesto que sus caballos no ejecutaban correcta-

mente los movimientos exigidos. Seguramente alguno, por el poco tiempo que llevaba en esta clase de trabajos; pues su jinete tiene demostrado suficientemente su dominio en esta rama de la equitación. El resultado fué que, sinceramente, la prueba resultó poco lucida. No nos sorprendió, pues en todos los campeonatos ha sucedido siempre lo mismo. Sólo recordamos haber visto un caballo cuyo trabajo en esta prueba siempre sobresalía: *Quart d'heure*, montado por el hoy Teniente Coronel Jiménez Alfaro, ganador dos años seguidos del Campeonato, lo que constituye un preciado galardón en su historial hípico.

¿A qué se debe que esta prueba de doma resulte siempre tan poco brillante? En nuestra opinión, a los contadísimos profesores de doma con que contamos y a la escasa afición de los jinetes a estos trabajos: Esta falta de afición proviene de que, desde la época en que los concursos alcanzaron su mayor esplendor, han preferido los jinetes la presentación en las pistas de concursos a meterse en el picadero, pues en los recorridos en pista, el aplauso público premiaba sus actuaciones (y sabido y comprensible es, sobre todo en la gente joven, la atracción de la popularidad), mientras que en el picadero hace falta una gran dosis de paciencia, tiempo y trabajo para ir consiguiendo pequeños progresos en la puesta en doma del caballo.

Sean las que fueren las razones del desvío de los jinetes a trabajar en doma, lo cierto es que ha existido y sigue existiendo. Ahora bien: los que aspiren a ser jinetes completos, deben tener presente que no basta — con ser muy meritorio — ganar muchos premios en concursos, sino que es preciso dominar las diversas ramas de la Equitación.

**Steeple-chase.** — Decía Botín que para el jinete que quiera serlo del todo, el *steeple* es como el examen de grado para quien aspire al título de bachiller. Todo en él es necesario: la finura, la vista, la habilidad para el salto, la sabia economía de fuerzas — tanto por la fijeza del peso como por la suavidad en la dirección —, decisión, energía y resistencia. Claro es que se refería a los verdaderos *steeples*, propios para buenos saltadores.

El *steeple* que se corre en el Campeonato es bien modesto en cuanto a las dimensiones de los obstáculos. Claro es que mientras persista la falta de caballos de clase, no es prudente modificarle, y habrá que esperar para ello a tiempos mejores.

Por la circunstancia de correrse estos últimos años en campo abierto, se dificulta algo el mandar bien los caballos al paso de *steeple*.

En esta prueba se pone de manifiesto el conocimiento del jinete para, aprovechando bien las fuerzas del caballo, no pedirle esfuerzos a los que tal vez no pudiera responder.

El principio general recomendado (y pocas veces seguido) en las pruebas de concursos, referente a la quietud del jinete en la proximidad del salto, para dejar al caballo que disponga libremente de sus medios para salvar el obstáculo, adquiere en el *steeple* su máxima importancia, hasta el punto de que la inobservancia de este principio, en concursos por ejemplo, no suele traer más consecuencias, generalmente, que el derribar el obstáculo; pero en el *steeple* lleva consigo, indefectiblemente, la caída violenta.

Hay que tener en cuenta que a continuación del *steeple* (4.000 metros en 6'40'') había que hacer una marcha de 15 kilómetros en 1 h. 2'30'', y seguidamente el *cross-country*, de 8 kilómetros, en 18'36'', para terminar galopando en terreno liso 2 kilómetros en 6'. Era preciso, por lo tanto, que el jinete *administrase* bien las fuerzas de su caballo mediante un acertado empleo de ellas, pues se trataba, efectivamente, de hacer el *steeple* en el menor tiempo posible; pero a condición (y esto es lo primero que había que atender) de que el caballo terminase en buenas condiciones y en disposición de efectuar las restantes pruebas, conservando para ello las energías necesarias.

**Cross-country.** — El recorrido estaba muy bien trazado y sin ninguna dificultad; tal vez demasiado fácil en cuanto a la severidad de los obstáculos; pero de todos modos revelaba en los jinetes lo que gráficamente se llama el *sentimiento del paso*, que no es sólo darse cuenta de la velocidad que se lleva, sino también — y esto es lo importante — el desgaste de energías que produce en el caballo que se monta y los recursos de que dispone en cada momento del recorrido.

Y volvemos a insistir sobre lo que ya hemos señalado: que en las pruebas donde interviene como factor principal la velocidad, se debe obtener del caballo el máximo rendimiento; pero con la preocupación constante en el jinete de no exigirle más de lo que pueda dar, y para ello es preciso que *sienta* constantemente el estado del caballo, para el mejor empleo de sus energías.

No hay nada que predisponga tanto contra un jinete como verle terminar una de estas pruebas con el caballo agotado, y, ¡cosa curiosa!, parece natural que con el caballo en estas condiciones el jinete debería limitarse a estarse quieto y no pedirle ningún esfuerzo, que bastante hace el pobre animal, en muchas ocasiones, con sostenerse en pie; sin embargo, suele ocurrir lo contrario. Es decir, que el jinete llega al término de su recorrido solicitando enérgicamente al caballo, como si se tratara de una llegada apretada de carreras.

A propósito de lo referente al buen aprovechamiento de las fuerzas del caballo (a nuestro juicio una de las cualidades más esenciales que debe poseer el jinete que se precie de tal), viene a nuestra memoria el recuerdo de lo sucedido en el *raid* internacional Jerez-Sevilla-Jerez, celebrado en mayo de 1929.

La prueba consistió en dos marchas de 100 kilómetros, aproximadamente, cada una, sobre terreno variado y un recorrido en pista de 5.000 metros en tres días consecutivos, en la siguiente forma:

*Primer día: Jerez-Sevilla.*—Una marcha de 60 kilómetros en 5 horas 30' de tiempo máximo; a continuación, 40 kilómetros al aire libre.

*Segundo día: Sevilla-Jerez.*—40



Cock Fight, 2.º de la clasificación, montado por el Teniente Coronel Letona.

kilómetros al aire libre, y a continuación una marcha de 60 kilómetros en 5 h. 30' de tiempo máximo.

*Tercer día.*—Recorrido en pista de 5.000 metros en nueve minutos de tiempo máximo.

Tomaron parte diez caballos y terminaron el *raid* solamente cuatro; puede decirse que, salvo contadas excepciones, la causa determinante de que hubiera caballos que no terminaran la prueba fué que sus jinetes, con el afán de ir muy de prisa, los forzaron hasta el punto de que, creemos recordar, fueron dos o tres los que murieron a consecuencia de las exigencias de sus jinetes.

Por cierto que uno de los caballos muertos lo montaba un Oficial alemán, que en unión de otro jinete civil de la misma nacionalidad habían venido de Alemania a tomar parte en el *raid*. A este Oficial alemán le conocíamos de la Olimpiada de Amsterdam, y nos causó gran pena ver al caballo echado en la carretera sin poderse levantar, el segundo día del *raid*, en la marcha de Sevilla a Jerez, pocos kilómetros antes de llegar a esta última localidad.

No nos extrañó tal fin, pues tuvimos el triste acierto de pronosticarlo a un querido compañero y gran jinete (Abdón López Turrión. ¡Presente!), que con el que esto escribe, tomó parte en el citado *raid*. Era bastante fácil hacer de profeta a la vista de aquel caballo que encontramos después de haber hecho los 40 kilómetros al aire libre, el segundo día, en 1 h. 2' y faltándole 60 kilómetros para llegar a Jerez. Cuando emprendió esta última marcha (y, efectivamente, fué la última de su vida), el caballo presentaba evidentes muestras de fatiga, con la respiración sin normalizar; y sucedió lo que tenía que suceder: que llegó un momento en que la cantidad de ácido carbónico producido por el trabajo no pudo ser eliminado por el pulmón, y al romperse el equilibrio que siempre debe existir entre la intensidad del esfuerzo muscular y la potencia respiratoria, le produjo una intoxicación tan completa, que causó la muerte del pobre animal. Si su jinete, dándose cuenta de la paulatina disminución de energías del caballo, que forzosamente tuvo que notar, hubiera reducido la velocidad de marcha en lugar de forzar el tren, seguramente no habría cubierto el tiempo concedido para la prueba, pero el caballo se hubiera salvado, y en el estado en que se encontraba, su conservación debió ser la única preocupación del jinete.

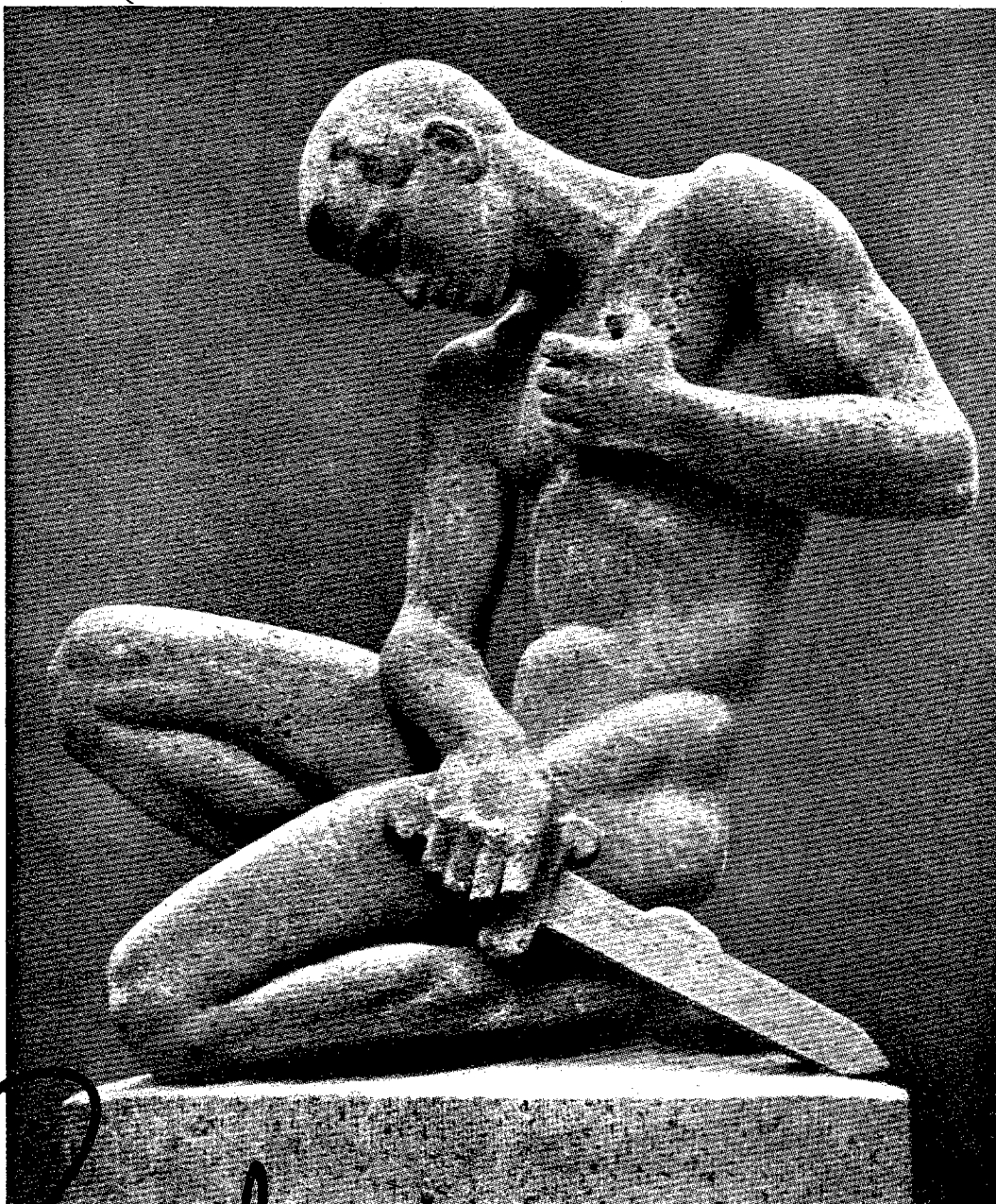


En el *raid* que comentamos, otros varios caballos presentaron también señales de agotamiento; pero a los primeros síntomas, sus jinetes, más prudentes, optaron por no continuar la marcha y se retiraron de la prueba.

Hemos citado estos casos ocurridos en el mencionado *raid* para poner de manifiesto: primeramente, lo indispensable que le es al jinete saber apreciar en todo momento el estado de su caballo y, como consecuencia, lo que puede exigirle; y después, que el agotamiento en los caballos que llegaron a este límite se debió, en todos los casos, a que estaban insuficientemente entrenados; pues hay que tener presente que en pruebas de esta índole, donde había dos marchas de 40 kilómetros al aire libre, no bastaba con el entrenamiento muscular de los caballos, sino que era preciso también *que tuvieran hecho el pulmón*, como vulgarmente se dice. Evidentemente, *el caballo trotaba con las piernas y galopaba con el pulmón*, como reza un antiguo dicho hípico.

**Concurso.**— Esta prueba era excesivamente fácil y, por lo tanto, no daba la medida necesaria para que los caballos hubieran podido acusar la fatiga producida por el esfuerzo del día anterior.

En general, el Campeonato resultó bien en todos sus detalles y los jinetes aplaudieron muy sinceramente al ganador de la prueba, Comandante Pombo, que con el viejo *Merate* supo montar con el tacto y decisión a que nos tiene acostumbrados tan excelente jinete.



# Psicología DEL HERIDO DE GUERRA

Capitán Médico  
MANUEL BALLESTEROS BARAHONA  
del Grupo de Sanidad del IX C. de E.

I

QUE el Oficial ha de ser un buen psicólogo es cosa que, por sabida, no precisa de insistencia. Del conocimiento profundo de la manera de ser y reaccionar de sus subordinados ha de sacar enseñanzas preciosas que a cada momento habrá de necesitar. Es indudable que todos los grandes conductores de masas han sido buenos psicólogos, y que con el conocimiento profundo de la manera de ser de sus multitudes han podido llegar a hacerse obedecer, comprender y querer de ellas. El Jefe, el Oficial, como conductor de masas, disciplinadas y organizadas en nuestro caso, debe prestar una parte de su atención al estudio y conocimiento lo más profundo que pueda conseguir de la psicología de los que tiene bajo su



mando. Mandar bien, mandar a tiempo y hacerse obedecer y querer mandando, es el resultado óptimo que debe buscarse, y cuyo camino de consecución se verá allanado sobre manera teniendo algunos conocimientos, siquiera sean elementales y muchas veces hasta simplemente intuitivos de la psicología de los hombres que le están subordinados.

Pensando en tales razones, hemos querido aportar modestas observaciones sobre esta materia, con la esperanza de excitar, siquiera sea de pasada, la curiosidad hacia las cuestiones de psicología que creemos son necesarias y aleccionadoras sobre manera para la labor del Oficial como conductor de una más o menos extensa colectividad humana.

## II

No es que vayamos a admitir que el herido de guerra adquiera, por el solo hecho de su herida, una psicología especial, apartada por completo de su psiquismo anterior normal en él; pero sí creemos firmemente que se presentan en dichos sujetos rasgos psicológicos bien definidos, nuevos, que ven su luz en el momento mismo de recibir la herida y cuya génesis es fácil de explicar.

El ser humano tiene unas características propias que ha ido adquiriendo durante el transcurso de su vida, y en cuya construcción intervienen influencias de toda índole que dejan su huella. Influencias de educación, de cultura, medio ambiente, familia, raza, clima, etc., las cuales van constituyendo, al ser captadas por el individuo desde su infancia, un todo homogéneo, una unidad psicológica con arreglo a la cual el sujeto obra, reacciona, piensa y, en fin, se comporta en la sociedad en que vive de forma homogénea y normal. Esta manera de ser, esta postura que adquirirá en lo sucesivo ante las variaciones del medio que le rodea y sus reacciones propias serán más o menos rápidas, más o menos profundas y de mayor o menor intensidad; pero siempre estarán situadas dentro de un área definida por ciertos límites, que serán siempre aproximadamente los mismos y que vienen a constituir en último término su personalidad. Conociendo algo la personalidad de un individuo, sus rasgos psicológicos más característicos, podremos fácilmente predecir cuál ha de ser su reacción ante un estímulo determinado.

Es indudable que la guerra produce en la psicología del hombre una serie de alteraciones que están en proporción con el polimorfismo del medio ambiente en que se encuentra colocado, de franca contraposición, la mayoría de las veces, con el medio en que se desarrolló su vida hasta entonces. No por todos se admite la existencia de una verdadera "psicología del combatiente" en su sentido más amplio; pero no es menos cierto que el combatiente adquiere ya, desde los primeros combates en que interviene, una manera de ser, de pensar y reaccionar, una postura psicológica propia y distinta de la que poseía con anterioridad, que le diferencia bien acusadamente de los que no fueron a la lucha. Cambio psicológico que en la mayor parte de los casos, por haberse realizado en una edad todavía formativa de su psiquis, influye en la personalidad muchas veces por el resto de su vida.

Este nuevo ambiente que rodea al soldado en el frente y que le hace captar multitud de sensaciones y estímulos no recibidos hasta entonces, resulta mucho más alterado, más nuevo y desconocido cuando el soldado cae herido, sumándose a la novedad de la situación la brusquedad de los estímulos, que se suceden con asombrosa rapidez. Entonces, por el cambio rápido que le impone el medio, por la sensación de peligro inminente, por el dolor recibido y por las condiciones físicas de inferioridad en que se ve colocado, salen al exterior reacciones psicológicas nuevas, como nueva y desconocida para su ser es la situación que se le presenta.

En el pleno ambiente militar que constituye la guerra, en donde todo está previsto, pensado de antemano, dosi-

ficado y calculado al máximo por el Mando, surge un factor que no es calculable: pueden salir al exterior una serie de reacciones individuales inesperadas y que pertenecen a la categoría de lo imponderable.

## III

El soldado que cae herido durante el combate, es desde ese mismo momento un ser que se encuentra en condiciones de inferioridad física con respecto a sus compañeros y al enemigo. Esta inferioridad es captada por su psiquis y se refleja inmediatamente en todo su ser, del que se apodera con rapidez, aunque sea por corto espacio de tiempo, una sensación grande de pequeñez, de insignificancia, ante el medio que le rodea. Se siente minorizado, hundido en una atmósfera interna de debilidad, en oposición completa con aquella sensación de fuerza, de potencia que sentía momentos antes de caer, cuando entre el fragor de la lucha veía resaltada su personalidad.

Esta primera sensación de inferioridad se da en todos los heridos de guerra, pero no es duradera, sino fugaz. Es la primera reacción del individuo ante la hostilidad del medio ambiente; dura breves instantes en la mayoría de los sujetos y marca el punto de partida: de dos caminos distintos a seguir por su psicología, dos caminos opuestos cuya trayectoria se ha de reflejar, como en seguida veremos, en la moral del soldado.

Dos elementos pone en marcha el traumatismo, que juegan un importante papel en esta minorización de su ser: *el dolor y la hemorragia*. Lo que, por regla general, más lo impresiona de la nueva situación presentada, es la pérdida sanguínea. Cuando sienten en sus ropas esa tibieza húmeda de la sangre que se vierte al exterior, es precisamente cuando la sensación de inferioridad, de debilidad extrema, llega a su máximo. Este horror a la hemorragia es el origen de esa desmedida afición de nuestros soldados por llevar colgado del cinto un trozo de goma o elástico, que si bien muchas veces, colocado a tiempo en el miembro herido, puede salvar una vida, ¡cuántas otras, indebida o prolongadamente colocado, es responsable de procesos gangrenosos que precisan de la amputación para salvarla, cosa que no siempre se consigue!

Cuéntase de Napoleón, a este propósito, que habiendo observado durante sus campañas la depresión que el verse sangrar producía en algunas de sus Unidades extranjeras, ordenó para ellas el uso de uniformes de un color rojo vivo, para evitar que la sangre de las heridas resaltase al exterior.

El dolor es el segundo factor de este proceso de inferioridad, si bien no juega tan importante papel como el anterior, siendo variable su importancia según los individuos. Su exponente externo es ese ¡ay! brusco que nos hace volver la cabeza rápidos al sitio de donde parté, y que nos señala con bastante regularidad el número de bajas que se producen a nuestro alrededor. Es particular a este respecto observar cómo en un buen tanto por ciento de los heridos está en razón inversa de la importancia y gravedad del traumatismo recibido. En efecto: los heridos graves rara vez se quejan: se nos suelen mostrar tranquilos, resignados, serenos, y en su faz se refleja una paz interior, una serenidad de suprema entereza que nos hace recordar, por una asociación de ideas, que las más de las veces tiene desgraciada realidad, esa paz exterior que nos muestran los muertos.

## IV

Es de gran importancia, por las repercusiones externas a que pueden dar origen, el estudio y conocimiento de los dos caminos totalmente diferentes que puede tomar la moral del soldado que se siente herido. Dos caminos que puede seguir su psicología al reaccionar ante la nueva

situación que se le presenta, y que no deben escapar al conocimiento del Oficial que manda una Unidad de combate, ya que pueden ser factores de importancia en el curso de la lucha.

Todos hemos podido observar numerosas veces estos dos casos tan opuestos: El soldado cae herido en cualquier fase del combate, y desde ese mismo momento es otro completamente distinto. Se exaltan al máximo sus condiciones físicas y morales, se exalta su dinamismo, su energía, su potencia combativa. Casi a rastras, de mala gana, sigue en su puesto de lucha ajeno a sus sufrimientos; se niega a ser evacuado de allí; lucha con enconado coraje, con inimitable ardor, con exaltado patriotismo; no siente el dolor ni le preocupan sus heridas; grita animoso a sus compañeros, y, en una palabra, se eleva al máximo su nivel moral de tal manera, que nos hace pensar como si aquel trauma que sufre fuese un verdadero latigazo que puso en marcha de forma arrolladora lo más varonil de sus sentimientos, de sus energías. ¡Cuántos casos de éstos podemos recordar todos haber visto en los días heroicos de nuestra gloriosa Cruzada de Liberación!

Es de notar el hecho de que el tipo medio español es muy propenso, tiene gran tendencia a esta exaltación de energías en los momentos de peligro, y que, como toda exaltación psíquica que vierte su luz al exterior, lleva en sí una gran fuerza de ejemplaridad por la misma energía con que se produce y tiene un gran poder de captación, irradiándose hacia los demás miembros de la colectividad testigos del hecho. Como quiera que en todas las colectividades humanas se producen con mucha frecuencia verdaderos movimientos colectivos de imitación, resulta de ello que estas actitudes gallardas del ser que, colocado en condiciones de inferioridad, exalta su psiquis y lo lleva a las cimas inmarcesibles del heroísmo, son origen de caminos de emulación por donde se siente arrastrada la psicología de los testigos del hecho, con todas las excelentes consecuencias que de ello se derivan para la moral de la Unidad donde estos casos se producen.

La otra situación, la otra manera de reaccionar que se puede presentar en el soldado herido, y que es de interés no desconocer, para evitarla en lo que se pueda o bien salvarla y contrarrestarla, es totalmente inversa a la anterior. Situación a la que, repetimos, el Oficial debe prestar el máximo de atención, porque puede ser, cuando el número de heridos aumenta y su evacuación no es posible por el momento, origen de un descenso en el nivel moral de la Unidad donde se produce. Es el caso del soldado que, sintiéndose herido, ve agotados sus recursos defensivos, su moral combativa, y clama por una pronta asistencia, grita cuanto puede, se queja, casi siempre de una forma desproporcionada a la lesión que sufre; llama a sus compañeros implorando su ayuda, y sólo quiere que le retiren cuanto antes del lugar de la contienda. Sus gritos desaforados se mezclan al estruendo de las granadas e influye en la moral de sus compañeros inmediatos, más que todos los infernales ruidos de la batalla.

Es de observar a este respecto que los heridos de bala, por lo general, son heridos "silenciosos", callados, quietos, heridos que pocas veces gritan, y que aunque en ellos se dé también el complejo de inferioridad a que hicimos mención, y aunque muchas veces la gravedad del trauma es extrema, sin embargo, no influyen, por su callada actitud, en el ánimo de los demás. Todo lo contrario suele ocurrir en los heridos por metralla, que son "ruidosos" al máximo, como si el estruendo de la explosión del proyectil que la esparce se comunicara a todo su ser.

Tienen estas dos diferencias claramente señaladas una explicación lógica. Los proyectiles de fusil o ametralladora traumatizan, pero no desgarran: más bien suelen abrirse paso separando las diferentes fibras de los tejidos, y sólo cuando encuentran una superficie dura y compacta como la ósea, o el proyectil, por ser de rebote y ya deformado,

se convierte en verdadero trozo de metralla, o bien cuando, debido a las condiciones físicas del órgano que lesiona, produce efecto explosivo, da origen a destrozos análogos a los metrallazos. Esta, por el contrario, lleva una fuerza viva muy grande; sus trozos, de irregulares aristas, muy agudos, van animados de movimientos de rotación que los hace actuar como barrena, y por ello contunden más que las balas, desgarran los tejidos, los deshilachan, los muerde; producen, en fin, grandes avulsiones que destrazan todos los filetes nerviosos que encuentra a su paso, dando lugar por ello a más vivos dolores, y por ello también, estos heridos, donde el factor dolor es más acentuado, sobrepasan con más frecuencia el dintel de resistencia del organismo, dando lugar a esas manifestaciones externas de sufrimiento que pueden influir sobre manera en la moral de una fuerza.

Si no hubiese otras razones poderosas y de todos conocidas, sería esta situación que dejamos apuntada por sí misma más que suficiente para sentar como postulado esencial de todo Oficial Médico de Unidad, la evacuación rápida de los heridos del teatro de la lucha.

Estas reacciones psicológicas del herido ejercen su influencia sobre los demás combatientes, tanto en la guerra de tipo defensivo como en la ofensiva. Quizá más en aquélla por el hecho de que en multitud de ocasiones las bajas han de permanecer sobre el terreno sin poder ser evacuadas hasta pasadas muchas horas, a veces días. Y no digamos nada de la extraordinaria influencia que pueden ejercer en un momento determinado en las posiciones sitiadas, donde los heridos no pueden ser retirados y muchas veces ni siquiera curados. Es entonces cuando nosotros entendemos que el Oficial Médico puede cooperar con el Mando de una manera efectiva por conservar la moral de la fuerza, no limitándose al tratamiento facultativo, físico, de sus heridos, sino preocupándose de sus condiciones morales, animándolos, buscándoles consuelo y quietud de espíritu, ya que el herido de guerra y sobre todo el herido en estas condiciones, no es sólo un enfermo, físicamente hablando, que requiere los cuidados de la ciencia, sino un enfermo moral que necesita también una terapéutica espiritual esmerada.

En la guerra ofensiva, desde luego esta influencia es mucho menor, ya que en ella los heridos quedan atrás, en manos de los elementos sanitarios, sin que los demás combatientes de las Unidades tengan ocasión de fijar su atención en los compañeros que han caído. Esta influencia se manifiesta más, según tenemos observado, en las Unidades que actúan como reserva inmediata, de apoyo de las que están en íntimo contacto con el enemigo, pues éstas encuéntrase a menudo en el camino a recorrer con los heridos que son evacuados a retaguardia, produciendo la vista de estas bajas, con sus quejas, sus vendajes rojos de sangre y su faz de dolor, sobre todo en soldados que van a recibir su bautismo de fuego, un estado de ansiedad y nervosismo que puede dar origen a verdaderos estados de apocamiento moral, que es preciso no pasen inadvertidos al Mando, para prevenirlos o contrarrestarlos de una manera eficaz.

Estas dos maneras de reaccionar ante una herida que hemos visto puede presentar el combatiente, suelen ser muy desiguales en cuanto a duración, y así, hemos podido observar casos con relativa frecuencia, en los cuales la depresión moral o la exaltación de la misma dura en el herido hasta su ingreso en el Equipo Quirúrgico y escalones sanitarios más posteriores, y otras en que, por el contrario, estas reacciones son muy fugaces, bastando sólo la primera cura realizada con el paquete individual por un compañero, para que el herido retorne a la tranquilidad de espíritu. Este retorno a lo normal está siempre influido por la presencia del Médico junto al herido, sus maniobras de curación y sus palabras de ánimo.

Cabe preguntarse si es posible de antemano predecir la manera como ha de reaccionar determinado individuo

ante un traumatismo recibido en combate, conociendo su personalidad o alguna de sus características psicológicas más salientes. Creemos que a esta pregunta se puede contestar de una manera general negativamente, puesto que no es posible saber qué reacción psicológica se puede presentar en un individuo cuando el estímulo que la provoca es completamente nuevo para el mismo. No obstante esto, hay un cierto número de circunstancias que, si bien de una forma un tanto aleatoria, pueden guiarnos en este pronóstico. Así se podría afirmar, en general, que cuando el soldado ya ha sido herido en otras acciones de guerra, su reacción ha de ser mínima, dado que entonces el estímulo que la provoca pierde su esencial carácter de novedad. El soldado veterano igualmente presentará reacciones psicológicas muy limitadas o nulas, puesto que el continuo vivir en este medio ambiente de la guerra ha ido preparando su psicología para toda clase de estímulos y dejan, a fuerza de tiempo vivido en continuo peligro, de ser inusitados para él. Las condiciones físicas también son un factor que puede guiarnos en esta cuestión, y en este sentido, el soldado de complexión robusta, en pleno vigor físico, es menos apropiado a grandes oscilaciones psicológicas que el que se encuentra en condiciones físi-

cas inferiores. La edad, el grado de cultura intelectual y hasta el grado de cultura religiosa y la raza, son factores también que pueden servirnos de guía. Conocida de todos es la impasibilidad con que reciben nuestros soldados marroquíes sus heridas, que las más de las veces, debido a su sentido fatalista de la vida, los impulsa a no manifestar la menor queja, respondiendo con su típica expresión de ¡Suerte! a las interrogaciones del Médico.

Esta manera fatalista de afrontar las vicisitudes de la vida es una de las muchas cosas que el tipo medio español, sobre todo el aldeano, conserva como herencia de la dominación árabe en nuestra Península.

Claro está que el profundo conocimiento de los hombres de una Unidad por parte de sus superiores los guiará, en muchísimos casos, en esta labor de tal manera que puede sentarse como regla general sometida el error de toda regla que los sujetos audaces, de espíritu aventurero, con presencia de ánimo y valor en suma, darán escasa reacción ante una herida recibida, y si la dan, puede pensarse con seguridad que será de tipo exaltado y heroico.

La clase de herida recibida y la región donde asienta, son factores que pueden utilizarse también para este pro-

*De las fuerzas militares del Protectorado. (Foto Valmitjana.)*



nóstico, y así hemos podido observar cómo los heridos de cráneo y abdomen son heridos tranquilos, con pocas reacciones, que muchas veces nos sorprenden al presentarse en el Puesto de Socorro del Batallón y hasta en el Equipo Quirúrgico por su pie, sin manifestar la menor alteración, en contraposición con la gravedad de sus lesiones.

## V

Otra característica psicológica propia del herido de guerra, cuya génesis hay que buscar en el complejo de inferioridad que se presenta en éste, es la tendencia de su psiquismo hacia la *Infantilidad*.

Sucedé aquí en el hombre lo que en toda la escala animal, y lo mismo que en los demás animales inferiores: el hombre se defiende de las condiciones adversas que le presenta el medio ambiente de dos maneras extremas y contrapuestas. Ante un medio hostil de cualquier índole, instintivamente echa mano de los recursos de defensa que posee para sobrepasar el peligro y vencerlo, si le es posible; pero si no encuentra en sí los recursos que precisa para su defensa, tiende entonces todo organismo vivo a empequeñecerse, a reducir su tamaño para pasar inadvertido en el medio hostil que le rodea. Deja entonces de intentar la lucha contra él y busca su defensa en su propia debilidad. Tal es el caso del mimetismo en los animales inferiores, verdadera lección de enmascaramiento que nos enseña a diario la Naturaleza, y por medio del cual intenta una defensa pasiva de todo su ser ante las condiciones adversas que no puede vencer con su dinamismo, su fuerza o su astucia.

El hombre, cuando se encuentra ante una situación hostil que no puede vencer con sus cualidades físicas, recurre también a esa especie de defensa pasiva que tiene su exponente externo en un resurgir de su psiquismo infantil. Esto es, en síntesis, lo que muchas veces hace el herido casi de una forma inconsciente. Se encoge, se empequeñece material y espiritualmente, llama a sus compañeros, siente un verdadero horror por la soledad, y a veces, cuando esta sensación de indefensión llega al máximo, llora y, en fin, asocia a su momento crítico actual la imagen rápida de sus familiares más queridos. Es entonces cuando lanza al aire su exclamación angustiosa de ¡Madre!, buscando en esa idea tan infantil de la protección familiar una defensa, una ayuda que no ha de recibir.

Esta puerilidad psicológica del herido es quizá la característica que conserva durante más tiempo, y los Oficiales Médicos de los hospitales, las enfermeras y hermanas de la Caridad pueden observarlo a diario en casi todos los heridos sometidos a sus cuidados. Gran número de ellos se hacen quisquillosos, tienen sentimientos de envidia puramente infantil, quieren ser los preferidos de su sala, buscan mimos y consuelos entre el personal que los rodea, sienten de nuevo el goce por los juegos sencillos fáciles de comprender, buscan lecturas que se aparten de temas científicos o de argumentos complicados, y sienten como nunca la nostalgia de su hogar, de sus familiares. Renace en ellos de nuevo ese entrañable amor por los objetos de su propiedad, aun los más fútiles y banales, como en su época escolar, y, en fin, sus frecuentes cambios de humor, sus discusiones y apasionamientos con los compañeros de sala por temas intrascendentes, su afán de consuelo y sus risas y bromas hacen que parezcan las salas de los hospitales de retaguardia, adonde llegan ya pocos con caracteres de gravedad, colegios de niños, en donde los pequeños desórdenes, al menor descuido de los superiores, verdaderas travesuras de chicos, han de ser corregidos con castigos puramente infantiles.

## VI

Otra característica psicológica que se puede observar casi de forma general en los heridos de guerra es la exaltación grande que experimentan en sus sentimientos de *compañerismo* y *camaradería*.

Esta característica, que adquiere su personalidad de forma tan acusada, es, como puede verse a poco que se piense, consecuencia lógica de las condiciones de inferioridad física en que se encuentra. El herido se siente minorizado en relación con sus compañeros y busca en ellos una ayuda moral y material que neutralice su déficit físico y psicológico; de aquí su mayor adhesión y solidaridad, su apego fraternal a sus compañeros de Escuadra o de Sección. Exaltación de sus sentimientos de solidaridad con sus camaradas de armas, que se verá mantenida ya y aumentada durante todo el curso de curación de sus lesiones y que se conservará durante toda su vida.

Es ley general en las relaciones sociales humanas que los sentimientos de hermandad y compañerismo se constituyan o aumenten con una mayor facilidad y fluidez en el sufrimiento común, en la desgracia, que en el transcurso de las horas fáciles y felices. Las privaciones, las desgracias y sufrimientos pasados en común unen más a los individuos de cualquier colectividad y a los pueblos, que las horas de un plácido transcurrir. Unen más, se constituyen lazos más estrechos entre los hombres cuando juntos corren un riesgo, que muchos años de vida en común. Quizá por ello la Santa Hermandad de las Armas produzca lazos más fraternales, más fuertes que ninguna otra.

Es natural y lógico por estas razones, que el herido de guerra, que siente en peligro su vida, se solidarice desde ese momento, más que nunca, con sus compañeros de Unidad. Solidaridad estrecha que, nacida ya en las horas de vida en común y acrecentada en los peligros, ve su cúspide en los momentos de dolor y angustia. Cuando cae en la lucha, busca el auxilio de sus compañeros, el consuelo de sus palabras, y ya desde entonces los lazos de cariño que a ellos les unen durarán toda su vida. Después, en las horas plácidas de la convalecencia, cuando siente de nuevo el renacer de su vida, que creyó perdida ya, no olvidará a sus compañeros de lucha.

Todos lo hemos visto a diario en nuestra retaguardia. Llevará orgulloso, junto al ángulo de herido, el emblema de su División; cuando habla de su Unidad, lo cual constituye tema obligado en sus conversaciones, lo hará con palabras del más encendido elogio. No puede oír ni admite que una Unidad cualquiera sea mejor que aquella a la que él pertenece, ni que haya peleado como ella lo hizo. Siente un cariño profundo por sus Jefes, y los presenta siempre en sus conversaciones como dotados de toda clase de perfecciones, y, en fin, cuando ya es dado de alta de sus lesiones y llegó la hora del regreso al frente, sólo aspira a tener la dicha de encontrarse de nuevo entre los mismos compañeros de antes y con sus mismos Oficiales.

Se han creado en su espíritu lazos que ya nunca se quebrarán y el amor a sus compañeros, a sus Oficiales, a su Unidad toda, que se le fué cuidadosamente inculcando desde su ingreso en el cuartel y que fructificó en las horas lentas de la primera línea, ha dado sus mejores frutos en aquel día luminoso que dió su sangre por la Patria.

Por ello, porque esta fraternidad de las Armas es tan duradera como toda la vida, es por lo que han surgido en todas las naciones las Asociaciones de Ex Combatientes como una necesidad sentida de mantener, a través de la separación que trajo la Paz, los vínculos de cariño, los lazos de unión creados en la lucha.



# SOBRE COLABORACIÓN

**E**STA Revista no se forma con los trabajos debidos a la pluma de su personal de Redacción, sino con los de colaboración espontánea de la Oficialidad, cuyo desenvolvimiento es para ella la finalidad más interesante. Está, pues, abierta a la colaboración de toda la Oficialidad, sea cualquiera su categoría, escala y situación, y remunera invariablemente todos los trabajos que publica con una cantidad nunca menor de **trecientas** pesetas, que se eleva hasta **setecientas cincuenta** cuando el mérito lo justifica. Se exceptúan de esta norma los trabajos que se le envían y utiliza fragmentariamente como Ideas o Reflexiones e Informaciones, dignos de publicación.

Los artículos de Revista no siempre desmerecen por su brevedad, y desde luego en su tamaño máximo no deben exceder de 30 cuartillas de 15 renglones. Cuando un estudio no puede encerrarse en este tamaño, debe fraccionarse en temas distintos que puedan publicarse separados.

Los Oficiales con aptitudes y aficiones artísticas pueden enviarnos sus composiciones, dibujos y fotos, que, caso de ser admitidos, remuneramos según convenio con el autor.

El Excmo. Sr. Ministro del Ejército, para estimular a la Oficialidad en el estudio y su colaboración en esta Revista, ha acordado establecer durante el año 1943, tres premios mensuales para los tres mejores trabajos contenidos en cada número. La atribución de ellos empezó en el número del mes de Abril.

Estos tres premios serán adjudicados por el Estado Mayor del Ejército a propuesta de la Dirección de la Revista, y ascenderán, respectivamente, a 1.500, 1.000 y 750 pesetas. Resuelta la adjudicación de los premios se dará noticia en estas páginas de los trabajos que lo han obtenido.

Admitimos colaboración para **GUIÓN**, Revista ilustrada de los mandos Subalternos del Ejército, y remuneramos los trabajos admitidos con una cantidad que, según el mérito, varía de 150 a 500 pesetas.

## NOTA

Nos ha sido remitido sin firma un trabajo titulado "Comentarios sobre los métodos de tiro de la Artillería de costa". No viéndolo firmado el trabajo y habiendo sufrido extravío la carta que le acompañaba, por lo que ignoramos quién es el autor, rogamos a éste tenga la bondad de enviarnos su nombre y dirección.



# • INFORMACION •

## España: 1800. (La jeunesse de Goya) <sup>(1)</sup>

(JACQUES CHASTENET. De la *Revue des Deux Mondes*. Septiembre de 1942.)

Era una España relativamente próspera aquella sobre la que, en 1788, comenzaba a reinar el Rey Carlos IV. A principios del siglo, los Borbones la habían encontrado exangüe, recobrada apenas de sus sueños de dominio universal, empobrecida en hombres y en bienes por las continuas guerras, por la emigración, por el desprecio del trabajo manual: nación de Don Quijote, perseguidora de molinos de viento. Príncipes hipocondríacos, desprovistos de genio, pero capaces de rodearse de buenos consejeros, lograron levantar al país de su postración oscuramente, sin herir sus tradiciones, sin aspirar a innovaciones bruscas. Educados en los métodos implantados en Francia por los grandes colaboradores de Luis XIV, hicieron beneficiarse de ellos al reino que se les había confiado.

El resultado fué que a la muerte de Carlos III, el tercer Rey Borbón, la población de España — que era a principios del siglo de unos seis millones de habitantes —, pasara a diez millones y medio de almas; que algunas buenas carreteras vinieran a sustituir las antiguas pistas informes; que la agricultura progresara; que se creara manufacturas; que el comercio — especialmente con América — fuera en aumento; que la Marina se restaurara; que el Tesoro no continuara por más tiempo vacío; que la instrucción comenzara, aunque lentamente, a extenderse; que la mayoría de los españoles, en fin, pudieran comer regularmente.

Todo ello se llevó a cabo sin gran violencia. Felipe V, Duque de Anjou, no había subido al Trono de los Reyes Católicos como conquistador, sino en virtud de los derechos que le correspondían por parte de su abuela, esposa de Luis XIV, y en virtud del testamento de Carlos II. Suprimió los privilegios de Aragón, porque esta región se había declarado en favor del Archiduque, que le disputaba la Corona, pero respetó los *fueros* de las provincias vascas y de Navarra; introdujo ciertos principios de la Administración francesa, porque tales principios se habían mostrado eficaces en la práctica; pero conservó la parte esencial de las instituciones nacionales, y, sobre todo, obedeciendo a su acendrado catolicismo, no se permitió rozar en lo más mínimo la quisquillosa catolicidad de los españoles.

Sus sucesores — o sus Ministros — actuaron como él, limando y mejorando, sin ninguna violencia. Su hijo mayor, Fernando VI, mantuvo en circunstancias difíciles la neutralidad de España. Su segundo hijo, Carlos III, gustaba de las reformas, y realizó algunas de importancia; pero cuando pretendió proscribir el uso de los sombreros anchos y de las capas largas, y sus súbditos se rebelaron contra la medida, destituyó prudentemente al Ministro que se la había aconsejado. Expulsó, ciertamente, a los jesuitas de sus Estados y entró en conflicto con el Vaticano; pero respetó al propio tiempo el Santo Oficio y colocó a su reino bajo el patronato de la Inmaculada Concepción: sus súbditos, que gustaban de titularse "más

católicos que el Papa", no tuvieron, en su mayoría, nada que objetar. El mismo Carlos III concertó con Francia el llamado *Pacto de Familia*, pero tan sólo en interés de España (2). "Nuestra existencia interior y exterior — escribió con tal motivo a la Junta del Estado — depende, en gran parte, de nuestra unión y de nuestra amistad con Francia; pero debemos tener mucho cuidado y tomar precauciones para que no nos arrastre en sus guerras, considerándonos como una potencia subalterna (3). Francia es para España la mejor vecina y aliada; pero podría resultar también su mayor enemiga, la más temible y potente. Bajo el reinado del biznieto de Luis XIV y a despecho de la predicción de este último, había todavía Pirineos.

Durante este período, la antigua maquinaria administrativa de la Monarquía española continuaba funcionando con sus piezas esenciales. El Rey, "¡que Dios guarde!", es siempre el hontanar de donde manan la legislación, la justicia y las mercedes; pero su poder se halla limitado por la obligación de servir y de defender la fe católica — por muy leales súbditos que fueran, los españoles se rebelarían instantáneamente contra un Soberano libre-pensador —, y también por los privilegios históricos de ciertas provincias, de ciertas comunidades, de ciertas clases, de ciertos órdenes. Al lado de la jurisdicción real funcionan los tribunales de la Inquisición, que no condenan ya a la hoguera más que en efígie, pero que ejercen todavía sobre las costumbres y los libros una censura a menudo enfadosa. El Ejército y la Marina tienen sus *fueros* particulares, a los cuales se atienen celosamente. Las provincias vascas y Navarra se gobiernan prácticamente por sí mismas; no pagan otros impuestos que los que ellas consienten libremente, y su frontera aduanera no se halla establecida entre ellas y Francia, sino entre ellas y el resto de España. La Iglesia posee aún el 15 por 100 de las tierras del reino. Las antiguas Ordenes de Caballería — Alcántara, Calatrava, Santiago y Montesa — administran también de un modo autónomo bienes considerables. La nobleza, muy numerosa, disfruta de amplios privilegios.

Dentro de estos límites, que no cabe rebasar sino con preudencia, el Rey es absoluto. Las Cortes, compuestas

(1) Traducimos el presente trabajo por creer de interés para nuestros lectores la visión pintoresca de nuestro siglo XVIII que en él se evoca, pero no suscribimos en modo alguno las apreciaciones del autor, que no ha acertado a superar por completo sus prejuicios nacionales acerca de nuestra Patria.—*N. de la R.*

(2) Es posible que tal fuera la intención de Carlos III y de sus Ministros al concertar el pacto; pero el resultado de éste no pudo ser más contrario a tales designios.—*N. de la R.*

(3) Esto es lo que realmente sucedió, a pesar de todas las precauciones.—*N. de la R.*

solamente de diputados de una parte exigua del reino, son ciertamente convocadas de cuando en cuando; pero su misión se limita a la prestación de juramentos o a la aprobación de "pragmáticas" reales, modificando la sucesión al Trono. Los Consejos, característicos del antiguo régimen de los Austrias, existen todavía: Consejo de Estado, Consejo real de Castilla, Cámara de Castilla, Consejo de Indias, Consejo de Hacienda, Consejo Supremo de Guerra, Consejo de Marina, Consejo de las Ordenes Militares; todos ellos continúan ejerciendo, con lentitud y minucia, su doble función administrativa y judicial; pero su importancia ha disminuído en razón de la preponderancia creciente que han ido adquiriendo los secretarios de Estado, que de simples secretarios del real despacho, se han convertido en verdaderos ministros, jefes de la administración. Al morir Carlos III, había siete de ellos: el primer Secretario de Estado o Ministro de Asuntos Exteriores, el Ministro de Gracia y Justicia, el de la Guerra, el de Marina, los dos Ministros de Indias y, finalmente, el de Hacienda. Desde 1787, constituídos en "Junta Suprema de Estado", representan el órgano activo del Gobierno.

En cada *provincia* (1), el Soberano se hallaba representado por un Capitán General, que presidía la "Audencia", organismo que llenaba a la vez las funciones de Tribunal de Apelación y de Consejo Administrativo. En las circunscripciones inferiores, era el Corregidor el que actuaba al mismo tiempo como administrador y como juez. La venalidad de los oficiales judiciales, tan extendida en Francia, estaba muy lejos de alcanzar el mismo grado en España, donde la autoridad real exigía estrecha cuenta a sus consejeros, "auditores" y corregidores. Por otra parte, a imitación de sus parientes franceses, los Borbones de España han superpuesto — salvo en las comarcas forales — a los magistrados tradicionales los intendentes, que son los ojos vigilantes del poder central.

Posiblemente, tal poder se ejercía con menor intensidad en las circunscripciones administrativas inferiores, ciudades y Municipios. Allí, las autoridades, alcaldes, regidores o jueces, son designados a menudo por el señor, el Obispo o el abad del que dependa el lugar; otras veces, tales funciones son de hecho hereditarias. En ciertas aldeas de escaso vecindario, las decisiones de interés local son tomadas por la asamblea de los habitantes, reunida el domingo a la salida de misa en el atrio de la iglesia. Para las aglomeraciones más importantes, Carlos III instituyó los llamados "Diputados del común" y los Procuradores-Síndicos que vigilaban la gestión financiera del Alcalde.

Pero las instituciones carecen de eficacia, si no se hallan respaldadas por las costumbres. Y si bien el español es capaz de elevar su patriotismo al nivel de lo heroico, si se deja matar por una idea, sus sentimientos propiamente cívicos se hallan, por lo general, escasamente desarrollados; a causa de lo cual resulta demasiado individualista. De la cosa pública apenas se preocupa sino por rachas; el resto del tiempo, aquélla no constituye para él, si es intelectual, más que un tema de especulación teórica, y si no lo es, un negocio reservado al más hábil o al más afortunado.

Consecuencia obligada de tal disposición de espíritu era que, a fines del siglo XVIII, la masa no se interesase apenas en los intentos del gobierno para sacar a España del atolladero en que se había hundido a finales del XVII. Algunos funcionarios, educados precisamente en los colegios menos aristocráticos, resultaron activos, emprendedores y "amigos de las luces"; otros, más numerosos, de los ministros reformadores, por considerarlo provechoso para sus carreras respectivas. Ciertos grandes seño-

res, que residieron por algún tiempo en Francia o Gran Bretaña, regresaron afiliados a la Masonería e imbuídos del "espíritu filosófico". Varios escritores, más o menos pensionados, loaron en verso o en prosa las iniciativas oficiales. Estudiantes y hasta jóvenes eclesiásticos lefan, a hurto de la Inquisición, las obras introducidas fraudulentamente de los enciclopedistas franceses. Pero la nación, en su conjunto, demuestra poca afición a las innovaciones, que rechaza por ser de importación extranjera.

En son de reacción, un "españolismo" intransigente se afirma por doquiera: a principios de siglo, los caballeros y damas nobles habían abandonado su severo traje tradicional para adoptar las modas francesas; ahora, algunos de ellos se complacen en desentenderse — por algunas horas — de tales modas, y se endosan, no ya los antiguos trajes negros reservados a los alguaciles y a las dueñas, sino la chaquetilla corta del *majo* andaluz o la falda de volantes de la *manola* madrileña. El gran público abomina de las piezas imitadas del francés que se le quiere imponer en los escenarios oficiales. Se respeta al Rey Borbón, salvo en círculos restringidos; pero con la condición de que se haya olvidado de Versalles.

\* \* \*

Considerada desde fuera, la sociedad española, al advenimiento de Carlos IV, aparecía estrictamente jerarquizada y un tanto rígida.

En lo alto se halla la Corte, la familia real y la primera nobleza. Esta primera nobleza se halla compuesta de los Grandes de España — en 1787 existían ciento diecinueve grandezas — y de los "títulos", Duques, Marqueses, Condes y Barones de creación relativamente reciente; en esta clase, cuyos miembros se tutean de buen grado los unos con los otros, se reclutan los titulares de los altos cargos palatinos: para la casa del Rey, el Mayordomo Mayor o Maestresala, el Sumiller de Corps o Gran Chambelán, el Caballerizo Mayor, los Mayordomos, los Gentilhombres de cámara en ejercicio u honorarios; para la casa de la Reina, la *camarera mayor* o superintendente, las damas y doncellas de honor (la *azafata* o primera doncella, cuya influencia es temida, pertenece, por lo general, a la pequeña nobleza). Muchos de estos señores, así sometidos a la servidumbre real, poseen en provincias inmensos dominios que denominan sus "Estados"; pero no residen en ellos habitualmente, prefiriendo seguir al Monarca en sus desplazamientos, que, con la regularidad de un péndulo, los trasladan de Madrid a Aranjuez, de Aranjuez a San Ildefonso, de allí a El Escorial, y después, de nuevo, a Madrid. La vida en esas residencias reales es bastante austera: se vive en ellas muy apartado de los placeres de Versalles, y, excluída la caza, no existen otras diversiones lícitas que los "besamanos" de gala, las recepciones de Embajadores, a veces alguna procesión extraordinaria o un bautizo solemne, excepcionalmente un *carrousel* o un concierto.

La Corte arrastra con ella un verdadero ejército de empleados: capellanes, servidores, palafreneros, picadores, proveedores de todo orden y de toda condición. Cotidianamente, doscientas cincuenta personas son empleadas en las cacerías reales, y los días de grandes batidas se reclutan unas dos mil. El entretenimiento de toda esta gente cuesta al Tesoro real cerca de setenta millones de reales, la décima parte de las rentas públicas; en espera del día, siempre aplazado, en que se ordene reducir seriamente tales gastos, la Corte continúa siendo un verdadero orbe cerrado en que los fermentos de la intriga y de la calumnia encuentran su más favorable caldo de cultivo.

Después de la Corte — o antes de ella, tal vez en el ánimo de la Nación — figura el Clero, muy numeroso, que en 1787 comprendía unas doscientas mil personas, de las cuales alrededor de sesenta y dos mil monjes y cerca de treinta y tres mil religiosas. Las Ordenes monásticas son, colectivamente, muy ricas, pero caritativas, y sus

(1) Entonces no había todavía *provincias*, sino "reinos" o regiones: Castilla, Aragón, Navarra, etc.—N. de la R.

miembros son individualmente pobres. Tanto los frailes como las monjas son, pues, populares, sobre todo cuando pertenecen a las Ordenes mendicantes; Ordenes entre las que se reclutan los predicadores que, como el capuchino Diego de Cádiz, consiguen electrizar con sus palabras a multitudes cuyo misticismo raya a veces en la histeria. (Este hermano Diego, al que se atribuyen milagrosos dones, lleva su intransigencia hasta el punto de verse denunciado al Santo Oficio "por su exagerada exaltación de la autoridad pontifical, de los poderes de la Santa Inquisición y de la perfección del estado religioso, como también en razón de la excesiva dureza con que predica contra los incrédulos libertinos".) En cuanto al clero secular, se comenta a veces con malicia su gusto por la buena mesa y las costumbres libres de algunos de sus miembros; pero, por lo general, es respetado, y una familia española, cualquiera que sea su condición, se siente muy honrada cuando "Su Reverencia" el cura o el vicario se digna acompañarla a tomar chocolate. Además, dicha familia cuenta generalmente con un tío o cuñado eclesiástico, en el cual confía para casar a las muchachas o educar a los hijos. El catolicismo no es, por otra parte, para los españoles simplemente materia de fe, sino también de patriotismo: a fines del siglo XVIII se defiende el dogma de la Inmaculada Concepción, o la veracidad de la aparición de Santiago cuando la batalla de Clavijo, con la misma fogosidad que se derrochaba en otro tiempo para arrojar a los moros de la Península y que se había de derrochar después para arrojar de ella a los franceses.

Ocupémonos ahora de la nobleza, no la de Corte, sino de la muy numerosa que pulula por provincias. El empadronamiento de 1787 denuncia la existencia de unos quinientos mil *hidalgos*, o sea de un noble por cada veinte españoles. El *hidalgo* viene a ser esencialmente aquel que puede probar que es cristiano viejo, sin mezcla de sangre judía, mora o gitana, y sin que sus antepasados se hayan degradado por el ejercicio de un oficio vil. Una multitud de gentes pretende cumplir tales condiciones; todos los habitantes de Vizcaya son nobles por derecho propio, y un gran número de asturianos lo son también. Pero la nobleza no equivale a la riqueza, y muchos de tales *hidalgos* son pobres de solemnidad. A veces, en el colmo de la humillación, se han visto obligados a ejercer un oficio manual. Pero en tal caso han tenido buen cuidado de elegir uno que no les degrade. Casanova, que recorrió España en tiempos de Carlos III, conoció un *hidalgo* que era zapatero de viejo y consentía en poner medias suelas al calzado usado; pero que en modo alguno hubiera consentido en hacer unas botas nuevas, ¡por no verse obligado a arrodillarse para tomar medida a sus clientes!

La mayoría de las familias nobles subsisten merced a la institución de los *mayorazgos* inalienables, que permiten al heredero del título vivir con decencia. Tales *mayorazgos* inmobiliarios, que cubren a fines del siglo XVIII más de un tercio del suelo español, son considerados por los economistas de la época como una calamidad: sustraen, en efecto, al comercio gran parte de las tierras, estimulan la pereza, impiden el acceso a la propiedad de los campesinos industriales y privan de recursos propios a los hermanos menores; críticas en su mayor parte bien fundadas, pero que no impiden admirar estéticamente cierto tipo de *mayorazgo* español, rudo como la tierra a la que se halla hereditariamente ligado; habitualmente parco en sus gastos, pero extremadamente generoso en caso necesario; inculto, pero cortés; duro con sus arrendatarios, pero caritativo con los pobres; capaz de derramar su oro y a veces su sangre, como siembra sus bastardos, al buen tuntún, sin dejar de estar a bien con Dios y de ser devoto de la Virgen.

La nobleza española carece de los privilegios fiscales de que gozaba por entonces la nobleza francesa, pero es ella la que nutre los cuadros del Ejército — un Ejército que no cuenta con más de cincuenta mil hombres, pero en

el que los Oficiales abundan — y de la Marina — una Marina todavía importante, pero bastante mal equipada —; en su seno se recluta la mayoría de los altos funcionarios, tanto de la metrópoli como de las colonias; es ella también la que, salvo excepciones, suministra a los tribunales esa multitud de *golillas* u hombres de toga — jueces, abogados, procuradores — que de ellos viven; y de ella, igualmente, provienen todos esos *pretendientes* o solicitantes que llenan las antecámaras de los ministros y de los grandes.

Pertenece, en fin, generalmente a la clase noble esos ociosos de buen tono cuya cháchara tanto resuena en la capital, y a los que los autores contemporáneos, como D. Ramón de la Cruz o Jovellanos, gustan tan a menudo de poner en evidencia.

Se los llama "petimetres" y "petimetras", del francés *petit maître* y *petite maîtresse*, y su afición a las modas francesas divierte y a veces indigna a los tradicionalistas. Se visten, o pretenden vestirse, como se viste en París: a lo sumo, el "petimetre" sustituye a veces la levita con una capa, y la "petimetra" consiente, cuando sale a la calle, en cubrir con una mantilla su aparatoso peinado y en echarse por encima de la falda una basquiña de color oscuro. Ambos se hallan siempre al acecho de las últimas novedades en la manera de andar, de danzar, de expresarse, de perfumarse, de tomar rapé, de mirar con anteojos, de suspirar, de amar. Haciéndose cada vez más refinado, el "petimetre" degenera en el "currutaco", paralelo exacto del *incroyable* francés; el "currutaco" es inimitable; no anda, sino salta; no habla, sino gorjea; no se alimenta, sino que chupa golosinas o sorbe elixires; se siente un puro espíritu, un silfo; en resumidas cuentas, a juicio de los españoles serios, se pone completamente en ridículo.

Como todo el que vive con cierta holgura pretende ser *hidalgo* y consigue generalmente probarlo, de uno u otro modo no existe apenas en España, a fines del siglo XVIII, una alta burguesía propiamente dicha. Existe, sin embargo, un cierto número de negociantes enriquecidos que no han podido efectuar sus pruebas de nobleza y que han debido resignarse a dejar de adornar la fachada de sus viviendas con un escudo cualquiera. Tales gentes se esfuerzan en orientar sus hijos hacia las carreras universitarias, por lo menos en los colegios no reservados a los nobles. En tiempos de Fernando VI y de Carlos III — que, como su bisabuelo Luis XIV, utilizaban gustosos a las gentes de modesto origen —, aquellos jóvenes alcanzaron a veces los más importantes puestos administrativos. Pero el comercio en grande se halla, en su mayor parte, en manos de extranjeros: solamente en Cádiz se hallan establecidos setenta negociantes franceses.

En cuanto a la pequeña burguesía — comerciantes, patronos de taller, comisionistas, boticarios, empleados de los tribunales y de la administración, agentes del fisco o de los señores —, carece casi por completo de importancia social. Piadosa y apegada a las tradiciones, constituye una reserva para el porvenir. Por otra parte, sus miembros, a menudo propietarios de una pequeña heredad campesina, no se distinguen siempre con nitidez de la clase rural.

El pueblo — "el común" — se compone de los artesanos y obreros de las ciudades, de los criados y de los campesinos.

Cuando Carlos IV se ciñó la corona, la gran industria no se había desarrollado todavía en el reino. Las pocas fábricas importantes que existían, funcionaban, salvo las de armas, con personal extranjero; a los españoles no les gusta el trabajo demasiado reglamentado y verificado en común; prefieren los pequeños oficios, que, aunque poco lucrativos, permiten un ocio frecuente. Las faenas que requieren gran esfuerzo muscular son confiadas de buen grado a los gallegos y asturianos, gentes rudas y vigorosas. Cuando buenamente pueden, el madrileño, el



toledano o el sevillano entran al servicio de una casa noble; en 1787 existían en España doscientos ochenta mil criados y solamente trescientos diez mil obreros. Y es que la grandeza de cada familia se medía por el número de sus lacayos y sirvientas; lo que explica tal multitud de criados ociosos, mal pagados y a menudo turbulentos. En el motín de Aranjuez, que en 1808 derribó a Godoy y ocasionó la abdicación de Carlos IV, las gentes de servir jugaron un importante papel.

Este proletariado urbano — al que habría que añadir la clase honorable y honrada de los mendigos — tiene sus costumbres y tradiciones propias, su peculiar manera de hablar y de vestir. Y también tiene sus elegantes, que son el "majo" y la "maja". (En Madrid se los denomina también "manolo" y "manola".) Si el "petimetre" y la "petimetra" se inspiran en Francia, el "majo" y su compañera se precian de su españolismo puro. El "majo", con su redecilla que le rodea el cabello, su chaquetilla corta, su ancha faja de color vivo, donde guarda la navaja; su estrecho pantalón guarnecido de filigranas y su vasta capa, en la que se emboza; la "maja", con su alta peineta, que sostiene la mantilla; sus hombreras de pasamanería; su falda corta de amplios volantes; sus zapatos puntiaguados, que permiten lucir su diminuto pie; su navaja en la liga (1).

Raza vibrante, crédula, apasionada, pronta a toda clase de excesos, siempre dispuesta a sacar a relucir sus armas, aficionada al baile, a las canciones y a la efusión de sangre, sin dejar por ello de mostrarse suficientemente atrayente.

Pero, a despecho de los cuadros y de las comedias de la época, no debemos considerar a los "petimetres" y "majos" como los únicos personajes de la escena española de fines del siglo XVIII. Entonces, como ahora, lo esencial es el campesino, ese rudo y laborioso campesino español, cuya grandeza ha retratado dignamente Miguel de Unamuno: "Raza sarmentosa, tostada por el sol y curtida por los hielos; raza sobria, producto de una larga selección por el frío de los rudos inviernos y el hambre periódica; raza acostumbrada a la incremencia del Cielo y al desamparo de la vida. El campesino español es sobrio en sus ademanes y su conversación es reposada y grave. Se le creería un Rey destronado..."

Este campesino, cuya clase social constituye la mitad de la población del reino, no posee sino una mínima parte de las tierras. Con frecuencia, sobre todo en Castilla y Andalucía, no es más que un simple jornalero, y cuando las labores de recolección terminan, permanece largos meses sumido en la miseria. Pero se consuela repitiendo los sustanciosos proverbios que constituyen todo su bagaje literario y contando en la Divina Providencia... Su hermano, el pescador de las costas cantábrica o levantina, no es menos fatalista. Tanto el mar como las mesetas de Castilla predisponen a las mismas ilusiones.

Considerada desde fuera, hemos dicho anteriormente, tal jerarquía social parece rígida. Desde dentro, ya no lo parece tanto, porque tal rigidez se halla corregida por la llaneza de las clases elevadas y por la dignidad de las clases inferiores, dos rasgos permanentes del carácter español. El Rey tutea a todos sus súbditos; el hidalgo y el mendigo se tratan recíprocamente de "Vuestra Gracia". Todos son cristianos; es decir, hermanos en Jesucristo. Únicamente son despreciados aquellos de quienes se sospecha el no participar de la verdadera fe: extranjeros heréticos, gitanos, judíos falsamente conversos de Mallorca. Es inútil que el Gobierno legisle en su favor: las costumbres son más potentes que las leyes; tales répropos se hallan fuera del catolicismo; es decir, de la sociedad.

No existen, por otra parte, diferencias esenciales entre las maneras de vivir de las distintas clases sociales. Ex-

cluidos aquellos que son muy ricos y aquellos que son muy pobres; excluidos también aquellos pocos que imitan las costumbres francesas, los españoles tienen todos parecidos gustos. El mismo desdén de la comodidad — la vivienda del hidalgo, como la del campesino, sólo se halla amueblada con algunas mesas, camas y sillas de madera; los muros se hallan desnudos de todo ornato, y el brasero constituye con frecuencia el único medio de calefacción —. La misma frugalidad — el cocido viene a ser la base de la alimentación nacional; únicamente las gentes acomodadas se permiten, además, las dulzuras del chocolate con canela —. La misma costumbre de madrugar — el Consejo de Castilla abre la sesión a las ocho de la mañana en invierno y a las siete en verano — y de dormir la siesta a mediodía. Todos oyen misa cotidianamente: la *misá de alba* se celebra en provecho de los trabajadores del campo antes de que salgan a sus faenas. Todo el mundo concurre a las romerías, a las procesiones y a las corridas de toros. Este país, donde hay tantos nobles, es uno de los más verdaderamente democráticos del mundo.

\* \* \*

La España de Carlos IV ha tenido la suerte de contar con un gran pintor que la inmortalizara; el cual ha fijado para la posteridad no sólo los rasgos de sus soberanos, de sus hombres eminentes y de sus mujeres distinguidas, sino también el aspecto cotidiano de sus calles, de sus plazas, de sus campiñas, de sus lugares de diversión o de desolación. Es más: con su magnífico pincel ha dejado retratada el alma de su pueblo.

Ese gran pintor es Goya.

Francisco de Goya y Lucientes nació en Fuendetodos (Aragón) el 30 de marzo de 1746, cuando Felipe V, el nieto de Luis XIV, reinaba todavía. Su padre fué un pastor y su madre pertenecía a una familia tal vez noble, pero seguramente arruinada.

El muchacho creció sobre una tierra atormentada, a la vez áspera y fecunda, en la que los torrentes que descienden de los Pirineos (1) socavan profundas barrancadas. Corretea todo el día bajo el viento, unas veces helado y otras abrasador, y sus ojos se sacian de una luz cruda y pura que, según las estaciones y las horas, colorea de tintes cambiantes las montañas lejanas, las praderas onduladas, donde pastan los rebaños, los lechos de los ríos, tan pronto secos como rebosantes de una agua espumosa, y las aldeas que apenas se distinguen de las pendientes rocosas, a las cuales se aferran.

Un fraile se fija en este pillastre atrevido que juega con los toros y dibuja sobre los muros con trozos de carbón. Le hace entrar en la Escuela de Zaragoza, donde le enseña el abecedario, las cuatro reglas y los rudimentos del dibujo. Francisco, cuya ortografía no será nunca muy buena, se apasiona por los lápices y sueña con la paleta. Al cabo de algunos años se presenta en Zaragoza a Luzán, pintor de cierto renombre, y se hace alumno de su escuela, una buena escuela. Era entonces un mozalbeta turbulento, sanguíneo, quisquilloso, un tanto mujeriego; pero que, cuando es preciso, trabaja a conciencia.

A los diecisiete años se cansa de su provincia y marcha — a pie, sin duda — a la capital, en donde se reúne con Bayeu, al que conoció en el taller de Luzán, y cuyos cuadros comienzan a venderse, casándose más tarde con su hermana.

¿Qué vida llevaba en Madrid el joven Goya? Acerca de ello corren bastantes leyendas, pero ninguna comprobada. Navajazos, mozas burlacas, cuentas con el Santo Oficio; todo ello es posible, probable también, pero nada

(1) Aquí comete el autor un grave error geográfico. Sabido es que Fuendetodos se halla al S. del Ebro, y, por lo tanto, mal pueden ser afectados sus alrededores por los torrentes que descienden de los Pirineos.

(1) ¡Ya salió la española! — N. de la R.

se sabe de cierto. Sin embargo, uno se imagina fácilmente al aprendiz de artista, saliendo ufano del taller con el cuadernito de apuntes en el bolsillo y errando por las calles en busca de una escena que dibujar, de una broma que gastar a alguien, de una golosina que atrapar o de una bonita barbilla que acariciar.

Hele aquí, por la mañana, en la Plaza Mayor, mercado concurrido en que los vendedores y vendedoras ofrecen sus mercancías a grito pelado en medio de frecuentes alfilerazos que hacen rodar por el suelo más de una vez las pilas de naranjas y de pimientos, donde los pollos y los pavos cacarean y se arremolinan, y los ciegos cantan sus coplas y romances, verdadera gaceta oral. Un poco después, a la hora elegante — de mediodía a dos de la tarde —, se le ve en la Puerta del Sol, donde los "petimetres" hacen su deslumbrante exhibición y en donde a veces se digna presentarse tal o cual "petimetra" acompañada de su cortejo o galán; allí, alrededor de la fuente de Mariblanca, los aguadores se afanan, mientras que, algo más allá, bajo los porches de San Felipe el Real, ociosos, propaladores de bulos, curas sin parroquia, oficiales sin destino, entrometidos de todo género y mujeres fáciles, chismorrean a porfía; Goya se une, sin duda alguna, con alegría a este cacareo.

Después de haber comido rápidamente y dormido la siesta, se va al Prado, al famoso paseo que se estaba entonces arreglando, trazando y replantando. Es allí donde se reúne por la tarde todo Madrid; tiradas por mulas, las pesadas carrozas de la aristocracia, con sus empenachados lacayos a la trasera, se suceden en ininterrumpida fila, escoltadas por jinetes; de cada lado de los paseos, una doble corriente de peatones los acompaña; grupos de muchachas pasan sonrientes, apenas velado el rostro por la mantilla; los jóvenes las miran con descaro y les echan, al pasar, atrevidos piropos; algunas familias honorables toman el aire, dándose importancia; los mendigos solicitan limosna con altanería; se oyen canciones acompañadas de guitarras; en una pradera apartada se juega a la gallina ciega, se lanzan cometas, un *majo* y una *maja* se enfrentan bailando, con gran estrépito de castañuelas y cimbrear de caderas; un voluptuoso *hidalgo* o un *bolero* todavía más voluptuoso... Pero he aquí que las campanas tocan el Angelus. Como por encanto se hace el silencio, los gestos esbozados se detienen, las cabezas se inclinan: no se oye más que el murmullo del *Avemaría*. Un momento después, el runrón recomienza y dura hasta bien entrada la noche.

¿Qué hacía Goya al dejar el Prado? Tal vez vaya a presenciar algún espectáculo en el teatro de la Cruz o en el del Príncipe, reclutado como jaleador por el partido de los "Chorizos" o el de los "Polacos". Tal vez se detenga un momento en una botillería a beber un vaso de *hipocrás* o de *rosoli*, mientras que lee el último número de la *Gaceta* o del *Diario Noticioso*. Tal vez, en compañía de otros alegres desocupados, entre en uno de esos bailes de máscaras puestos en boga, a imitación de París, por el Conde de Aranda, a los que concurrió disfrazado Casanova. Tal vez, presentado por una persona respetable, hace su aparición en una tertulia en que se tasan los refrescos, pero en que la conversación es interesante. Tal vez, si es ocasión, vaya a la feria que se celebra en la plazuela de la Cebada, donde se dan cita las elegancias madrileñas. Con más seguridad, dado que a su edad el amor es una diversión gratuita, irá por las calles mal alumbradas a verse, desafiando a un marido celoso, o un hermano desconfiado, con alguna "manola" complaciente.

Lo cierto es que cuando hay corridas de toros, nuestro hombre no falta. Al principio, las corridas tenían un carácter aristocrático y eran, sobre todo, los gentilhombres los que, montados en fogosos caballos, rejoneaban a la fiera cornúpeta. Pero Felipe V, educado en las más refinadas diversiones de Versalles, gustaba poco de esta lidia sangrienta, y la nobleza dejó de actuar en ella. Fueron

entonces los toreros profesionales de origen plebeyo los que pasaron a desempeñar el principal papel sobre el ruedo: con ello, la tauromaquia ganó en popularidad y se transformó en un arte de reglas más definidas. Durante la primera estancia de Goya en Madrid, los dos toreros preferidos del pueblo eran dos andaluces: Juan Romero y *Costillares*. Una corrida duraba entonces todo un día; se mataban seis toros por la mañana y otros doce por la tarde; al final se autorizaba a los aficionados a arrojar al ruedo y a probar su destreza con riesgo de su vida; no cabe duda de que el joven pintor figurara a menudo entre ellos, ya que se firmaba a veces "Francisco de los Toros" cuando escribía a su amigo Zapater.

En medio de tales diversiones, y a despecho de una vida probablemente bastante disoluta, Goya, que hasta su muerte siguió siendo buen católico, no olvida sus deberes religiosos. Va a misa, se confiesa y comulga. No cabe tampoco dudar de que el futuro pintor del *Milagro de San Antonio* y de los *Disciplinantes* asistiera de buen grado a esas predicaciones al aire libre y a esas procesiones en las que sus compatriotas encuentran ocasión de satisfacer su religiosidad, su afición al espectáculo gratuito y, algunas veces, su sed de sangre. Cabe imaginarse pintada por Goya esa escena contemporánea descrita por Bourgoing, encargado de negocios de la Embajada de Francia, en la que se habla de una joven "de dulces sentimientos, de carácter amable y jovial", que aparecía un viernes santo "con expresión alegre en su rostro y vestida con un traje de blancura deslumbrante". "Era aquí el momento — prosigue Bourgoing — en que los disciplinantes debían pasar por su barrio. Los esperaba con impaciencia. Al fin aparecen. Ella se aproxima a su ventana, que se encuentra al nivel de la calle, separada tan sólo de ésta por una reja. Los disciplinantes se paran delante de ella y se flagelan, dejándola en un instante cubierta de salpicaduras de la sangre que brota de sus espaldas. Ella parecía deleitarse al ver sus vestidos empapados de esa horrenda rociada." El amante de la joven se encontraba entre los torturados voluntarios. La sangre, la voluptuosidad y la muerte; he aquí todo un aspecto de la obra goyesca.

Hacia 1767, cuando nace Manuel Godoy, nuestro pintor en ciernes se halla muy lejos todavía de concebir sus *Desastres de la guerra*, o siquiera sus *Caprichos*. Pero ya se mostraba inquieto e inconstante. Tal inquietud, ¿era innata u obedecía a disgustos con la policía? ¿Se trataba simplemente de esa peregrinación a Italia que entonces se juzgaba complemento indispensable a la educación de todo verdadero artista? De todos modos, él se decide a dejar Madrid y a partir para Roma. No tiene dinero para pagarse el viaje. Pero no importa: se agrega a una cuadrilla de toreros, y con tales compañeros, cuya vida pintoresca le atrae, consigue alcanzar, de plaza en plaza, el puerto donde embarca.

De su estancia en la Ciudad Eterna apenas se sabe nada. Se habla de tapias de convento escaladas, de una monja raptada, de escaramuzas con los esbirros pontificios; en resumidas cuentas: de una reedición de las leyendas madrileñas. Lo que puede asegurarse es que Francisco no se olvida de que ha ido allí a estudiar los grandes modelos y que lo hace a conciencia.

En 1770 se encuentra ya de vuelta en España; pero como le parece difícil abrirse camino en Madrid, se establece de primera intención en Zaragoza, su provincia natal. Los frailes del *Aula Dei* no han olvidado todavía al pequeño "Francisco", y le encargan de decorar con una *Vida de la Virgen María* los muros de su cartuja. Gustan estos once lienzos; la reputación del joven pintor se extiende, y muy pronto vuelve a Madrid, en donde le reclaman los aficionados y en donde se casará con la hermana de su antiguo condiscípulo Bayeu, convertido, mientras tanto, en miembro de la Academia de Bellas Artes.

Gracias a su cuñado, recibe, en 1776, el encargo de unos

cartones de tapicería destinados a la Manufactura Real. Durante quince años se va a dedicar a esta serie, perpetuando para el placer de la posteridad, con un ágil dibujo y un colorido alegre, esas escenas madrileñas y campesinas de que ha sido divertido espectador o actor fogoso. Sin embargo, no olvida a los maestros y se apresura a traducir al grabado algunos de los más bellos lienzos de aquel que considera por encima de todos: Velázquez.

En esta España de fines del siglo XVIII existe afición a las Bellas Artes, y Goya alcanza muy pronto, si no la celebridad, al menos, el renombre. Las demandas de retratos afluyen: retratos de grandes señores, de damas distinguidas; el propio Infante D. Luis, hijo menor de Carlos III, encarga a Goya que lo retrate rodeado de su familia. Y, finalmente, la consagración suprema: nuestro artista es recibido en los salones de la Duquesa de Alba.

Hacia 1780, María Pilar Cayetana de Silva Álvarez de Toledo, duodécima Duquesa de Alba, es la dama más elegante e influyente de Madrid.

De dieciocho años de edad, nacida de una familia ilustre, hija de aquella espiritual Duquesa de Huéscar que fué amante del famoso Mora — el Mora de Julia de Lespinasse —, inmensamente rica, casada casi niña con un esposo absorto por la Música, María Pilar atrae la atención de todos.

¿Era bonita? No del todo, tal vez, con su tez pálida, sus delgados labios, sus grandes ojos asombrados, su inmensa cabellera oscura y sus gestos amanerados. En los retratos que de ella ha dejado Goya aparece un tanto rígida, muñeca más que mujer, con algo de infantil y de enigmático. Pero este exterior frío oculta un espíritu obstinado y un alma apasionada. Niña mimada, nada es bastante hermoso para ella, nada demasiado difícil, nada es capaz de detenerla. Su palacio de Piedrahita, en la provincia de Avila, es el más suntuoso de España después de los de los Soberanos; su *villa* de Sanlúcar de Barrameda, cerca de Cádiz, es un verdadero encanto; en Madrid se hace construir el palacio de Buenavista con el designio de que sea el más elegante de la capital; no ha de tardar en heredar el palacete de la Moncloa, del que hará una maravilla de gracia un tanto convencional, con sus porcelanas estilo pompeyano, sus sederías, sus estucados, su galería y aquel dormitorio tan claro cuya alcoba se halla decorada con una pintura ilusionista representando la noche...

En este precioso cuadro, la Duquesa vive rodeada de una corte de grandes señores, de literatos, de pintores y de músicos. Ella viste los trajes más elegantes y las modistas parisinas se encargan de enviarle todas sus novedades. Y a veces, abandona todo esto y se va de incógnito, vestida de "maja", a acechar a los toreros que se preparan para una corrida o a danzar el *bolero* en un baile popular.

Todo esto escandaliza, pero ella no se preocupa; se la atribuyen amantes y ella no lo desmiente; las mujeres la detestan y ello le encanta; si comienza a recibir a Goya en su casa, es principalmente por disgustar a su rival en elegancia, la Condesa de Benavente, que se ha erigido en protectora del pintor.

Muy pronto, entre el gallardo hijo de pastor y la aristócrata caprichosa brota la chispa. El es enamorado y a ella le divierte; en resumen, se gustan. Para empezar, ella se hace pintar sentada, con un gran sombrero emplumado y en las manos una enorme llave. ¿Será la de su corazón? Sin duda, y Goya no tardará en aprender a usarla.

La intimidad crece. La Duquesita visita al artista en su estudio. Ella llegará a pedirle que la maquille, y él accederá, declarando preferir el pintar sobre su carne, a hacerlo sobre el lienzo. ¿Cuándo pasaron de tales arrumacos a gestos más precisos? Sería difícil el precisarlos, y el dato, por otra parte, no es esencial. Lo importante es comprobar que, en pleno auge de su talento, Goya, el más español de los hombres, vive en la órbita de la más española de las mujeres.

Por este mismo tiempo, Manuel Godoy, el joven segundón extremeño, sin más patrimonio que su morena prestancia, se afirmaba en el corazón de María Luisa, antes Princesa de Asturias y ahora Reina de España.

El joven Guardia de Corps así favorecido no tardará en ser nombrado General, Grande de España y, más tarde, Primer Ministro. En calidad de tal le será preciso afrontar las consecuencias de la Revolución francesa. Tiene dos años más que Bonaparte, veinte menos que Goya y cinco menos que la Duquesa de Alba. Le va a tocar presidir la desaparición, bajo los embates bonapartistas, de una España encantadora y declinante, de la que Goya habrá sido el genio visionario, y la Duquesa, la gracia provocativa.

(Traducción, Comandante Priego.)

## El tiro por el segundo sector en la Artillería de montaña.

(Comandante LANGROCK: *Artilleristische Rundschau*. Agosto de 1942.)

El tiro con ángulos del segundo sector es una práctica poco cultivada en la artillería. Esto obedece (en el Ejército alemán) a que, hasta hace poco tiempo, la Artillería de montaña no estaba dotada de los dispositivos para tirar con estas elevaciones. Tampoco se ha oído hablar demasiado sobre la práctica de esta clase de tiros con la Artillería pesada, la cual está dotada de estos dispositivos desde hace mucho más tiempo. Por otra parte, los resultados obtenidos en la práctica también dejan mucho que desear; todo lo cual hace que no sea, hasta cierto punto, infundada la antipatía que se siente por el mismo. Las siguientes líneas tienden a mostrar que si bien no falta razón para sustentar ese punto de vista, tampoco ofrece dificultades insuperables esta clase de tiros, siempre que lo que se les pida esté en consonancia con lo que ellos puedan rendir.

Las ventajas del tiro por el segundo sector son las siguientes:

1.° Presta a la Artillería de montaña una ilimitada independencia por lo que respecta a la elección de posiciones. No existen apenas masas cubridoras que no puedan ser dominadas por sus trayectorias.

2.° Objetivos que queden fuera del alcance de las trayectorias del primer sector — sea en tiro a percusión o a tiempos — podrán ser batidos por los fuertes ángulos de caída de las trayectorias empinadas.

Respecto a la elección de posiciones, se puede decir que nunca deberá confiarse demasiado, el Jefe de Batería, en esta ilimitación de posibilidades, menospreciando la información necesaria para una correcta selección de las mismas, pues no hay que olvidar que en el tiro por primer sector es donde se alcanzan mayores eficacias,

tanto por la mayor rapidez de tiro y cambio de objetivos, así como por la mayor previsión de sus impactos. Solamente se elegirá un emplazamiento en el que únicamente puedan utilizarse los tiros del segundo sector, cuando se hayan agotado todas las posibilidades de encontrar otro en el cual pueda dispararse con trayectorias del primero.

Ocasionalmente pueden presentarse misiones especiales, en las cuales encuentren una correcta aplicación los fuertes ángulos de caída que proporcionan las trayectorias empinadas; pero esto no quiere decir que necesariamente se vayan a buscar, para tal objeto, una posición con una gran desenfilada. Por el contrario, si únicamente se dispone de posiciones con desenfilada desfavorable, entonces el empleo del tiro con ángulos del segundo sector nos facilitará, por añadidura, la resolución de una serie de difíciles misiones.

Las trayectorias del segundo sector presentan las siguientes peculiaridades: pronunciados ángulos de proyección, vértices muy elevados, fuertes ángulos de caída y gran duración. Respecto a la dispersión, su imagen es completamente diferente de la producida por las trayectorias del primer sector: dispersión longitudinal admisible, mucho mayor dispersión transversal y una extraordinaria dispersión vertical. Además, y debido a la derivación, se origina una gran desviación lateral.

Según esto, podremos hacer las siguientes consideraciones, que por lo demás la práctica nos confirma:

1.º La corrección del tiro, cuando se tira con las trayectorias del segundo sector, es más lenta y laboriosa;

2.º La mayor dispersión lateral exige un mayor consumo de proyectiles cuando se trata de objetivos definidos.

3.º En el tiro a tiempos, las alturas de explosión tienen lugar en un espacio excesivamente grande, lo que hace difícil la localización y corrección de las mismas.

4.º Las variaciones introducidas en el ángulo de situación no ejercen apenas influencia, debido a la gran magnitud de los ángulos de caída. La diferencia de nivel entre la posición de la pieza y la del objetivo juega un papel relativamente pequeño en comparación con el que hace en el tiro con los ángulos del primer sector. Deberá tenerse presente la siguiente regla: Nivel de ángulos de situación menor de 300 en aquellos objetivos que se encuentren situados por encima de la horizontal de la boca de la pieza, y a la inversa.

5.º Los agentes atmosféricos hacen sentir su influencia de una manera muy marcada.

6.º Las circunstancias pasarán a ser las más favorables si la trayectoria, a causa de la gran diferencia de ni-

vel entre la Batería y el objetivo, encuentra a éste con su rama ascendente.

Teniendo en cuenta las peculiaridades que acabamos de mencionar, pueden dictarse las siguientes directivas:

1.º Debe alcanzarse una gran rapidez en la corrección del tiro. Esto será posible por medio del empleo de un tiro escalonado. El primer disparo nos servirá como indicador de la dirección, al mismo tiempo que nos dará si el escalonado debe ser progresivo o regresivo.

Por otra parte, puesto que los errores en longitud son de poca influencia, dado lo elevado del ángulo de caída, y sobre todo si se trata de terreno ascendente, se pueden utilizar saltos de alza de 200 metros y aun mayores.

Esta mayor rapidez en la corrección del tiro solamente podrá conseguirse cuando las circunstancias del terreno y de la observación son favorables.

2.º Ha de procurarse prescindir del tiro sobre objetivos definidos (tiros de precisión), limitándose al tiro sobre objetivos superficiales (tiro de zona).

3.º No deberá uno dejarse inducir hacia el tiro a tiempos, pues conduce a una dilapidación de municiones.

4.º Cuando se trata de tiro con observación, y a falta de tiempo y otros medios auxiliares del tiro, se podrá utilizar, en los cálculos para la determinación de los datos de tiro, alguna regla de circunstancias que nos proporcionen el medio de tener en cuenta, en la distancia o alza inicial, la influencia de la diferencia de altitud entre la Batería y el blanco. Esta regla de circunstancias es la siguiente:

Para aquellos objetivos que estén situados por encima de la horizontal de la boca de la pieza, se añadirá, a la distancia que marca el plano, la mitad de la diferencia de nivel (en metros) que existe entre las piezas y el objetivo. Si el objetivo está por debajo de aquella horizontal, entonces, en vez de añadir, habrá que sustraer la mencionada diferencia.

Esta corrección de la distancia es la correcta cuando se trata de ángulos de caída iguales a 65°, o, lo que es lo mismo, unas 1.150 milésimas.

Cuando el ángulo de caída varía entre 100 y 1.300 milésimas, los errores que se cometen son tolerables.

5.º En la determinación de los datos iniciales de tiro habrá que tener en cuenta, aun tratándose de tiro con observación, las correcciones por desviación lateral.

Por todo lo que acabamos de exponer, concluimos que las dificultades del tiro con ángulos del segundo sector no son superiores a las de otra cualquier clase de tiro.

(Traducción, Comandante Salvador.)

## La cultura física y los valores morales en la formación de los Oficiales.

(Teniente Coronel L. COUCHEPIN. De la *Revue Militaire Suisse*. Diciembre de 1942.)

El antagonismo entre la formación del cuerpo y la del espíritu es un fenómeno moderno. En la Grecia antigua, la cultura unía armoniosamente una y otra; palabras tales como academia, gimnasia, liceo, que durante un siglo han evocado, en ciertos países por lo menos, la imagen de lúgubres salas de estudio, en que se amontonaban jóvenes de pecho arqueado y raquíticos, eran en Grecia estadios, plazas para deportes, donde jóvenes instruidos en las más elevadas disciplinas del espíritu humano retozaban por el suelo.

A todo lo largo de la Edad Media, y aun después todavía, la educación corporal ha formado parte de la educación en general; las páginas en que Rabelais enumera todos los juegos corporales a los que sometía a su alumno el maestro Gargantúa, los consejos de Michel de Montaigne y otros más, han permanecido como modelos de la educación de los jóvenes nobles, los únicos — a excepción de los sacerdotes — que se instruían en estos tiempos y que formaban a la vez su espíritu, en las ciencias, las artes y las letras, y su cuerpo en la práctica de la guerra.



Pero el siglo XIX, al que desde este punto se le puede llamar con razón el estúpido siglo XIX, abarrotado de ciencia, saturado de intelectualidad, henchido de orgullo como consecuencia de los descubrimientos de la técnica, ha forzado a millares de jóvenes bajo la férula de la enseñanza obligatoria, a estudios intensivos y agotadores que duraban buen número de años, sin preocuparse para nada de su desarrollo físico.

Ha sido necesario que llegásemos a la mitad casi del siglo XX para apercibirnos de que la Humanidad se enervaba a fuerza de ciencia, de que el deporte no es sólo un motivo de diversión y que se pensase en el desarrollo corporal de la juventud. Ha comenzado desde entonces esta bienhechora cruzada contra ciertos pedagogos sin inteligencia, para los que una hora de clase perdida en provecho de la educación corporal constituía un desgarramiento de sus entrañas, y que hubiesen preferido que la Humanidad pereciese por consunción con tal que pareciese sabia.

Constituye un verdadero alivio ver hoy a los poderes públicos introducir la cultura física en la escuela, el colegio y la universidad, practicada de una manera inteligente y atractiva.

\* \* \*

Un fenómeno semejante, aunque de origen diverso, se ha producido en la instrucción militar.

Mientras se combatió con armas blancas, espada, lanza, la fuerza física fué la reina de las batallas: el más fuerte y el más valeroso obtenían la victoria.

La invención de las armas de fuego, y especialmente de las armas de tiro rápido y gran alcance, cambió todo. El soldado se veía obligado a realizar largas marchas y a soportar grandes fatigas físicas; pero el acto de la lucha por excelencia, el fuego, no necesitaba fuerza muscular alguna. Teóricamente, un niño o una mujer podían manejar tan bien una ametralladora como el más fuerte mozallón. Se ha llegado en algunos ejércitos, por esta causa, a considerar la cultura física como una rama tan enojosa como secundaria de la instrucción militar.

Pero hacia el fin de la guerra 1914-18 llegó a conocerse el papel importantísimo que la forma física del combatiente desempeñaba en la multitud de combates aislados, que es, en última instancia el momento del choque, del asalto, de la Infantería. Se crearon entonces los Centros de Instrucción Divisionarios, y se inició la gimnasia Hebert y el paso Siuox...

Pero la guerra actual ha terminado de convencer a aquellos que creían que el tecnicismo de la guerra moderna no exige combatientes ardientes y entrenados. Se vió que los Ejércitos que ganan las batallas, todavía en 1940 y después de 1940, son aquellos cuyos soldados son los más agresivos y buscan con mayor ardor llegar a las manos.

Y puede decirse que en este aspecto, como en muchos otros, nuestro Ejército no ha ido a remolque de los acontecimientos, sino que los ha prevenido, puesto que la orden del Ejército que dió una nueva impulsión a la gimnasia y señala la práctica de ejercicios de valor y audacia, data del 19 de marzo de 1940, antes de la batalla de Francia, y algunas semanas después se publicaba el reglamento provisional de gimnasia.

\* \* \*

Desde que se aborda la cuestión de la formación de los Jefes, de los Oficiales, el problema toma otro aspecto.

En los pueblos primitivos, el jefe era el más fuerte, o más exactamente, el más fuerte y el más valeroso: aquel que no podía ser vencido en singular combate. Hay que distinguir entre el valor físico y el valor moral: el primero es el ardor combativo, es el desprecio del peligro que anima al hombre en el combate cuerpo a cuerpo, mientras el instinto de la lucha le domina. Es físico porque no es

propio del hombre; con frecuencia se ve a animales menos fuertes que sus adversarios, vencer gracias a su valor.

El rey negro o el jefe de una horda bárbara es, pues, el más fuerte y el más valeroso físicamente.

Pero la guerra se ha civilizado también, se ha educado; las masas se han ordenado poco a poco, se maniobra con ellas y el valor físico del jefe ha pasado a segundo término. Un jefe, aunque sea subalterno, puede, desde hace más de un siglo, mandar su sección en fuego sin reunir especiales condiciones atléticas.

Napoleón, el más grande capitán de los tiempos modernos, era pequeño y de constitución débil; Mauricio de Sajonia estaba tan grueso en los últimos tiempos de su vida, que se hacía llevar en una silla de manos al campo de batalla. De esto a decir que un Oficial sin energías físicas, o un viejo y gordo señor, podía servir para el mando, no había más que un paso.

Es evidente, además, que este argumento de Napoleón es falso. No hay que confundir una promoción de aspirantes con una de Generales, ni ver en cada portapliegos de teniente el bastón de Mariscal. Se puede y se debe enseñar a los alumnos oficiales los principios generales que les serán de utilidad durante toda su carrera; pero es necesario primero hacerlos buenos tenientes; lo demás vendrá por añadidura.

Y es también evidente que en la guerra moderna, los Oficiales subalternos, frecuentemente hasta los Jefes de Compañía, deben estar dotados de cualidades físicas, un mínimo de cualidades, sin las cuales no podrían conducir sus hombres en el combate. En una multitud de misiones que les pueden ser confiadas, de ataque, de choque, de reconocimiento, ellos deben arrastrar materialmente a sus hombres, y la única orden que con frecuencia podrán darles, será: "Seguidme, adelante."

Por otra parte, el equilibrio, la fuerza corporal, dan una confianza en sí mismo al Oficial muy necesaria para asentarse sobre ella el principio de autoridad.

Queda así, pues, fuera de discusión — subrayo, fuera de discusión — que la educación física forma parte, y muy interesante, de la formación de los Oficiales, y que las condiciones físicas juegan un papel que nadie pone en duda en su selección.

\* \* \*

Pero si una cierta forma, un cierto entrenamiento físico, son condiciones necesarias para la elección y formación de los Oficiales, no hace falta decir que no son suficientes. Al lado de ellas, por encima de ellas, están las cualidades de la inteligencia, de la voluntad y del corazón, que son indispensables.

Parece que no haría falta insistir sobre estos extremos; pero, desgraciadamente, sí hace falta hablar sobre ello.

Que en el mundo de hoy, atacado de la locura del deporte, la muchedumbre llevase en triunfo, a su llegada a Nueva York, al boxeador Georges Carpentier, mientras una pequeña silueta gris, llegada en el mismo barco, madame Curie, bienhechora de la Humanidad, trataba de deslizarse humildemente entre la multitud, es humano y natural; la muchedumbre siempre ha sido sensible a los espectáculos, a las competiciones: desde los juegos en el circo hasta los partidos de fútbol. Pero la sociedad moderna va más lejos; ciertas teorías sobre el Estado, dígame lo que se quiera, y aunque han surgido tardías las protestas, profesan un verdadero desprecio por el espíritu. Se admite condescendentemente que el espíritu valga algo; pero — tergiversando el papel del Estado, que no es un fin, sino un medio — no se reconoce el derecho a la vida del espíritu más que en función de su utilidad para el Estado. Este desprecio del espíritu importado de ciertas ideologías extranjerías, al que se suman deducciones falsas, sacadas de las campañas de 1940 y 41 — en las que no se atiende más que la audacia física de los soldados alemanes, en vez de a su moral, que ha sido,

indudablemente, la que ha ganado las batallas —, ha provocado, en ciertos medios de nuestro Ejército, una especie de inversión de valores entre la cultura física y las exigencias del espíritu.

Hay en ello un grave perjuicio, que se advierte en las conversaciones con los Oficiales de tropas o con los instructores. Se reciben a veces trabajos escritos, ante los cuales uno se pregunta, no queriendo dar crédito a sus ojos, si verdaderamente están hechos por aspirantes a Oficiales. Un Oficial superior, expresándose crudamente, ha llegado a decir que, en lugar de los jóvenes Jefes que esperaba, le han enviado a veces "Atlantes" galoneados. En resumen: parece que en ciertas escuelas de Oficiales de Infantería — no conozco lo suficiente las otras escuelas para hablar de ellas —, la cultura física y el entrenamiento deportivo han tomado tales proporciones que han llegado a predominar sobre la formación intelectual y moral de los Oficiales.

Si hemos llegado realmente a este caso, yo lo considero como un serio peligro y como un error profundo.

Lo digo con tanta más convicción cuanto que, como acabáis de oír, soy un partidario decidido del deporte, los he practicado y los practico todavía, y puedo confesaros que los raros premios que he obtenido en el colegio, han sido, ante la desesperación de mis padres, los premios de gimnasia. No puedo ser sospechoso en este aspecto cuando os digo, con toda objetividad, pero con toda franqueza, lo que pienso sobre esta cuestión.

\* \* \*

Pero ¿cuál es la cuestión?

No se expone tan fácilmente como una ecuación de primer grado, con una incógnita. Puede formularse de la manera siguiente: ¿a cuál de dos sujetos debo yo proponer para la escuela de Oficiales o nombrar Oficial: a un atleta imbécil o a un intelectual flojo? No hace falta decir que no nos quedaríamos con ninguno.

La cuestión es de matices, yo diría de tendencias: Tenemos un magnífico atleta, valeroso, audaz, con prestigio físico, pero sin gran cultura general. Otro se nos presenta como un gran militar; pero su vida privada, su valor moral, son un poco dudosos. Un tercero es inteligente y cultivado, tiene carácter y decisión; pero es físicamente un poco débil e inferior a los otros.

¿Cuáles debo eliminar? ¿Con cuáles me quedo?

Cuántas sean las respuestas, serán las soluciones de casos limitados, pero frecuentes, que dependen solamente de la opinión, de la tendencia, del Oficial que debe hacer la elección, y de la importancia que atribuya a las cualidades del espíritu y a la formación física de los Oficiales.

Sobre esta disyuntiva hay que decidir: no tomando partido por el cuerpo contra el espíritu, o por el espíritu contra el cuerpo, sino sobre el coeficiente que debe atribuirse a cada uno de ellos.

Uno de los argumentos de los partidarios de la preponderancia de las cualidades físicas es este: la guerra es el fin a que tiende toda la instrucción del Ejército. Napoleón decía ya a Murat: "Tenéis demasiado talento. No se tiene necesidad de él en la guerra." Los Mariscales del primer Imperio no sabían, con frecuencia, leer ni escribir. Y sin ir más lejos, se ve en todas las guerras modernas este fenómeno: Oficiales, Suboficiales, mediocres en tiempo de paz, que parece que no poseen ninguna de las cualidades de la inteligencia, ninguno de los valores morales necesarios para llegar a ser un Jefe, y quienes bajo el fuego se revelan y llegan a ser magníficos conductores de hombres, Jefes de Sección, Comandantes de Compañía o Jefes de Batallón de primer orden.

Este argumento tiene valor, pero no un valor decisivo.

Es cierto que el tipo del aventurero, del condotiero tan inculto como dinámico, es un tipo eterno; pero esto no quiere decir que los buenos Oficiales del tiempo de paz no sean, en general, buenos Oficiales en tiempo de

guerra. Por el contrario, aparte de algunos ejemplos extraordinarios y conocidos de Generales que "no han hecho nada en la guerra", todos los escritores militares reconocen que la gran mayoría de los buenos Oficiales de tiempo de paz han sido buenos Jefes en la guerra.

Pero hay más. La guerra es el fin al cual tiende toda la instrucción militar; esto es evidente; pero la guerra no es, por lo menos en los tiempos modernos, más que un período de crisis; ya no estamos en la Edad Media, en que el caballero combatía durante toda su vida, salvo algunas treguas, durante las cuales se aburría.

Desde que el Ejército federal existe en la forma actual, es decir, desde 1848, no se ha batido jamás. Ejércitos permanentes como el alemán y el francés, han permanecido períodos de veinticinco años sin combatir. Es necesario, pues, tener en cuenta no solamente la guerra, sino la anteguerra, la postguerra y los períodos entre guerras, que puede ser englobados ellos solos generaciones enteras de Oficiales.

Por otra parte, una vez terminada la guerra, vuestros condotieros, vuestros capitanes Connan, vendrán a ser completamente inútiles para el Ejército. Esto es un hecho universalmente reconocido.

\* \* \*

El Teniente Coronel Mayer, uno de los escritores militares que han profundizado más en estos problemas, ha escrito: "El Oficial es, a la vez, un instructor, un juez y un conductor de hombres."

Es necesario meditar un poco sobre estas palabras.

El Oficial es un instructor. Esto es exacto hasta en Suiza, donde mucha gente cree que la instrucción es misión del Cuerpo de Oficiales Instructores. Pero leed el Reglamento del servicio y comprobad con exactitud los que pasa en nuestro Ejército: encontraréis que los Oficiales instructores tienen la misión principal de instruir a los Oficiales; pero que son los Oficiales de tropas los que — en las escuelas de reclutas, guiados por instructores, y en el servicio de relevo, en los cursos de repetición, ellos solos — son responsables de la instrucción de la tropa.

Por otra parte, un hombre sin inteligencia, cualquiera que sea el oficio que ejerza, no será jamás capaz de instruir a los otros. Podrá hacer demostraciones impecables, servir de maniquí, pero nada más.

Yo no querría, sin embargo, cuando hablo de la inteligencia, ser mal comprendido. La inteligencia puede que no sea la cualidad esencial del Oficial; digamos más bien que el oficio de las armas no exige Jefes de una inteligencia extraordinaria, tan vasta y tan profunda que abarque horizontes que escapen a los demás hombres y llegue a descubrir cosas de aspecto nuevo e inédito. Hasta puede decirse que, por regla general, los que poseen esta inteligencia llegan raramente a ser Jefes. Tomar una decisión es un acto absoluto, cuyo carácter definitivo limita necesariamente el pensar, pone término brutalmente a la especulación pura de la inteligencia. Por lo tanto, el Jefe militar no puede ser un soñador huero, un indeciso. Su inteligencia debe ser práctica; es decir, acompañada del sentido de la posibilidad, del buen sentido, sin el cual el pensamiento llega a ser frecuentemente estéril.

Pero entre la inteligencia excesiva — el genio — y el vacío cabe toda la gran masa de la Humanidad. Y yo digo: "¡Desdichado el Oficial sin inteligencia! Es capaz de hacer todas las tonterías, de dar lugar a todas las catástrofes; y si preguntáis a un juez militar qué clase de Oficial es responsable de mayor número de delitos cometidos por sus subordinados; si el Jefe duro, brutal, hasta inhumano, o el Jefe tonto, yo estoy seguro de cuál será la respuesta.

Es lo mismo por lo que se refiere a la cultura general, a la instrucción. Un erudito no es siempre un Jefe, y no es de ninguna manera necesario ser un sabio para ser un Jefe, lo que no quiere decir, por otra parte, que un sabio

o un hombre de gran cultura no sea mejor — en igualdad de condiciones militares — que un ignorante.

Es necesario no pecar por exceso y no aceptar como Oficial más que a aquel que llegue cargado de diplomas o de certificados de estudios, lo que llevaría a lo que el General Debeney ha llamado el "mandarinato". Por el contrario, tenemos en Suiza, por ejemplo, millares de aldeanos con magníficas tradiciones militares y que proporcionan de generación en generación excelentes Oficiales. No es imposible que la misma tradición — y yo lo deseo — se cree en el porvenir en las familias obreras. No hay entre nosotros clases sociales excluidas para el reclutamiento de la Oficialidad, siempre que el medio en que vivan sea honorable y que reúnan las cualidades exigidas para llegar a ser Oficial.

Pero esto no quita nada al valor de la cultura general, ni mucho menos a la obligación de todo Oficial de aumentar, siempre que pueda, su bagaje intelectual.

Un gran Jefe, el Mariscal Lyautey, cuando en uno de sus discursos marroquíes decía: "Aquel que no es más que militar, no es más que un mal militar... El hombre completo, aquel que quiere cumplir plenamente su misión y ser digno de mandar a sus hombres, debe mantener su espíritu abierto a todo aquello que representa una honra para la Humanidad."

Sea para instruir a sus hombres — para lo que la facilidad de expresarse con claridad adquiere gran importancia — o para conducir a sus tropas en el combate, el Oficial debe ser capaz, en todos los casos, de comprender y conocer su oficio.

"Nada hace a los hombres más valerosos que saber cómo es necesario combatir", decía ya Maquiavelo. Ahora bien: un oficial de 1942 debe saber muchas cosas. Al infante, por ejemplo, ya no le basta con gritar: "¡En guerrilla..., adelante, por saltos..., alto, cuerpo a tierra!", como en 1914. Debe maniobrar con frecuencia, especialmente en terreno quebrado o en montaña; tiene a sus órdenes tres grupos; debe conocer el empleo de cuatro armas diferentes. Debe tomar decisiones, con frecuencia, plenas de dificultades, porque su solo instinto combativo no puede dictárselas. Está fuera de duda que una sólida instrucción militar, teórica y práctica, le será entonces preciosa.

El General Wille cita en uno de sus artículos la novela en que Tolstoi pinta dos jóvenes Oficiales rusos que acaban de recibir el orden de incorporarse a una de las Baterías más peligrosas de Sebastopol. Uno de ellos, recién salido de la escuela de cadetes, donde ha recibido una instrucción militar completa, tiembla literalmente de miedo al escuchar el mandato, mientras que el otro manifiesta tumultuosamente su entusiasmo por ir a batirse y a cosechar laureles. Pero he aquí que en el combate, en medio de los muertos, del estruendo de la batalla y los gritos de los heridos, el cadete se pone a dar sus órdenes con toda naturalidad, una calma perfecta y una precisión imperturbable, mientras que el segundo permanece anonadado y paralizado por el terror.

He aquí un caso en que el valor moral, el sentido del deber del primero de estos jóvenes, al que su imaginación — esta cualidad tan necesaria al Oficial — había jurado una mala pasada antes de la batalla, se han reafirmado, han vuelto a él, podríamos decir, gracias a sus conocimientos militares, al conocimiento de su oficio.

"La realidad del campo de batalla no puede estudiarse. Se hace lo que se puede para aplicar lo que se sabe. Por lo tanto, para poder un poco, hay que saber mucho y bien." No soy yo quien lo dice, es el Mariscal Foch.

\* \* \*

El Oficial es un juez.

Ahora bien: el derecho de castigar es una de las prerrogativas más pesadas, una de las más graves responsabilidades del hombre.

Presupone en él que la ejerce el sentido de la justicia, de la equidad, un sólido conocimiento de los hombres — cualidades que cualquier campeón de boxeo o de pancrace no tiene necesariamente —, y además y sobre todo, un fondo de moral inquebrantable.

No llegaré hasta decir que el Oficial debe ser modelo de todas las virtudes. El Ejército no es ni un monasterio ni un concilio. Pero hay virtudes sin las que un Oficial no puede pasar: son la rectitud, la lealtad, el sentimiento del deber y el sentimiento del honor.

Ahora bien: se ve todavía con demasiada frecuencia, al hacer las propuestas de ascenso, juzgar del mismo modo un simple descuido accidental sin gravedad y una falta de la que pueden sacarse consecuencias sobre el valor moral del sujeto. No midamos, por favor, con el mismo rasero la falta de aquel que por casualidad sale sin guantes o que llega una vez tarde, que la del que miente a un Jefe, aunque sea en un asunto sin importancia, o al que acusa en falso a un camarada, o al que presenta una información inexacta.

Son éstos tragaluces abiertos sobre el fondo moral del sujeto. No olvidemos jamás de mirar por estas ventanas. Si lo que por ellas vemos no es bueno, sean cualesquiera las cualidades físicas o militares del sujeto, eliminémosle sin piedad.

Nombrar Oficial a un elemento moral dudoso, es lo mismo que poner en circulación moneda falsa. Mejor todavía: es como entregar una pieza mecánica cuyo acero contiene una impureza y que no se sabe de antemano qué catástrofe podrá provocar un día, antes de que pueda conocerse que la pieza está mal fundida.

\* \* \*

El Oficial es, por fin, un conductor de hombres.

Aquí, vosotros lo sabéis tanto como yo, entramos en una zona extraña, en un jardín misterioso, en que el análisis no puede guiarnos siempre acertadamente: sólo la experiencia podrá dar fe.

No basta con poseer cualidades corporales, de inteligencia, de corazón, de las que hemos tratado de analizar; no basta tampoco estar dotado de la mayor sangre fría, de espíritu de decisión. Todo esto son los componentes. La combinación, el juego en todas estas cualidades y hasta de los defectos humanos, forman una resultante que es la personalidad, el carácter del Jefe. Y es la proyección de esta personalidad la irradiación de este carácter sobre los demás hombres, lo que permitirá adquirir el ascendiente, la autoridad, el prestigio, que es la verdadera señal del Jefe.

Yo concedo aquí que la prestancia física, la fuerza y la audacia jugarán un gran papel en esta lucha de luces y sombras que será para el joven Jefe la batalla por la autoridad.

Pero no nos engañemos: la disciplina no está basada, entre nosotros, en el temor — como lo pretenden todavía algunos oficiales —; ella es, ante todo, una disciplina moral, fundada en la confianza del soldado en sus Jefes. Los hombres que va a conducir el joven Oficial no son kalmucos cualquiera, mercenarios ignorantes y primitivos; son hombres de los nuestros, de todas las clases sociales, de todos los oficios, casi todos mayores de edad que él, y muchos de los cuales reflexionan, comparan, juzgan. No se les escapan mucho tiempo graves deficiencias de espíritu o de carácter.

Podemos ya sacar conclusiones:

Importancia de la formación física, necesidad del entrenamiento corporal en la formación del Oficial, sí.

Predominio de estos factores sobre las cualidades del espíritu, sobre el carácter y la personalidad moral, rotunda y resueltamente, no.

\* \* \*

Como un litigante que antes de comparecer ante el tribunal va requiriendo a sus testigos, yo he buscado tam-

bién testimonios y apoyos para la tesis que defiendo aquí. Os habréis dado cuenta de que he hecho frecuentes citas.

Pero habría podido citaros todavía innumerables textos de todos los autores que se han ocupado de estas cuestiones y que basan la formación del Jefe en los valores del espíritu.

Desgraciadamente, estas citas alargarian demasiado mi exposición.

Yo quiero, sin embargo, hacer una y leeros unas líneas que me parecen un resumen de todo lo que yo he expresado en esta charla. Son éstas del General Villé:

"Para la elección de los alumnos Oficiales se atenderá, en primer término, a su sentido del honor. Si éste les falta, ninguna otra cualidad puede reemplazarle. Es además esencial asegurarse de que el candidato posee las cualidades de carácter que afirman la autoridad...

"Antes que nada, una buena educación y una buena cultura general permitirán adquirir las cualidades del Jefe...

"En la escuela de Oficiales, el futuro Teniente se familiarizará con sus deberes de superior, de educador y de Jefe de tropas...

"La escuela de Oficiales no sólo inculcará al aspirante los conocimientos que debe poseer a fondo para su servicio de Teniente, sino también le proporcionará una base general para su carrera... La manera de tratar a los futuros Oficiales debe despertar en ellos la alegría de servir..."

Estos párrafos no están sacados de una obra confidencial encontrada en el secreto y en la sombra de una buena biblioteca. Son de un reglamento, el mejor hecho, el más lleno de enseñanzas de nuestra literatura militar y acaso el menos conocido por muchos Oficiales: el Reglamento de servicio para el Ejército suizo, instrucciones para todas las armas, artículos 65 y 66.

Ahora bien: un reglamento es una orden personal y particular dada a cada uno de nosotros, del Teniente al Coronel, y a la que ni en la letra o en el espíritu estamos autorizados para faltar.

\* \* \*

Me queda por tratar todavía un último aspecto de la cuestión.

Cuando en 1937 el Mariscal Pétain asistía a las maniobras de la 1.<sup>a</sup> División, se interesó mucho por la profesión de los Oficiales que le eran presentados, y se informaba sobre su posición en la vida civil. Uno era jefe de Empresa; otro, consejero de Estado; un tercero, profesor; presidente de su Comuna, viador, consejero nacional otro, diputado del Gran Consejo, etc. Y el Mariscal, como otros extranjeros antes que él, admiraba con qué frecuencia nuestros soldados están mandados por los mismos hombres que desempeñan un papel importante — directa o indirectamente — en los destinos del país.

Y nosotros podemos estar orgullosos de ello.

Porque en lo que no se piensa bastante es que en el momento en que estos hombres han sido elegidos Oficiales, tenían veinte o veintidós años, y en su hoja de servicios no figuraban como síndicos, directores ni consejeros de Estado, sino como estudiantes, o aprendices o colegiales.

André Maurois, en su admirable *Diálogos sobre el mando*, cuenta que durante la última guerra, en una Sección de Infantería que había perdido su Oficial y todos sus Suboficiales, un simple soldado fué encargado de tomar el mando. Este se creyó obligado a dirigir a la Sección un pequeño discurso: "Yo seguiré siendo vuestro camarada. Solicitaré vuestra opinión en las decisiones importantes, etc., etc." Pero fué brutalmente interrumpido por un gruñido de sus hombres: "Bueno, bueno. Déjanos en paz. ¡Manda!"

Lo mismo sucede con los pueblos en los momentos de peligro y de crisis.

Si nosotros queremos en la crisis actual, y después de ella, conservar nuestra democracia — y sí que lo queremos, sin que sea hacer política decirlo en una reunión de Oficiales, porque también la salvaguardia de nuestra constitución es una de las misiones del Ejército —, harán falta Jefes al país: no una selección de intelectuales, de mandarines, ni una *élite* del músculo, ni de nacimiento, ni de fortuna, ni racial, sino una selección de hombres que posean a la vez el equilibrio del cuerpo y del espíritu, una inteligencia clarividente, pero realista, que tengan valor cívico, honradez y sentido de la justicia social; en una palabra, una selección de hombres de carácter. Ahora bien: éstos son precisamente los que nosotros escogemos, o los que debemos escoger, para hacerlos Oficiales.

Sería necesario, en resumen, que en la ceremonia solemne de la entrega de diplomas a los alumnos Oficiales, el Ejército pudiera dirigirse al país y decirle:

"He aquí estos jóvenes. Yo les he elegido después de ejercitarlos en el duro oficio de las armas, después de haber probado su resistencia física, las cualidades de su espíritu y de su corazón, la firmeza de su carácter. Nuestros fines y nuestros medios no son tan divergentes como quiere hacerse ver. Ni tu orden social, Estado, ni mi disciplina, están basados en el terror, en la esclavización total de la personalidad humana. Nosotros no existimos, por el contrario, tanto el uno como el otro, en la forma en que queremos continuar existiendo, más que en función de la fidelidad y de la confianza del pueblo y del Ejército. Nosotros tenemos necesidad, para realizar nuestros fines, de los mismos hombres. He aquí los que yo he señalado para mandar. Tómalos. No son ni atletas galoneados ni intelectuales débiles. Son Jefes.

(Traducción, Comandante Mateo.)

## Consideraciones sobre la disciplina.

(Por ONLOOKER. De la revista norteamericana *The Journal of Royal Artillery*. Enero de 1943.)

Antes de esta guerra, cuando el autor de estas líneas examinaba a los reclutas, tenía la costumbre de preguntarles por qué razón deseaban ingresar en filas. En más de una ocasión la contestación fué: "para hacer de mí un hombre, señor". El futuro recluta entendía por esta frase, probablemente, no sólo los ejercicios físicos, sino la disciplina inherente a la vida del Ejército, que creía le haría bien y haría brillar cualidades y hábitos que le era imposible desarrollar sin someterse a una forma parecida de control.

La mayor parte de nosotros consideran de una manera general que la disciplina es necesaria, pero a menudo como un mal necesario, que restringe nuestra libertad y albedrío. En este país es característica racial nuestra independencia de criterio, con una marcada preferencia por hacer lo que deseamos sin hallarnos sometidos a control y una arraigada creencia en la igualdad del hombre.

En toda comunidad siempre será necesaria alguna restricción de la libertad personal en el interés común. La gente no puede hacer exactamente lo que le plazca.



En consecuencia, durante su juventud, los niños reciben algo de disciplina procedente de sus padres y maestros, los cuales tratan de que se adapten a la sociedad de los demás, enseñándoles las reglas más simples de la contención, educación y cortesía. Una persona que no ha disfrutado de los beneficios de tal educación se la llama "niño mimado". Estas enseñanzas pueden resultar desagradables al niño, pero son en su propio interés. Ellas no son más que disciplina.

Todo el mundo puede apreciar el valor de someterse a las indicaciones del policía que ordena el tráfico o al orden de las colas; ambos son ejemplos de actuación disciplinada que se realiza por el interés que presentan para el conjunto de la comunidad. La retirada ordenada de la gente de un edificio en llamas es causa de que lleguen a salvarse un número mucho mayor de individuos que si se producen violencias como consecuencia de que cada uno actúe por sí, egoístamente. En caso de naufragio, resulta claro que muchos más se salvarán empleando el sistema disciplinado que asaltando los botes presa del salvaje instinto de conservación. En tales situaciones, es el recuerdo de este hecho el que permite a la gente sobreponerse a su miedo y actuar con calma. El mismo recuerdo es sentido por el soldado, a pesar de que puede verse en la imposibilidad de comprender el significado general de sus actos, lo cual le obliga a confiar en las órdenes. En realidad, tenemos algo que admirar en todo ello. Es la generosidad elevada, al punto de poner la propia vida en peligro para asegurar la de los demás.

En la guerra, cuando el peligro está cerca, la disciplina se hace mucho más necesaria que en la paz. El hombre no es más que humano y todos sentimos el miedo. Lo que en guerra necesitamos es fortaleza o aquella cualidad mediante la cual nos sobreponemos a nuestro miedo y a nuestra debilidad. La disciplina es la única cosa que ha descubierto el hombre que puede darnos, y nos da, una fuerza superior, y es por esto por lo que es tan grande su valor y la estima en que se la tiene.

Si habéis visto alguna vez al populacho excitado o una revuelta, sabréis que existe lo que llamamos "histeria de masas", en que un populacho indisciplinado hará cosas horribles que ninguno de los individuos que lo componen haría por sí solo. Del mismo modo que existe la "histeria populachera", también existe la "disciplina de masas", y un cuerpo disciplinado logrará realizar proezas de tenacidad y de valor a las que no alcanzarían los individuos que lo componen por sus propios medios. Es decir, que cada miembro del cuerpo disciplinado gana ciertas cualidades; entre ellas, más valor del que como individuo posee al asociarse y constituirse en miembro de una Unidad disciplinada. Del contacto con los demás resultan sentimientos de confianza y apoyo, relegándose el temor al interior del individuo al realizar lo que el bien de todos requiere. El conocimiento de que los demás compañeros son igualmente disciplinados y no han de abandonarle, da al soldado el valor necesario a la realización de la misión que le ha sido encomendada, dedicando toda su energía a atacar al enemigo. El punto capital reside en cómo transformar a una masa o grupo, en una Unidad flexible que actúa tendiendo a un fin único y bajo un mando autoritario, donde el individuo se halla preparado a sacrificarse en beneficio de la Unidad como conjunto. A ello hay que llegar en la guerra, resultando imposible el hacerlo sin someterse a una instrucción que con el expresado fin forma a los individuos.

El si un país o Unidad han alcanzado este grado de perfección, queda probado ante la adversidad, y en la guerra abundan las pruebas de dicha naturaleza. Cuando "las cosas van mal", cuando la situación se hace caótica y se sufren las quemaduras del sol, el cansancio, la humedad, el hambre, ha llegado el momento en que entre en acción la piedra de toque del grado de preparación. Y de nada sirve decir que poseemos las cualidades que

hacen que superemos estas situaciones. Ningún hombre, por valeroso que sea, puede resistirlas sin una adaptación e instrucción previas. A menos que las tropas hayan aprendido de antemano la obediencia automática, instintiva y subconsciente, sus instintos humanos de conservación y miedo se impondrán y el personal cederá. Y luego, el enemigo, con una sonrisa irónica, los aniquilará uno a uno, debido a que su moral y su cohesión han sido rotas. Ante el peligro, el recluta o los civiles buscan la salvación en la dispersión o la huida: rompen filas. El soldado que posee instrucción, busca instintivamente su salvación precisamente en las filas, al lado de sus camaradas y bajo el principio de que "la unión hace la fuerza". La muerte no es siempre lo más temible. A menudo se presenta como un alivio frente al dolor y el sufrimiento o cuando se está agotado. Cuando el cuerpo duele y las llagas de los pies añaden su tormento al de la sed y el hambre, y el mundo parece hundirse alrededor de uno, es necesario buscar fuerzas en la disciplina que permitan soportar las adversidades hasta un grado ilimitado. En las batallas existe un momento en que nos sentimos arrollados, como lo hemos sentido muchas veces en la guerra actual — Dunkerque, Grecia, Creta, Singapur y Birmania —, sin que nos quede más que el sentido de la disciplina como vínculo de unión. Seguir adelante y obedecer las órdenes (contra las cuales se rebelan el cuerpo y la mente en su fatiga) es la única posibilidad de salvación final.

Si se hubiese producido pánico en Dunkerque y los hombres hubieran asaltado los barcos, el resultado habría sido el caos. En realidad, los hombres fatigados fueron formados en grupos de 50 individuos, y cada grupo recibió un número de orden; luego se echó a suertes la prioridad de embarque. Ello no resultó tan fácil como aquí parece. Se produjeron confusiones entre los números de grupos que habían sido asignados por Jefes diferentes en días distintos, pero nunca surgió el pánico. En realidad, al recibir una Unidad la orden de retroceder del sitio que había logrado en las proximidades del embarcadero, tras esperar pacientemente durante tres días sin comida ni agua, dió media vuelta sin quejarse y la tropa silbó una canción siguiendo el ritmo de la marcha. Cuando la suerte parece reservar a uno una buena probabilidad de caer prisionero o cualquier otra clase de desgracia, constituye una buena prueba de disciplina el poder silbar una canción.

Durante la guerra rusojaponesa, los japoneses necesitaban con urgencia refuerzos de la metrópoli y, en consecuencia, las autoridades encargadas de la instrucción redujeron al mínimo el período destinado a enseñar a los reclutas el manejo de las armas. Sin embargo, los Generales, inmediatamente después de hacerse cargo de dicho personal, pidieron cesasen las expediciones, puesto que, faltos de disciplina, no tan sólo eran de poca utilidad, sino que constituían un peligro para los demás.

No sólo es la disciplina quien somete a los demás a control, sino que enseña cómo someterse uno mismo a él. El soldado veterano aprecia lo que le ha dado este sometimiento a la disciplina. Le ha hecho practicar la autodisciplina, que es muy difícil de aprender y practicar, pero sin la cual ningún hombre es dueño de sí mismo. Ha aprendido a practicar el dominio y la confianza en sí mismo. El recluta, falto de madurez, bebe toda su agua sin pensar en el futuro; come toda su ración, olvidando que más tarde podría serle más útil una parte del alimento que ha tomado, y del mismo modo tira la manta o el capote que le estorban, debiendo por la noche sufrir las consecuencias de su acto. El soldado disciplinado sabe controlar sus deseos, porque así ha aprendido a hacerlo, y la práctica le ha enseñado el valor que la disciplina tiene. Es éste un proceso de endurecimiento no sólo físico, sino mental. Muchos de nosotros gustamos de ser considerados "duros" por los demás; sin embargo, ¿qué es más

"duro", obedecer una orden desagradable o dejar de obedecerla? ¿Qué exige mayor esfuerzo: contenerse el carácter o darle suelta? ¿Someterse a una evidente injusticia, en lugar de quejarse? ¿O seguir tambaleándose hacia adelante bajo el peso de una carga o disimuladamente abandonarla en una cuneta? Para ser un hombre completo, el individuo debe poder mandar a su cuerpo. La falta de ello significa que se hallan a la merced de sus pasiones su fatiga, su desesperación y todas las emociones que en él puedan presentarse. El dominarse a sí mismo y ser dueño del propio cuerpo es la mejor riqueza que puede poseer un hombre. El proceso de formación puede resultar difícil; sin embargo, los resultados son compensación suficiente que se extiende no sólo a lo largo de la duración de la guerra, sino de toda la vida. Nada que valga la pena se alcanza sin esfuerzo, y las ventajas que presentan la autodisciplina y el dominio de sí mismo valen el esfuerzo y la lucha que para obtenerlos hay que llevar a cabo.

Admitiendo que la disciplina es necesaria, ¿qué cantidad se requiere? ¿Es necesario suprimir todo juicio y convertirse en un autómatas que obedece órdenes como un autómatas? ¿Resulta razonable suponer que debemos obedecer todas las órdenes, pero dentro de un límite de juicio que nosotros poseemos como seres humanos e inteligentes que somos? Este es el punto crucial de la cuestión, puesto que el elemento principal de la disciplina es la obediencia y la disciplina se aprende, sobre todo, aprendiendo obediencia.

La historia de las guerras está llena de ejemplos de la fuerza que tienen los grupos altamente disciplinados contra los que poseen menos disciplina, y de cómo ningún Ejército ha resultado eficiente, a pesar de su grado de preparación, hasta que la obediencia se ha convertido en instinto. Ningún hombre, salvo el Jefe, puede juzgar lo que es o deja de ser importante. Ningún Jefe puede obtener el máximo rendimiento de su Unidad si continuamente debe volverse para comprobar si sus hombres le siguen. No cabe duda que una táctica mediocre llevada a cabo por tropas disciplinadas, da mejores resultados que una táctica excelente confiada a tropas faltas de disciplina. Los soldados deben, pues, obedecer siempre. Pueden reírse — y lo hacen — de las órdenes faltas de justificación; pero las cumplen, sin embargo, puesto que saben que el desobedecer una orden equivale a romper la espina dorsal de su profesión. Puede pretenderse que tal fuerza en el instinto de obediencia disminuye la inteligencia y convierte al hombre en una máquina "pagada para no pensar". Esto puede ser verdad en parte, pero tan sólo en parte. Se exige el mismo grado de obediencia de los Suboficiales y de los Oficiales, a pesar de lo cual su facultad de iniciativa, desarrollada por la responsabilidad, pocas veces resulta perjudicada. Una vez que el soldado ha adquirido el hábito de la obediencia, cuanto más inteligente sea, más útil resultará; pero la inteligencia por sí sola no resistirá el esfuerzo que la batalla requiere. La educación tendiente al uso de la inteligencia debe ser paralela a la que tienda a la adquisición del hábito de obedecer. Inteligencia despierta y obediencia ciega: son dos cualidades que pueden no ser incompatibles, siempre que el soldado educado sepa cuándo debe usar la una o prestar la otra; pero si empieza a pensar en el grado de justicia de una orden, si considera la posibilidad de desobedecer, es improbable que venza los instintos naturales y obedezca una orden que en apariencia le condena a una muerte segura.

La falta principal, en un soldado novato, reside en el hecho de que su obediencia se basa, más que nada, en la inteligencia y no en el hábito. No se opone a la autoridad cuando considera que lo que ésta le exige es razonable; pero cuando cree que sus exigencias constituyen un desprecio o no son necesarias, recuerda sus derechos como ciudadano de un Estado libre y rehúsa su cumplimiento.

Paralelamente acepta seguir u obedecer a un superior que goza de confianza o de popularidad; pero no ha alcanzado el grado de reconocer el deber de obediencia a cualquier Oficial o Suboficial, tan sólo por el hecho de que son sus superiores. El valor personal no se halla distribuido de manera uniforme entre nosotros, y no se necesita más que la duda de uno de los hombres, sobre todo si ésta queda impune, para que esta falta de disciplina se convierta en contagiosa. Cualquier obstáculo, por pequeño que sea, que se oponga al hábito de la obediencia, es considerado como el mayor peligro para un Ejército. De ello se deduce que un soldado debe obedecer las órdenes como un autómatas, sin pensar en discutirías; pero con inteligencia, a diferencia de éste.

Los factores que a continuación enumeramos facilitan la instrucción tendiente a la adquisición de la disciplina; el más importante es la obediencia:

1.º La obediencia no nace de manera espontánea en el campo de batalla. Debe adquirirse antes de llegar al frente la costumbre de obedecer rápidamente y con buena voluntad. No siempre resulta agradable cumplir una orden dada con brusquedad o procedente de una persona que nos resulta antipática o que nos parezca inoportuna en relación con los proyectos de cada uno. El obedecer las órdenes agradables resulta fácil; sin embargo, es el cumplir con las desagradables que forma al individuo y constituye una prueba de disciplina. Se empieza obedeciendo las órdenes de algún Suboficial que puede ser mucho más joven que nosotros. Debemos lograr hacerlo automáticamente, con la rapidez de un reflejo, y darnos cuenta de por qué se considera de modo tan estricto a la obediencia. Toda la estructura de un Ejército se basa en ello.

2.º Intimamente ligada con la obediencia va la instrucción militar (en su acepción vulgar). Los movimientos y el ceremonial inculcan el hábito de rápida obediencia a la palabra de mando. Se puede notar la presencia de la disciplina o su ausencia en los movimientos de las tropas, ya sea a pie o transportadas, y la instrucción forma la base de los movimientos. Además, engendra un sentimiento de "orgullo de cuerpo" y de camaradería y unidad. Nos enseña cómo mantenernos firmemente y marchar con el mínimo de esfuerzo y de fatiga, siempre bajo las órdenes de un Jefe. Un Ejército necesita poder marchar y moverse durante largos periodos y grandes distancias, con la máxima rapidez. El llevar grandes efectivos al escenario de la batalla, intactos y sin fatiga innecesaria, no es pequeño esfuerzo, y requiere un elevado estudio de instrucción y disciplina.

3.º Mediante atención cuidadosa para con los detalles y la buena apariencia de las personas, así como de las armas y equipos, se inculca un hábito que es esencial en el soldado, puesto que le enseña a cuidar del buen estado de aquello que deberá servirle en la batalla. El orgullo, una vez que ha tomado calidad de hábito, crea un sentimiento de propia estimación que puede ayudar al individuo a superar situaciones difíciles, que en otro caso le dominarían. Se insiste en un orden riguroso en el régimen de vida de los cuarteles, con el fin principal de que los equipos y efectos personales de la tropa se hallen siempre en sitios en donde puedan encontrarse fácilmente en caso de alarma, incluso en la oscuridad. Tales costumbres han salvado muchas vidas durante la guerra, sobre todo cuando se ha hecho necesario precipitarse a las armas, debido a una sorpresa.

4.º El saludo hecho y contestado debidamente es símbolo de respeto mutuo entre superiores e inferiores. El saludar constituye una ayuda en la adquisición de la disciplina. No significa que los superiores militares sean mejores que uno mismo en cuanto a inteligencia o sobre cualquier concepto; pero sí quiere decir que uno acepta sus órdenes y con ello presta obediencia al Rey, como cabeza del país al cual se sirve. En guerra, la individua-

lidad de cada uno no cuenta para nada; en cambio, la Unidad a que pertenecemos posee gran importancia. En realidad, saluda todo el mundo; los superiores deben hacer lo mismo con los suyos y obedecen igualmente sus órdenes.

5.º No permitiendo que el agotamiento físico se interponga entre las necesidades o las precauciones tomadas con carácter militar, se desarrolla el hábito de situar las necesidades militares por encima del bienestar propio. Por ejemplo: después de unas maniobras que han resultado excesivamente duras, hay que proveer a los vehículos de carburantes y aceite, limpiarlos, darles un repaso o disponer guardias o patrullas antes de pensar en el descanso. Si estas precauciones no son tomadas incluso cuando no sean necesarias, es probable que hayan sido olvidadas en aquellas circunstancias en que hubiesen podido resultar necesarias.

6.º Al realizar este "algo más", cuando se halla uno fatigado, incluso cuando parezca injusto que sea exigido el continuar, no sólo ayudamos a aquel que en nuestro lugar debería ejecutar la misma misión, sino que adquirimos un sentimiento de logro y de satisfacción. Este "algo más" de trabajo físico crea el orgullo de sí mismo y el que hacia la Unidad a que pertenecemos sentimos. Y ello tendrá su valor más adelante. Ciertamente es que todos nos sentimos inclinados a realizar el minimum indispensable de trabajo. Sin embargo, no es esto lo mejor de que somos capaces en relación con nosotros mismos o la Unidad a que pertenecemos. Cuando creemos que estamos agotados y que resultará imposible el intentar dar otro paso hacia adelante, es aún posible forzarse a seguir adelante. Resulta posible obligar al cuerpo a realizar hechos que a primera vista parecen imposibles. Esto produce un estado de feliz plenitud derivado de la victoria que la mente ha obtenido sobre la materia, mediante un gran esfuerzo y sin que aparentemente haya producido efectos nocivos.

7.º El espíritu de Cuerpo, la moral y el orgullo de la propia Unidad, así como la estima en que se tiene a las camaradas, fortalecen la disciplina. Resultan de la coope-

ración desinteresada y del "trabajo en equipo". No se encuentran en una Unidad falta de disciplina. Son la más alta expresión de la disciplina y crean la admirable amistad y camaradería que nace en la guerra como resultado de los peligros que el valor ha superado, de la mutua dependencia y del conocimiento del valor y la tenacidad de los demás, frente a la adversidad.

Durante la guerra anterior, el autor sirvió como soldado en varias Unidades: algunas de ellas muy disciplinadas, otras que carecían de esta cualidad. No cabe duda que el soldado está mejor en aquellas en que la disciplina es rígida, puesto que allí todo marcha bien y, por lo menos, sabe a qué atenerse. En una Unidad carente de disciplina, las cosas van mal, y el que finalmente sufre las consecuencias es el soldado. Sin embargo, la guerra es tan ruda, que sólo podrán satisfacerse sus exigencias en el orden físico y mental, sometiendo a un entrenamiento parecido al de los boxeadores: ejercicios físicos duros y fatigosos, y disciplinando la mente hasta lograr obedecer instantáneamente cualquier orden, buena, mala o repugnante. Ello presupone vivir a las órdenes de personas que pueden ser desagradables, con el fin de que el conjunto marche perfectamente. Significa subordinar todo lo personal a los intereses del conjunto. El hombre se hace mejor cuando cesa de pensar en sí mismo; ello resulta noble y generoso.

Una de las mejores cualidades de un hombre es descrita por la palabra "riñones" — facultad de aguante —. Quien tiene la disciplina de seguir adelante cuando el cuerpo parece negarse, o de permanecer en el puesto bajo el impulso físico de abandonarlo; quien puede seguir alegre frente a la monotonía o las decepciones, tiene "riñones" y puede "aguantar". Lo que conviene recordar es que la facultad de "aguantar" necesita entreno, y éste es desagradable tanto en su aspecto físico como en el mental. Pero una vez alcanzada esta facultad, la compensación es más que suficiente, puesto que no sólo ha logrado uno convertirse en soldado, sino que de sí mismo ha "hecho un hombre".

(Traducción, Coronel Alamán.)

*Los señores Oficiales pueden pedir a la Administración de esta Revista los números atrasados que necesiten para completar su colección. El precio de cada ejemplar es el corriente de tres pesetas, y pasaremos cargo a los Cuerpos por el importe del pedido.*

*No podemos servir más que los números relacionados a continuación, estando los demás agotados:*

8—11—12—13—14—15—16—17—18—19—20—22—23—24  
25—26—27—28—29—31—32—33—35—36—37—38 — y 39

# BIBLIOGRAFICA

## ARTICULOS DE «EJÉRCITO» PUBLICADOS EN REVISTAS EXTRANJERAS

- El Porqué.*—Coronel de E. M. Alvarez Serrano. ("Memorial del E. M.", Colombia. Noviembre de 1941.)
- Consejos a los nuevos Oficiales.*—Capitán Pablo Rey Villaverde. ("Memorial del E. M." Colombia. Septiembre de 1941.)
- Servicio Sanitario del Batallón.*—Teniente Médico Jabonero Sánchez. ("Militär Wochenblatt". Noviembre de 1942.)
- El sentido de la guerra actual.*—Teniente Juan del Rosal. ("Militärwissenschaftliche Mitteilungen". Agosto de 1942.)
- Psicotecnia.*—Comandante Martín Rascón. ("Revista de Marina". Chile. Agosto de 1942.)
- Infantería. Nieblas.*—Comandante Domingo de Alvarado. ("Ejército". Habana. Agosto de 1942.)
- El Arma rápida.*—Teniente Coronel González de Mendoza. ("Revista de Cavalaría". Lisboa. Septiembre de 1942.)
- La Propaganda.*—Comandante Sáenz Aranaz. ("Ejército". Habana. Agosto de 1942.)
- La Artillería en la defensa de costas.*—Capitán Lorenzo García. ("Revista de Marina". Valparaíso. Octubre de 1942.)

## LIBROS RECIBIDOS

*Estudios Tácticos.*—Tomo I. Normas para la resolución de casos concretos. Teniente Coronel de Estado Mayor Gregorio López Muñiz.

Con la valiosa cooperación de otros varios distinguidos Jefes de nuestro Ejército, el autor de este interesante trabajo ha iniciado la publicación de problemas tácticos, proponiéndose presentar una serie de casos concretos, con su completo desarrollo en las diferentes fases de la guerra, ya que ello constituye el mejor sistema para estudiar la Táctica y es el procedimiento que actualmente se aplica en todos los Centros de Enseñanza militar.

Loable y muy bien desarrollada la labor del Teniente Coronel López Muñiz, la aparición del primer tomo de su obra ha constituido un merecido éxito.

El índice del tomo II comprende XI capítulos, a base del tema "La aproximación al enemigo".

Editorial Gloria. Imprenta de Huérfanos de Intendencia e Intervención. Precio del ejemplar, por suscripción, 7 pesetas; tomo suelto, 10 pesetas. Pedidos, al autor, apartado de Correos 3022, Madrid.

**Los españoles en la expedición de Cochinchina. 1858-1863.**—Autor, Aniceto Ramos Charco-Villaseñor, Teniente Coronel de Infantería del Servicio Histórico-Militar.

El autor de este interesante libro, perfectamente documentado, ha recopilado en él cuanto se relaciona con tan interesante hecho histórico, que arranca del Tratado de Versalles de 28 de noviembre de 1787 y termina con la repatriación de las fuerzas expedicionarias a Filipinas el 7 de abril de 1863.

La gloriosa figura del Coronel de Infantería D. Carlos Palanca Gutiérrez, Comandante general del Cuerpo expedicionario español en Cochinchina y de cuantos heroicos militares españoles tomaron parte en la empresa, están perfectamente dibujadas y esclarecidas en el libro del Teniente Coronel Ramos, cuya lectura resulta en extremo interesante y recomendable.

Editorial Tradicionalista. Madrid. Precio del libro, 15 pesetas.

**El Arma rápida.**—Por los Tenientes Coronel González de Mendoza, Mata, Roldán y los Comandantes Serrano y Morenés.

Bajo el título *El Arma rápida*, los autores citados, profesores del curso de Táctica de 2.º año de la Escuela de Estado Mayor, publican las conferencias pronunciadas por ellos sobre los principios de empleo de los elementos motomecanizados. Es, por lo tanto, este interesante libro un resumen de los principios generales de empleo de los modernos elementos que se conocen con el nombre genérico de Unidades blindadas, en que se tratan por los profesores de las distintas Armas todas las cuestiones que a cada una de ellas afectan dentro del cuadro general del Arma rápida.

La masa de lectores profesionales que quiera conocer una opinión solvente sobre tema de tanto interés y actualidad, debe recurrir a este libro, en el que encontrará, además de las ideas generales del empleo y la organización de las grandes Unidades blindadas y mecanizadas, las misiones de las distintas Armas dentro de ellas:

Caballería, Artillería Ingenieros, cooperación de la Aviación, y la táctica de estas grandes Unidades en sus misiones más características, explotación del éxito, acción retardatriz, restablecimiento y ocupación de un frente y contraataque. Tiene además un interesante anexo, en el que se desarrolla, en la forma detallada y meticulosa que es norma de nuestra Escuela de E. M., un tema completo de empleo de un C. de E. mecanizado, en la explotación del éxito, desarrollado por el Comandante de Caballería, alumno entonces de la Escuela, D. Gonzalo Fernández de Córdoba y Ciburu.

Editorial Gran Capitán. Madrid, 1942. Precio, 18 pesetas.

**Legislación penal de los Ejércitos de España.**—Autor, José María Dávila y Huguet, Auditor de Erizada, Profesor de Derecho Procesal en la Academia del Cuerpo Jurídico Militar.

Comprende este interesante libro: el Código de Justicia Militar, Código Penal de la Marina de Guerra, Ley de Enjuiciamiento Militar de Marina, Ley de Organización y atribuciones de los Tribunales de Marina, Ley Penal de la Marina mercante, Código Penal Ccmún, Tablas de aplicación de las penas, Formularios y un completo Repertorio alfabético de Legislación y Jurisprudencia.

Editorial Aldecoa, Burgos. Precio, 45 pesetas.

## LIBROS PUBLICADOS

*Ballistik.* (Balística.) — Richard Emil Kutterer. — Verlag Friedr. Vieweg & Sohn. Braunschweig 1942. — 208 páginas; 31 fig. — 11,50 marcos.

*Bausteine für Ausbildung der Gebirgsartillerie.* (Fundamentos para la instrucción de la Artillería de Montaña.) Elaborada por Oficiales de la Escuela de Artillería de Montaña. — Barbara Verla. — 126 pág., 18 fig. — 1,95 marcos.

*Kampf der Pioniere.* (La lucha del Zapador.) — Coronel Dr. Rossmann. — Zentralverlag der NSDAP. Franz Eher. — 2,85 marcos.

*Manual do Vigia do Ar-Identificação de avies.* (Manual del Vigia del Aire. - Identificación de aviones.) — Luis Tedeschi de Bettencourt. — 278 pág.

*Machine Warfare.* (Guerra de máquinas.) General J. F. C. Fuller. — Editorial Hutchinson, 1941. — 8 chelines 6 peniques.





"TOMA DE AIRE"  
PINTOR SNAYERS.







# EL MILITAR

---

# ANTE DIOS

---

Capitán de Artillería, José MARTINEZ BANDE, del Regimiento núm. 71.



Lo que caracteriza la profesión militar es que, en el ejercicio de ella y por razón de ese ejercicio, puede encontrarse la muerte de un modo normal y lógico. Porque hay otras actividades que llevan al último fin, pero en forma excepcional y fortuita; es el médico investigador que muere contagiado por el germen cuyo suero trata de encontrar, o es el químico que andando a la busca del nuevo explosivo se ve lanzado al mismísimo otro mundo; pero todos verán aquí accidentes desgraciados, malas fortunas. En el militar, morir en el campo de batalla no es cosa que alarme a nadie, porque para él la vida es una partida de ajedrez, en la que tanto puede salir vencedor como vencido.

Esto de jugarse la vida a cara o cruz y sin afán ninguno mercantil, resulta incomprensible. Y es inútil que se busque para explicarlo razones morales de deber, honor y servicio. La razón sirve para las cosas que se pueden contar, pesar y medir: triángulos, reacciones químicas, una operación quirúrgica, un contrato y las obligaciones y derechos que de él resulten. Fuera del dominio de aquélla, queda el mundo del espíritu: Velázquez y Haydn, el martirio de los apóstoles y la muerte del soldado. Para justificar todo esto—que no para explicarlo—hay que pensar en motivos de orden superior, razones fuera de razón, algo, en fin, que no se puede coger para someterlo a examen porque en cuanto se le toca se volatiliza.

Pero precisamente es este mundo alado y difuso de la muerte lo que separa y selecciona a los hombres. Morir ha sido siempre, en última instancia, la raya divisoria de empresas, de ideales y de pueblos. Cada cual es según sabe morir, esto es, según es capaz de pulsar y sentir el mundo aquel, inasequible y vago, extraño a los juicios y a la comprensión. Cuando Tomás de Kempis dice: «bienaventurado el que se dispone cada día a morir», no hace sino calificar de elegidos, de selectos, a los que son capaces de morir, sabiéndolo y disponiéndose a ello.

La empresa del morir resulta por eso la más alta empresa del hombre. Y es, por lo tanto, indispensable para comprender la milicia, parar en este punto.

## LAS RAZONES DEL MORIR

Ya hemos señalado que todo esto es incomprensible. Para el no eludir la muerte, no existe un tinglado racional. Pero nótese que, junto a esa palabra «muerte», aparece siempre esta otra: «inmortal». La inmortalidad—el hecho de no morir—surge precisamente tras de dejar de ser; nadie es inmortal en vida, porque precisamente es esta vida la que acaba siempre, se quiera o no.

La razón de morir—la única y admisible razón—está en ese afán de querer perdurar para siempre, que arriba

en lo más recóndito de la entraña de los hombres, lo mismo en las mentes más claras que en las inteligencias más burdas. La naturaleza humana, «porque sí», porque es ley de ella, porque está en su propia esencia, porque así fué creada, rechaza intuitivamente la idea de desaparecer del todo. Sus movimientos, sus trabajos, sus afanes están calculados para «mañana». Nuestra vida no es sino una carrera incesante tras esa palabra, que siempre creemos coger y que siempre aparece lejos. El presente no es sino el punto matemático, separación de segmentos de una línea recta que recorreremos sin alto, y esa inmaterialidad nos hace desear más frenéticamente lo que nos falta por andar. Mas llega un día en que el «mañana» no aparece sobre la recta, porque ésta, fatalmente, termina. Entonces podemos ver cómo todos nuestros anhelos y fatigas—y todas nuestras creaciones también—se proyectan más allá de la vida. Cuando un hombre busca la muerte sin que le estorbe la existencia, sino muchas veces amándola en exceso, lo que hace, quizá sin darse cuenta, es cambiar su presencia real en este mundo por la presencia espiritual, de envergadura infinitamente superior, de sus actos. Pues no cabe duda que hoy son más acusados actores de la comedia humana, que cuando vivieron, los nombres de Cervantes, Alejandro o Galeno.

### **INMORTALIDAD Y MILICIA**

Las generaciones, las culturas, los pueblos han trabajado con exceso sobre estas ideas. El arte y la filosofía han girado casi exclusivamente entre dos polos: el polo de la creación—tema del amor—y el polo de la perduración—tema de la muerte—. Los sistemas de pensamiento, las escuelas artísticas, las doctrinas políticas no son sino ecuaciones en las que esas dos incógnitas se agrupan en variadas formas. Una inteligencia pagana está separada de una creyente exclusivamente por la forma particular de creer en el más allá.

Pero todos, tirios y troyanos, creyentes de la inmortalidad, *coinciden en unir su posesión al descanso en Dios*, considerando que la fuente de esa inmortalidad reside precisamente en el Creador de la vida. Por lo tanto, los que por razón de su profesión pueden poseer, con más probabilidad que nadie, la coyuntura de hacerse inmortales, están a lo largo de esa profesión más próximos a Dios que aquellos para los que el morir es algo ajeno a la ocupación de su vida. En este sentido, la milicia, es la profesión religiosa por excelencia.

### **VIDAS PARALELAS**

En una vieja espada leí: «pro Deo et Patria». La idea de unir estos dos conceptos no es, pues, nueva. En otros tiempos, cuando la religión era consustancial con el Gobierno de los pueblos, y las luchas humanas eran luchas

religiosas, el militar era el brazo ejecutor de esa política de creencias.

En las Danzas de la Muerte medievales, cuando ante la fría máscara, armazón de huesos, comparece el militar, es exigido cuentas de cómo usó de «la su lanza», si para bien de Dios o contra su bien. La vida entonces era algo elemental y lógico, en la que lo importante era saber morir. El monje y el guerrero aparecen hermanados, aquél como dicente de la ley eterna por la que han de regirse los hombres; éste como posible vehículo de esa ley, en cuanto sus acciones militares podían serla o no favorables.

Nadie comprendió mejor la milicia que la filosofía religiosa. Lejano—y cercano, sin embargo, porque lo eterno desafía al tiempo—aparece la escena que una mano sacerdotal bendice a los que marchan a las cruzadas. Diego Lafnez expone en Trento su doctrina de salvación universal: su consecuencia está en el religioso que marcha con los ejércitos conquistadores de América.

Y es que hay algo que no es literatura, aunque lo parezca, porque es esencia pura de esta vida: eso de que cuando veamos pronta la muerte sintamos más que nunca la presencia de Dios. Alguno muere blasfemando, pero la blasfemia es odio a Dios, es decir, oposición a Dios, lucha contra algo que se estima, por lo tanto, real. Nadie es indiferente; la nada absoluta es un concepto que nace como eliminación de todos los demás, y para comprenderlo sería preciso que no tuviésemos ninguna idea en la cabeza. La nada absoluta es una sensación que nadie ha poseído.

El que, al morir, necesitamos más que nunca a Dios, reside en que en esos momentos se va junto con la vida lo que constituyó el poso de esa misma vida: lo terreno, en amores, en deseos, en creencias; lo que fué soldándose poco a poco, día tras día, con nuestro paso por la tierra; todo lo que hemos incorporado a los propios afanes y que forma como la sombra de nuestro vivir terreno. Al evaporarse ese complejo mundo se produce un vacío en el alma y para cubrirlo acude lo único que fuera de lo mortal existe. Si el hombre lo rechaza se ve preso de una horrible desazón: es la angustia, el ahogo, la asfixia del vacío; el notar que dentro de uno mismo no hay nada: el horror a la nada absoluta.

El que hace de su vida profesión de muerte, el militar, el que más fácilmente puede, en cualquier instante, sufrir el vacío del alma, está más necesitado que nadie del sacerdote que acuda a cubrir ese vacío. La vida militar y la vida religiosa se unen por la sacrosanta empresa de buen morir. Luego es fácil comprender cómo ya esas dos vidas estarán unidas por múltiples caracteres.

### **SERVICIO, LIBERTAD**

Para el religioso la vida es milicia: basta recordar esto para darse cuenta de todo el alto sentido humano de la



profesión militar. Si la vida es milicia es en ella donde la vida tiene más honda y exacta realización; la milicia es así la pura expresión de la vida, pero de la vida tal como debe ser, tal como la concebía el que aquella sentencia dijo.

Es conocido el concepto religioso católico del vivir: camino que se anda tras una meta lejana, que es el fin, norte y ejemplo. Ese fin—la vida sobrenatural o sobrehumana—es una supervaloración de lo humano, de lo mortal, y por su categoría infinitamente superior nos exige hacer de cada acto cotidiano, aun los más oscuros, un escalón que nos perfeccione. Decir que la vida es milicia—o que la milicia es vida, «tanto monta»—es convertir nuestro paso por la tierra en una empresa; es, por de pronto, hacernos esclavos de aquel fin.

Hay un paralelismo entre lo religioso y lo militar que arranca de esa constante exigencia, de esa servidumbre férrea que impone la meta intransigente. Esa servidumbre hace ya, de por siempre, al militar hombre de servicio; pero el servicio supone una razón de obrar, un porqué de nuestros actos, un algo exterior a nosotros mismos que nos justifica.

Son pocas las profesiones que entrañan una servidumbre. En esencia quizá sólo la militar, pues, cuando otras diferentes adoptan aire servicial, lo que en realidad hacen es ponerse a la sombra de las armas. Tal sucede con la política llamada de milicia, que busca en la medula militar la fuerza necesaria para conllevar los grandes momentos de crisis.

Pues bien; este tono característico de servidumbre es de índole religiosa. Servir sólo se hace con lo que es puramente espiritual; lo demás es esclavitud. La madre siente la servidumbre de su hijo, y todos sus afanes y trabajos para con él son una constante entrega; pero el alcoholizado es esclavo de su vicio. La diferencia entre servicio y esclavitud radica en la diferente índole moral de aquello a que supeditamos nuestra libertad. Por eso el militar no es un hombre libre, en el sentido que podríamos llamar diabólico de esta palabra.

La libertad, en su clásico y exacto significado, consistía en el perfeccionamiento del hombre por el cumplimiento de éste de su verdadero fin: ello suponía una subordinación entera de sus actos. La libertad era equivalente de perfección porque aquel fin era perfecto. La libertad liberal rompió la armonía del camino, deshizo la unidad espiritual del hombre y disgregó la sociedad: su característica consiste en situar el propio destino del hombre en sí mismo. De servir a la perfección pasó a servir a su imperfección.

Ahora bien, al señalarse a la vida militar un fin superior, se la coloca de lleno en el plano de la libertad clásica. De aquel fin arrancan todas las virtudes militares. La disciplina, por ejemplo, no supone sino la supeditación de nuestro libre obrar a la obra común, me-

dante el acercamiento de la voluntad de las jerarquías superiores, que a su vez se sujetan a otras más altas, formando una cadena sin fin. En el vértice de ella está el mando supremo, que sólo obedece—y ya es bastante—al juicio de Dios y de la Historia.

Podríamos así ir repasando cada una de las virtudes militares que aparecen desperdigadas a través de ordenanzas, reglamentos y arengas. La incomprensión de la milicia por los indiferentes y su odio por los enemigos se basa en la negación de ese sentimiento clásico, religioso y verdadero, de la libertad y del servicio.

Las batallas se han librado con extraordinaria frecuencia bajo la advocación de lo Alto. Ya Escipión el Africano (218 a. J. C.), exclamó en una ocasión: «¡Romanos, en este día, con el auspicio de los dioses, vencí en Africa a Anibal y a los cartagineses!» Tarik arengó a sus tropas en la batalla del Guadalete (711) diciendo: «Arremeted con la ayuda de Dios». Federico «El Grande» exaltó el entusiasmo de sus gentes en la batalla de Rossbach (1757): «¡Portaos como hombres y no esperéis más que en Dios!» El propio Napoleón, que en sus arengas constantes no hizo más que nombrar a la República y la libertad, exclamó, dirigiéndose a los egipcios: «Dios es justo y misericordioso para el pueblo». El Cardenal Cisneros, ante las ruinas de Orán (1503): «Esta empresa es la de Dios.» Hernán Cortés, en la conquista de Méjico (1519): «Conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos.» Zumalacárregui, en 1835: «El Dios de las batallas nos protege.» La lista sería interminable; e inútil recordar, porque está en la mente de todos, el carácter de infinitas arengas y proclamas dichas en nuestra guerra.

Todo esto no representa sino la expresión de la dación de la libertad individual a la voluntad divina, la proclamación de que Dios decide lo que los hombres pretenden. Significa, pues, una antítesis del concepto liberal de libertad.

Esta intervención religiosa en la vida militar es cons-



tante lo mismo en paz que en guerra. Es la razón de ser de los Patronos y Patronas de las armas, de las misas de difuntos por los caídos, de la fe de los que mueren en el campo de batalla.

## DIOS Y PATRIA

En vano se han querido empuqueñecer los horizontes. La defensa de la Patria es la suprema razón de los Ejércitos, pero ¿de qué Patria? Porque es imposible reducir esta palabra a sus seis letras, querer que su solo nombre aleccione y exalte. La Patria viene definida por un contenido y ese contenido es, a la larga, el que hace soldados. Cuando se quiere defender la Patria, lo que en realidad se defiende es todo lo que tras esa Patria se oculta. Viene esto a cuento para cortar esa tendencia tan común que pretende quitar a las ideas transcendentales su alto vuelo. Cuando en el siglo XIX se sustituye en las Constituciones la moral religiosa por la moral pública, la moral común, etc., etc., lo que se hizo fué convertir el vino en agua, quitar sabor, olor y color a ese alimento indispensable para la vida social que es la moralidad. Lo propio ha ocurrido con la Patria. Este concepto es relativamente moderno y arranca de la creación de los Estados Nacionales, pero su sentido es tan viejo como el mundo. Los ejércitos antiguos combaten por Roma o Cartago, pero, en definitiva, lo que hacen es defender una idea, una cultura, un modo de comprender la vida toda. El liberalismo transformó la Patria en voluntad pasajera de los hombres, cortándola sus alas. Así nacieron muchos fracasos militares.

Porque, por el mismo carácter espinoso y duro de la milicia, no es posible asentarla en bases caprichosas. Una empresa, cuanto más arriesgada y peliaguda es, necesita de más hondas y radicales razones, de motivos más altos, de móviles más trascendentales. La milicia crece esplendorosa en las ocasiones duras, cuando se vive a la intemperie, cara a los rigores, a la vez que se posee un más hondo y exquisito espíritu. En Prusia, tierra húmeda, de pocos cultivos; en Esparta, arenal junto al mar de las mil sugerencias; en Japón, poco pan para tantos hombres; y en Castilla, nuestra Castilla, que es como un acero desnudo, la milicia es comprensible y lógica; pero en los valles verdes y dulces, en los grandes mundos donde el oro se amontona en los sótanos de mil paraísos artificiales, la milicia

huye, llena de pudores. De la misma forma que con las tierras ocurre con los tiempos. Épocas de pobreza, de rigor franciscano, épocas en que se desea y no se posee, épocas de ilusiones en la infancia de los pueblos, épocas de ayuno tras las catástrofes: Roma de Rómulo y Remo, España invadida por los árabes, Alemania tras el fuego del 14.

Y es que sólo se muere con ganas cuando se cree que más vale lo que dará la muerte que lo que da la vida: cuando se piensa que la sangre alumbrará glorias para los muertos. Cuando, en fin, se vive más cerca de Dios. Entonces la servidumbre de las armas se hace ligera.

## MISION MILITAR

El militar, por su función educadora, tiene una amplia responsabilidad que arranca de las ocasiones que aquella misión le depara. Por su mando pasan las generaciones, de pocas ideas o ninguna, ignorantes de lo que no sea despena, con harta generalidad; gentes muchas sin levadura moral sólida. Su misión no es sacerdotal, que doctores hay para el caso; pero la formación moral de los hombres es una amplia tarea que no conoce límites. El cultivo de la obediencia, el honor, la lealtad, el sacrificio, es sacerdocio. Un alma en que hayan cuajado estas virtudes está muy predispuesta a acercarse a Dios.

El paso de las generaciones por los cuarteles ha de significar, ante todo, el hecho de poner a la vista de la ignorancia un tipo de vida ejemplar; en predicar con el ejemplo; que también es posible en este tiempo alocado vivir como un caballero.

Junto a la misión profesional el militar tiene otra, de formación moral, cuya importancia es decisiva para la vida de la Patria. Pese a la complicación técnica de las guerras actuales, nadie disiente que, hoy como ayer, el factor moral es nada más y nada menos que la superioridad moral del soldado, supremacía de su moral, de su carácter.

La disciplina en los hombres es excesivamente rígida y dura si no va acompañada de un porqué de la misma, de una razón de obediencia. Cuando el soldado es un hombre moral, no sólo comprende esa disciplina, sino que la busca.

La misión militar primera es marcar al soldado un camino, que recorrido, allana las almas de modo indirecto a un fin espiritual y religioso.



## Determinación expedita en el plano del punto de estación

Capitán de Infantería LUIS AMARO LASHERAS

**L**A determinación del punto de estación o, lo que es lo mismo, la fijación en el plano del punto del terreno en que nos encontramos, es un problema que con harta frecuencia se nos presenta en el ejercicio de nuestras funciones. Unas veces es en la preparación de los tiros de morteros, piezas de artillería y aun ametralladoras; otras, en los levantamientos de planos; otras, en fin, es en operaciones y maniobras, en las que la exacta fijación en el plano de un P. C., puntos alcanzados, etc., constituyen a veces un verdadero problema.

Es verdad que cualquiera que sea el medio que se emplee, la solución del problema ha de estar llena de errores; errores inherentes a toda intervención humana, y que las más de las veces desvirtúan de modo harto desagradable la real situación del punto de estación. Pero también es verdad que existe para cada medio una tolerancia en cuanto a su exactitud; tolerancia permitida por el fin a que se destine la fijación del punto, y que debiera obligar a cada medio a utilizarse a un solo fin.

En la práctica, por circunstancias que no he de reseñar aquí, no siempre ocurre esto, y hemos de utilizar a veces distintos medios aun para un mismo fin. Es, pues, necesario

Al exponer a continuación algunos de los métodos que a estos fines son utilizables, quedarán descritos en orden de mayor a menor precisión, y de menor a mayor rapidez, con pequeñas excepciones, como la del estaciógrafo "Pla", que, tras ser el más exacto, es el más rápido y cómodo.

El fundamento de todos ellos es el mismo. Es de todos conocido que desde un punto de un plano se ven las rectas, que unen otros tres puntos situados en el mismo, bajo ángulos fijos y determinados. Suponiendo (fig. 1.<sup>a</sup>) que el punto es  $P$  y que los otros tres situados en el mismo son  $a$ ,  $b$  y  $c$ , los ángulos bajo los cuales se han de ver desde  $P$  las rectas  $\overline{ab}$  y  $\overline{bc}$ , han de ser forzosamente  $\alpha$  y  $\beta$ ; o lo que es lo mismo que conociendo en un plano los puntos  $a$ ,  $b$  y  $c$  y los ángulos:  $\alpha$  y  $\beta$ , no existe más que un punto  $P$ , desde el cual se vean bajo dichos ángulos las rectas  $\overline{ab}$  y  $\overline{bc}$  que los unen.

La demostración de que, en efecto, no existe más que un punto que responda a la condición de ver a ambas rectas  $ab$  y  $bc$  bajo los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$ , respectivamente, y la resolución de este problema, conocido desde antiguo con el nombre de problema de Pothénot, trisección inversa o vértice de la pirámide, es bien sencilla y conocida de muchos; no obstante, creo necesaria su exposición, al objeto de aclarar dudas y fijar ideas.

**PROBLEMA.** — Sean  $a$ ,  $b$  y  $c$  tres puntos situados en un plano, correspondientes a las proyecciones de otros tres  $A$ ,  $B$  y  $C$  situados en el terreno. Desde un cierto punto del terreno se ven las rectas  $AB$  y  $BC$  bajo los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$ . Se desea fijar la proyección de este punto sobre el plano (figura 2) (1).

He de hacer constar que estos tres puntos  $a$ ,  $b$  y  $c$  no han de estar en línea recta, ya que ello constituiría, como luego veremos, un caso de indeterminación.

**Demostración analítica.** — Datos:  $ab = m$ ,  $bc = n$ ,  $\alpha$  y  $\beta$ . A la vista de la figura 2, podemos escribir:

$$\frac{P_1 b}{\sin \alpha} = \frac{a b}{\sin \alpha} = \frac{m}{\sin \alpha} \quad P_1 b = \frac{m \sin \alpha}{\sin \alpha}$$

igualando valores,

$$\frac{P_1 b}{\sin \alpha} = \frac{b c}{\sin \beta} = \frac{n}{\sin \beta} \quad P_1 b = \frac{n \sin \alpha}{\sin \beta}$$

$$\frac{m \sin \alpha}{\sin \alpha} = \frac{n \sin \alpha}{\sin \beta} \quad \frac{m \sin \beta}{n \sin \alpha} = \frac{\sin \alpha}{\sin \alpha}$$

Pero siendo los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$  menores de  $180^\circ$ , los senos de los mismos serán positivos y, por tanto, el valor de la relación  $\frac{m \sin \beta}{n \sin \alpha}$  será también positiva. A este valor gradual,

(1) Se comprende fácilmente que los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$  corresponden no a los ángulos bajo los cuales se ven las rectas  $AB$  y  $BC$ , desde un punto también del espacio como es el de estación, sino a los rectilíneos de los planos verticales, que pasando por el punto de estación interceptan dichas rectas y que tienen idénticos valores que aquellos bajo los cuales se verían  $ab$  y  $bc$  desde la proyección  $P_1$  de  $P$ .

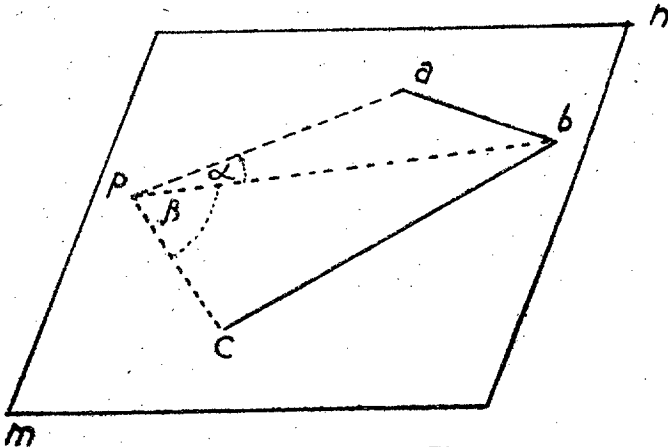


Figura 1.<sup>a</sup>

conocer, sin ningún género de dudas, cómo se puede resolver el problema con cada uno de ellos, así como la precisión que cada procedimiento nos puede proporcionar, para, llegado el caso de poder optar entre ellos, escoger siempre el más exacto. Pero no es esto sólo lo que hemos de tener en cuenta, ya que el factor precisión está casi siempre subordinado al factor tiempo, y con inusitada frecuencia hemos de abandonar la idea de exactitud en favor de esta marcada subordinación.

perfectamente calculable, ya que todos los elementos que integran la fracción son conocidos, lo vamos a utilizar bajo la forma de  $\operatorname{tg} \varphi$ , en lo cual no hay inconveniente alguno. Vamos, pues, a hallar los valores de  $\hat{a}$  y  $\hat{\ell}$ :

$$\hat{a} + \hat{\ell} + B + \alpha + \beta = 360^\circ \quad \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2} = M_0 = 180^\circ - \frac{B + \alpha + \beta}{2}$$

$$\left. \begin{aligned} \frac{m \operatorname{sen} \beta}{n \operatorname{sen} \alpha} &= \frac{\operatorname{sen} \hat{\ell}}{\operatorname{sen} \hat{a}} \\ \frac{m \operatorname{sen} \beta}{n \operatorname{sen} \alpha} &= \operatorname{tg} \varphi \end{aligned} \right\} \begin{aligned} \frac{\operatorname{sen} \hat{a}}{\operatorname{sen} \hat{\ell}} &= \frac{1}{\operatorname{tg} \varphi} \quad \operatorname{sen} \hat{a} + \operatorname{sen} \hat{\ell} = \\ & \operatorname{sen} \hat{a} - \operatorname{sen} \hat{\ell} = \end{aligned}$$

$$\frac{1 + \operatorname{tg} \varphi}{1 - \operatorname{tg} \varphi} \left\{ \begin{aligned} a &= p + q \\ b &= p - q \\ I &= \operatorname{tg} 45^\circ \end{aligned} \right\} \frac{\operatorname{sen}(p+q) + \operatorname{sen}(p-q)}{\operatorname{sen}(p+q) - \operatorname{sen}(p-q)} =$$

$$\frac{\operatorname{tg} 45^\circ + \operatorname{tg} \varphi}{1 - \operatorname{tg} 45^\circ \operatorname{tg} \varphi} \dots$$

$$\frac{(\operatorname{sen} p \cos q + \cos p \operatorname{sen} q) + (\operatorname{sen} p \cos q - \cos p \operatorname{sen} q)}{(\operatorname{sen} p \cos q + \cos p \operatorname{sen} q) - (\operatorname{sen} p \cos q - \cos p \operatorname{sen} q)} =$$

$$\frac{\operatorname{sen} 45^\circ + \operatorname{sen} \varphi}{\cos 45^\circ + \cos \varphi} \dots$$

$$1 - \frac{\operatorname{sen} 45^\circ \operatorname{sen} \varphi}{\cos 45^\circ \cos \varphi} \dots$$

$$\frac{\operatorname{sen} 45^\circ \cos \varphi + \cos 45^\circ \operatorname{sen} \varphi}{\cos 45^\circ \cos \varphi}$$

$$\frac{2 \operatorname{sen} p \cos q}{2 \cos p \operatorname{sen} q} = \frac{\operatorname{sen} 45^\circ \cos \varphi + \cos 45^\circ \operatorname{sen} \varphi}{\cos 45^\circ \cos \varphi - \operatorname{sen} 45^\circ \operatorname{sen} \varphi}$$

$$\left\{ \begin{aligned} \hat{a} &= p + q, p = \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2} \\ \hat{\ell} &= p - q, q = \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2} \end{aligned} \right\} \frac{\operatorname{sen} \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2} \cos \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2}}{\cos \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2} \operatorname{sen} \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2}} =$$

$$\frac{\operatorname{sen} 45^\circ \cos \varphi + \cos 45^\circ \operatorname{sen} \varphi}{\cos 45^\circ \cos \varphi - \operatorname{sen} 45^\circ \operatorname{sen} \varphi} \dots \operatorname{tg} \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2} \operatorname{cotg} \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2} = N_0$$

$$\frac{\operatorname{sen} (45^\circ + \varphi)}{\cos (45^\circ + \varphi)} \dots \frac{\operatorname{tg} \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2}}{\operatorname{tg} \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2}} = \operatorname{tg} (45^\circ + \varphi)$$

$$\operatorname{tg} \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2} = \frac{\operatorname{tg} \frac{\hat{a} + \hat{\ell}}{2}}{\operatorname{tg} (45^\circ + \varphi)}; \frac{\hat{a} - \hat{\ell}}{2} = N_0$$

obtenidos ya los valores de  $M_0$  y  $N_0$ , obtenemos los de  $\hat{a}$  y  $\hat{\ell}$  y pasamos a aplicar las fórmulas que nos resolverán el problema.

$$\frac{P_1 a}{\operatorname{sen} (\hat{a} + \alpha)} = \frac{m}{\operatorname{sen} \alpha} \dots P_1 a = \frac{m \operatorname{sen} (\hat{a} + \alpha)}{\operatorname{sen} \alpha}$$

$$\frac{P_1 b}{\operatorname{sen} \hat{a}} = \frac{m}{\operatorname{sen} \alpha} \dots P_1 b = \frac{m \operatorname{sen} \hat{a}}{\operatorname{sen} \alpha}$$

$$\frac{P_1 b}{\operatorname{sen} \hat{\ell}} = \frac{n}{\operatorname{sen} \beta} \dots P_1 b = \frac{n \operatorname{sen} \hat{\ell}}{\operatorname{sen} \beta}$$

$$\frac{P_1 c}{\operatorname{sen} (\hat{\ell} + \beta)} = \frac{n}{\operatorname{sen} \beta} \dots P_1 c = \frac{n \operatorname{sen} (\hat{\ell} + \beta)}{\operatorname{sen} \beta}$$

Con estos valores el problema quedaría resuelto. Bastaría, para encontrar la solución, hacer centro con un compás en cada uno de los puntos  $a, b$  y  $c$ , con radios iguales a  $P_1 a, P_1 b$  y  $P_1 c$ , respectivamente, y trazar circunferencias. Estas tres circunferencias sólo se cortarían en un punto, que es, sin

ningún género de dudas, la proyección en el plano del punto de estación.

Y digo que estas tres circunferencias se cortarían en un solo punto, porque si lo hicieran en dos, los puntos  $a, b$  y  $c$  tendrían que estar forzosamente en línea recta; cosa que ya he aclarado anteriormente como caso de indeterminación.

Efectivamente, dos circunferencias se cortan siempre en dos puntos, entre los cuales se extiende la cuerda común; ella es perpendicular a la línea de los centros, y es cortada a su vez por ésta en su punto medio. Por tanto, toda nueva cir-

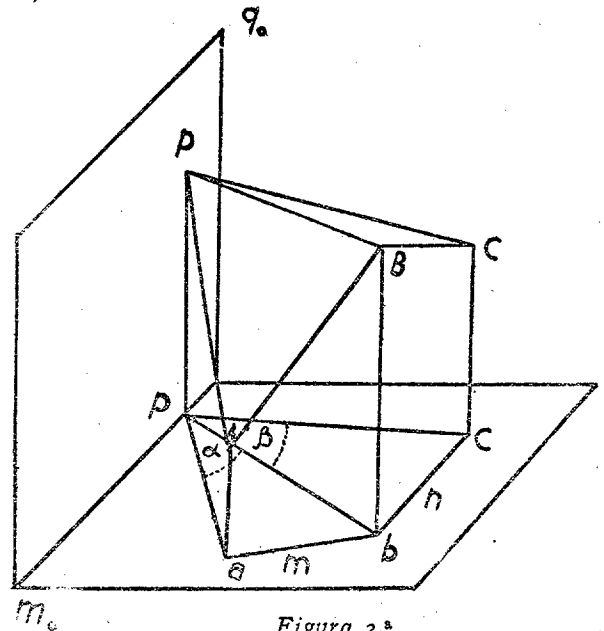


Figura 2.ª

cunferencia que pase por esos dos puntos, ha de tener su centro equidistante de los mismos y, como consecuencia, sobre la perpendicular en el punto medio a la cuerda común, y siendo ésta perpendicular, la línea de los centros o su prolongación, los centros de las tres circunferencias estarán sobre una misma recta.

Y hechas a manera de prólogo estas consideraciones necesarias, voy, pues, a describir, como decía, algunos de los métodos utilizables a los fines de la determinación del punto de estación.

**ESTACIÓGRAFO PLM.** — El autor de este útilísimo aparato parece haber querido poner un sello de originalidad en todos los detalles que el mismo presenta.

Encerrado en un estuche de pequeñas dimensiones, encontramos un trípode, el estaciógrafo propiamente dicho, cuatro alfileres y un coordinatógrafo. El trípode es sumamente ligero; de brazos telescópicos, termina en su parte superior en una plataforma de 5 centímetros de diámetro y que, merced a un cuarto brazo, también telescópico, y a una suspensión a base de un juego de bolas, permite la rápida y automática nivelación de la misma. Un tornillo de presión proporciona la inmovilización de la misma, una vez horizontal.

El estaciógrafo propiamente dicho consta, en esencia, de tres alidades,  $a, b$  y  $c$  (fig. 3), en las que la pinula ocular es común a las tres; tres tornillos de coincidencia,  $m, n$  y  $q$ , facilitan los movimientos de cada una de ellas. La pinula ocular común se prolonga hacia arriba en el pulsador,  $P$ , y hacia abajo, en una punta finísima de acero,  $P_1$ . El pulsador se mantiene erguido por la acción de un muelle; pero basta accionarlo débilmente para que descienda, y con él la punta de acero, que nos marcará en el plano el punto de estación. Los alfileres son de un tipo especial, para impedir el error que se comete, por el grosor de uno corriente. El coordinató-



grafo lleva a escuadra un nomo que permite apreciar hasta 0,0001.

Colocado el estaciógrafo Pla sobre el trípode, queda fijo a la plataforma de éste mediante la acción de un tornillo. Se dirigen entonces tres visuales, una con cada alidada, a cada uno de los tres puntos del terreno conocidos y señalados en el plano, que nos van a permitir resolver el problema.

Sobre la caja-estuche, abierta, se coloca el plano, y con alfileres se pincha éste en los puntos correspondientes a los del terreno a los que se han dirigido las visuales. Se lleva el estaciógrafo sobre el plano y se mueve sobre él hasta que los bordes de la regleta estén en contacto con los de los alfileres. Conseguido esto, se actúa sobre el pulsador, y quedará marcado en el plano el punto de estación.

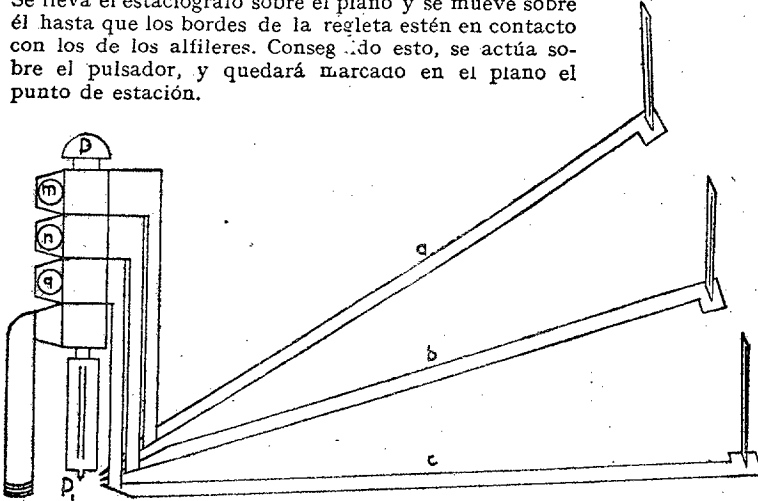


Figura 3.<sup>a</sup>

**CON GONIOMETRO.** — Cuando disponemos de este aparato basta medir con él los ángulos que forman las visuales, esto es,  $\alpha$  y  $\beta$ , y seguir alguno de los procedimientos que a continuación expongo.

**Con transportadores tipos Porro, Clepes o sexagesimal de círculo entero.** — Estos aparatos, que sólo se diferencian entre sí en las longitudes de los radios de sus coronas circulares, y en que los dos primeros son de semicírculo y el tercero de círculo entero, constan en esencia de un semicírculo o círculo metálico, graduado de  $0^\circ$  a  $90^\circ$  y de  $0^\circ$  a  $180^\circ$ , respectivamente, en ambos sentidos, a partir de cero y de tres regletas también metálicas, cuyos bordes, prolongados ideal y convenientemente, se cortarían en el centro del círculo, señalado por una pequeña muesca, y que, merced a unos tornillos micrométricos, permiten apreciar hasta  $1'$ . Para operar con ellos basta materializar en los mismos los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$ , y hacer resbalar el transportador sobre el plano hasta que los bordes de las reglas coincidan con los tres puntos de aquél, que han sido visados en el terreno. Introduciendo la punta afilada de un lápiz en la muesca centro del círculo, señalaremos en el plano la proyección del punto de estación. No obstante ser de grande precisión, tienen el grave inconveniente de que, debido a que el radio del círculo es en todos ellos mayor de 6 centímetros, no los podremos usar cuando alguno de los puntos del terreno diste de nosotros, en

metros, una cantidad menor que  $e \times r$ , siendo  $e$  el denominador de la escala del plano, y  $r$  el radio del círculo del transportador usado.

**Con estaciógrafo Mathis.** — Este instrumento, que no describo, pues es casi idéntico a los anteriormente descritos, presenta la ventaja sobre ellos de que el radio de su círculo es bastante menor y la desventaja de su menor apreciación angular. Puede también usarse sin el concurso de goniómetros, pues tiene sobre cada una de las regletas una línea de fe; pero de este modo pierde mucho en exactitud, a más de necesitar el uso de una plancheta. Por medio de construcciones goniométricas, estos métodos son muy prácticos, ya que no siempre dispondremos de alguno de los elementos antes citados.

**Métodos del compás y el transportador.** —

Sean  $a$ ,  $b$  y  $c$  los tres puntos del plano que corresponden a las proyecciones de otros tantos del terreno (fig. 4). Sobre la recta  $ab$  y con centro en  $a$ , se construye con el transportador el ángulo  $\alpha$ , y sobre la  $bc$ , y con centro en  $c$ , se construye  $\beta$ . A las rectas  $am$  y  $cn$ , así obtenidas, se trazan perpendiculares en  $a$  y  $c$ , respectivamente; si a continuación levantamos nuevas perpendiculares en los puntos medios de  $ab$  y  $bc$ , éstas cortarían a las anteriores en dos puntos  $o$  y  $o_1$ , centro de los arcos capaces de los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$ . Las dos circunferencias de que dichos arcos forman parte habrán de cortarse forzosamente, a más de en  $b$ , en otro punto  $P_1$ , que es la solución del problema, ya que los ángulos que forman las rectas  $aP_1-bP_1$  y  $bP_1-cP_1$ , obtenidas al unir  $P_1$  con cada uno de los puntos datos del problema, no pueden ser otros que  $\alpha$  y  $\beta$ , puesto que tienen por medidas los mismos arcos que los  $\alpha$  y  $\beta$ , tomados en origen para la resolución del problema. El punto  $P_1$  es único, ya que dos circunferencias que se cortan han de hacerlo según dos puntos, y uno de ellos, por construcción, ha de ser forzosamente  $b$ .

**Método de la escuadra y el transportador.** — Demostración: Sobre los puntos  $a$  y  $c$  se levantan las perpendiculares  $al$  y  $cq$ , a las rectas  $ab$  y  $bc$ . Haciendo centro en  $b$  y sobre las rectas mencionadas, se construyen los ángulos  $90^\circ - \alpha$  y  $90^\circ - \beta$ , respectivamente, prolongando sus lados hasta que corten a las perpendiculares antes trazadas y con las cuales formaran ángulos iguales a  $\alpha$  y  $\beta$ .

Sean  $m$  y  $n$  dichos puntos. Pero los triángulos  $abm$  y  $bcn$  son rectángulos por construcción; por tanto, las rectas  $bm$  y  $bn$  serán diámetros de las circunferencias que inscriban a

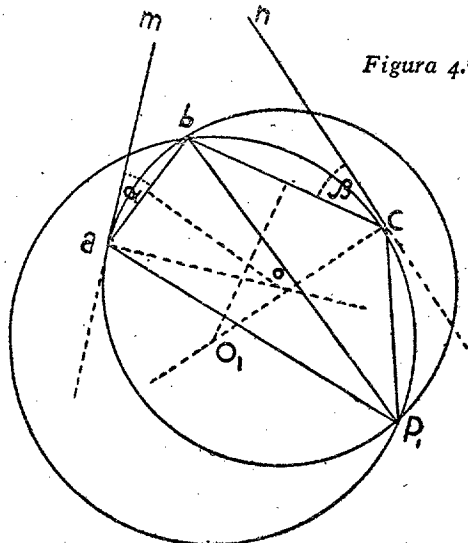


Figura 4.<sup>a</sup>

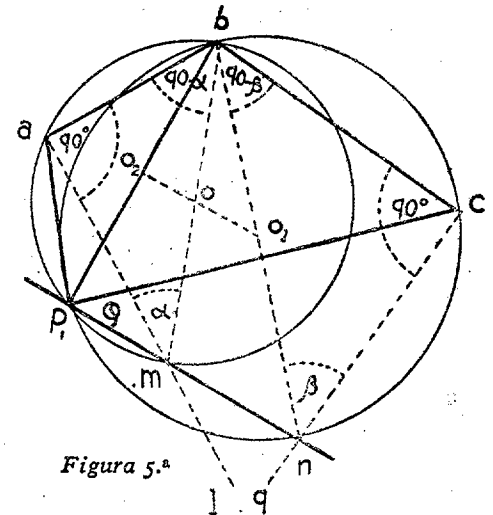


Figura 5.<sup>a</sup>

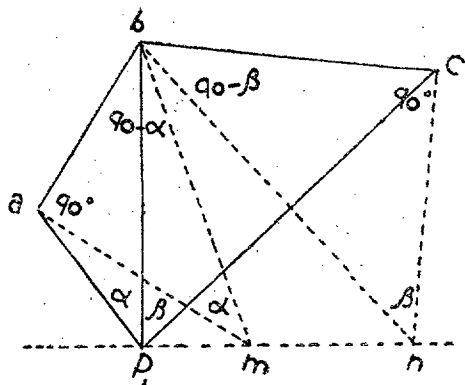


Figura 6.ª

los mismos. Trazadas éstas, se cortarán a más de en  $b$ , en otro  $P$ , que, como en el caso anterior, resuelve el problema.

Pero, por otro lado, siendo  $bO_1$  igual a  $On$ ,  $bO$  igual a  $Om$  y  $bO_2$  a  $O_2P_1$ , y sabido que la línea de los centros  $O_1 O_2$  es siempre perpendicular en el punto medio de la cuerda común, podemos afirmar que los puntos  $m$  y  $n$  estarán sobre la perpendicular  $abP_1$  en  $P_1$ . Al tener que estar estos puntos  $P_1mn$  sobre una recta perpendicular  $aP_1b$ , abrevia la construcción y permite la rápida resolución del problema, sin más elementos que una escuadra y un transportador, o simplemente este último. Para ello se trazan, como anteriormente se dijo, las perpendiculares en  $a$  y  $c$  y se construyen en  $b$  los ángulos  $(90-\alpha)$  y  $(90-\beta)$ . Por los puntos  $m$  y  $n$  obtenidos se hace pasar una recta indefinida, y el pie de la perpendicular bajada desde  $b$  a dicha recta será el punto  $P_1$  (figura 6).

**Método del transportador y la regla.** — Con centro en  $b$  y sobre las rectas  $ba$  y  $bc$  se construyen ángulos iguales  $a(\alpha+\beta)$ , cuyos lados  $ll'$  y  $qq'$  se prolongan. En  $a$  y sobre  $ab$  se levanta un ángulo igual a  $\beta$ , prolongándose el nuevo lado hasta que corte a  $ll'$  en un punto  $n$ . El punto  $n$  obtenido se une con el  $c$ , dato. En  $c$  se opera de modo idéntico; se construye un ángulo,  $\alpha$ , cuyo lado cortará al  $qq'$  en un punto  $m$  que, unido con  $a$  y prolongado, cortará al  $cn$  o su prolongación en un punto  $P_1$ , que es la proyección en el plano del punto de estación.

**Con transportador.** — Sobre un papel de calco, y sobre un punto cualquiera de una recta indefinida, se trazan los ángulos  $\alpha$  y  $\beta$ , mediante el transportador. Se hace resbalar el papel de calco sobre el plano hasta que las tres rectas que forman los dos ángulos oculten los puntos datos del mismo. Para que dé rendimiento este procedimiento, ha de utilizarse un buen transportador y un lápiz de punta afilada.

**CON TELEMETRO Y COMPAS.** — Si carecemos de goniómetro, pero disponemos de un telémetro, se miden con él, desde el punto de estación, las distancias que nos separan de los tres puntos del terreno, y directamente sobre el plano, y con centro en cada uno de los puntos homólogos de los visados, se trazan circunferencias con radios iguales a dichas distancias, reducidas a la escala del plano, y de no cortarse en un solo punto, se cortarán dos a dos según un pequeño triángulo, cuyo centro es el punto homólogo del de estación. Pierde exactitud este método a medida que aumentan las diferencias de nivel entre el punto donde nos encontramos y los del terreno que se toman como

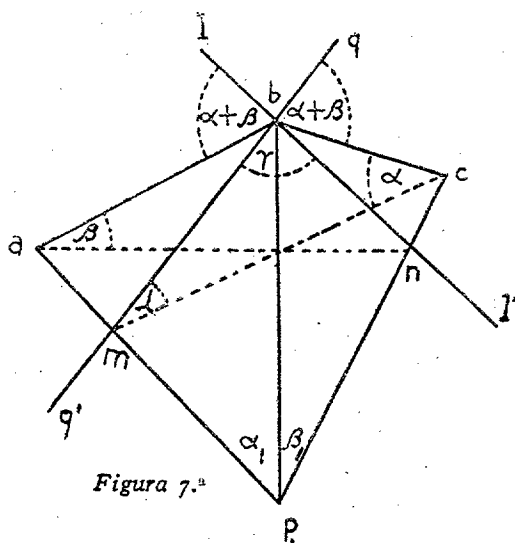


Figura 7.ª

datos, así como también a medida que aumentan las distancias que nos separan de dichos puntos.

**CON PLANCHETA Y ALIDADA.** — Este procedimiento, muy usado en los ejercicios de tiro indirecto de ametralladoras, es conocido de todos; así, pues, me limitaré a hacer algunas consideraciones sobre el mismo.

Ordinariamente, y debido a que la mayoría de las alidadas no tienen en su regleta más que un borde reglado, se suele apoyar siempre éste sobre el alfiler, para dirigir las visuales. Cometemos con ello el

grave error representado en la figura 8 (a). En la práctica, y debido a que no se utiliza el lápiz debidamente afilado, el error no se aprecia en el papel de calco, porque queda enmascarado en el grosor de las rectas trazadas (b); pero con ello no hacemos más que aumentar el error obtenido en (a), ya que después, a los efectos de la coincidencia, podremos variar sensiblemente el papel transparente sin que dejen de coincidir los puntos del plano con el sistema angular trazado, existiendo, pues, diversas soluciones al problema. Es preferible utilizar los dos bordes de la regla, como en (c), pues su exactitud es bastante mayor.

**CON PLANCHETA Y SIN ALIDADA.** — En caso de carecer de alidada, se pueden utilizar alfileres. Se coloca uno, clavado en el centro de la plancheta, a modo de pinula ocular común, y sin que el tablero se mueva se dirigen visuales a los puntos del terreno, clavando sobre el papel de calco, a manera de jalones, un alfiler por cada alineación. Con una regla y un lápiz se unen los orificios de los alfileres jalones con el del pinula ocular común, procediéndose después como en casos anteriores.

**CON BRUJULA.** — Con este elemento podemos utilizar sólo dos puntos; claro está que el plano requiere una previa orientación, y entonces la dirección norte-sur del punto de estación constituye, aun sin materializar la tercera alineación. El modo de operar es el siguiente: Se coloca el plano sobre la plancheta, orientándolo debidamente. A continuación se mide con la brújula el rumbo de cada una de las direcciones. Se lleva la brújula sobre el plano y, apoyando su borde con cada uno de los puntos homólogos de los visados, se le hace marcar los rumbos leídos, trazando con un lápiz sobre el borde de la brújula rectas, que se cortarán en un punto, el punto de estación.

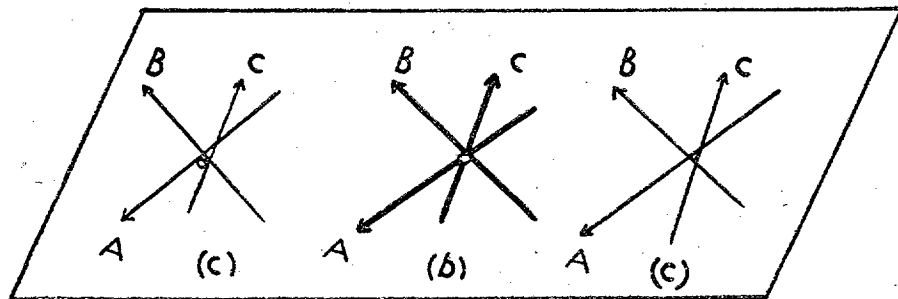


Figura 8.ª